

A movie poster featuring Lexi Thurman. She is wearing a dark blue, long-sleeved dress with a matching hood and a large circular brooch at the waist. She is looking upwards and to the left. The background is a misty, mountainous landscape with a castle visible in the distance. The scene is framed by the dark, gnarled branches of trees.

LEXI THURMAN

La Magia del
HIGHLANDER

CLAN ASTRUTHER 3

Copyright © 2024 Lexi Thurman

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Cubierta: Luze Monzant

Prólogo

La joven estaba hambrienta y sedienta. Hacía varios días que apenas había probado bocado y las fuerzas comenzaban a abandonarla. La suciedad impregnaba sus ropas, finamente tejidas en lana y lino por una costurera muy hábil. Su rostro, antes lozano, ahora estaba demacrado y cubierto por el polvo del camino.

Como hija de un *laird*, había vivido protegida en la fortaleza, donde la comida nunca había faltado en su mesa. Sus días transcurrían entre banquetes, festividades y las labores propias de su rango, lejos de las privaciones a las que ahora se estaba viendo sometida. Pero su situación cambió de manera drástica en el día en el que decidió huir, escapando bajo el manto de la noche, como una sombra en la espesura. Sin embargo, no le había quedado otra opción.

Su estupidez había llevado a la muerte a personas inocentes, y casi provocó el fin de su propia cuñada. Todos la advirtieron, pero no quiso escuchar. Ciega a todo consejo, solo prestó oídos al hombre que la envolvió en un manto de mentiras y falsas promesas de amor. Cada palabra suya era una trampa, un dulce veneno que la sumió en un engaño del que no quiso despertar.

¿Cómo podía ser que ese hombre que la miraba con tanta devoción, como si ella fuese la única mujer en todas las Highlands, estuviera mintiendo? Era el mismo hombre que la había robado dos besos furtivos en la penumbra de la noche, el que había desafiado todas las normas y tradiciones para cortejarla. Primero, fue su padre quien se opuso a la unión, y después, tras la muerte de este, su hermano asumió la misma postura inquebrantable. Pero él, con su valentía y susurrados juramentos de amor eterno, siguió adelante.

Era un guerrero valiente, tan profundamente enamorado de ella que había desobedecido las órdenes de su propio *laird*. Le había jurado, con una certeza en la mirada que la hizo temblar, que sería capaz de morir por ella. Y ella le había creído. Sus palabras habían sido como un bálsamo para su alma, como una llama cálida en el frío de las montañas. ¿Cómo podía ese hombre estar mintiendo?

No, era imposible, se decía a sí misma.

No podía aceptar que sus palabras fuesen engaños. Tenía que creer en él, porque la alternativa era demasiado dolorosa. Era más sencillo pensar que la envidia y el recelo habían cegado a su familia. Que ellos, incapaces de comprender el amor que había encontrado, no querían verla feliz. La opción de aceptar la verdad significaba destruir todas las ilusiones que había construido a su alrededor.

En su desesperación por aferrarse a su amor, incluso había llegado a odiar a su cuñada. Cuando esta le aseguró que había visto a su amado besándose con un hombre, ella se negó a creerla. Su corazón, ya envenenado por la desesperación y la negación, la llevó a desearle una muerte despiadada a su cuñada, convencida de que había usado una cruel mentira para arrebatarle su felicidad. Aquella ciega devoción la hizo volverse en contra de quienes la amaban, incapaz de ver más allá del velo de la mentira que él había tejido con tanto cuidado.

Incluso después de la muerte de su amado, ella continuó negando la realidad. Se aferró con desesperación a las sombras de sus recuerdos, reviviendo las palabras dulces que él le había susurrado, los juramentos de amor que ahora sonaban huecos y vacíos. La traición no podía ser real; no podía aceptar que el hombre que le había jurado amor eterno la había utilizado.

Pero, al final, la verdad se reveló ante ella, cruda y despiadada. Una verdad tan dolorosa como incomprensible, que destrozó lo que quedaba de su corazón. Descubrió que había sido solo

un instrumento en los planes de su amado, un medio para arrebatarse el poder a su hermano y tomar el control del clan. No hubo amor en sus gestos ni en sus palabras; todo había sido un elaborado engaño. Había sido utilizada y manipulada.

La certeza de esta revelación la dejó devastada. El hombre que había amado con toda su alma, por quien había desafiado a su propia sangre, nunca la había amado. Había sido una pieza más en su juego, una herramienta para cumplir sus oscuros propósitos. Y la peor parte era que él había recibido menos de lo que merecía al morir. Para ella, su destino debería haber sido más cruel, más acorde con la vileza de su traición.

Ahora, sola en el bosque y atrapada en la telaraña de su propio dolor, sentía que merecía el mismo destino que él. Había sido cómplice, aunque ciega, de una traición que casi destruye a su clan. Había deseado el mal a los suyos, a quienes siempre la habían protegido. La culpa la consumía, y en su mente no quedaba lugar para la redención. Solo había un camino que la liberaría del peso de sus errores, uno que la llevaría al mismo final que aquel que la había traicionado: una muerte sin honor, un castigo justo por haber caído en las mentiras de un hombre que nunca la amó.

Se apoyó contra el tronco de un árbol mientras un trueno resonaba en lo profundo del bosque. La tormenta se acercaba, oscureciendo el cielo. Ella no sabía dónde se encontraba; llevaba días recorriendo senderos apenas transitados, evitando a toda costa los caminos principales para no ser vista. Su aspecto era desaliñado y sucio, con la mirada perdida y los labios agrietados por la sed y el hambre. Pero, a pesar de todo, no buscaba refugio de la tormenta que amenazaba en el horizonte, ni comida para calmar el vacío de su estómago.

No tenía intención de sobrevivir. Solo aguardaba, esperando que la muerte la encontrara en la soledad de aquel bosque. Sabía que no tenía la valentía necesaria para terminar con su propia vida, pero no se necesitaba mucho valor para esperar. Cada paso que había dado la había llevado más cerca de la oscuridad, de ese momento en que el frío y la fatiga se convertirían en su último aliento.

El viento azotaba las ramas, y las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer, frías como el hielo, golpeando su piel como pequeñas agujas. Cerró los ojos, sintiendo el rugido del trueno vibrar en sus huesos. A lo lejos, las nubes se iluminaban con destellos de relámpagos, pero ella no se movió. Se quedó allí, inmóvil, entregada al destino que la había traído hasta ese lugar. No había miedo en su corazón, solo una profunda tristeza y un deseo de que todo terminara.

Esperaba que la muerte, en su implacable avance, la encontrara allí, bajo las ramas de ese árbol que la amparaba como un último abrazo.

Sabía que no se lo merecía, pero esperaba que Dios, en su majestuosa benevolencia, la perdonase. Pero si no lo hacía y su alma tenía que morar el resto de la eternidad en el infierno, ella lo soportaría. Lo haría porque haría cualquier cosa por enmendar sus errores.

Los ojos se le cerraron involuntariamente y le costaba respirar. Su cuerpo le avisaba de que no le quedaba mucho tiempo, y eso le hizo esbozar una leve sonrisa. Ya quedaba menos para enfrentarse al juicio final. El momento que llevaba varios días esperando.

La lluvia comenzó a caer con fuerza sobre ella con más fuerza, pero ella ya no sentía frío. No sentía nada; ni siquiera el dolor punzante que había sido su fiel compañero las últimas semanas.

Reuniendo las fuerzas que le quedaban, rezó pidiendo perdón por sus errores y una larga vida sana y feliz para sus seres amados; aquellos que la recordarían como una traidora. Nunca hallarían su cuerpo, ni sabrían lo que le había sucedido, y ella lo prefería así.

Ella sabía que, si hallaban sus restos, con la bondad que les caracterizaba, la enterrarían y la

llorarían, pero no se lo merecía. No se merecía sus lágrimas.

Se había escapado de la casa de su tía en las Lowlands, adonde su hermano la había enviado en un intento de hacerla entrar en razón. Dejó un breve mensaje en un pergamino en el que explicaba que se marchaba porque los odiaba por lo que había ocurrido con Bird. Quería que siguieran pensando que estaba ciega, que la consideraran una traidora como a su prometido. Deseaba evitarles más sufrimiento.

Una lágrima furtiva, que se mezcló con el agua de lluvia, se escapó de sus ojos. La tristeza la invadió al darse cuenta de que no conocería a sus sobrinos, que no volvería a ver las tierras que la vieron nacer.

Pero estaba preparada para dejarse ir, dispuesta a desaparecer de ese mundo como una sombra. Aun así, cuando notó que la vida se le escapaba en cada aliento, su cuerpo reaccionó y su boca emitió un grito. No sabía por qué lo había hecho, solo podía suponer que el instinto de supervivencia actuaba por sí mismo.

Escuchó pasos, pero no abrió los ojos, ni intentó volver a gritar. Donde se hallaba no era fácil de ver, por lo que le sorprendió sentir una mano en su rostro y una voz amable de mujer que le susurraba:

—¿Estáis herida, muchacha?

Ella no respondió. No quería hacerlo, aunque tampoco podía. La oscuridad comenzaba a apoderarse de ella de una manera lenta pero inexorable.

—Angus —llamó la mujer—, llevémosla a nuestra cabaña.

Sintió cómo unas manos la elevaban. Se sintió más ligera que una pluma en los fuertes brazos que la sostenían.

—Vais a ponerlos bien —le aseguró la mujer, dándole ánimos.

—No —gritó, o al menos intentó que fuera un grito, pero, probablemente, solo sonó como un leve susurro.

Sacando fuerzas de donde no las tenía, se removi6 en los brazos que la sostenían. Pero solo consiguió que la sujetaran con más firmeza.

—No seáis necia, no vamos a haceros daño —dijo el hombre.

La joven no quería ponerse bien. No deseaba ser rescatada. Pataleó, o por lo menos lo intentó, pero no logró zafarse del agarre.

—¡Por los clavos de Cristo! —se quejó el hombre—. Esta ladronzuela es muy tozuda.

—No es una ladrona, Angus. Mira sus ropajes. Están sucios y rotos, pero son los de una dama.

—Eres una crédula, Morag. Es obvio que está huyendo de algo. Esos ropajes no son suyos; serán de la dama a la que ha robado.

La mujer negó con la cabeza. Ella había tenido una vida difícil, y podía ver que no era el caso de esa joven. A pesar de su desastroso aspecto, sus manos estaban intactas, sin rastro de una existencia llena de trabajo duro. Su piel cuidada no había sufrido las inclemencias del tiempo. Sin duda alguna, aquella joven era una dama.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó la mujer a la joven.

—Lilas. —El nombre salió con dificultad de la boca de la joven—. No merezco seguir viviendo, dejadme morir.

La joven se desmayó, y por un momento, Morag, temió que estuviera muerta. Le hizo un gesto a su marido para que se detuviese y, con suavidad, colocó un dedo debajo de la nariz de la joven para comprobar que esta respiraba. Exhaló un suspiro de alivio cuando notó la respiración, débil pero existente.

—¿De qué hui, Lilas? —le preguntó, aunque sabía que no iba a recibir respuesta.

—Tal vez consiga lo que desea. Está muy débil —dijo el hombre.

—No lo hará, no lo permitiré.

La convicción en la voz de su mujer hizo que el hombre anduviera con más rapidez, intentando llegar lo antes posible a la cabaña.

—Pero cumpliré con su voluntad —prometió, provocando que el hombre enarcara una ceja—. Lilas morirá hoy, tal y como es su deseo.

Morag estaba segura de que la joven dama había sufrido más de lo que ninguna mujer se merecía. Ella no permitiría que sufriese más.

Cuando llegaron a la cabaña, el hombre depositó a la joven en el camastro, y la mujer se apresuró a desvestirla en busca de heridas. La lavó con delicadeza y la vistió con un camisón limpio. La joven recuperó la consciencia gracias a los cuidados que estaba recibiendo y la mujer aprovechó para darle un caldo de pollo que había preparado.

—¿Sobrevivirá? —preguntó el hombre cuando la muchacha se quedó dormida debido al esfuerzo.

—Renacerá —le dijo su mujer, provocando que el hombre entrecerrara los ojos. Llevaban diez años casados y Dios no les había bendecido con descendencia. Él podía ver cómo su mujer depositaba todo el amor que tenía guardado en esa joven—. Su nombre será Lia.

Capítulo 1

Seis meses después...

Desde el instante en el que la joven oyó los susurros sobre la existencia de una poderosa bruja que habitaba en el bosque cercano a la fortaleza de los Astruther, supo que debía emprender en su búsqueda. Sin embargo, aquella bruja era esquiva, conocida por ser tan indómita como los vientos de las Highlands. La joven entendía que no le quedaba más remedio que infiltrarse en la fortaleza como sirvienta, con los sentidos aguzados, esperando la pista que le diese con su paradero exacto.

Pero lo cierto era que los Astruther la aterrorizaban. Había escuchado historias escalofriantes; especialmente, sobre su *laird*. Eran feroces y peligrosos. Si llegaban a descubrir su verdadera identidad, creerían que había sido enviada por su hermano para espiarlos.

Sin embargo, ella ya no era Lilas Cameron. Esa joven había muerto. Ahora era Lia Gray, una campesina de las Lowlands en busca de un trabajo para cubrir sus necesidades básicas y, con suerte, conseguir alguna moneda extra para ayudar a su familia.

Monedas que, si bien Morag y Angus habrían recibido con gratitud, no eran lo que realmente anhelaban ni necesitaban. Ellos, más que capaces de sostenerse por sí mismos, deseaban algo mucho más profundo: un bebé que llenara sus días de gozo y alegría.

Lia les debía la vida a ambos. Sin conocerla y sin hacer preguntas, le habían ofrecido un hogar y una nueva familia. Durante esos seis meses, le habían enseñado a valerse por sí misma. Había dejado atrás su vida de lujos, una vida que ya no merecía —que quizás nunca mereció—, y había descubierto la paz que traía el trabajo duro, un alivio para su alma atormentada.

De alguna manera, había encontrado la felicidad, o al menos, tanta felicidad como era capaz de sentir. Por eso le había costado tanto marcharse de la cabaña de sus salvadores. Nuevamente, se había ido de noche, mientras ellos dormían. Esta vez, sus intenciones eran bondadosas. Tenía que pagarles todo el bien que habían hecho. A pesar de sus temores, se adentraría en la boca del lobo y haría todo lo posible para que la poderosa bruja ayudara a Morag a quedarse encinta. Haría lo que fuera necesario.

Estaba decidida, pero ahora, frente a los imponentes guardias que vigilaban el puente levadizo de la fortaleza, un escalofrío recorrió su espalda. Se frotó las manos ásperas bajo el peso del miedo que crecía en su pecho. Vestía un sencillo vestido de lana marrón, descolorido por el sol y el uso, similar al de cualquier campesina. Se había recogido su cabello pelirrojo en un sencillo y estirado moño. Lia deseó no haberse esmerado tanto en el peinado, ya que ningún pelo sobresalía, lo que le impedía poder disimular el nerviosismo de sus manos fingiendo que un mechón le molestaba en el rostro.

Había tejido un plan en su mente durante los largos días de camino, repitiendo en silencio las palabras que debía pronunciar para obtener la entrada. Pero ahora, al estar frente a esos guerreros, altos como montañas, vestidos con los colores de los Astruther, y armados con espadas que parecían tan pesadas como ellos mismos, su lengua se volvió tan pesada como un muro de piedra.

Uno de los guardias, con barba rojiza y expresión severa, dio un paso adelante. Su mirada la recorrió con desconfianza, como si tratara de desentrañar sus intenciones. Abrió las piernas ligeramente, plantándose firmemente en el suelo, para asegurarse de que no hubiera ninguna brecha por la que pudiera colarse.

—¿Os podemos ayudar en algo? —gruñó el guardia; su voz profunda resonando como un trueno en el aire frío de la mañana.

Lia tragó saliva e intentó aclarar su mente. Sabía lo que tenía que decir; había ensayado las palabras una y otra vez durante el largo viaje. Un comerciante de telas y su esposa se habían apiadado de ella y la habían llevado hasta un pueblo cercano a la fortaleza. Pero hasta allí había llegado su ayuda, y ahora estaba sola frente a esos intimidantes guerreros.

Se había criado entre hombres como ellos, pero aquellos la respetaban por quién era, o mejor dicho, por quién fue. Allí, solo era una campesina, y probablemente, pensaban que tenía malas intenciones.

—He escuchado en el pueblo que buscan sirvientas en la fortaleza —dijo Lia, tratando que su voz sonara segura, reuniendo toda la valentía que le quedaba.

—¿Dónde lo habéis escuchado? —preguntó el guardia con un tono cortante.

Lia sabía que la estaban poniendo a prueba. Cada fibra de su ser le gritaba que se diera media vuelta y regresara a la seguridad de la cabaña de Morag y Angus. Allí, lejos de los peligrosos Astruther, podría haber encontrado refugio. Pero la otra parte de ella, la que había aprendido a sobrevivir, la que se volvía más fuerte con cada paso que daba, le pedía que aguantara la presión. Morag y Angus se merecían este sacrificio.

Ellos desconocían sus intenciones, ya que de haberlo sabido, jamás se lo habrían permitido. Eran demasiado generosos como para permitir que se arriesgara de tal manera. Pero Lia había tomado una decisión, y nada ni nadie la haría retroceder.

—En el pueblo —repitió con firmeza—. Una mujer me lo contó.

El otro guardia, más joven, pero con la misma expresión endurecida, arqueó una ceja con evidente desconfianza.

—¿Y cómo se llama esa mujer? —indagó, su voz destilando sospecha.

Lia sintió el sudor frío en la nuca, pero no se dejó amedrentar. Antes de que pudiera responder, otra voz, femenina y segura, interrumpió la conversación.

—¿Acaso eso importa, Rown?

Una joven apareció detrás de Lia, avanzando con paso firme. Tenía el cabello rubio, recogido en una trenza apretada. Vestía de manera sencilla, pero sus grandes ojos brillaban con inteligencia, y su porte denotaba una resolución inquebrantable. En una mano llevaba una cesta de mimbre llena de hierbas, y en su rostro se dibujaba una leve sonrisa.

—No es de tu incumbencia, Eara —gruñó Rown, frunciendo el ceño—. Y llegas tarde. Jocelyn te ha estado buscando.

—Me retrasé más de lo esperado buscando las plantas que la cocinera necesita —explicó Eara con serenidad—. Pero no seré yo quien soporte su ira, sino tú por no permitir que la sirvienta que tanto espera llegue a la fortaleza por tu culpa.

Rown, desconcertado, dio un paso hacia atrás, entrecerrando los ojos.

—¿La está esperando? —preguntó, escudriñando a Lia, como si buscara una señal de traición.

—Así es —confirmó Eara con una sonrisa dulce, pero astuta—. Ya conoces el temperamento de Jocelyn. No es sabio retrasarla.

Los dos guardias intercambiaron una mirada cargada de dudas. Tras un breve momento de silenciosa deliberación, se apartaron, abriendo el paso.

—Está bien, adelante —espetó finalmente Rown, aunque su tono de voz sugería que seguiría vigilando de cerca a la recién llegada.

Lia siguió a Eara en silencio, cruzando el puente levadizo que resonaba bajo sus pies con

cada paso. A pesar del peso de la incertidumbre, caminaba con determinación. No había vuelta atrás.

Cuando se alejaron lo suficiente como para estar fuera del oído de los guardias, Eara se detuvo abruptamente y dejó la cesta en el suelo. Giró sobre sus talones para enfrentarse a Lia. Su expresión era ahora más seria.

—Estás mintiendo —dijo inesperadamente. La acusación cayó como un martillo en el aire entre ellas—. No eres de aquí y nadie de este pueblo daría esa información a una forastera. Sabes bien que los extraños no son bien recibidos en estas tierras.

Lia sintió que el estómago se le hundía. Intentó formular una respuesta, pero las palabras se le atoraron en la garganta. Antes de que pudiera decir algo, Eara levantó una mano para detenerla.

—No me importa por qué has venido ni quién eres —continuó—. Si has llegado hasta aquí es porque necesitas el trabajo. Cuando yo llegué hubiese agradecido una mano amiga, por eso estoy dispuesta a ofrecerte la mía. Pero prométeme que tus intenciones son nobles.

—Lo son —respondió Lia con seguridad—. Trabajaré duro, lo prometo.

Eara la miró en silencio por un instante, evaluándola, como si estuviera buscando en su rostro cualquier signo de que mentía. No debió encontrarlo, porque su expresión se relajó.

—Eso espero —dijo con una sonrisa amable, agachándose para recoger la cesta de mimbre.

Lia asintió otra vez, sabiendo que había superado el primer obstáculo, pero consciente de que lo más difícil aún estaba por venir.

—¿Cuál es tu nombre?

Lia ni siquiera tuvo que pensarlo, ya que su nuevo nombre se deslizó por sus labios con naturalidad, como si nunca antes hubiera tenido otro.

—Lia.

—Soy Eara —se presentó la joven, aunque era consciente de que Lia ya lo sabía—, y soy una de las sirvientas de la fortaleza. Jocelyn es la sirvienta encargada de supervisar los cuidados de la fortaleza. Ella es muy estricta desde que la guerra con los MacNeill se intensificó. No te aceptará si nadie responde por ti.

Lia reprimió un suspiro y toda la confianza que había fingido transmitir se evaporó en el instante que escuchó esas palabras.

—No conozco a nadie, pero necesito quedarme.

—Te quedarás, yo responderé por ti.

Lia miró a Eara con sorpresa.

—¿Por qué harías eso? No me conoces.

Eara esbozó una sonrisa dulce.

—Porque debemos ayudarnos entre nosotras —contestó, como si aquellas palabras fueran razón suficiente. Y quizá lo eran—. Pero, te advierto que el trabajo es duro y no hay lugar para la holgazanería.

Lia se irguió y asintió con rapidez.

—No holgazanearé.

—Acompáñame a dejar estas plantas en la cocina y luego iremos a ver a Jocelyn. Te asignará una tarea rápido.

Lia entró junto a Eara en la fortaleza, cruzando el pesado portón de madera reforzada con hierro. Las gruesas paredes de piedra, oscurecidas por el tiempo y el musgo, emanaban una frialdad que parecía impregnarse en el aire. El interior era sombrío, iluminado solo por antorchas dispersas que lanzaban sombras inquietantes sobre los tapices raídos. El lugar no le resultaba tan

diferente de la fortaleza de su hermano, pero había algo en esta que la hacía sentir más cautelosa, como si el peligro se encontrase por cada esquina.

Junto a la chimenea descansaba un enorme perro de pelaje oscuro. El fuego parpadeaba, proyectando destellos rojizos sobre su figura, acentuando la amenaza que ese perro suponía para ella. Lia se estremeció; siempre había temido a los animales, viéndolos como criaturas impredecibles, capaces de volverse en su contra en cualquier momento. Aunque, con el tiempo, había aprendido una verdad aún más inquietante: los humanos podían ser mucho más traicioneros.

—Es el perro del *laird* —susurró Eara, notando el nerviosismo en los ojos de Lia—. Puede ser bastante desagradable con los desconocidos... —hizo una pausa mientras desviaba su mirada del perro a Lia— y con los conocidos —añadió un instante después—. Pero, mientras no te metas en su camino, no te hará daño.

Lia no tenía intención de llamar la atención del animal.

Como si se hubiera dado cuenta de que estaban hablando de él, el perro abrió un ojo y la observó fijamente, como si pudiera leer sus pensamientos. La intensidad de su mirada la paralizó. Lentamente, el perro se estiró, sacudiendo su pesado cuerpo, y se levantó con una calma que resultaba escalofriante. Sin emitir sonido alguno, se plantó frente a ella, bloqueándole el paso como un guardián inamovible.

El eco de las pisadas de Eara resonaba cada vez más distante por el pasillo de piedra. No se había dado cuenta de lo que ocurría tras ella, dejando a Lia sola frente al imponente animal.

—No... no voy a hacerte daño —balbuceó Lia, alzando sus manos en señal de paz—. Solo quiero pasar —declaró, aunque al instante se dio cuenta de lo ridícula que sonaba hablando a un animal. Por el amor de Dios, si no iba a entenderla.

El perro no parecía dispuesto a concederle el deseo. Se quedó quieto, con las orejas erguidas y los ojos atentos, como si estuviera midiendo cada uno de sus movimientos.

Lia intentó dar un paso hacia un lado, pero el perro, con un gruñido sordo, se movió para bloquearla de nuevo. Estaba claro que no iba a dejarla pasar sin más.

El perro dio un paso hacia ella. Su actitud era claramente amenazante. Lia, con el corazón acelerado, retrocedió instintivamente, dando dos pasos hacia atrás, pero cuando fue a dar el tercero, chocó contra lo que pensó que era un muro.

—Siempre agradezco cuando una mujer bonita se lanza encima de mí —habló el muro. Aunque, en realidad, era un hombre que la sujetó por los hombros, estabilizándola para que no se cayese—. Desgraciadamente, en estos momentos, no puedo atender tus necesidades. Mi hermano me espera en la sala de armas.

Sobresaltada, Lia se soltó del agarre del hombre y se giró para mirarlo. No era un hombre; más bien, un muchacho de su edad o un año más.

Llevaba el atuendo de los Astruther. Tenía cabello de color castaño, que caía en mechones desordenados por su frente. Sus ojos azules la observaban con diversión y una pizca de maldad. Y a pesar de la sonrisa arrogante que se formaba en sus labios, contemplando sus facciones, sus pómulos marcados y la ligera sombra de barba que cubría su mandíbula, Lia no pudo evitar pensar que era un joven muy apuesto.

—Disculpadme, no pretendía chocarme con vos —se disculpó Lia, ignorando deliberadamente el comentario insolente del joven. Pero él no parecía dispuesto a dejarlo pasar.

—No hace falta tanta cortesía, muchacha —respondió con una sonrisa torcida—. Puedes hablar con total confianza. ¿Eres nueva en la fortaleza?

Lia lo miró de reojo, manteniendo su compostura. Ella estaba acostumbrada a que los

hombres guardasen cierta distancia con ella por ser la hija del *laird*; muchos, incluso ni siquiera se atrevían a mirarla a los ojos. Ella recordaba haberse quejado de ello, pero la familiaridad con la que ese joven se estaba dirigiendo hacia ella le parecía excesiva. Pero decidió guardárselo para sí misma, porque no estaba en posición de provocar un enfrentamiento.

—Acabo de llegar; voy a trabajar como sirvienta —dijo Lia, tratando de mantener la serenidad en su voz.

El joven esbozó una amplia sonrisa, iluminando su rostro con una chispa de descaro.

—La fortaleza es un lugar inhóspito para muchachas como tú. Vas a ejercer un trabajo muy laborioso, pero yo te protegeré. No tendrás que realizar tareas pesadas. Y por las noches, puedes compartir mi lecho. Es más cómodo que las habitaciones de las sirvientas.

Lia entrecerró los ojos. Ella nunca había escuchado a un hombre hablarle con tanta descortesía.

—Os estáis confundiendo conmigo —respondió, pese a que por dentro bullía de ira. No le gustaba la manera en la que se estaba dirigiendo a ella, pero tenía que mostrarse contenida si no quería que la expulsasen—. He venido para trabajar, no para nada más.

El joven soltó una carcajada. Su risa resonó en las paredes de la fortaleza. Y en contra de la opinión que Lia tenía sobre él, debía reconocer que era un sonido alegre y bonito, casi melódico.

—No disimules, has fingido un resbalón para que yo te sujete.

—Me he caído por culpa del perro. Él me ha amenazado —espetó Lia, con un toque de indignación en su voz.

El joven enarcó una ceja, divertido, y movió la barbilla hacia atrás, señalando al animal.

Lia se giró para ver cómo el perro se había tumbado de nuevo frente a la chimenea, con los ojos cerrados. Incluso roncaba apaciblemente, completamente ajeno a la tensión que había creado momentos antes. La imagen contrastaba con su anterior actitud amenazante y Lia no pudo evitar esbozar una leve sonrisa ante la ironía de la situación.

Ese perro ingrato la había dejado en ridículo, haciéndola parecer una mentirosa.

—Creed lo que queráis, pero no he dicho ninguna falsedad —replicó Lia, esforzándose por mantener la compostura.

El joven dio un par de pasos, acercándose a ella con una sonrisa burlona. Lia se obligó a no moverse, sintiendo el pulso acelerado de su corazón. La tensión en el aire era palpable, y cada instante en el que él se acercaba parecía un desafío.

—Si quieres escuchar que te creo eso te diré, más no es necesario que finjas. Estoy dispuesto a aceptarte en mi cama. Es más, lo haré con mucho gusto. Te prometo que disfrutarás.

Él estiró el brazo con la intención de acariciarle la mejilla, pero no llegó a hacerlo porque Lia, incapaz de aplacar su ira durante más tiempo, le dio un tortazo en la cara. El golpe seco resonó en el silencio.

—¿Cómo os atrevéis a dirigiros a mí de esa manera?! —explotó, observando la mejilla del chico, y después, su mano, horrorizada. Ella no se consideraba una persona violenta; era la primera vez que pegaba a alguien. Sin embargo, ese chico se lo había ganado a pulso—. ¡Sois un hombre deleznable y lujurioso! —Retrocedió un par de pasos, pero sin llegar a chocar de nuevo con el perro—. No os acerquéis a mí.

Los ojos del joven se abrieron, desorbitados. Él bajó la mano lentamente, como si estuviera procesando lo que acababa de pasar. Su mejilla comenzaba a enrojecer, pero no hizo ademán de tocarla. Ni siquiera parecía que tuviera el más mínimo dolor. Abrió la boca un par de veces, como si intentara decir algo, pero la cerró de inmediato. Al final, estalló en una carcajada fuerte y sonora.

—Eres como una ráfaga de aire fresco, Lia —dijo, aun riendo—. A pesar de lo mucho que disfruto de tu compañía, debo marcharme. Espero verte pronto. —Le guiñó un ojo y se fue, dejándola sola con el perro y con Eara, que acababa de entrar en el gran salón y la miraba perpleja.

—¿Acabas de insultar y golpear a Lothar Astruther?

—¿Lothar? —dijo Lia, comenzando a reaccionar. Aún se encontraba aturdida por lo que acababa de pasar, pero aquel nombre le resultaba vagamente familiar. A pesar de que ella había escuchado los terribles rumores que corrían sobre los Astruther cuando aún estaba en la fortaleza de su hermano, había tratado de recopilar un poco de información sobre el clan antes de emprender el viaje—. ¿Lothar? ¿El hermano del *laird*? —repitió al darse cuenta de por qué le era tan familiar.

Lia tragó saliva, el miedo corriendo por sus venas. ¿Qué había hecho? ¿Cómo se le ocurría pegarle un tortazo al hermano del *laird*?

Iban a expulsarla. Eso, si no la torturaban o mataban antes. Acababa de echar por tierra la única oportunidad que tenía de ayudar a Morad y a Angus.

—Así es —confirmó Eara—. Aunque aún es más asombroso que él no te haya echado a patadas. Lothar no lleva bien que lo dejen en ridículo. Has debido de pillarle de buen humor. —A pesar de sus palabras, era evidente que Eara no estaba del todo convencida de ese razonamiento.

—No sabía que era él —se justificó Lia, tratando de no entrar en pánico. Si algo le había enseñado su hermano era que achantarse era lo peor que podía hacer. Debía mostrarse fuerte o la devorarían—, pero no debió hablarme cómo lo ha hecho.

—No, no debió —concordó Eara, que había escuchado más de lo que Lia creía—. Las mujeres estamos indefensas ante los hombres, pero tú has demostrado valor. Tal vez eso es lo que él necesita, una mujer valerosa que le haga frente. —A Lia eso no le importaba. Ella no quería saber nada de los hombres. No iba a volver a enamorarse y tampoco a casarse—. Jocelyn estaba en la cocina —continuó Eara, cambiando de tema—. Le he dicho que eras una prima lejana y está encantada con que te incorpores al trabajo de inmediato. Ven, te enseñaré los aposentos de las sirvientas.

Antes de que Eara pudiera moverse, Lia extendió los brazos, ofreciéndole las manos para que las tomara. Eara lo hizo sin dudar.

—Gracias por ayudarme. Acabo de conocerte y ya te considero una gran amiga. Espero que tú también me consideres una.

Era la primera amiga que Lia tenía, pero no lo dijo en voz alta.

Eara le apretó las manos con cariño y esbozó una gran sonrisa.

—Vamos a ser amigas el resto de nuestras vidas.

Eara no se equivocaba. Aunque, desgraciadamente, esa amistad sería más breve de lo que ninguna de las dos creía.

Capítulo 2

Para Lia, el festival de Samhain no era desconocido.

El festival que marcaba el final de la temporada de cosechas y el comienzo del invierno. En su antiguo clan se festejaba, pero no tenía nada que ver con la manera en la que lo celebraban los Astruther. Para los Astruther, era la noche en la que la línea que separaba el mundo entre los vivos y los muertos se desvanecía.

Lia había escuchado muchas historias, rumores que corrían por las Highlands sobre los espíritus. A pesar de que tanto su padre como su hermano Kendrick se habían carcajeado de aquellas historias que consideraban inciertas, lo cierto era que Lia prefería no tentar a su suerte. Ella no sabía qué era cierto y qué no, pero prefería no traspasar el mundo de los vivos a los no muertos.

Si Lia no creería en la brujería, no estaría en el clan Astruther. En el tiempo que llevaba en el clan, ella no había encontrado a la bruja, aunque había escuchado rumores sobre ella. Se rumoreaba que se llamaba Nimue y que había criado al *laird*. También había oído un rumor que aseguraba que la bruja había salvado la vida de la mujer del *laird*, Scarlett.

Unos meses antes habían atentado contra la vida de la señora del clan. Eara, que en aquel entonces era la doncella de la dama, le había contado a Lia que el *laird* le había negado la entrada a sus aposentos, impidiéndole cuidar de Scarlett, pero esta había visto a una extraña anciana entrar y salir.

Lia, convencida de que se trataba de la bruja, había intentado, sin éxito, encontrarse con ella. Incluso Eara, que se mostraba escéptica ante la existencia de la bruja, le había intentado ayudar, porque la joven había sido una gran amiga capaz de hacer cualquier cosa por ella.

Eara era la única amiga que Lia había tenido, a quien ella le confió su secreto más preciado. Eara la aconsejó con sabiduría y guardó su secreto, de la misma manera en que Lia le confió los suyos. La joven le había confesado el amor que sentía hacia Callem Astruther, uno de los hermanos pequeños del *laird*. Un amor prohibido, pero sincero y real. El tipo de amor en el que Lia ya no creía, aunque tenía que reconocer que Eara había sido feliz y que Callem la había amado de verdad.

Pero ahora, Eara estaba muerta y Callem había huido del clan porque era incapaz de soportar la ausencia de su amada. Lia había visto con tristeza cómo un joven alegre y vivaz se había dejado sucumbir por el dolor y el odio. Ella le había visto convertirse en una sombra de lo que era, en un joven violento y amargado.

Lia había llegado a la conclusión de que, incluso el amor más puro, ese que no se sustenta en engaños, parecía ser dañino. Pues, de una manera u otra, terminaba siempre por traer consigo sufrimiento.

Ella misma estaba sufriendo por la muerte de Eara. Habían pasado dos meses, pero ella seguía sintiéndola cerca. Le costaba creer que ya no se encontraba allí y esa noche resultaba aún más complicado. Porque, según la tradición, esa era noche en la que los muertos podían comunicarse con los vivos.

Había muertos que Lia esperaba que jamás saliesen de su tumba. Pero ella hubiera dado su vida por volver a escuchar la voz de su amiga.

La mirada de Lia se centró en la enorme hoguera que se encontraba en el patio de armas. Observó con fascinación las llamas que se movían por el aire con destellos anaranjados y dorados. Lia siempre había sentido cierta fascinación por el fuego, por la manera en la que podía

arrasarlo todo. Era peligroso pero cautivador, y todo un espectáculo para contemplar. Lia podía sentir el calor que irradiaban las llamas en su piel. Sin embargo, prefirió guardar distancia.

Tan absorta estaba contemplando las llamas, que no fue hasta unos instantes más tarde, que se dio cuenta de que tres mujeres habían comenzado a bailar alrededor de la hoguera. A pesar de que tan solo podía ver sus figuras, Lia no recordaba haberlas visto antes en la fortaleza. Las mujeres movían sus cuerpos en movimientos sincronizados e hipnóticos a la vez que daban vueltas alrededor de la hoguera.

Lia escuchó unos murmullos que identificó como un cántico, pero ella no conocía el idioma.

—Lia —la joven sintió cómo una mano se posaba sobre su hombro y se dio la vuelta de un respingo, sobresaltada—, no pierdas el tiempo. —Yvaine, una de las sirvientas de la fortaleza y con la que Lia no tenía una buena relación, la observaba con desprecio y su altivez característica. Cuando los ojos de Lia se fijaron en la mano que esta aún tenía en su hombro, Yvaine la apartó como si quemara, como si tocarla fuera un pecado y fuera a ir al infierno por ello—. Hay muchas cosas que hacer. Y aquí estás tú, perdiendo el tiempo.

Lia respiró hondo, buscando calmar el tumulto en su interior. Yvaine, aunque despreciable y maliciosa, despertaba en ella una leve compasión. Había presenciado la forma en que la joven miraba a Donovan, uno de los guerreros del clan, y había visto el amor brillar en sus ojos, aunque este no fuera correspondido. Aquella falta de reciprocidad alimentaba la amargura de Yvaine, quien despreciaba a todas las mujeres que recibían las atenciones del guerrero, aun a quienes, como Lia, no albergaban interés alguno en él.

Pese a ello, Yvaine la odiaba. Odiaba a toda joven que considerase una rival, incapaz de soportar la idea de ser ignorada por el hombre al que deseaba.

Una vez más, el amor se revelaba como una fuente de dolor. El sufrimiento de Yvaine, nacido de un afecto no correspondido, la llevaba a actuar con vileza.

Lia no podía evitar sentir lástima por ella, y por todos aquellos que caían bajo el embrujo del amor, una fuerza capaz de arrastrar incluso a los más fuertes a las profundidades del tormento.

Un tormento por el que ella nunca volvería a sufrir. Porque jamás volvería a enamorarse.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Yvaine, y a Lia no le quedó más remedio que atender a sus demandas.

—El banquete casi ha terminado —espetó, alzando la barbilla de manera desafiante, mostrando que no pensaba dejarse intimidar. Señaló una de las mesas, en la que los invitados estaban hablando animadamente. Algunos de ellos se habían levantado; probablemente, porque la temperatura era poco agradable en aquella época del año. Aun así, ninguno quería perderse la fiesta.

—Los invitados siguen queriendo cerveza —insistió Yvaine con malicia—. ¿Acaso crees que por ser nombrada la doncella de Scarlett te vas a librar de esos menesteres? Hoy tienes que servir en el banquete como todas nosotras.

Por supuesto que Yvaine no había aceptado que le diesen ese puesto a Lia tras la muerte de Eara. Consideraba que le pertenecía a ella, ya que llevaba más tiempo sirviendo en la fortaleza. Pero como bien había aprendido Lia, aquel no era un puesto de poder, sino uno de confianza, y Scarlett confiaba en ella, a pesar de que Lia no había hecho nada para merecérselo.

—Y eso he hecho —replicó Lia cruzando sus brazos—. He trabajado arduamente durante toda la noche.

Yvaine soltó una carcajada sarcástica.

—¿A holgazanear le llamas tú trabajar arduamente? —se burló—. No creo que Jocelyn

opine de la misma manera.

Jocelyn era la encargada de las sirvientas. Una mujer de modales bruscos, pero justa en sus decisiones. Sin embargo, por razones que Lia no alcanzaba a comprender, siempre parecía dar crédito a los relatos de Yvaine. La trataba con una predilección apenas disimulada, lo cual resultaba desconcertante, ya que Yvaine no solo era poco diligente en sus labores, sino que, además, siempre estaba envuelta en algún tipo de problema.

Lia sabía que, ahora, debía tener más cuidado que nunca. Desde la muerte de Eara, no contaba con nadie que la defendiera. Aunque la señora Scarlett era justa, su embarazo avanzado la tenía completamente volcada en su futuro hijo, y su atención estaba dispersa. Jocelyn, en cambio, tenía el poder de echarla de la fortaleza con una sola palabra, y eso era algo que Lia no podía permitirse. No cuando sentía que estaba más cerca que nunca de alcanzar su objetivo: conseguir para Morag aquello que esta tanto anhelaba.

—¿No podemos llevarnos bien? —le preguntó a Yvaine, tratando de mantener la paz—. ¿Por qué siempre tienes que hablar mal de todo el mundo?

Vio cómo el rostro de Yvaine se encendía de furia. Sabía que lo que vendría a continuación no sería agradable. Se lamentó internamente. No debería haberla cuestionado. En lugar de enfrentarse a ella, debió haberle dado la razón. Pero esa parte de su pasado, cuando aún era una dama y no una sirvienta, emergía de vez en cuando, recordándole quién había sido y haciéndole difícil acatar órdenes sin más.

Por fortuna, Yvaine no tuvo oportunidad de responder, ya que una voz se lo impidió.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Lothar, interponiéndose entre ambas mujeres con su habitual aire de arrogancia. Sin embargo, por la rigidez de sus hombros, era evidente que estaba tenso, en alerta.

La expresión de Yvaine cambió al instante. A pesar de que se mostraba valiente cuando se trataba de enfrentarse a las sirvientas, se convertía en una cobarde en cuanto un guerrero o una dama del clan la desafiaban.

—Milord —respondió Yvaine, inclinando la cabeza en señal de respeto. El silencio que siguió fue incómodo, pero Lothar la miró con insistencia, y ella se apresuró a continuar—: Estaba diciéndole a Lia que los guerreros están sedientos y que debía ir a la cocina a por más jarras de cerveza.

Lia había conseguido mantener una relación cordial con Lothar durante su estancia en la fortaleza. Aunque no eran amigos, él la trataba con cierta amabilidad y, siempre que se encontraban en los pasillos de piedra, le dirigía unas palabras tranquilas. Desde aquel primer encuentro tan tumultuoso, Lothar había adoptado una actitud más relajada hacia ella. Sin embargo, Lia no se engañaba; sabía que, bajo esa aparente calma, Lothar seguía siendo un hombre altivo y engreído.

—Será mejor que vaya a por más cerveza —dijo Lia, intentando aprovechar la oportunidad para evitar el conflicto con Yvaine. Pero antes de que pudiera moverse, Lothar la detuvo, sujetándola suavemente del brazo.

—Ve tú —le ordenó a Yvaine con un tono firme—. Y date prisa.

Los ojos de Yvaine se abrieron con incredulidad, y Lia percibió una chispa de furia en su mirada antes de que la joven bajara rápidamente la cabeza y se dirigiera apresurada hacia la cocina.

—Podía haber ido yo a la cocina —dijo Lia, pese a que Lothar le había hecho un favor—. Al final, esos son mis menesteres.

Lothar la observó durante unos instantes en silencio, ladeando la cabeza hacia un lado,

como si tratara de entenderla sin conseguirlo, como si fuera un enigma para él. Aunque, ¿por qué Lothar iba a tener interés en profundizar en ella? Tampoco pudo pensar mucho en ello, porque pronto volvió a su arrogancia habitual.

—De nada —respondió él, bufando—. Siempre tan agradecida.

Lia cruzó sus brazos.

—No hay nada que agradecer.

Lothar estaba acostumbrado a que todas las jóvenes se rindieran a sus encantos sin tan siquiera intentarlo. Lia había visto como, una tras otra, las mujeres jóvenes, y no tan jóvenes, suspiraban por él. Incluso había escuchado a otras sirvientas comentarios sobre su virilidad que la habían ruborizado.

Él no estaba acostumbrado a que le negasen nada. Pero no se enojaba con Lia por hacerlo; más bien, parecía entretenerle.

—No estoy de acuerdo. Hay mucho que tienes que agradecerme, y sé que un día lo harás.

Lothar le guiñó un ojo y Lia suspiró.

—¿Nunca vas a cambiar?

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó con seriedad.

Lia pensaba que, muchas veces, Lothar se comportaba como un niño mimado. Pero ella lo había visto luchar como guerrero feroz. También había sido testigo de los duros entrenamientos a los que su hermano le sometía y él nunca se quejaba. Lo había visto entrenar bajo una tormenta con una sonrisa en los labios.

Aunque ella no quería reconocerlo, en cierta manera, lo admiraba. Admiraba su manera de disfrutar de la vida y aceptar el peso de las responsabilidades que, como hermano pequeño del *laird*, le tocaban. Lothar amaba a su hermano mayor y aceptaba sus órdenes, y ella estaba segura de que nunca intentaría arrebatarle el poder. Él era engreído, pero no envidioso. No, él no era como Lean.

Pensar en su hermano fallecido hacía que se acordara de su exprometido, Bird. El hombre del que ella había estado perdidamente enamorada, por el que habría dado su vida. El mismo que había roto su corazón en mil pedazos.

Bird jamás había correspondido sus sentimientos. Él tan solo había querido utilizarla para hacerse con el poder del clan.

Porque el corazón de Bird había latido por otra persona que no era ella.

Enterarse de que Lean y su amado habían estado enamorados había sido un varapalo más en la dura realidad. Y a pesar de todo lo que había averiguado antes de escapar, ella quería seguir creyendo que Lean jamás hubiera permitido que Bird la utilizase.

Pero todos aquellos recuerdos pertenecían a su antigua vida. Una vida que ya no era de ella, una vida que había dejado atrás.

Ya no era Lilas Cameron, la hermana del *laird*. Ahora era Lia Gray, una simple campesina.

Sin embargo, pese a que había enterrado todos aquellos recuerdos en el fondo de su mente, resurgían con más frecuencia de lo que a Lia le gustaría. Porque no era tan fácil para ella como había creído olvidarse de su pasado.

Una mano sobre su hombro hizo que pegara un pequeño brinco, volviendo a la realidad. No fue hasta que no se encontró con los ojos azules de Lothar que no se dio cuenta de que él seguía allí presente. Había estado tan sumida en sus pensamientos que se había olvidado del joven.

—¿Estás bien? —le preguntó Lothar.

Lia tragó saliva con fuerza cuando la respuesta retumbó con fuerza en su mente, pero no fue

capaz de formularla en voz alta.

Porque nada estaba bien últimamente.

Lia había llegado a la fortaleza Astruther con una misión muy clara. Pero, desde el fallecimiento de Eara, le costaba horrores continuar con su farsa. Eara había sido su gran apoyo allí; la única amiga real que Lia había tenido en toda su vida. Y ahora que ella ya no estaba, lo único que Lia anhelaba era regresar junto a Morag y Angus.

Sabía que ellos la estaban esperando y la acogerían con los brazos abiertos. Ellos la amaban aunque apenas la conocían. Porque ellos amaban desinteresadamente, y por esa razón, no podía volver hasta que no lograra su cometido. Porque ellos se merecían la felicidad plena.

Era lo menos que Lia podía hacer por ellos.

—¡Por los clavos de Cristo, muchacha! —Lothar alzó la voz, buscando llamar la atención de Lia—. ¿Me estás escuchando? —preguntó con irritación.

—Lo hago —mintió Lia descaradamente, tratando de no mostrarse aturdida.

—¿Y tienes la costumbre de ignorar a la gente cuando te habla?

—Solo a ti.

Lothar entrecerró los ojos.

—A veces, eres igual de insolente que mi cuñada Nerys —masculló—. Aunque lo de ella se puede entender, ya que se hacía pasar por una sirvienta siendo la hija de un *laird*.

Lia se esforzó por no mostrar culpabilidad en su rostro. Pese a que todos tenían a Lothar por poco astuto, ella no pensaba igual. Durante el tiempo que llevaba en el clan había tenido la oportunidad de conocerlo un poco. Y también, aunque esto no lo reconocería en voz alta, ella lo había estado observando desde la distancia. Lothar era impulsivo, y algunas veces podía parecer que actuaba sin pensar, pero no era así. Él era perspicaz e inteligente. Solo que, no se molestaba en mostrarlo. Lia estaba segura de que era una máscara que se ponía, una que ocultaba algo. Algo que, una parte de ella, quería descubrir qué era.

Aunque ella sabía que no lo haría. Porque no se quedaría el tiempo suficiente en el clan como para poder averiguarlo.

—Mis padres me han enseñado a decir lo que pienso sin miedo a las represalias —dijo Lia con una mueca. Y, en parte, no estaba mintiendo, ya que así era una de las enseñanzas que Angus y Morag le habían impartido.

Lothar chasqueó la lengua.

—¿Incluso al hermano del *laird*?

—Tener un rango de importancia en el clan por nacimiento no debería dar ningún privilegio.

Esa era otra enseñanza que ella había aprendido de la manera más cruel. Porque ahora, después de todo lo que había pasado, sabía que si no la hubieran criado entre algodones, alejada del mundo real, ella no hubiera cometido los errores que cometió.

Su progenitor, en un intento por protegerla, la había convertido en una inútil y una ingenua.

—Me he ganado mi puesto —le respondió Lothar, molesto—. Daría mi vida por los miembros del clan. Lucharé por ellos, haré lo que tenga que hacer para que el clan Astruther prevalezca.

La convicción con la que pronunció aquellas palabras y la pasión que transmitía con ellas no pudo evitar enternecer a Lia.

—Lo sé. Si no te dejases llevar tanto por tu lujuria, serías aún un mejor guerrero.

La expresión de Lothar se relajó cuando se dio cuenta de que Lia no estaba poniendo en duda su valía. Él hizo un gesto con su mano y esbozó una sonrisa altiva que provocó que Lia

terminara sonriendo también.

Porque, aunque el joven guerrero podía ser un prepotente y bastante insoportable en muchas ocasiones, ella se sentía cómoda en su compañía. A pesar del rango que ostentaba dentro del clan, Lothar siempre la había tratado con mucho respeto y se había dirigido a ella como una igual.

—Hablando de lujuria —dijo Lothar, ignorando el consejo de Lia, como tendía a hacer habitualmente—. ¿Es mi percepción o esa joven está mirándome?

Lothar señaló descaradamente hacia una dirección que Lia siguió con la mirada. Lia observó a un grupo pequeño de mujeres que bailaban alrededor de la hoguera. Todas se reían, divertidas, pero una de ellas miraba con poco decoro hacia Lothar. Ella no la había visto antes, pero era una joven hermosa.

—Está mirándote —confirmó Lia—. Algo que no está resultando del agrado de Leonora —añadió, observando a la sirvienta de pelo castaño que contemplaba la escena con el cejo fruncido.

Las mujeres dejaron de bailar y Leonora se acercó a la joven, susurrándole algo al oído. El rostro de esta adquirió un tono blanquecino. Bajó la mirada hasta sus pies, avergonzada, y dijo algo con rapidez antes de prácticamente correr hacia un grupo de mujeres y hombres de mediana edad que charlaban animadamente en el otro extremo del patio de armas.

Lothar suspiró y Lia soltó una carcajada.

—Te advertí que no volvieras a acostarte con ella. Ha asustado a tu siguiente conquista.

Lothar miró a Leonora, que batía las pestañas hacia él, pero algo en el rostro de Lothar provocó que ella se girase y se dirigiese a recoger una mesa llena de restos de comida.

—Es muy servicial en el lecho como para negarme a sus súplicas —dijo Lothar, volviendo a centrar su atención en Lia a la vez que se encogía de hombros—. Pero está comenzado a ser demasiado posesiva y no soy hombre de una sola mujer.

Lia no se sonrojó ante sus palabras. Lo habría hecho unos meses antes, pero desde que estaba en la fortaleza Astruther, se había acostumbrado a que los hombres y mujeres hablasen sin tapujos a su lado. Para ellos, era una sirvienta, no una dama casta a la que había que hablar con decoro. Y para su sorpresa, aunque al principio se había sentido ofendida, ahora no le desagradaba.

De hecho, una parte de ella lo agradecía. Porque ahora sentía que las personas se dirigían a ella con más franqueza y podía permitirse establecer lazos verdaderos. Porque siendo sirvienta nadie se preocupaba de no herir su sensibilidad y hablaban con libertad.

—Lo serás si sigues alentando sus intentos de conquistarte.

—No aliento nada —replicó Lothar con su tozudez habitual—, siempre soy claro en mis intenciones. ¿Acaso cree que me casaré con ella? ¿Acaso no sabe que cuando me case será con una mujer conveniente para el clan?

A Lia no le sorprendió.

Por supuesto que Lothar se casaría por conveniencia. Lo haría con una mujer que beneficiase al clan. Una dama, no una sirvienta. Y era algo que Leonora sabía. La joven y Lia no eran amigas, pero esta le había escuchado hablar con otras sirvientas de sus intenciones.

—Ella aspira a ser tu única amante.

—Aspiraciones que solo están en su imaginación. No voy a comportarme como un monje porque ella se niegue a entender que yaceré con tantas mujeres como me plazca.

—Hasta que te cases. Entonces, deberás lealtad a tu mujer. —Las palabras salieron de la boca de Lia antes de que ella pudiese controlarlas.

Lothar soltó una carcajada tan fuerte que provocó que varios asistentes lo mirasen. Aunque

solo durante un instante, después regresaron a lo que estaban haciendo. Miró a Lia, y al ver la seriedad en su rostro, dejó de reírse.

—¿No es una chanza? —le preguntó, confundido.

—Por supuesto que no. —Lia cruzó sus brazos—. ¿No le serás leal?

—No —contestó Lothar, como si no entendiese por qué tenía que estar explicando aquello—, ni ella lo esperará. No voy a conformarme con una sola mujer cuando hay tantas dispuestas.

—Eres un disoluto.

La acusación solo consiguió que Lothar se encogiese de hombros.

—No es la primera vez que me lo dices. Y estoy orgulloso de serlo.

Él también se lo había dicho otras veces a ella. Lia no sabía por qué seguía intentando que Lothar se comportase de una manera más leal con las mujeres. En realidad, Lia era consciente de que no era de su incumbencia. Además, Lothar era honesto con todas las mujeres con las que yacía. Nunca las mentía ni engañaba. Ni tampoco les hacía promesas que no pensaba cumplir.

Algo por lo que, pese a no compartir su comportamiento, Lia lo respetaba.

Lia fue a decir algo cuando la joven que había sido ahuyentada por Leonora se acercó al altar con ofrendas a los muertos que se encontraba cerca de la hoguera, llamando su atención. La joven depositó algo que, a pesar del fuego y la luna llena que reinaba en el cielo, Lia no supo identificar.

—Alguien cercano a ella ha fallecido este año —dijo Lia.

Ella misma había encendido una vela que había dejado en el altar para honrar la memoria de Eara.

—Eso parece —apuntó Lothar, observando cómo la joven se secaba los ojos con la mano—. Voy a consolarla, necesita un hombro en el que llorar.

Lia lo miró, enojada.

—No te atrevas. Honrar a los muertos es algo muy serio, no deberías tomártelo como una broma.

Lothar chasqueó la lengua.

—A los muertos no les importa que los honremos. Están muertos Lia.

—Deberías respetarlos, pueden ofenderse si no lo haces.

Lothar se rio.

—¿No crearás en esas patrañas, no? —se burló Lothar, haciendo una mueca cuando Lia no respondió—. No temo a los vivos, ¿crees que voy a temer a los muertos? —A pesar de que lo formuló como una pregunta, no lo era—. No seas crédula.

—Deberías temerlos —dijo una voz autoritaria.

Irwin se encontraba frente a ellos.

Como cada vez que el *laird* del clan Astruther estaba cerca de ella, Lia se tensó. El hermano de Lothar le producía cierto temor que no podía evitar mostrar. Y no solo por el puesto que ostentaba.

Irwin tenía un aura de oscuridad que hacía que Lia prefiriese no cruzarse en su camino más de lo necesario. Ella tendía a evitar al *laird* siempre que podía.

Lia observó cómo el cabello oscuro y rizado de Irwin lucía más salvaje esa noche que nunca. Había pintado en la piel de su rostro dos rayas con ceniza negra que cruzaban desde su nariz hasta su mejilla. Y, a pesar de que la temperatura estaba comenzando a ser gélida, él llevaba el pecho descubierto, aunque su espalda estaba cubierta por una larga capa de piel de color marrón que arrastraba por el suelo con cada paso que daba.

Desde el comienzo de la festividad, Lia había observado que era el único que iba ataviado

de esa manera. Pese a que las personas a las que había preguntado por la vestimenta del *laird* le habían asegurado que era una costumbre que Irwin llevaba a cabo todos los años sin ninguna razón aparente, Lia no estaba segura de ello. Porque Lia sí creía en los rumores que aseguraban que el *laird* había sido criado por la bruja que ella buscaba.

—Como si tú los temieses —respondió Lothar.

—No los temo, pero sé de lo que son capaces —puntualizó Irwin, mirando a su hermano con una expresión seria—. Tú, en cambio, te burlas de ellos como haces con todo, y eso será tu perdición.

Lothar entornó los ojos, como si Irwin le acabase de decir una necedad. A Lia no le sorprendió que Lothar no hiciera caso de las advertencias de su hermano mayor. Ni siquiera aunque este fuera el *laird*.

—Mi perdición será esa joven si no yazco con ella esta noche —dijo, señalando a la muchacha a la que antes había ahuyentado Leonora. Esta le esbozó una sonrisa temblorosa que se convirtió en una mueca coqueta cuando Lothar le guiñó un ojo.

Lia negó con la cabeza, pero no se atrevió a decir en voz alta ninguno de los comentarios sarcásticos que se paseaban por su mente; no en presencia de Irwin. ¿Y si él, al contrario de Lothar, se tomaba sus palabras como una falta de respeto?

No podía arriesgarse a que la expulsaran del clan. O a un castigo peor.

Lia iba a despedirse de los dos hombres con una excusa cuando vio cómo Scarlett, la esposa de Irwin, se acercaba hacia ellos con dificultad debido a su avanzado embarazo. Instante que Lothar aprovechó para marcharse y dirigirse hacia la joven, que seguía contemplándolo desde la distancia.

Sin saber cómo actuar, Lia se quedó quieta, observando cómo Irwin rodeaba con su brazo la cadera de su mujer y le daba un beso en la mejilla.

—Pensaba que estabas acostada —le dijo Irwin a su mujer.

Lia asintió, porque ella pensaba lo mismo. Había ayudado a Scarlett a bañarse y esta le había dispensado de sus obligaciones hacia ella por el resto del día.

La joven esposa había decidido no asistir a la fiesta debido al cansancio provocado por su avanzado embarazo.

—Lo estaba, pero nuestra niña se niega a dormir. No paraba de darme patadas y no se ha quedado tranquila hasta que he desistido y me he levantado.

Lia no se sorprendió de la seguridad de Scarlett hacia el sexo de su hija no nacida, ya que sabía que la mujer del *laird* estaba convencida de que era una niña. El *laird* parecía estar de acuerdo, porque no la corrigió, solo se limitó a acariciar la tripa de su mujer.

—Nimue —Irwin se inclinó hacia el estómago de Scarlett, como si estuviera dirigiéndose a su futura bebé—, tienes que dejar descansar a mamá.

Scarlett sonrió, pero los ojos de Lia se abrieron ampliamente.

—¿Nimue? —repitió, incapaz de contenerse. Porque aunque sabía que estaba asumiendo un gran riesgo pronunciando ese nombre en voz alta, no podía evitar perder esa oportunidad. No cuando podía ser la única que tendría.

Scarlett dejó de mirar a su marido para centrar su atención en ella.

—Es el nombre que hemos decidido para la niña —le explicó—. Sé que en las Highlands pensáis que da mala suerte decir el nombre antes de que nazca el bebé, por eso no te lo he dicho.

—Es una costumbre absurda —añadió Irwin entrecerrando los ojos—. Nada malo le va a suceder a nuestra hija.

—Lo sé —a pesar Scarlett trató de sonar segura, el leve temblor de su voz la delataba—,

pero soy la mujer del *laird*. Es mi deber seguir las costumbres del clan.

Irwin negó con la cabeza.

—Eres demasiado considerada.

—Nimue —susurró Lia, que estaba sumida en sus pensamientos—. Ese es el nombre de la bruja que os crio. —Lia estaba arriesgándose demasiado, pero necesitaba saberlo. Necesitaba saber si los rumores eran ciertos.

Los ojos oscuros de Irwin la observaron fijamente durante unos largos instantes. Lia buscó en su rostro algún tipo de emoción que pudiera responder todas las dudas que se arremolinaban en su cabeza. Sin embargo, no encontró absolutamente nada.

—Es el nombre de mi madre —le corrigió Irwin.

Ella llevaba poco tiempo en la fortaleza Astruther, pero lo suficiente como para saber que el nombre de la madre biológica de Irwin y sus hermanos había sido Bonnie. Pero si los rumores eran ciertos, la bruja se llamaba Nimue; un nombre poco común en esos lares.

—Disculpadme, no quería ofenderos —se disculpó Lia con rapidez, preocupada de que el *laird* pudiese tomar represalias con ella por su comportamiento. A veces, era demasiado atrevida, y ese era un defecto que intentaba corregir antes de que tuviera problemas.

—No te disculpes —le dijo Irwin, que no parecía ofendido. De hecho, Lia pudo observar un atisbo de sonrisa curvándose en sus labios—. Si algo corre con rapidez por estos lares son los rumores. No debes hacer caso a todo lo que llega a tus oídos.

—Lo sé, milord.

—Pero siempre debes hacer caso a tu instinto —añadió Scarlett, y Lia miró a la mujer. ¿Qué quería decir? ¿Scarlett le estaba insinuando que estaba en lo cierto sobre Nimue?—. Y el mío me dice que necesito una rodaja de queso —apuntó mirando a su marido.

Irwin entornó los ojos y soltó una carcajada ante la poco sutil petición de su esposa.

—No tienes por qué dar rodeos, joyita. Sabes que tus deseos son órdenes para mí —le dijo Irwin sonriendo.

—Pero tú nunca obedeces órdenes de nadie —replicó ella.

Irwin chasqueó la lengua.

—Mientras estés encinta haré una excepción, ya que también son los deseos de mi hija, y no quiero que me odie antes de nacer.

—Ella ya te ama —dijo Scarlett, acariciándose la tripa—. Al igual que yo.

El rostro de Irwin se iluminó con una expresión de dicha indiscutible, e inclinó la cabeza para besar a su esposa con ternura.

Lia decidió retirarse discretamente, consciente de que ninguno de los dos prestaba atención a su partida. Aunque las muestras de afecto le resultaban incómodas, se alegraba de que Scarlett tuviera un esposo que no temía a expresar su amor en público.

Se dirigió a la cocina para encargarse de llevar más comida y bebida a los invitados, que parecían no tener prisa alguna en dar por finalizada la fiesta, a pesar de que la oscuridad ya había cubierto por completo el patio de armas.

En el fondo, Lia tampoco deseaba que esa noche terminara. Sentía, con una certeza inexplicable, que esa noche —la noche en la que vivos y muertos compartían el mismo espacio—, sería el momento en el que su destino cambiaría para siempre.

Capítulo 3

Lothar era un joven de diecinueve años fuerte y apuesto, pero no era el tipo de hombre que se entretenía en el cortejo prolongado. Criado en el clan Astruther, su vida había estado marcada por la supervivencia, la caza y las batallas. Era un amante apasionado, sin duda, pero los placeres de la carne se habían convertido en algo casi rutinario. El arte de las palabras dulces o los gestos tiernos no despertaba su interés; lo veía como una pérdida de tiempo.

Desde niño, su hermano le había enseñado que el clan y el honor eran lo único que importaban, aunque Irwin había caído en las garras del amor recientemente y eso no le había debilitado, seguía siendo un guerrero feroz. Aun así, Lothar sabía que el amor no era para él.

Yacía con mujeres cuando el deseo lo llamaba, pero nunca había sentido la necesidad de esforzarse demasiado por conquistar a una. De hecho, el proceso de persuadir a una joven para compartir lecho con él le resultaba mecánico y tedioso, como una tarea más entre las muchas que le asignaban. Se había acostado con tantas mujeres que el éxtasis físico estaba empezando a perder su brillo. Había experimentado lo suficiente como para que la pasión ya no lo llenara como antes.

Mientras caminaba con la joven a la que había convencido de acompañarlo hacia la intimidad del lago, sus pensamientos vagaban. Se preguntaba si, en esta ocasión, lograría sentir algo distinto. Miró los reflejos de la luna en el agua, las colinas oscuras rodeando el valle, y por un momento, sintió el peso de su propia insatisfacción. No era placer lo que le faltaba, sino algo más profundo, algo que no sabía nombrar. La necesidad de una sensación que se había incrementado en los últimos meses.

Se apoyó en el tronco de un árbol, y sujetando a la joven por las caderas, la acercó a él. Mientras sus labios rozaban los de ella, se preguntó si, alguna vez, sentiría algo más que una satisfacción pasajera, o sin tan siquiera era eso lo que necesitaba.

La joven abrió la boca, correspondiendo activamente a su beso, y se derritió en sus brazos como hacían todas. Y era algo que siempre le había hecho sentirse orgulloso, pero, en esa ocasión, como había sucedido las últimas veces, lo único que sintió fue... nada.

—Este lugar es precioso —dijo la joven con voz dulce cuando el beso se rompió.

Lothar se limitó a sonreír con ese encanto que le caracteriza, y después, volvió a besarla, saboreando la distracción momentánea. No quería hablar con ella. Ni siquiera sabía su nombre, y tampoco es que le importara. No conocía nada de su vida, y la verdad es que no le resultaba relevante. Pero mientras la besaba, las palabras de Lia, la joven sirvienta que a menudo le daba sermones, revoloteaban insistentemente en su cabeza.

Eso era lo que no lograba entender. No comprendía por qué esa muchacha parecía tener tanto poder sobre él, por qué sus palabras lo seguían incluso cuando intentaba olvidarlas. Claro, jamás lo demostraba, siempre se esforzaba en ignorar sus consejos, fingiendo que no le afectaban en absoluto. Pero la verdad era que, cada una de sus palabras, lo calaba más hondo de lo que estaba dispuesto a admitir.

Y eso era algo que a Lothar le irritaba profundamente.

Lia no solo era una joven increíblemente bella, sino que despertaba en él un deseo abrasador. Su cuerpo ardía con la simple idea de yacer con ella, y más de una vez había sentido la tentación de intentar acercarse de nuevo. Sin embargo, sabía que la respuesta sería la misma que la última vez: un rotundo *no*. Y él no era un hombre que rogara a una mujer, no importaba cuánto la deseara. Lia no iba a ser una excepción.

Aun así, el hecho de que ella lo rechazara le producía una sensación extraña, casi desesperante. Había algo en su negativa, en su inquebrantable resolución, que lo desafiaba de una manera que ninguna otra mujer lo había hecho. Y aunque no lo quisiera reconocer, eso era lo que la hacía diferente, lo que la mantenía presente en sus pensamientos, incluso cuando intentaba perderse en los brazos de otras.

La joven a la que estaba besando emitió un suave gemido de placer, y Lothar cerró los ojos un instante al darse cuenta de que, mientras sus labios estaban con ella, su mente vagaba hacia Lia. La muchacha que tenía frente a él era hermosa, sin duda, pero no alcanzaba la belleza que irradiaba la sirvienta. Lia era distinta de una manera que comenzaba a incomodarlo.

Decidido a sacarla de sus pensamientos y centrarse en el momento, rompió el beso y tomó la mano de la joven, guiándola hacia el césped. Con un gesto rápido, se quitó el manto con los colores de su clan y lo extendió sobre la hierba como si fuera una manta. La joven esbozó una sonrisa traviesa en respuesta cuando él se sentó en el manto, indicándole con una mirada que se acomodara en su regazo.

Ella lo rodeó con los brazos, rodeando su cuello, y lo miró fijamente a los ojos. Lothar vio el deseo en su mirada, y eso le complació. Su virilidad reaccionó al contacto del cuerpo de la joven, tensándose con cada roce. Un suspiro de placer escapó de sus labios cuando ella comenzó a besarle el cuello, con caricias desordenadas pero efectivas. Era evidente que la joven sabía lo que hacía, y él lo agradecía. La experiencia le evitaba tener que guiarla, algo que siempre encontraba tedioso.

Aun así, mientras disfrutaba del momento, una pequeña parte de él se preguntaba cómo sería yacer con una virgen. Una mujer que hubiera esperado solo por él. Sabía que ese deseo se cumpliría cuando el deber lo obligara a casarse, aunque no tenía ninguna prisa por ese día. Su futura esposa estaría, sin duda, reservada para su marido, fuese quien fuese, pero Lothar, con su carácter egoísta y posesivo, no sentía que eso le fuera a resultar satisfactorio. Querría algo más, algo que aún no lograba identificar.

Alguien se aclaró la garganta, interrumpiéndolos. Lothar levantó la cabeza para ver a Nerys, la esposa de Craig, observándolos.

Cualquier otra persona se hubiera sentido avergonzada de que la encontraran en aquella situación tan íntima, pero no Lothar.

—¿En que puedo ayudarte? —le preguntó con una sonrisa irónica.

Nerys soltó un bufido y se pasó una mano por su larga cabellera negra, exasperada. Era evidente que no estaba contenta.

—Podrías empezar no mancillando mi lugar preferido —espetó.

La luna llena se reflejaba en el agua, llenando de luz el lugar, por lo que pudo ver con claridad el enfado en las facciones de su cuñada. A pesar de que Craig no era su hermano de sangre, Lothar así lo consideraba. Desde que Lothar tenía uso de razón, Craig siempre había sido uno más.

Al escuchar las palabras de Nerys, la joven que seguía en su regazo, dio un pequeño salto, poniéndose de pie.

—Disculpadme, milady —murmuró, tan avergonzada que sus palabras saliendo atropelladas. A pesar de que se dirigía a Nerys, no se atrevía a mirarla a los ojos—. No pretendíamos ofenderos. —Y antes de esperar una respuesta, se dio la vuelta y salió prácticamente corriendo, de vuelta al patio de armas.

Lothar resopló.

—La has asustado.

Lejos de avergonzarse o molestarse por su acusación, los ojos azules de Nerys brillaron con orgullo. Unos ojos que a Lothar le resultaban familiares. Tanto que, a veces, sentía que se estaba mirando a sí mismo. Lo que era una completa estupidez.

—Esa era mi intención.

—¿Qué diferencia hay? —se quejó Lothar—. Como si tú no yacieras en este lugar con tu marido a menudo.

Nerys contempló durante unos instantes a Lothar con estupefacción, como si no se creyera que él hubiera podido decir aquello en voz alta. Después, sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso y Lothar sonrió con satisfacción. Puede que ella luchase por olvidar su crianza, pero la dama remilgada y casta que fue seguía dentro de ella.

—Que soy su marido —dijo una profunda voz masculina—. Esa es la diferencia.

Craig salió desde detrás de unos arbustos. Lothar supuso que había dejado allí atado al caballo en el que ambos habían ido. Él tenía que haberse imaginado que el guerrero no se encontraría muy lejos, ya que cuando este no se estaba encargando de alguna tarea del clan, se encontraba pegado a su mujer.

A Lothar le costaba entender esa necesidad apremiante que tanto él como Irwin sentían por estar con sus esposas todo el tiempo. Ambas eran jóvenes muy bellas, pero eso no era justificación suficiente para él.

—Debo recordaros que yacisteis en este lugar antes de casaros —añadió Lothar con soberbia, cruzando sus brazos. Cuando Nerys abrió la boca con sorpresa, él ladeó la cabeza hacia ella—. ¿Acaso pensabas que era un secreto? —se burló—. Por el amor de Dios, si todos los habitantes del clan lo saben.

Antes de darse cuenta, Craig le había agarrado del cuello de la camisa y empujado hasta el tronco de un árbol con tanta fuerza que su espalda crujió.

Lothar sabía que se estaba comportando como un idiota. Era consciente de que era algo que hacía muy a menudo, pero, por alguna razón, una y otra vez caía en el mismo error. Era como si una parte de él se negase a cambiar.

Aun sabiendo que Craig tenía razón, su vanidad y sus instintos de lucha, esos que había estado potenciando desde que era un niño, salieron a la superficie, y peleó contra el guerrero, logrando zafarse de él, no antes de que Craig le diese un puñetazo que iba directo a su rostro, pero que Lothar consiguió esquivar a tiempo, consiguiendo que impactase en su hombro derecho.

En cuanto se liberó del agarre, en un rápido movimiento, sacó la daga que escondía en la caña de su bota y Craig entrecerró los ojos con una sonrisa irónica apareciendo en su rostro.

—Ese movimiento te lo he enseñado yo.

—Y el alumno se ha convertido en maestro —respondió Lothar con soberbia.

Craig soltó una carcajada y alzó las manos, mostrando que él no iba a usar ningún arma.

—No necesito armas para derrotarte.

—Yo tampoco —espetó Lothar, arrojando la daga al suelo con un gesto desafiante—. Te reto a una pelea justa —declaró, con los ojos fijos en Craig.

Este abrió la boca para responder, pero no tuvo oportunidad. Nerys se interpuso rápidamente entre los dos, levantando una mano para detenerlos.

—No habrá peleas hoy —dijo con firmeza, mirando primero a Lothar y luego a su esposo—. No delante de mí y no en una noche festiva.

El aire, tenso un momento antes, pareció congelarse. Lothar, aun con el pulso acelerado, se cruzó de brazos, mientras Craig, con las manos en alto, exhaló un suspiro frustrado. La

determinación en la voz de Nerys no dejaba espacio para discusiones, y bien lo sabían.

Craig retrocedió un par de pasos, dándose por vencido.

—Samhain —musitó con los labios apretados, repitiendo la festividad que celebraban esa noche—. Agradécele tu suerte —le dijo a Lothar, señalando con la barbilla a su esposa.

—Te tiene comiendo de su mano —se rio Lothar, con una chispa de provocación en los ojos. Craigladeó la cabeza y le lanzó una mirada peligrosa—. Si no te conociera bien, diría que estás completamente dominado.

Sabía que estaba buscando pelea.

Craig y Nerys le habían estropeado su momento de placer, y ahora necesitaba saciar esa frustración de alguna manera. Últimamente, la violencia le resultaba más satisfactoria que el sexo.

Craig, sin embargo, no mordió el anzuelo. Mantuvo la calma y lo miró con seriedad, como si quisiera enseñarle una lección.

—Algún día te enamorarás —dijo Craig con voz baja pero firme—. Y entonces, entenderás que nadie domina a nadie. El amor es entrega y comprensión.

Lothar soltó una carcajada, burlón y escéptico.

—¿Entrega? ¿Comprensión? —repitió, divertido—. Suena más a esclavitud para mí.

Pero Craig no cayó en la trampa. Sus ojos seguían fijos en los de Lothar, a sabiendas de que le estaba dando una gran lección. Lothar, sin embargo, no estaba dispuesto a entenderlo aún. Para él, la vida seguía siendo una batalla constante, donde las emociones no tenían cabida más allá del placer inmediato o la lucha. Y Craig lo comprendía, porque así había sido para él hasta conocer a Nerys. Pero ahora, aunque daría su vida por el clan Astruther, Nerys y su hija eran su prioridad.

—Cambiarás de opinión. —En esa ocasión, fue Nerys la que habló.

—Mientras eso sucede —dijo Lothar, con un deje de burla que no se molestó en disimular, agachándose para recoger la daga y guardarla—, voy a buscar a la joven que has asustado y a entregarle mi cuerpo por unas horas —añadió a la vez que se giraba para marcharse sin esperar a que le respondieran.

Capítulo 4

Lia había perdido la esperanza de que la bruja apareciese esa noche. O por lo menos, de que ella fuese capaz de reconocerla. Ella había querido creer que Nimue haría acto de presencia en una fiesta como aquella; sobre todo, cuando Irwin había reconocido que ese era el nombre de su madre, el de la mujer que lo crio, pero ahora que la mayor parte de los invitados habían regresado a sus hogares, no le quedaba más remedio que aceptar la realidad.

Tal vez, al final, estaba equivocada y los rumores eran solo eso: rumores. A lo mejor, a Irwin lo crio una campesina con actitudes extrañas pero sin ningún tipo de poder mágico. Quizá Lia debía empezar a aceptar que no podía ayudar a Morag. Puede que ya fuese hora de irse de la fortaleza Astruther y comenzar su vida en otro lugar. Sin embargo, la realidad era que Lia necesitaba un propósito, una razón para seguir viviendo.

No podía rendirse. No aún. Pero la fatiga mental y emocional la empujaba a ponerle fin a esa larga noche. Necesitaba descansar, pensar con claridad, y decidir cuál sería su próximo paso.

—Disculpe, milord, ¿Scarlett se ha acostado? —le preguntó a Irwin, que se encontraba apagando una de las fogatas junto a dos guerreros. Si la señora del clan se había retirado, ella podría hacerlo también.

Irwin se giró para mirarla. Sus profundos ojos oscuros siempre provocaban en Lia una especie de escalofrío. A pesar de haberse acostumbrado a su presencia, no dejaba de ser el temido *laird* de los Astruther. Aunque durante el tiempo que llevaba en el clan Lia había aprendido a controlar su temor hacia él; o al menos, a ocultarlo lo suficiente. O eso quería creer ella.

—La he dejado en nuestra alcoba, pero no confío en que no vuelva a levantarse —respondió Irwin; su voz era grave y cansada—. Debo terminar unas tareas antes de acostarme. Ve a asegurarte de que sigue donde la dejé.

Lia asintió.

Conocía bien la testarudez de Scarlett. Era una joven amable y de buen corazón, pero increíblemente empeñada. Se dirigió hacia la fortaleza con la intención de asegurarse de que Scarlett estuviera en su habitación, tal y como Irwin le había indicado.

Pero no había dado más que unos pasos cuando, desde el patio de armas, vio a Scarlett escabullirse entre las sombras. Lia la llamó en voz baja, tratando de no alarmar a nadie. Scarlett no pareció escucharla. Se movía con una determinación inquietante, con sus ojos fijos en algún punto más allá de las murallas.

Lia se apresuró a seguirla. Algo no estaba bien. Scarlett caminaba hacia el puente levadizo, que, sorprendentemente, se encontraba sin supervisión, un hecho completamente inusual. Nadie lo custodiaba, los guardias no se encontraban en su lugar y tampoco estaba siendo transitado por ninguna persona. Aunque ella no pudo detenerse mucho tiempo en ese pensamiento, ya que Scarlett comenzó a cruzar el puente y Lia se dio cuenta de que estaba descalza e iba ataviada solo con un camisón blanco. Sin embargo, el frío de la noche no parecía afectarla.

Lia no sabía qué hacer. Una parte de ella le exigía que regresase en busca de Irwin, pero otra le gritaba que no perdiese de vista a su señora.

Scarlett se detuvo en mitad del puente, su cuerpo inmóvil mientras sus ojos estaban fijos en algo distante, en algún punto más allá de la fortaleza. Aquella visión, esa quietud extraña, fue suficiente para que Lia tomara una decisión. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia ella.

—Scarlett, ¿estás bien? —preguntó, usando el tono familiar que su señora siempre le había

pedido que utilizara con ella.

Pero cuando Scarlett giró la cabeza para mirarla, Lia tuvo que contener un grito que amenazaba con escapar de su garganta. Los ojos verdes de Scarlett, normalmente vibrantes y llenos de vida, ahora parecían vacíos, carentes de todo rastro de emoción o conciencia. Eran como pozos sin fondo, oscuros y ajenos.

—La naturaleza me está llamando. Debo ir al bosque —dijo Scarlett en un susurro inquietante, mientras volvía a moverse sin pausa, como si Lia no estuviera allí.

Lia tragó saliva, sintiendo un nudo de miedo en su garganta. Algo estaba terriblemente mal. Era como si Scarlett estuviera atrapada en un trance, un hechizo que la arrastraba, insensible al frío que calaba el aire y a las astillas de la madera bajo sus pies descalzos. Scarlett caminaba con rapidez, cruzando el puente sin mostrar signos de dolor ni fatiga. Sus pies tocaron el sendero que conducía al oscuro bosque y continuó andando sin mirar atrás, como si una fuerza invisible la guiara.

Las sospechas que Lia había tenido desde el primer instante en el que había vislumbrado a su señora se confirmaron como el peor de sus temores: ella no estaba en control de sí misma. Lia no podía dejarla sola.

Lia miró a su alrededor en busca de ayuda, aterrada y sin saber qué hace. La luna iluminaba el sendero que Scarlett había tomado, bañando la noche en un resplandor plateado.

Lia observó con impotencia cómo su señora se dirigía hacia el bosque. Un lugar que Lia trataba de evitar, ya que por alguna razón que desconocía, le resultaba extrañamente inquietante. Además, las pocas veces en las que no le había quedado más remedio que visitarlo, había sido de día, cuando el sol reinaba en el horizonte. En ese momento, de noche, con las figuras de los árboles pareciendo gigantes monstruosos que se perdían en la oscuridad del cielo, el terror se apoderó de ella.

—¡Scarlett, debemos regresar! —gritó, aun sabiendo que su señora no iba a hacerla caso.

Como respuesta, Scarlett aceleró el paso, adentrándose en las profundidades del bosque.

Lia estaba atemorizada, pero sabía que debía seguirla; sentía como si algo más profundo y siniestro que el silencio de la noche las estuviese envolviendo. Era como si el bosque, en vez de recibirlas, las estuviera reclamando.

Los árboles parecían abrirse a su paso y la brisa nocturna golpeaba contra sus copas, haciendo que las ramas se agitaran y emitirían una especie de sonido que a Lia le pareció como una voz que les susurraba que continuasen adelante.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Scarlett estaba en lo cierto: la naturaleza la estaba llamando, tan loco como eso pudiese parecerle a Lia. Lo único que podía hacer era seguir a la señora del clan. Seguir la hacia un destino incierto.

Scarlett no se detuvo hasta que llegaron a un claro. La brisa se evaporó y los sonidos de la noche desaparecieron.

Lia sintió que habían llegado al lugar adecuado.

—Scarlett —pronunció el nombre de su señora con suavidad mientras se acercaba a ella. Colocó una mano en el hombro de la joven. A pesar de la fina tela de la camisola que esta llevaba y la gélida temperatura que hacía esa noche, Lia sintió el calor que desprendía su piel y eso la tranquilizó levemente—, ¿estás bien?

Scarlett ladeó su cabeza hacia Lia. Ella vio en sus ojos una confusión palpable, como si despertara de un sueño profundo.

—¿Dónde estoy? —le preguntó, desconcertada.

—¿No te acuerdas? —Scarlett negó con la cabeza mientras observaba a su alrededor, como

si no entendiese nada—. Has venido al bosque. He intentado retenerte, pero ha sido imposible.

Lia había oído hablar de personas que caminaban mientras dormían, que se movían sin conciencia, pero siempre lo había tomado como simples supersticiones, historias para asustar a los niños. Ahora, sin embargo, esas historias parecían cobrar vida frente a ella. Era como si Scarlett hubiera estado bajo un hechizo del que comenzaba a despertar.

Scarlett bajó la vista hacia su atuendo, y luego levantó primero un pie, y después el otro. A pesar de haber caminado descalza sobre piedras afiladas y tierra húmeda, sus pies estaban intactos, impolutos, como si acabara de lavárselos.

—No lo entiendo... —comenzó a decir Scarlett, pero las palabras murieron en sus labios, porque se inclinó hacia delante, llevándose sus manos hacia su vientre, emitiendo un grito ahogado de dolor.

—Scarlett, ¿qué sucede?

—Es el momento, ella está llegando.

—¿Quién? ¿Quién está llegando? —preguntó Lia, su corazón acelerándose mientras observaba con terror cómo Scarlett se doblaba de dolor, apretando su vientre con ambas manos.

De repente, un líquido claro empezó a descender por las piernas de Scarlett. Lia, aunque aterrada, comprendió lo que estaba ocurriendo. Había estado presente en el parto de una de las sirvientas hacía unas semanas, y este era el mismo signo inconfundible. Scarlett iba a dar a luz.

—Tenemos que volver a la fortaleza —dijo Lia, tomando a Scarlett por el brazo, desesperada por llevarla a un lugar seguro.

Scarlett asintió, y juntas lograron dar unos pocos pasos antes de que un crujido profundo, resonando por todo el claro, las detuviera. El sonido parecía provenir de la tierra misma, como si los árboles y el suelo estuvieran advirtiéndolas de que no se movieran.

—Ella debe nacer aquí, en la naturaleza —declaró Scarlett, deshaciéndose del agarre de Lia.

—Pero yo... no sé qué hacer —balbuceó Lia—. No soy partera. Solo he asistido a un parto y mi labor se limitó a llevar paños mojados —explicó con honestidad.

Scarlett la miró entonces. Sus ojos, que antes estaban llenos de desconcierto, ahora brillaban con calma y determinación.

—Todo va a salir bien —dijo Scarlett, su voz suave, pero llena de convicción—. Mi hija nacerá sana. La naturaleza la protegerá.

Lia pensó que Scarlett había perdido la razón.

¿Cómo podía estar tan segura? Sin embargo, algo en la mirada de ella le impidió discutir. No había espacio para la duda en las palabras de Scarlett.

Con manos temblorosas, Lia ayudó a Scarlett a sentarse sobre una gran piedra plana, alta y alargada, que parecía haber sido colocada allí con un propósito. Era casi como si la naturaleza misma las estuviera guiando, ofreciendo un lugar adecuado para el nacimiento. Pero, a pesar de todo, Lia se sentía completamente fuera de su elemento.

¿Qué iba a hacer?

En ese momento, un pensamiento claro y firme resonó en su mente.

«Salir adelante».

Porque eso era lo que Lia llevaba haciendo desde que renació: salir adelante y superar los obstáculos día tras día. Ella se había convertido en toda una superviviente. Porque, durante los últimos meses, no había estado viviendo, sino sobreviviendo.

Ella sintió como si aquella fuese la prueba que necesitaba, la que había estado esperando. No sabía por qué ese pensamiento llegó a ella, pero logró darle la fuerza que necesitaba.

Lia se situó entre las dos piernas de Scarlett justo cuando esta gimió de dolor y comenzó a

empujar. Scarlett iba a dar a luz allí y solo la tenía a ella. Y entonces, fue como si una partera experimentada se apoderase de su cuerpo. Lia apenas era consciente de lo que estaba haciendo, se limitaba a seguir unos instintos que no sabía que tenía, y para cuando quiso darse cuenta, un fuerte llanto procedente de un pequeño cuerpecito resonó en el claro.

Lia se quitó el chal de lana que llevaba sobre los hombros para protegerse del frío y cubrió a la pequeña con él. Después, la puso en los brazos demandantes de su madre. Scarlett lloraba de felicidad, observando las bellas facciones de la pequeña que había salido de su vientre.

Agotada, se dejó caer sobre la hierba y levantó la vista hacia el cielo. Y entonces, la vio.

La luna llena se había teñido de rojo. Una luna de sangre iluminaba el claro. Lia no entendía qué era, nunca había visto algo así, pero sabía que aquello no era una simple coincidencia. La luna roja estaba ligada al extraño nacimiento de la niña.

El destino de aquella pequeña parecía estar marcada por esa luna sangrienta que bañaba la noche. Y, de alguna manera, sintió que el suyo también.

—Nimue, llegas tarde —dijo Scarlett, provocando que Lia dejase de mirar la luna.

Aunque así era como ella e Irwin iban a nombrar a su hija, Lia sabía que su señora no estaba hablando con su bebé recién nacida.

Lia no se atrevió a darse la vuelta. Porque *ella* estaba allí. La bruja, la mujer que había estado buscando durante tantos meses.

—Hoy es una noche especial —respondió una voz de mujer. Su tono era suave, casi melódico—. He estado muy ocupada.

—¿Tan ocupada como para no poder ayudar en el parto de tu nieta? —inquirió Scarlett mientras entrecerraba los ojos fruto del agotamiento. No había reproche alguno en su pregunta, tan solo curiosidad.

—No me has necesitado. La naturaleza te ha otorgado todo lo necesario; incluso a esta joven.

Lia sentía la mirada de la mujer en ella, y haciendo acopio del valor que el cansancio no se había llevado, se levantó y miró a la mujer; más bien, a la anciana. Era menuda, y estaba ataviada con una capa roja que tapaba su cuerpo, pero llevaba la capucha bajada.

Para sorpresa de Lia, la anciana la miraba con una sonrisa amable, muy distinta de la figura oscura y temible que los rumores describían. Siempre había imaginado una bruja de facciones severas y ojos tan negros como su corazón, pero estos ojos, azules y serenos, la contemplaban casi con ternura, como haría una abuela con su nieta. Tenía un largo cabello rubio, casi blanquecino, adornado por una bonita corona de flores que llamó la atención de Lia. Su rostro era casi angelical, y Lia pensó que era una mujer hermosa.

Nerviosa, Lia se llevó una mano a su cabello rojizo, una costumbre que la ayudaba a calmarse cuando se sentía incómoda.

—¿Eres la bruja? —preguntó en un susurro, temerosa de la respuesta.

La anciana extendió la mano, y con un gesto sorprendentemente delicado, le acarició la mejilla. Aunque sus manos estaban ásperas por los años de trabajo a la intemperie, Lia apenas sintió el roce en su piel. Era como si la mano de la anciana, pese a su aspereza, llevara consigo una dulzura inesperada.

—Soy lo mismo que tú —le dijo, bajando la mano.

Inconscientemente, Lia negó con la cabeza, provocando que la mujer esbozase una amplia sonrisa. Nimue le estaba haciendo ver que no era una bruja, pero Lia no podía considerar ni siquiera esa opción; no ahora que estaba tan cerca.

Lia abrió la boca, aunque no estaba muy segura de lo que iba a decir. Sin embargo, no

importó, porque la mujer giró la cabeza para centrarse en Scarlett y en la bebé.

—¿Puedo cogerla? —preguntó, aunque se había acercado a ellas y estiraba los brazos, demandante.

—Por supuesto —contestó Scarlett con una sonrisa—. Nimue —dijo, mirando a su bebé—, tu abuela quiere abrazarte.

Pese a que la niña solo tenía unos minutos de vida, giró la cabeza para mirar a la anciana y a Lia le pareció que sonreía como si hubiese entendido a la perfección a su madre y como si estuviese deseosa de conocer a su abuela. Lia sabía que eso era imposible, que probablemente era fruto del cansancio.

La luna roja seguía brillando en el cielo, pero solo ella parecía haberse dado cuenta de ello. No tenía fuerzas para hacérselo saber a las otras dos mujeres, aunque tampoco le estaban prestando atención.

Nimue abrazaba a su nieta y le susurraba palabras en un lenguaje que Lia no entendió. Scarlett solo las observaba con orgullo.

—¡Por los clavos de Cristo! —gritó una profunda voz masculina—. ¿Es mi hija?

Irwin apareció en el claro, caminando con rapidez, con su rostro marcado por la preocupación. Su ceño fruncido se suavizó al ver a Scarlett y a la niña. Sin detenerse, se acercó a su esposa y, con un solo movimiento, la levantó en brazos, apartándola de la piedra donde había dado a luz, sin prestar atención a la sangre que aún la cubría.

Lia no se sorprendió por la acción de Irwin. Era un guerrero acostumbrado a la sangre y la violencia, pero, en ese momento, la suavidad con la que sostenía a su mujer demostraba que era más que un guerrero despiadado. Era un hombre que amaba a su familia.

—Estamos bien —dijo Scarlett, mirándolo a los ojos, intentando calmar su agitación—. Todo ha salido bien.

Irwin la estrechó contra su pecho, como si temiera perderla. La preocupación aún asomaba en su rostro, pero comenzó a relajarse cuando vio a su hija, sana y segura, en los brazos de la anciana.

Nimue miró a Irwin.

—Ha nacido bajo la luna roja, la noche en que los muertos y los vivos caminan juntos —comunicó en un tono grave, como si sus palabras contuvieran un significado más profundo del que Lia pudiera comprender—. Con ella, comienza todo.

Irwin tragó saliva, pareciendo visiblemente afectado. Algo que extrañó a Lia, ya que en las pocas interacciones que había tenido con el *laird*, este había demostrado que era un hombre que no se alteraba con facilidad. Un luchador indomable que no temía a nada.

—Esas son solo supersticiones. No hay verdad en ellas.

Nimue mantuvo su semblante sereno, pero sus ojos claros se clavaron en Irwin, como si lo desafiara a desmentir lo inevitable.

—El elegido crece fuerte. Lo he visto con mis propios ojos, hijo mío —dijo, mientras entregaba a la niña dormida a Scarlett, quien la tomó con delicadeza, abrazándola con fuerza contra su pecho—. Él cumplirá la profecía, y tu hija...

—No sigas —la interrumpió Irwin. Su tono era bajo pero helado, como el viento que soplaba desde las montañas.

La anciana suspiró y su expresión se endureció un poco.

—No pronunciar las palabras no cambia lo que está escrito. Debéis estar preparados.

Lia no entendía nada, y por la expresión de Scarlett, parecía estar igual de desconcertada. Sus ojos se movían entre su esposo y la anciana, abiertos por la sorpresa y la incertidumbre.

Irwin se pasó una mano por su rostro.

—Lo único que me importa ahora es llevar a mi esposa y a mi hija a la fortaleza. Protegerlas del frío y de los peligros del bosque.

La anciana negó con la cabeza suavemente, con una sombra de tristeza en su rostro.

—No podrás proteger a Nimue por mucho tiempo. Tu deber será enseñarla a protegerse a sí misma.

Como respuesta, Irwin se giró, dándole la espalda. A pesar del rechazo, la anciana no hizo ningún movimiento para marcharse. Lia, cada vez más confundida, no podía desentrañar el significado de la conversación. Todo aquello le resultaba incomprensible.

—¿Cómo me encontraste? —le preguntó Scarlett a su marido, intentando cambiar de tema para aliviar la tensión en el aire.

—No fui yo —contestó Irwin, señalando con la barbilla—. Fue él.

Lia, distraída por la conversación, no había notado hasta ese momento la presencia de Alpin, el gran perro de Irwin. El animal, imponente y de pelaje oscuro como la noche, la observaba fijamente, con los ojos entrecerrados, como si solo ella estuviera en el claro. Aunque el perro nunca le había hecho daño, seguía sintiendo una extraña aprensión hacia él. Alpin avanzó unos pasos hacia Lia, y ella retrocedió instintivamente.

—¿Temes al perro? —preguntó Nimue, con una leve sonrisa.

—No me gustan los animales —confesó Lia. Pese a que su atención estaba en la anciana, no podía dejar de mirar por el rabillo del ojo al perro con cautela—. Y menos los grandes y peligrosos.

La anciana soltó una carcajada, un sonido inesperado y casi jovial que resonó en el claro.

—El destino es caprichoso —murmuró con diversión. Una diversión que Lia no comprendió.

Irwin chistó suavemente, llamando a Alpin. El perro, obediente, se giró y dejó de intimidar a Lia, acercándose a su dueño con pasos ligeros.

—Lia, regresa con nosotros —le pidió Scarlett.

Lia asintió, sintiendo que debería volver con ellos, pero había algo más que necesitaba resolver. Giró la cabeza para hablar con Nimue, pero la anciana ya no estaba.

Miró hacia todos los lados, buscándola con urgencia, pero no la encontró por ningún lado. Se había evaporado, como si jamás hubiera estado allí.

¿Cómo era posible?

—Necesitaba hablar con ella —susurró, sintiendo un leve vacío en el pecho.

—Si ella quiere hablar contigo, te encontrará —le informó Irwin con calma, aunque su voz sonaba más sombría de lo habitual—. Nadie encuentra a la bruja. Ella es quien te encuentra a ti.

Mientras volvían a la fortaleza a través del bosque, en silencio, Lia reflexionaba sobre dos cosas que la inquietaban profundamente. La primera, que Irwin había admitido, aunque indirectamente, que Nimue era una bruja, algo que hasta ese momento había negado con todas sus fuerzas. Y la segunda, que al mirar al cielo, se dio cuenta de que la luna, que antes brillaba roja como la sangre, había vuelto a su tono plateado habitual, como si nada extraño hubiera sucedido.

Pero en su interior, sabía que todo había cambiado.

Capítulo 5

Lia observaba a Scarlett, profundamente dormida, con el cansancio marcado en su rostro. Desde el primer momento en que le ordenaron que tomara el lugar de Eara como doncella de la esposa del *laird*, había sentido rechazo. No era que Scarlett no fuese una mujer amable y generosa; al contrario, su dulzura era innegable. Pero Lia no deseaba volver a estar cerca de mujeres de alta cuna, como lo había sido ella en el pasado. Demasiados recuerdos.

Había aceptado el cargo solo para honrar la memoria de Eara. Sin embargo, ahora empezaba a comprender que había algo más profundo detrás de esa decisión. Era el destino tejiendo sus hilos, guiándola hasta la bruja. Todo esto tenía que ver con ella.

Scarlett había pasado la noche entera amamantando a su hija recién nacida, Nimue. La pequeña parecía haber heredado el temperamento fuerte de su padre. Era demandante, y su llanto, tan agudo y constante, resonaba en cada rincón de la fortaleza. Lia se preguntaba cómo alguien podría haber dormido esa noche. Aunque, para ser sincera, incluso si hubiera reinado el más absoluto silencio, sus propios pensamientos no le habrían permitido descansar.

Lo que había visto la noche anterior aún la atormentaba. Las imágenes seguían dando vueltas en su cabeza, formulando preguntas que no sabía cómo responder. Necesitaba hablar con su señora, aunque ya lo había intentado en varias ocasiones, sin éxito. Scarlett, exhausta, había evitado el tema, pero Lia intuía que detrás de ese cansancio se escondía una reticencia a contar la verdad. Pese a ello, Lia sabía que debía insistir en cuanto tuviera la oportunidad.

Miró hacia la cuna donde descansaba la pequeña Nimue. La bebé dormía plácidamente. Con su cabello oscuro y las delicadas facciones que ya la asemejaban a su madre, no había duda de que sería una niña hermosa, y con el tiempo, una mujer de extraordinaria belleza.

El deber de Lia era vigilar el sueño de madre e hija, y lo cumplió con esmero hasta que Scarlett finalmente abrió los ojos, parpadeando contra la tenue luz que empezaba a inundar la estancia.

—¿Sigue dormida? —preguntó, aún somnolienta, mientras señalaba hacia la cuna.

—Sí, estaba exhausta.

—Lo que temo es que se despierte con tanta vitalidad que no quiera dormir esta noche.

Esa era una posibilidad que Lia no descartaba. Se levantó de la silla en la que se encontraba sentada y ayudó a Scarlett a incorporarse en la cama, ya que aún estaba adolorida por el parto.

—Debes quedarte en la cama un poco más —trató de aconsejar Lia, notando el gesto de dolor en el rostro de Scarlett al moverse.

—He dado a luz, no estoy enferma —replicó esta, deshaciéndose de las mantas y sentándose en el borde de la cama—. La mayor parte de las mujeres continúan con sus labores al día siguiente de dar a luz.

—No eres como el resto de mujeres.

—Soy la hija de los barones de Claymore, pero nunca he aceptado que me traten como si fuese superior, y no lo haré ahora que soy la mujer del *laird*.

Lia admiraba esa fortaleza. A pesar de su procedencia, Scarlett no permitía que su nobleza la separara de las mujeres comunes. Lia tuvo una posición de poder en su anterior clan antes de que todo se desmoronara por sus malas decisiones. Ver la valentía y humildad de Scarlett la hacía preguntarse cómo habría sido su vida si hubiera tenido la misma sabiduría.

Mientras Scarlett se levantaba, Lia aprovechó para retomar el tema que la había estado perturbando toda la noche.

—Ayer fue una noche extraña —comenzó Lia con cautela—. Nunca había visto una luna roja y ...

—¿Es preciosa, verdad? —la interrumpió Scarlett, que se había colocado junto a la cuna observando a su pequeña recién nacida.

—Lo es —concordó Lia. Ella era consciente del cambio de tema de Scarlett, pero, aun así, estaba dispuesta a insistir—. Scarlett, ¿a qué se refería Nimue cuando dijo que todo comenzaba con la niña?

Scarlett giró lentamente la cabeza para mirar a Lia. Por un momento, pareció dudar. Abrió la boca para hablar, pero luego la cerró, como si luchara consigo misma. Finalmente, suspiró.

—La naturaleza tiene planes para mi pequeña —confesó en voz baja—. Planes que Irwin y yo hemos intentado ignorar, pero sabemos que no podremos eludir. Nimue está destinada a algo grande, algo que ninguno de nosotros puede detener.

Lia fue a hacer más preguntas, pero, en ese preciso momento, Nimue despertó con un grito que hizo eco en la habitación. Scarlett, en un movimiento rápido aunque cuidadoso, sacó a su hija de la cuna y la acunó en sus brazos. La bebé se calmó inmediatamente. Sin embargo, cuando Lia intentó retomar la conversación, Nimue volvió a gritar, como si se negara a permitir que su madre revelara más.

¿Estaba la bebé saboteándola?

Lia se dijo a sí misma que aquello no tenía ningún sentido. Nimue no tenía ni un día de vida; no sabía hablar y, mucho menos, tenía la capacidad de comprender ni una sola de sus palabras.

Para fortuna de la cordura de Lia, que al parecer estaba comenzando a perder, la puerta de la alcoba se abrió, interrumpiendo sus pensamientos. Irwin entró con pasos apresurados. Tenía una leve arruga en su ceño que desapareció en cuanto su mirada se posó en su mujer y en su hija.

Irwin avanzó por la estancia hasta colocarse al lado de Scarlett. Le dio un cariñoso beso en los labios a modo de saludo.

—Se escuchan sus gritos hasta en el campo de entrenamiento.

Scarlett sonrió.

—Nimue tiene las ideas claras.

—Al igual que su madre —añadió Irwin, inclinándose para besar la frente de su hija—. Lia —la mirada del *laird* se centró en la sirvienta—, ve a la cocina y trae el desayuno a mi mujer.

Scarlett negó con la cabeza.

—No es necesario, bajaré a desayunar.

—No, no lo harás. Vas a quedarte descansando —replicó Irwin con contundencia, fijando su mirada en su mujer. Scarlett arrugó el ceño, poco contenta del tono demandante que su marido estaba utilizando, lo que provocó que Irwin suavizara sus palabras—. Necesitas reposo, joyita. Las dos lo necesitáis —recalcó, señalando a la bebé, que volvía a dormir plácidamente en los brazos de su madre.

Scarlett bajó la mirada hasta su hija y exhaló un suspiro de resignación.

—Supongo que un día de descanso no me vendrá mal —cedió mientras Irwin la guiaba suavemente hasta la cama—. Lia —dijo, mirando a su sirvienta—, ¿podrías asegurarte de que me preparen un baño caliente? —preguntó, con una mirada que mostraba gratitud.

La joven asintió a la vez que observaba cómo Irwin arrojaba a su mujer y la pequeña Nimue se quedaba dormida en los brazos de su madre. El *laird* se tumbó en la cama al lado de su esposa y de su bebé.

Lia salió, cerrando la puerta detrás de ella, dispuesta a seguir los mandatos que le habían

dato. Los pasillos de la fortaleza eran frescos a esa hora de la mañana cuando la mayor parte de las chimeneas estaban apagadas, pero eso no impidió que continuase andando.

No le extrañó no encontrarse a nadie, ya que los guerreros estaban en el campo de entrenamiento, y los sirvientes estaban comenzando a realizar sus tareas.

Al doblar la esquina cerca de las escaleras que llevaban a las cocinas, sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Aquel lugar estaba exento de ventanas y tan solo un par de velas lo iluminaban, pero no se le pasó desapercibida la sombra de una figura que se delineaba en la penumbra. Lia se detuvo de inmediato, reconociendo a la mujer que estaba allí.

Lia tragó saliva tratando de controlar el nerviosismo que la invadía. Nimue se encontraba frente a ella.

—¿Has venido a visitar a tu nieta?

La anciana la miró fijamente. Llevaba la capucha puesta y apenas podía ver su rostro, pero Lia la hubiera reconocido en cualquier lugar.

—He venido a verte a ti.

—¿A mí? —repitió Lia con incredulidad. Hizo una pausa, esperando a que Nimue respondiera, pero cuando la anciana no dijo nada, continuó hablando—: Llevo meses esperando este momento —confesó—. Tengo que pedirte un favor. Necesito que me ayudes a conseguir que una persona importante para mí se quede encinta. —Las palabras salieron de la boca de Lia con torpeza, para nada de la manera en la que se había imaginado que sería aquella conversación. Pero aquella podía ser la única oportunidad de poder hablar con Nimue y no podía desaprovecharla.

Nimue la observó en silencio durante unos largos instantes que, para Lia, fueron eternos. Tan solo podía ver los ojos claros de la bruja, que no reflejaban ninguna emoción.

—Eres una joven bondadosa que no pide nada para ella —habló finalmente, con una voz dulce y armoniosa—. Una joven a la que debo un favor por ayudar a traer al mundo sana y salva a mi nieta. Aun así, lo que me pides requiere de un poderoso hechizo.

—¿No eres tan poderosa como para realizarlo?

Nimue soltó una carcajada. El sonido rebotó en las paredes de la fortaleza. Era una risa suave y casi contagiosa.

—No es poder lo que me falta, pero todo hechizo poderoso necesita de un sacrificio.

—Sacrificaría lo que fuera por ayudar a Morag. Ella merece la felicidad de engendrar a su bebé.

Nimue asintió, como si estuviera completamente de acuerdo con ella.

—¿Y qué estás dispuesta a sacrificar?

—Daría mi propia vida por ella —respondió Lia con convicción. Porque Morag no se merecía menos que eso.

—No es necesario tan noble sacrificio. A menudo, las vidas no son el precio más alto que se puede pagar.

Lia frunció el ceño, confundida.

No tenía nada más que ofrecer. ¿Qué más podía dar una mujer que ya lo había perdido todo?

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

Nimue avanzó lentamente hacia Lia. Cuando estuvo frente a ella, extendió una mano y la apoyó suavemente en su pecho, sobre su corazón.

La bruja dejó que el silencio se extendiera entre ambas, como si saboreara la confusión de Lia. Sus ojos seguían escudriñando a la joven con una intensidad que hacía que el aire se sintiera

más denso. Lia se removió, impaciente, pero consciente de que no podía precipitarse en una conversación con alguien como Nimue. La bruja tenía el control de la situación, y Lia solo podía esperar su respuesta.

Finalmente, Nimue habló con voz tranquila.

—La otra noche, cuando los muertos cruzaron el umbral entre su mundo y el nuestro, recibí una visita. Alguien que una vez significó mucho para ti.

Lia sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda al escuchar esas palabras. No porque Nimue hablase con los muertos. El Samhain era la noche donde las brujas podían ejercer ese poder. Lo que le preocupaba era el muerto con el que había hablado.

—¿De quién hablas? —inquirió con un nudo en la garganta.

—Eara —un suspiro de alivio que no sabía que había estado conteniendo brotó de los labios de Lia al escuchar el nombre de su amiga—, ella se ha comunicado conmigo.

—¿Y qué quería?

—Su espíritu aún permanece cerca de este mundo porque algo quedó inconcluso, algo que tú puedes arreglar. Ella necesita que busques a Callem y lo convenzas para que regrese al clan; para que deje atrás la ira y el rencor.

Callem, el hermano gemelo de Lothar y el enamorado de Eara, escapó del clan la misma noche del asesinato de esta meses atrás. Desde entonces, Lia no había sabido nada más del joven.

—¿Por qué yo? —indagó Lia con confusión—. Apenas conozco a Callem, él no me hará caso.

Nimue sonrió.

—Eara confía en que él te escuchará. Porque no irás sola, llevarás contigo a Lothar. Eara está segura de que tú eres la única que puede convencerlo de que vaya en busca de su hermano.

Lia tragó saliva.

¿Tenía que ir en busca de Callem junto a Lothar? Aquello era una locura. Aunque era lo menos loco que había escuchado en las últimas horas.

—¿Si traigo a Callem de vuelta conmigo, harás el hechizo?

—Si consigues que regrese, cumplirás con los deseos de tu amiga. Eso te hará digna del hechizo, pero aún deberás realizar el gran sacrificio.

—¿Y cuál será?

—Tu libertad.

—¿Mi libertad? ¿Me vas a apresar?

Nimue se rio.

—Volverás a ser Lilas Cameron y a cumplir el cometido que el destino tiene guardado para ti.

Lia se congeló al darse cuenta de que Nimue había sabido todo el tiempo su verdadera identidad. Aunque, al instante, fue consciente de que había sido una ingenua creyendo que podía ocultárselo. Nimue era una bruja, por supuesto que conocía su pasado.

Sin embargo, aquello que le estaba pidiendo era demasiado. Un sacrificio que no estaba segura de poder realizar. Lia no quería volver a ser esa niña crédula y mimada que, sin saberlo, había participado en hechos tan deleznable como la traición a su hermano. No, ya no era Lilas Cameron, y nunca lo sería.

Fue a negarse, a explicarle a Nimue que no podía hacerlo. Tenía que haber otra alternativa. Pero pudo ver en los ojos de la bruja que eso no era posible. No había otra opción.

Nimue tenía razón. Su vida no era el precio más alto a pagar.

Aun así, lo haría. Lo haría por Angus y Morag, porque tal vez tendría que regresar al clan

que la vio nacer, y quizá volverían a llamarla Lilas, pero ella nunca volvería a serlo. Porque ella había cambiado.

—Lo haré —dijo con voz firme, aunque su corazón temblara—. Acepto tu trato.

Nimue esbozó una sonrisa, no de triunfo, sino de una aprobación tranquila y calculada, como si todo hubiera seguido el curso que ella ya había previsto. Con un gesto lento y deliberado, alzó una mano y se acercó a Lia, colocando los dedos sobre su frente. Al instante, una sensación de frío recorrió el cuerpo de Lia, pero no era un frío físico, sino algo más profundo, algo que penetraba en su esencia.

—Si aceptas el pacto, no hay marcha atrás. No sin consecuencias.

—No voy a echarme atrás.

Nimue se separó de ella.

—Debes partir junto a Lothar mañana al alba. Debes darte prisa en regresar, el alma de Eara está sufriendo.

—Pero ¿cómo encontraré a Callem?

Nimue se encogió de hombros.

—No soy yo quien puede darte esa respuesta, muchacha. Sigue los susurros de tu propio corazón, pues él conoce el pulso que, aun en la distancia, siempre retorna. Solo cuando dejes de buscarlo, él hallará el camino hacia ti.

Lia cerró los ojos por un instante.

—¿Qué diantres significa eso?

Nimue sonrió.

—Pronto lo descubrirás.

La joven abrió la boca para hacer otra pregunta, pero Nimue desapareció. En esta ocasión, Lia apenas se había distraído; sin embargo, Nimue se había evaporado en el aire.

Lia estaba comenzando a detestar esa costumbre que parecía tener la bruja de dejarla con la palabra en la boca.

Capítulo 6

Lothar sintió el filo frío de la espada presionando contra su garganta. Su oponente lo había desarmado y tirado sobre las duras piedras heladas del suelo. Sabía que su única opción era rendirse, pero no lo haría. Prefería enfrentar la muerte a reconocer una derrota. Una sonrisa desafiante se dibujó en sus labios, invitando silenciosamente al guerrero que tenía frente a él a terminar lo que había empezado.

—No sé si eres un temerario o un necio —masculló Craig, manteniendo la espada apenas separada de la piel de Lothar, aunque, antes de alejarla del todo, deslizó la hoja para dejar un leve rasguño en su cuello; una advertencia.

Una advertencia que, por supuesto, Lothar ignoró.

—Soy un guerrero que no teme a la muerte —respondió Lothar poniéndose de pie.

—En el campo de batalla no estarás solo. Otros guerreros te acompañarán. Hombres con familias, cuyas vidas pondrás en riesgo con esa actitud.

Lothar entrecerró los ojos. Su expresión se endureció.

—No es necesario que me repitas las mismas lecciones que ya me ha dado Irwin. Sé recordarlas bien.

—Pero no llevarlas a cabo —apuntó Craig, desviando la mirada hacia el otro extremo del campo de entrenamiento, donde Irwin enseñaba a los jóvenes guerreros a luchar sin armas.

Lothar se encogió de hombros.

Respetaba a su hermano, pero no compartía todas sus enseñanzas. Su propia temeridad le había permitido ganar la mayoría de los duelos que había librado; el desprecio por el miedo hacía que sus oponentes lo subestimaran, pensando que podían vencerlo. Pero Lothar no era fácil de derrotar. Para él, perder, incluso en un simple duelo de práctica, era el mayor de los fracasos, y no podía tolerarlo.

—¿Esto era parte de la lección? —inquirió Lothar, llevándose la mano al cuello para limpiarse una gota de sangre que se escurría por su piel.

Craig frunció el ceño.

—Fue una advertencia. No vuelvas a hablarle a Nerys de la manera en la que lo hiciste ayer.

Lothar esbozó una sonrisa maliciosa.

—La traté bastante bien, considerando que asustó a la mujer con la que iba a fornicar. Aunque debería agradecerle su inoportuna aparición. La joven se mostró mucho más considerada y generosa cuando fui en su búsqueda.

Craig le lanzó una mirada furiosa y Lothar se preparó para esquivar el golpe que sabía que vendría. Pero el golpe no llegó, ya que uno de los guerreros que custodiaba el puente se apresuró hacia ellos, interrumpiéndolos.

El guerrero parecía visiblemente alterado, logrando que Craig olvidara su ira por unos instantes y le prestara toda su atención.

—¿Qué sucede, Roth?

El guerrero tomó aire, preparándose para la noticia que iba a darles.

—Un mensajero está esperando en el puente. Asegura que trae un mensaje de Somerled para el *laird*. Dice que es urgente.

Craig miró hacia el lugar donde, hacía unos instantes, se encontraba Irwin. Sin embargo, él ya no estaba allí, sino que Donovan, otro de los guerreros del clan, ocupaba su lugar.

—Donovan, ¿dónde está nuestro *laird*?! —gritó Craig con todas sus fuerzas para que el

guerrero lo escuchara.

Lothar observaba la interacción en silencio, desconcertado. Craig estaba preocupado; Lothar podía percibirlo por la manera en la que su expresión se había endurecido y por la forma en la que cruzaba sus brazos, con la tensión acumulada en sus músculos. Y eso era insólito en alguien tan imperturbable como el comandante en jefe.

Donovan también debió darse cuenta, porque le hizo una señal a un joven guerrero pelirrojo para que tomara su puesto. Luego, se acercó a ellos a paso rápido.

—Ha ido al interior de la fortaleza. Tenía algo importante que hacer.

—Sí, asegurarse que su pequeña mocosa está bien, no vaya a ser que tosa y no esté él para protegerla —se burló Lothar, incapaz de no intervenir durante más tiempo.

Aunque respetaba a su hermano, no entendía por qué Irwin mostraba tanto apego por la pequeña Nimue. Solo tenía un día de vida, e Irwin ya era capaz de matar a cualquiera que la mirara mal.

Lothar no comprendía cómo su hermano podía sentir tanto por una criatura que apenas acababa de llegar al mundo. Solo era una bola de carne llorosa. Sin embargo, en los pocos minutos que la había visto, había notado sus rasgos delicados, e incluso cierto parecido a él mismo, lo cual le pareció curioso, ya que Irwin y él apenas compartían semejanzas. De adulta, Nimue sería una joven hermosa, una que hombres como él intentarían embaucar. Sintió un repentino enojo al imaginárselo. No, él no permitiría que ningún hombre la deshonrara.

—Ve en su búsqueda —le exigió Craig a Donovan—. Probablemente, se encuentre en sus aposentos. Dile que es urgente. No aceptes un no por respuesta. —Donovan asintió y corrió a cumplir las órdenes del comandante en jefe—. Roth —Craig se dirigió al guerrero, que seguía frente a ellos—, ve al puente y custodia al mensajero hasta el gran salón.

Cuando se quedaron solos, Lothar miró a Craig con una ceja alzada.

—Lo último que supe es que Somerled se encontraba visitando a su padre enfermo. Dudo que tu preocupación sea porque el mensajero trae noticias preocupantes sobre el estado de salud de su progenitor.

—Hay muchas cosas que ignoras —respondió Craig mientras guardaba su espada en la funda—. El entrenamiento ha terminado. Eres libre de ir a buscar alguna mujer ingenua a quien impresionar.

Craig se dio la vuelta, saliendo del campo de entrenamiento. Pero Lothar lo siguió.

—Exijo saber qué está pasando.

Craig no se molestó en responder ni disminuyó el paso. Lothar, determinado, corrió hasta ponerse frente a él, bloqueándole el paso.

—Me he ganado saber qué sucede.

—Si te lo hubieras ganado, tu hermano ya te lo habría contado.

—Entonces, dímelo tú.

Como única respuesta, Craig le dio un empujón, apartándolo. Lothar contuvo sus ganas de lanzarse contra su comandante. Estaba cansado de que lo trataran como un mocoso cuando ya era todo un hombre y siguieran ocultándole información. Sin embargo, bien sabía por experiencia que no conseguiría nada enfrentándose a Craig, porque este tan solo seguía las órdenes de su hermano. Así que, fingiendo que había aceptado la derrota, esperó a que Craig se alejara, y cuando este estaba lo suficientemente lejos como para no verle, echó a correr hacia el puente levadizo.

Si nadie se dignaba a contarle lo que sucedía, lo averiguaría él mismo.

Al llegar, vio a Roth y a otro guerrero observando al mensajero, quien había bajado de su

caballo y esperaba, visiblemente exhausto, a que le permitieran pasar. Era un joven de piel clara, con el rostro marcado por un largo y apresurado viaje. Lothar no lo reconoció, y juraría que no era de la región.

Se acercó a los custodios, adoptando una postura de autoridad.

—Apartaos, debo hablar con el mensajero —dijo con voz firme.

Los guerreros lo miraron, dudosos, sin moverse. Lothar insistió, con tono imperioso:

—Mi hermano me ha ordenado que recoja la misiva.

Los hombres siguieron sin moverse. Molesto, Lothar alzó la voz:

—¿Acaso os atrevéis a desobedecer a vuestro *laird*? Os aseguro que el castigo será ejemplar.

Los guerreros, aún dubitativos, se apartaron al fin.

—Entrégame la misiva —le ordenó Lothar al mensajero.

El joven, sin dudarlo, le entregó el pergamino con manos temblorosas. Parecía agotado, con las ropas cubiertas de polvo y el rostro marcado por la fatiga de un largo y apresurado viaje.

—He venido tan rápido como he podido. Estoy extenuado. ¿Podríais ofrecerme algo de comer y un lugar donde descansar unas horas? —preguntó el mensajero, con una súplica en la mirada. Pero Lothar no le prestó atención.

Concentrado en desenrollar el pergamino, apenas escuchaba otra cosa. A medida que sus ojos recorrieron las palabras, el impacto fue inmediato, como un puño en el estómago. Se quedó inmóvil, los dedos apretando el papel con una fuerza que empezaba a arrugarlo, mientras la sangre le martilleaba en las sienes.

Por un instante, las palabras parecían desenfocarse y tuvo que parpadear varias veces. Volvió a leer, incrédulo, luchando contra el nudo en su estómago. No podía creer lo que tenía frente a él. Aunque sabía que aquel mensaje no podía ser una broma, deseó con todas sus fuerzas que se tratara de un error, de una confusión.

Lothar sintió que su pecho se cerraba con una mezcla de traición y furia que apenas podía controlar. Se tambaleó un poco, como si hubiera recibido un golpe en pleno rostro, y la expresión que se formó en su cara hizo que los guerreros cercanos intercambiaran miradas inquietas.

Pero Lothar no dijo nada. Guardó el pergamino entre sus ropas y se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la fortaleza con pasos pesados; su expresión endureciéndose a cada paso. Tenía que encontrar a Irwin. Sabía que su hermano estaría furioso por lo que él acababa de hacer, pero eso era lo que menos le importaba en esos momentos. Porque la ira arrolladora y desenfadada que lo invadía, había opacado todos sus pensamientos.

—¿Ibas a contármelo? —preguntó Lothar a su hermano en el interior de la sala de estrategias.

Irwin le entregó el pergamino a Craig. Aunque no le resultaba del todo nueva la información, no había querido creérsela. Había preferido pensar que tan solo eran vagos rumores; y como ocurría con la mayor parte de los rumores, eran puras invenciones. Sin embargo, ahora ya no había duda alguna. No podía negar lo evidente.

Craig lanzó un bufido de incredulidad. Miró a Irwin, quien le hizo un gesto con la cabeza. Siguiendo las órdenes de su *laird*, arrojó el pergamino a la chimenea encendida. Las llamas devoraron el mensaje, destruyendo sus palabras antes de que alguien más pudiera leerlas.

—No —respondió Irwin con tono firme—. Y no debiste tomarte una autoridad que no te corresponde, Lothar. Yo soy el *laird*, no tú. Me debes respeto y obediencia.

Lothar soltó una carcajada amarga. ¿Pensaba Irwin que iba a hacerle sentir culpable de sus

actos?

—Siempre he seguido tus órdenes y siempre he sido fiel, orgulloso de servir a mi hermano y a nuestro clan, pero esto es algo que yo tenía derecho a saber.

—¿Para qué? —preguntó Irwin con frialdad.

—Porque se trata de Callem, mi gemelo. Si ha traicionado a su sangre, merezco saberlo. Y yo mismo debería ser quien lo castigue.

—Callem está confundido y dolido. Él me culpa de la muerte de Eara. Y no le falta razón. Prioricé la vida de mi mujer y mi hija neonata a la de ella.

Irwin Astruther era un bastardo sin corazón y un sanguinario, pero no era un cobarde. Al contrario que muchos *lairds* y reyes, no echaba las culpas a otros. Él asumía las consecuencias de sus actos.

—Cómo debía ser. —Lothar cerró las manos en puños—. Eara solo era una sirvienta sin valor alguno. Scarlett es la hija bastarda del Rey de Escocia, gracias a ella el clan posee Cursed Land.

Lothar no tenía nada en contra de Eara. De hecho, en el fondo, aunque nunca se lo reconoció en voz alta a Callem, había visto con buenos ojos el acercamiento que ambos tanto se esforzaron por ocultar. Especialmente, Eara. Y también le había apenado que la joven sirvienta muriese, pero, de alguna manera, culpaba su muerte al hecho de que Callem hubiera huido sin explicación alguna.

Porque eso hacía el amor: convertía a las personas en seres necios e irracionales.

—Toda vida tiene valor —vociferó Craig con enfado. El comandante en jefe había nacido en la pobreza. Había sido Irwin quien le había dado la oportunidad de convertirse en un guerrero Astruther—. Y es algo que ya deberías saber.

Lothar cruzó sus brazos.

—¿Me lo dices tú que has matado a cientos de hombres?

—Hombres que no dudaron en alzar sus armas contra nosotros. Hombres que habrían destruido nuestro clan de no haber sido por mis manos.

Irwin alzó una mano, interrumpiendo la discusión entre los dos guerreros.

—Somerled está esperando una respuesta de nuestra parte. Cada minuto que pasa cerca del clan MacNeill, su vida corre peligro. No debemos dejarnos llevar por la furia. —Lothar respiró hondo, notando la rabia en su hermano. Aunque Irwin intentara ocultarla, estaba tan furioso como él—. La misiva confirma los rumores. Callem ha buscado la protección de Cleit MacNeill y le ha prometido revelar información sobre nuestro clan a cambio de apoyo para acabar conmigo. Lo que no sabemos es qué clase de información ha ofrecido.

—Lo primero que debemos hacer es asegurar la fortaleza —dijo Craig, mirando a ambos hermanos—. Nadie que no sea de absoluta confianza deberá cruzar nuestras puertas bajo ninguna circunstancia. —Irwin asintió lentamente, aprobando las palabras de su comandante en jefe mientras contemplaba el fuego que aún crepitaba en la chimenea—. La vida de los miembros del clan es lo más importante. Una vez hecho eso, podemos enviar a varios hombres en busca de Callem.

—Yo mismo iré a buscarlo —se ofreció Lothar, dando un paso al frente—. Le traeré para que sea castigado.

—No —replicó Irwin con voz firme—. Callem es mi responsabilidad. Si alguien debe ir por él, seré yo. De momento, enviaré una misiva a Somerled para que vuelva al clan con la información que haya obtenido.

—¿Y mientras tanto Callem seguirá traicionándonos? —espetó Lothar, encendido de enojo.

Al ver que Irwin no respondía, continuó—: Siempre lo has consentido. Le has permitido más de lo que debías.

Irwin miró a Lothar.

—A ambos os he consentido más de lo debido. Y ahora pago el precio: un hermano que traiciona, y otro que se niega a respetar mis órdenes. Pero esto termina hoy. No saldrás del clan bajo ninguna circunstancia y no volverás a participar en las sesiones de estrategia de guerra hasta que vuelvas a recuperar mi confianza.

Lothar abrió los ojos y miró a su hermano con incredulidad.

—¿Me castigas mientras dejas que Callem siga libre? Jamás pensé que diría esto, pero eres un cobarde, hermano.

En un movimiento rápido, Irwin lo sujetó por el cuello, empujándolo contra la fría pared de piedra.

—Cuidado, Lothar —le advirtió con los dientes apretados—. Puedes ser mi hermano, pero no toleraré tu insolencia ni que me cuestiones de esta manera.

Lothar forcejeó, tratando de liberarse, pero Irwin era más fuerte. Al final, lo soltó de un empujón, dejándolo caer al suelo.

—Levántate y vete —le ordenó Irwin con voz fría.

Por una vez en su vida, Lothar obedeció. Con el rostro sombrío y los ojos encendidos de ira, salió de la sala sin volver la vista atrás.

Cuando Lothar desapareció, Craig se acercó a Irwin.

—No puedes proteger más a Callem —dijo, bajando la voz para que nadie pudiera escucharlos a pesar de que estaban solos—. Y tampoco deberías seguir protegiendo a Lothar de las consecuencias de sus actos.

Irwin exhaló un suspiro a la vez que se pasaba una mano por su rostro.

—No dejaré de hacerlo. Ambos son mi responsabilidad.

—¿Por encima del clan?

Irwin cerró los ojos durante un instante, sopesando el peso de esa pregunta.

—Debemos traer a Callem de regreso. Es un Astruther. No importa quién sea su padre, ambos gemelos lo son.

Craig asintió, aunque en su interior sentía que ya era demasiado tarde para Callem... Y quizá, también para Lothar. A pesar de sus intentos, Irwin no podría salvarlos de la verdad que se avecinaba.

Había muchas personas a las que Lothar despreciaba, pero una de ellas se llevaba la palma. Para Lothar, Donovan no era solo un rival; era casi un enemigo.

A pesar de ser un guerrero leal al clan, Donovan siempre encontraba la manera de humillarlo públicamente. El guerrero, que era unos pocos años mayor que él, tenía una fijación por Lothar desde que este tenía uso de razón. Porque Donovan estaba celoso de que fuera más apuesto que él y de su éxito con las jóvenes del clan.

Pero nadie parecía verlo, porque Donovan, tan correcto y caballeroso, jamás sería capaz de actos tan maliciosos como los que le acusaba. Cuando se trataba de Donovan, nadie creía a Lothar. Encima, para su disgusto, Donovan era de los pocos, a excepción de sus hermanos Irwin y Craig, que lograba vencerlo en una pelea justa.

Y esa era la razón por la que Lothar lo estaba buscando.

El joven estaba enfadado, dolido y, sobre todo, se sentía traicionado. Su propio gemelo, Callem, había roto su lealtad al clan, y lo que más le dolía era que su hermano mayor, Irwin,

había preferido la diplomacia a la justicia. Para Lothar, el respeto hacia Irwin era algo inquebrantable, algo que había moldeado su vida y su honor. Pero ahora, esa lealtad que tanto valoraba se sentía como una carga, porque Irwin parecía haber perdido la fe en él. Todo el esfuerzo, toda la dedicación que Lothar había puesto en ganarse la estima de su hermano, parecía inútil.

Con cada paso que daba hacia el campo de entrenamiento, sentía cómo la ira burbujeaba en su interior; un furor incontrolable que se intensificaba en vez de disiparse. No obstante, no llegó a ese lugar, porque encontró a Donovan en el patio de armas, hablando con Roulf, el encargado de las caballerizas.

Antes de pensarlo, Lothar se abalanzó sobre él sin ninguna arma, con los puños desnudos. Necesitaba sentir sus golpes, necesitaba descargar su rabia, pero también anhelaba ser golpeado, como si el dolor físico pudiera calmar la tormenta que tenía en el alma. Donovan, sorprendido al principio, rápidamente respondió con la misma intensidad cuando la sorpresa dio paso a la furia.

En otro momento, la multitud se hubiera agolpado a su alrededor, pero después de una larga noche de fiesta, tan solo unas pocas personas observaban la pelea. Pero a Lothar eso no le importaba; lo único que quería era dejar fluir esa rabia, y con cada golpe recibido, sentía que algo en su interior se apaciguaba, aunque solo fuera temporalmente.

Donovan le propinó varios puñetazos; uno de ellos en el estómago, dejándolo sin aliento, doblándolo a la mitad.

—¿Qué diablos te sucede?! —le preguntó Donovan, jadeante y furioso.

Lothar se recuperó lo suficiente para observarlo mientras el guerrero se limpiaba la sangre del rostro. Él también sentía el calor de su propia sangre resbalando desde su ceja, pero no se molestó en limpiarla. Una carcajada amarga escapó de sus labios, y aunque su furia inicial se había disipado, las ganas de pelea no habían desaparecido del todo.

Estaba a punto de contestarle con una burla cuando Yvaine, una de las sirvientas, se acercó apresurada a Donovan.

—¿Os encontráis bien? —inquirió ella con preocupación en los ojos, enfocada solo en el rostro magullado de Donovan.

Lothar no escuchó la respuesta de Donovan. Simplemente, giró sobre sus talones, dispuesto a marcharse. Apenas había dado unos pasos cuando otra sirvienta, Leonora, se le acercó con el rostro lleno de preocupación.

—Permitidme que os ayude a curar esas heridas —se ofreció con una voz suave, casi suplicante.

—No. —Su voz sonó más dura de lo que pretendía, pero no se disculpó cuando Leonora dio un respingo. No quería su ayuda; no deseaba la ayuda de nadie. No deseaba que nadie mitigara el dolor de los golpes. Necesitaba esa punzada en el cuerpo que reflejara el sufrimiento que llevaba por dentro.

Se dirigió hacia el interior de la fortaleza y bajó al sótano donde se guardaban los barriles de cerveza. Al contrario de lo que muchos asumían de él, no bebía aparte de en las festividades, y nunca hasta perder el conocimiento ni tanto como para sentir las consecuencias al día siguiente. Era un guerrero, y como tal, siempre tenía que estar en condiciones para enfrentarse a un combate. Esa era otra de las enseñanzas de su hermano Irwin. Enseñanzas que él había grabado con fuego en su cabeza mientras que Callem siempre las había obviado.

Irwin había sido demasiado blando con Callem. Lo seguía siendo incluso ahora, cuando este había traicionado al clan. Para Lothar, no había justificación posible para la traición de su propia sangre. Callem pagaría caro el haber roto sus votos de lealtad, pese a que eso significara desafiar

las órdenes de su propio hermano mayor. Pero, por ahora, Lothar no podía hacer nada más que beber hasta que el dolor en su pecho se apagara.

Aunque solo fuera por unas horas.

Capítulo 7

O se marchaba lo antes posible o perdería toda oportunidad de hacerlo. No conocía los detalles, pero sabía lo suficiente como para intuir que algo grave había sucedido, pues el *laird* había impuesto la prohibición de entrar y salir de la fortaleza sin su permiso.

La fortaleza de los Astruther siempre estaba resguardada, pero se permitía la libre circulación de aquellos que servían o habitaban en ella, por lo que esta repentina restricción solo podía significar que una amenaza se cernía sobre ellos.

Sin embargo, esa amenaza era la menor de las preocupaciones de Lia. Sabía que los habitantes estarían seguros tras los muros, pero ella no podía permitirse quedarse. Aprovechó el caos del momento para explicarle a Jocelyn que debía partir con urgencia. Contra todo pronóstico, la encargada de las sirvientas asintió sin protestar, un gesto que sorprendió a Lia, pues Jocelyn no era conocida por su compasión.

Lia aprovechó su buena fortuna y no cuestionó ese comportamiento. Se limitó a recoger sus escasas pertenencias y guardarlas en un saco.

Depositó el saco encima de su cama, ya que había una última cosa que debía hacer. La más complicada de todas: convencer a Lothar de que fuese con ella. Probablemente, también debería despedirse de Scarlett, ya que era su doncella, pero eso era algo que Lia no tenía fuerzas para hacer.

La señora de la fortaleza, con su agudo instinto y mirada perspicaz, le causaba más inquietud. Lia estaba segura de que si Scarlett la veía, notaría de inmediato su nerviosismo y podría impedirle que se marchara. Afortunadamente, Irwin había logrado mantenerla en sus aposentos, lo que le daba a Lia la ventaja que necesitaba. Para cuando Scarlett descubriera su ausencia, ya sería demasiado tarde.

No tenía idea de dónde buscar a Lothar y hacer preguntas levantaría sospechas, algo que debía evitar a toda costa. Pero siempre había sido así, aunque no supiera dónde encontrarlo, algo en su interior la guiaba. Como si su cuerpo reconociera su esencia y pudiera seguir su rastro invisible.

Por eso, no se sorprendió al bajar al sótano y encontrarlo allí, sentado sobre un taburete bajo, con una jarra en la mano y la mirada perdida. Algo le perturbaba, ella podía verlo en su rostro. Y aunque en esos momentos eso no debería importarle, lo hacía. Igual que el rastro de sangre que recorría su ceja hasta el mentón y el moratón que se estaba dibujando en su mejilla derecha.

—¿Te has peleado? —le preguntó.

Lothar ladeó la cabeza hacia ella y la miró con ojos nublados, como si no la reconociera, a pesar de que la luz de las antorchas, colocadas estratégicamente en las paredes de piedra, iluminaba el sótano con un resplandor vacilante.

—¿Por qué perturbas mi descanso? —se quejó él, con voz ronca y arrastrada.

—No estás descansando. Estás borracho —replicó Lia mientras Lothar dejaba escapar un sonoro eructo—. Te sangra la ceja. Déjame curarte.

Sin esperar su respuesta, se acercó a una pequeña mesa de madera gastada donde descansaban una jarra de agua y un paño. El sótano, un refugio habitual para los guerreros después de las batallas o largas patrullas, siempre era escenario de jarras derramadas y peleas. Por eso, encontrar agua y un paño no era ninguna sorpresa para Lia. Era casi una necesidad en un lugar donde la camaradería se mezclaba con el caos.

Lothar soltó una carcajada, una risa hueca y carente de alegría que resonó en las paredes de piedra del sótano. Lia se dio cuenta de inmediato de que aquel era el peor momento para abordarlo, pero no tenía otra opción. El tiempo se le escapaba como arena entre los dedos y debía partir antes de que el manto de la noche cubriera la fortaleza.

—Siempre estás intentando salvarme, pero no puedes salvarme, Lia —murmuró Lothar, con una amargura que se reflejaba en sus ojos claros—. Nadie puede.

—No es mi intención salvarte —contestó ella, acercándose a él con el paño mojado en la mano—. Eres más que capaz de salvarte tú solo. —Posó el paño sobre su ceja ensangrentada. Apretó con firmeza, lo justo para detener el flujo de sangre, y luego limpió con cuidado la suciedad y el sudor que marcaban su rostro. Para la sorpresa de Lia, Lothar se dejó.

—¿Acaso a alguien le importará si muero?

Lia alzó la vista, sorprendida por la pregunta. La crudeza en la voz de él hizo que su corazón encogiera. Lothar era mucho más que ese muchacho malcriado y pedante que todos creían que era. Momentos como ese hacían que Lia viera, aunque fuera durante un solo instante, lo que se escondía detrás de su fachada.

—Por supuesto. Hay mucha gente a la que le importas, Lothar.

Su hermano Irwin, Callem y, a pesar de sus constantes peleas, también Craig, el comandante en jefe, le tenía en gran estima. Lia no necesitó ver más que unas pocas interacciones entre ellos para saberlo con certeza.

—¿Eres una de ellas? —inquirió él, y en un gesto inesperado, sujetó suavemente su mano, impidiendo que continuara limpiando la herida.

No había fuerza en su agarre, solo un toque tierno, casi vulnerable. Lia notó cómo el ambiente entre ellos se cargaba de una intensidad indefinible, una mezcla de tristeza y algo más sutil, que, pese a todo, le daba una inusual paz. Ese momento, tan frágil y efímero, le dio la seguridad que necesitaba para pronunciar las palabras que había venido a decir.

—Sé que lo que voy a decirte va en contra de tus creencias, pero te pido que confíes en mí.

Lothar miró a la joven, buscando respuestas en ella. Lentamente, levantó la mano y acarició su mejilla con una ternura que no parecía propia de él. Quizá por eso Lia no lo apartó, a pesar del inconfundible aroma al alcohol que emanaba de él.

—Hoy he perdido la confianza en personas importantes para mí, pero tú eres... —La voz de Lothar se quebró, y un atisbo de dolor cruzó su semblante—. Tú eres lo único que aún parece real en este mundo lleno de traiciones y mentiras.

El silencio que siguió fue denso, como si el sótano mismo contuviera el aliento. Las antorchas chisporroteaban, sus llamas reflejándose en los ojos de Lothar, iluminando la mezcla de vulnerabilidad y dureza en su mirada. Lia sintió un nudo en la garganta al ver al guerrero, siempre tan indomable, mostrar una fragilidad tan inesperada.

Algo terrible debía haber pasado. Ella quería preguntarle por ello; anheló poder consolarlo. Pero conocía lo suficiente a Lothar como para saber que no se lo permitiría. Lia sabía que la única razón por la que estaba siendo tan abierto con ella era porque el alcohol había afianzado su parte vulnerable. Esa parte de sí mismo que Lothar siempre se afanaba en esconder. Y recordando aquello, Lia se separó un poco del joven, provocando que él bajase la mano. Por un instante, ella se sintió vacía al dejar de sentir su toque, pero tenía que mantener la cabeza fría.

—Ayer el espíritu de Eara se puso en contacto con una...—Lia hizo una pequeña pausa para pensar bien la palabra—, bruja —dijo al fin, sin dar el nombre de Nimue, no sabiendo cuánto le podía revelar o cuánto quería revelarle—. Eara desea que tú y yo, juntos, encontremos a Callem y que lo traigamos al clan. Callem está en peligro y Eara no descansará en paz hasta que él

regrese con los suyos.

El silencio que siguió fue tan tenso como un arco a punto de disparar. Lia contuvo la respiración, preparándose para las burlas, para las carcajadas ásperas que esperaba de Lothar. Pero él solo la observó. Un destello desconocido en su mirada le hizo preguntarse si la había escuchado o si el alcohol había provocado que se durmiese con los ojos abiertos.

De repente, Lothar alzó la jarra y bebió un largo trago, vaciándola con furia. Se puso de pie, desafiando el alcohol que corría por sus venas. Lia sintió un estremecimiento al verlo tan erguido, como una estatua de piedra.

—¿Estás aquí, espíritu de Eara?! —gritó. Su voz retumbó por las paredes de piedra. No hubo respuesta, solo el eco que se desvanecía entre las frías piedras. Una sonrisa amarga se dibujó en el rostro de Lothar y una risa oscura brotó de su garganta—. No debes preocuparte por él, Eara, porque te juro que pronto lo verás. Pienso clavarle mi espada en el corazón y enviarte su alma.

Lia se congeló, sintiendo el peso de las palabras de Lothar como un yunque en el pecho. Por un instante, tuvo el temor de que obtuviera algún tipo de respuesta. Afortunadamente, nada pasó.

Reuniendo valor, avanzó un paso hacia Lothar. Aquello iba a ser tan complicado como creía.

—Lothar —lo llamó—, sé que estás enfadado con Callem por irse, pero sigue siendo tu hermano.

Lejos de calmarlo, lo que Lia dijo despertó la cólera de Lothar. En un movimiento inesperado, él lanzó la jarra que sostenía en su mano derecha contra la pared con todas sus fuerzas. La cerámica chocó contra la pared con un crujido seco que provocó que Lia diera un pequeño respingo. Observó cómo decenas de fragmentos salieron disparados en todas las direcciones; algunos de ellos cayeron cerca de sus pies. Pero se obligó a sí misma a mantener la compostura, a no ceder ni un palmo.

De haber sido cualquier otra persona, Lia se hubiera dado la vuelta y hubiera huido, asustada. Sin embargo, era diferente cuando se trataba de Lothar. Ella no lo temía.

—¡Él ya no es nada mío! —vociferó Lothar con furia—. ¿Me oyes?! ¡Nada!

—Lothar —repitió Lia, avanzando otro paso hacia él—. Por favor, escúchame. Debemos buscarlo. Nos necesita.

Los ojos de Lothar se clavaron en los de ella. Durante un instante que pareció eterno, el guerrero no dijo nada. Luego, su voz se redujo a un susurro cargado de veneno y desesperanza.

—Es un traidor, Lia. Nos ha vendido, ha vendido al clan. Por su culpa el clan está en peligro.

Lia no podía creerse lo que acababa de escuchar. Callem, el joven al que tenía como bondadoso y leal, no podía haber hecho tal cosa. Pero entonces, lo comprendió. Las órdenes de Irwin de proteger la fortaleza, y Nimue haciéndole partícipe de la petición de Eara. Todo tenía sentido.

Callem estaba tan sumido en su dolor que había perdido el rumbo de su propia vida. La desesperación lo había envuelto como una niebla densa, oscureciendo su juicio y nublando su mente. Ya no actuaba con la serenidad que solía caracterizarlo. La tristeza lo había transformado en una sombra de lo que había sido, y Lia sabía que, si no intervenían pronto, podría perderse por completo en las oscuras profundidades de su pena.

Ahora más que nunca ellos debían ir en su búsqueda, y no solo por la promesa del hechizo que traería la felicidad a Angus y Morag, sino porque ella debía rescatar al hombre que tanto había significado para su mejor amiga; debía rescatarlo de su dolor. Un dolor que estaba

convirtiéndolo en un hombre que no era.

Ella se lo debía a Eara. Era lo último que podía hacer por ella.

—Lothar, no podemos esperar más. Debemos encontrar a Callem antes de que se consuma por su dolor. Cada momento que pasa es un paso más hacia la oscuridad, y no podemos permitir que eso suceda.

Lothar la miró, pero Lia tan solo vio en su rostro un odio profundo y corrosivo hacia el hermano que lo había traicionado. Lia sintió un escalofrío recorrer su espalda al contemplar esa oscuridad en él. Sabía que, a pesar de ser gemelos, eran completamente diferentes, como la noche y el día. Habían estado en desacuerdo en casi todo, sus personalidades tan opuestas que Lia no hubiese creído que eran hermanos si sus rostros no fuese casi idéntico.

Sin embargo, en aquel instante, Lia comprendió que la intensa rabia de Lothar no era solo un signo de desprecio. Era un testimonio del amor que aún sentía por Callem. Un amor que había sido desgarrado por la traición. Si alguna vez había tenido dudas sobre la profundidad de ese vínculo, ahora quedaban disipadas. No podría sentir tanto odio y dolor si no lo amase, si de alguna manera no le importase.

Lia se acercó un paso más hacia Lothar, sintiendo la necesidad de estar cerca de él. Ella quería paliar su dolor de alguna manera, y a la vez, convencerlo de hacer lo correcto. Pero, no solo por sus propios propósitos, sino también por él. Porque, si no iba a ayudar a su hermano, se arrepentiría durante el resto de su existencia.

—Lothar, crees que es odio lo que sientes, pero no es así... No del todo —se corrigió cuando él alzó una ceja—. Amas a tu hermano y él te ama a ti. No permitas que el orgullo y la rabia ganen la batalla.

—¿Amor? —se burló Lothar con una risa amarga—. ¿Qué amor hay en la traición? ¿Qué amor hay en un hombre que vende a su clan?

—A veces, la traición surge de la desesperación, de la confusión —respondió Lia, intentando penetrar la coraza de amargura que había construido Lothar. Porque ella, bien sabía que, a veces, en situaciones desesperadas, las personas podían cometer errores. Errores, que sin querer, podían dañar a sus seres queridos. Ella mismo lo había hecho—. Callem necesita ayuda. Y tú, en el fondo, lo sabes.

Si alguien podía comprender cómo se sentía Callem en esos momentos, esa era Lia. Ella aún no podía perdonarse por la traición que había cometido hacia su sangre; dudaba que alguna vez lo hiciera, y sabía que Callem tampoco lo haría. Pero si Eara les enviaba a por él, era porque aún estaban a tiempo de salvarlo.

Lothar, aún atrapado en su tormenta de odio, se quedó en silencio, sus pensamientos girando como un torbellino. Lia lo observó, intentando hallar la chispa de esperanza que aún sabía que existía en él.

Lothar estiró su mano tocando la mejilla de Lia, acariciando su piel. Ella la acunó, como si necesitase su toque, como si lo anhelase.

—Posees un corazón tierno —murmuró Lothar con una dulzura que hizo sonreír a Lia—, más no sabes nada del mundo. No entiendes que hay traiciones que no pueden ser perdonadas.

Lia se apartó de él.

—Entiendo más de traición de lo que crees.

—Entonces comprenderás que no pienso ir en busca de Callem para salvarlo. Cuando vaya a por él será para darle caza.

Lia abrió la boca para protestar, para intentar razonar con él una vez más, pero la determinación en sus palabras era inquebrantable. El dolor que Lothar sentía por la traición de su

hermano había transformado su corazón en piedra, y Lia comprendió que cualquier intento de persuadirlo sería en vano.

—Entonces, iré sola.

Sin esperar respuesta, se giró y salió del sótano. Una parte de ella esperaba que Lothar la siguiera, que la detuviera y le dijera que había cambiado de opinión.

Pero eso no sucedió.

El trato era que fueran en busca de Callem juntos, pero Lia no estaba dispuesta a suplicarle ni un instante más. Había llegado a su límite. No podía permitirse ser arrastrada por el rencor y la ira de Lothar. Tenía que actuar, y lo haría a su manera.

La brisa fresca la recibió al salir, despejando su mente y avivando su determinación. Traería a Callem de regreso, y después, encontraría la manera de ayudar a Angus y Morag.

Lo haría sola.

Capítulo 8

«Sigue los susurros de tu propio corazón, pues él conoce el pulso que, aún en la distancia, siempre retorna. Solo cuando dejes de buscarlo, él hallará el camino hacia ti».

¿Qué demonios significaba eso?

Por más que Lia le daba vueltas y vueltas a las palabras de la bruja, no lograba conseguir descifrarlas. Quizá, después de todo lo que había ocurrido en su anterior vida, el corazón de Lia estaba muerto y no tenía nada que decir.

Un suspiro de cansancio brotó de sus labios. Llevaba tantas horas caminando que había perdido la cuenta. Sentía cómo cada paso que daba desgastaba sus botas de cuero y le dejaban las piernas tan pesadas como el acero.

Aunque, en un primer momento, había pensado salir antes de que anoheciera, al final no había sido posible, ya que ella no poseía ningún caballo y el robo era un pecado que no pensaba cometer. Por eso había salido de la fortaleza antes de que amaneciera, asegurándose de que le daría tiempo de llegar a algún lugar seguro antes de que anoheciese.

No le molestaba ir a pie, porque aunque su progenitor se había asegurado de que aprendiese el arte de cabalgar cuando apenas comenzó a caminar, nunca le había gustado demasiado. Lia no podía evitar sentirse insegura montándose en un caballo, como si el animal fuera a traicionarla de un momento a otro. Aunque debía reconocer que, en esos momentos, echaba de menos un caballo. No solo porque sus pies cansados se quejaban, sino porque anhelaba la compañía de alguien. En realidad, extrañaba la presencia de Lothar.

Por alguna razón que no lograba comprender, se sentía sola sin él. No podía evitar la decepción que la invadía por su ausencia. Deseaba que él la hubiera acompañado.

Suspiró con fuerza mientras cerraba los ojos. Al volver a abrirlos, se hizo una promesa a sí misma: no necesitaba la ayuda de nadie. Ahora, era una mujer fuerte y capaz.

Con fuerzas renovadas, continuó su camino hacia ninguna parte, porque lo cierto era que no tenía la menor idea de adónde debía dirigirse. Dejó que sus pies la guiaran, como si esperara que ellos la condujeran hacia el lugar donde se encontraba Callem.

Miró hacia el cielo. Estaba comenzando a atardecer y el sol no tardaría en desaparecer. Además, aunque el chal que llevaba puesto sobre sus hombros la protegía del gélido viento que comenzaba a azotar las Tierras Altas en aquella época, sus dientes comenzaban a castañear inconscientemente y estaba empezando a no sentir los dedos de sus manos.

¿Qué iba a hacer cuando oscureciese? ¿Dónde iba a dormir?

Lia había pensado que, a esas alturas, habría encontrado una posada en la que alojarse. No, eso era deshonesto. Ella no había estado pensando en absoluto. O por lo menos, no de manera coherente.

Ni siquiera sabía dónde estaba. Fácilmente, podría haber estado dando vueltas en círculos. Pero, tenía la sensación de que había logrado alejarse de las tierras Astruther lo suficiente como para no poder regresar antes de que anoheciese. Tampoco era como si fuese hacerlo.

Siguió andando hasta que dio con un arroyo, algo que le vino muy bien, ya que apenas le quedaba agua. Sacó la cantimplora del saco donde guardaba sus pertenencias, y después, lo dejó en el suelo. Llenó la cantimplora de agua y le dio un largo trago. Uno tras otro, hasta que vació la cantimplora y volvió a llenarla.

Lia estaba exhausta, pero no podía detenerse. Guardó la cantimplora en su saco y continuó caminando unos pasos más hasta que unas figuras blancas sobre la hierba llamaron su atención.

Lia los reconoció: eran hongos. Cinco de ellos.

Su huida había sido tan precipitada que apenas tuvo tiempo de llevarse unos pocos alimentos de la cocina: un pedazo de queso y un trozo de pan duro. Guardaba estas escasas provisiones para un momento de verdadera necesidad. No sabía cazar, y aunque llevaba consigo todas las monedas que había ahorrado trabajando en la fortaleza, desconocía cuándo volvería a ver una posada donde pudieran servirle un plato caliente.

Lia se agachó y rodeó la base de un hongo con los dedos, tirando de él con firmeza. No necesitó aplicar tanta fuerza como pensaba, y con facilidad, lo arrancó de la tierra. Repitió el proceso con otros cuatro hongos que encontró en el musgo húmedo.

Satisfecha con su hallazgo, fue a guardarlos en el pequeño saquito sujeto al cinturón que llevaba alrededor de la cintura. Pero entonces, su estómago rugió con fuerza. Los hongos se veían apetecibles, y un bocado le vendría bien para recuperar energías. Se guardó tres de ellos y se quedó con los dos más pequeños. Debía ser precavida. Regresó hasta el arroyo y los limpió, quitándoles con cuidado los restos de tierra.

Se sentó sobre el musgo frío y mordió el primer hongo con ansia.

El hongo desapareció en unos pocos bocados. No se había dado cuenta de cuánta hambre tenía hasta que masticó el primer pedazo. Entonces, las palabras de la bruja resonaron de nuevo en su mente.

Pero, de nuevo, no obtuvo nada más que la incertidumbre que la invadía desde el día anterior. Por más que lo intentaba, no encontraba ningún significado que pudiera guiarla en el camino. Quizá, después de todo, esa era la clave: no dirigirse a ninguna parte en concreto y dejar que el destino fuera quien la encontrara a ella.

Comió el último hongo despacio, saboreándolo. Y cuando terminó, se levantó, sabiendo que no debía demorarse. Tenía que encontrar algún lugar donde resguardarse antes de la noche.

Comenzó a caminar de nuevo. Aunque el cansancio seguía pesando en sus huesos, aquellos minutos de descanso le habían devuelto parte de sus fuerzas.

No había dado más de veinte pasos cuando sintió un cosquilleo extraño en su hombro derecho. Al principio, lo ignoró, pero el cosquilleo se hizo más insistente. Llevó la mano al hombro y su sorpresa fue mayúscula cuando sus dedos tocaron algo blando y húmedo. Un sollozo ahogado resonó en el bosque cuando Lia miró con horror lo que tenía sobre su palma: era el corazón de un animal. Había visto varios antes, al ayudar en la cocina con la preparación de conejos y ciervos en la fortaleza de Astruther.

Consternada y aterrorizada, soltó el corazón, que cayó al suelo con un extraño quejido. ¿Desde cuándo los corazones de un animal muerto emitían sonidos?

Quería correr, huir de aquello, pero una idea la detuvo en seco. ¿Y si no era el corazón de un animal muerto? ¿Y si era el corazón del que le había hablado Nimue? ¿Su propio corazón?

Como si su cuerpo quisiera confirmarlo, sintió su corazón latir con fuerza en su pecho. Pero ¿cómo podía estar latiendo en su interior si estaba frente a ella?

En ese instante, el corazón en el suelo desarrolló pequeñas patas de color rojizo y comenzó a correr por el suelo del bosque, saltando entre la hierba y las piedras.

«Sigue los susurros de tu propio corazón, pues él conoce el pulso que, aun en la distancia, siempre retorna».

¿Acaso ese extraño corazón la estaba guiando hacia el encuentro con Callem?

No, no era un corazón cualquiera, era el suyo. Por muy macabro que pudiese parecer.

Las palabras de Nimue tenían sentido ahora.

Entonces, Lia echó a correr tras su corazón, que avanzaba con la rapidez de un animal

salvaje. Era ágil y esquivo, y cuando empezó a trepar por los troncos, Lia lo siguió con la mirada, notando algo peculiar en los árboles a su alrededor. Las hojas parecían más verdes y brillantes que nunca, algo especialmente extraño en aquella época del año, agitándose con el viento en una especie de danza que se volvía más intensa a cada paso. Era como si el bosque entero estuviera vivo, celebrando el extraño y misterioso viaje de su corazón.

—¡Esperadme! —gritó Lia, sin saber si su corazón la escucharía.

Y entonces, para su sorpresa, su corazón se detuvo. Se volvió hacia ella, y donde antes había solo músculo, ahora asomaban unos grandes ojos marrones que la observaban con una expresión curiosa.

¿Desde cuándo los corazones tenían ojos?

Pero, en realidad, tampoco tenían patas ni salían corriendo. Nada de eso no le importaba a Lia. Ella tan solo quería unirse a la fiesta.

—¡Yo también quiero bailar! —exclamó Lia, invadida por el espíritu alegre que parecía haber consumido a todo el bosque. Comenzó a moverse con la melodía que el viento marcaba, saltando y dando vueltas sobre sí misma. Hacía años que no se sentía tan feliz.

Pero, se detuvo cuando vio a lo lejos una figura acercándose a ella. No tardó en reconocerlo. ¡Era Callem!

Nimue tenía razón. Había seguido a su corazón y este lo había llevado hasta el joven.

—¡Callem! —gritó, corriendo hacia él—. ¡Te he encontrado! —Se detuvo cuando estuvo frente al joven. Agarró sus manos, entrelazando sus dedos con los de ella—. ¡Estoy tan feliz! —Lia ladeó su cabeza hacia su corazón, que ahora estaba al lado de ellos, observándolos—. ¡Gracias, corazón! ¡Vamos a celebrar! —le dijo a Callem, agitando sus brazos—. ¡Bailemos!

Y Lia comenzó a bailar junto a Callem. Saltaron y dieron vueltas sobre sí mismos. El bosque entero se movía al ritmo de ellos, celebrando que, finalmente, Callem volvería a su hogar.

Entonces, Lia tropezó con algo y cayó al suelo. Pero no le importó, porque Callem estaba allí. Él regresaría con ella y el espíritu de Eara descansaría en paz.

—Muchacha, muchacha... —Callem la llamó con un tono preocupado mientras se inclinaba junto a ella—. ¿Estás bien?

—Te he encontrado, Callem —dijo Lia con una sonrisa, porque eso era lo único que importaba—. Es hora de regresar.

Esperaba que él asintiera, pero, en vez de eso, Callem la miró con el ceño fruncido, como si no entendiera lo que sucedía. Lia levantó una mano y suavemente deslizó su dedo sobre el ceño arrugado de él.

—Cuando frunces el ceño así, te pareces a tu hermano. Él no quiso venir a buscarte... Me dejó sola —susurró, sintiendo la tristeza regresar a ella brevemente, pero se obligó a sonreír otra vez—. Eso ya no importa. Mi corazón te ha encontrado.

Callem arrugó más el ceño.

—¿Tu corazón?

—Sí, mi corazón me ha guiado hasta ti. Mira, está ahí —respondió Lia, señalando al pequeño corazón, que seguía observándolos con una sonrisa.

Callem siguió la dirección de su dedo y negó lentamente con la cabeza.

—Lia, ¿qué te sucede? ¿Estás enferma?

Ella iba a contestar que no, que era la primera vez en años que se sentía tan feliz, pero una sensación repentina de mareo la detuvo. Al intentar levantarse, se dio cuenta de que era incapaz de hacerlo. Sentía un calor inusual y, buscando alivio, comenzó a quitarse la capa que llevaba

puesta. Estiró la mano hacia el broche de su vestido, pero la mano de Callem detuvo la suya.

—Muchacha, ¿qué estás haciendo?

—Tengo mucho calor, necesito quitarme la ropa —dijo, tratando de zafarse de su agarre.

—Lia, el aire está helado. Si te quitas la ropa, vas a enfermar.

La joven mordió su labio inferior, aún confundida por el extraño calor. Pero ahora, la sensación comenzaba a cambiar. La frescura del bosque la envolvía nuevamente, y todo alrededor empezó a girar. Con un suspiro, se tumbó sobre la hierba, mirando el cielo que se oscurecía sobre las copas de los árboles. Nunca había visto un cielo tan hermoso. Tanto, que quería tocarlo.

—Quiero volar, Callem... Creo que puedo hacerlo —murmuró con una sonrisa cansada, aunque no intentó levantarse—. Pero ahora estoy tan cansada... —Tuvo que reprimir un bostezo. Sintió cómo sus párpados se volvían pesados. Justo antes de que los ojos se le cerraran por completo, notó una mano cálida acariciando su mejilla.

—Duerme, muchacha... Yo velaré tu sueño.

Esas palabras la reconfortaron más que cualquier otra cosa que hubiera oído antes. Lia se dejó llevar por la oscuridad, permitiendo que el sueño la envolviera. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió completamente en paz, segura de que, mientras *él* estuviera a su lado, nada malo podría sucederle.

Capítulo 9

Lia despertó al sentir la luz del sol golpeando sus ojos. Intentó abrirlos, pero un punzante dolor de cabeza la obligó a cerrarlos de nuevo. La luz era intensa, y sus párpados temblaban, luchando por protegerla de aquella claridad que le resultaba tan molesta.

Inquieta, trató de moverse, pero el dolor y la confusión la mantenían inmóvil. No tenía idea de dónde estaba, y un temor profundo se apoderó de ella al darse cuenta de que no recordaba nada de la noche anterior. Sin embargo, de algo estaba segura: no se encontraba en la habitación donde se alojaban las sirvientas.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Lentamente, levantó una mano para tocar su frente, esperando encontrar algún indicio de lo que había ocurrido. Sin embargo, su cabeza seguía sumida en un vacío incómodo, y los recuerdos de la noche anterior parecían haberse desvanecido. ¿Había bebido alcohol? ¿Se había desmayado? Nada tenía sentido.

Como sus ojos seguían sin responderla, agudizó el resto de los sentidos intentando comprender dónde se encontraba. Inhaló profundamente el aire frío, reconociendo el aroma fresco y terroso del bosque, mezclado con el dulzor de los pinos y la humedad de la hierba.

Estaba en el bosque, pero no estaba tumbada encima de la hierba, ya que no sentía la incomodidad de la tierra debajo de ella. Estiró la mano para notar la aspereza de la tela de una manta. Una idea cruzó su cabeza, aterrorizándola. Lia pasó una mano por su cuerpo, dándose cuenta de que estaba completamente vestida, como tampoco se sentía adolorida, lo que hizo que se relajara.

No la habían raptado llevándola al bosque para abusar de ella. Además, ella se sentía en calma, casi en paz.

«Yo velaré tu sueño».

Las palabras resonaron en su mente, despertando los recuerdos del día anterior. Recordó como después de no haber podido convencer a Lothar para que la acompañara, se había marchado de la fortaleza de los Astruther; cómo, en su búsqueda hacia la nada, había terminado junto a un arroyo, y lo perdida que se había sentido. Esa última parte la recordaba con claridad, pero había algo más que se le escapaba.

Sin abrir los ojos, se incorporó, sentándose mientras trataba de ordenar las imágenes que danzaban en su cabeza.

—¡Callem! —gritó de pronto al acordarse que lo había encontrado.

—No, muchacha. No soy Callem.

Lia reconoció aquella voz al instante. Tenía un timbre similar a la de Callem; cualquiera podría confundirlas, pero no ella. La voz que escuchaba estaba cargada de un sarcasmo y una dureza familiar, pero también, de una manera inexplicable, le transmitía paz. Siempre había sido así, aunque no se hubiera dado cuenta hasta ese momento.

—Lothar —murmuró, abriendo los ojos al fin.

Allí estaba él, frente a ella, alto y de brazos cruzados. Vestía ropas sencillas: pantalones oscuros y una camisa blanca de lino. Por primera vez desde que lo conocía, no llevaba los colores de su clan.

—Te has cambiado de ropa —comentó. Era algo necio por decir, pero era una apreciación que a ella le parecía muy significativa.

Lothar se encogió de hombros.

—Si vamos a la fortaleza de los MacNeill no puedo llevar los colores de los Astruther.

—¿A la fortaleza de los MacNeill?

—Allí es dónde se encuentra Callem.

—¿Está preso? —preguntó Lia, alarmada. Hasta ella sabía que los Astruther y los MacNeill estaban en guerra, y esa parecía ser la única explicación para que Callem estuviera en territorio enemigo.

Lothar soltó una carcajada seca, sin rastro de humor.

—No está preso. Está allí traicionándonos, vendiendo nuestros secretos.

Lia tragó saliva, sintiendo que el corazón se le encogía

—No... eso no es posible. —Lia desconocía cómo Lothar había averiguado aquella información, pero debía ser fruto de un malentendido—. Callem nunca haría algo así. Es leal al clan Astruther.

—No profiero palabra que no sea cierta —dijo Lothar fríamente—. Eres demasiado ingenua y cándida para admitir la verdad. Deberías regresar a la fortaleza. El mundo fuera de los muros es peligroso, y no estás preparada para enfrentarlo.

Aquellas palabras estaban lejos de ser amables, y la burla detrás de ellas no se le pasó desapercibida a Lia. Se levantó de un salto, ignorando el mareo que la atacó brevemente.

—No tienes ni idea de para lo que estoy preparada o no. Soy más que capaz de enfrentarme al peligro. No soy una joven damisela en apuros a la que tengas que proteger.

Puede que un pasado lo hubiera sido, pero ya no lo era.

Lothar la observó fijamente durante unos instantes con una expresión casi reflexiva, pero después, negó con la cabeza. Se agachó y recogió algo del suelo. Lia tardó unos instantes en darse cuenta de que se trataba de su saquito. Lothar lo abrió y sacó un hongo que agitó delante de sus ojos con desdén. Lia lo reconoció de inmediato como uno de los que había recolectado el día anterior justo antes de perseguir a su corazón.

Entonces, varios recuerdos más pasaron por su mente. ¿Había perseguido a un corazón con patas? ¿Como podía ser eso cierto? ¿Había sido un vivido sueño?

Lothar pareció captar su confusión y esbozó una sonrisa irónica.

—Son hongos alucinógenos muy comunes por estos lares.

Así que era eso. Había sido víctima de una alucinación. Todo cobraba sentido, aunque no dejaba de sentir algo de vergüenza.

—¿Bailamos juntos? —le preguntó cuando varios recuerdos más regresaron de una manera confusa a ella. Había confundido a Lothar con Callem. Tal vez todo había sido una alucinación, pero ella estaba segura de que Lothar había estado allí con ella.

Lothar arqueó una ceja castaña. Parecía casi divertido.

—De todo, ¿eso es lo único que te importa?

—Tienes razón. Lo único que debe importarnos es ir en busca de Callem. ¿Estamos cerca de la fortaleza de los MacNeill?

—Seguimos en tierras Astruther. Has estado dando vueltas por horas. No me ha costado seguir tus huellas.

—¿Has cambiado de idea? ¿Vienes conmigo a ayudar a Callem?

Lothar apretó sus dientes con fuerza y cerró sus manos en puños, aplastando el pobre hongo que sostenía en su mano derecha contra su palma.

—No voy a ayudarlo, voy a traerlo a la fuerza para que sea castigado por su traición. Y no vamos juntos. Tú regresas a la fortaleza.

Lia sintió cómo algo en su interior se encendía. Había aceptado órdenes durante meses en la fortaleza, convenciéndose a sí misma de que era solo una sirvienta; una más. Pero una parte casi

diminuta de ella, la dama que había sido, no podía tolerar que Lothar la tratara de esa manera. Además, ella había renunciado. Ya no trabajaba para él.

—No voy a regresar —dijo con firmeza, cruzándose de brazos, en un tono que provocó que Lothar alzara una ceja—. Eres tú quien debería regresar a la fortaleza.

—¿Acaso no me pediste que te acompañara?

—Sí, cuando pensé que actuarías de forma razonable. Pero lo único que buscas es venganza y Callem necesita comprensión.

—Busco justicia. Mi hermano debe pagar por su...

Lothar se interrumpió abruptamente cuando Lia se giró, dejándolo con la palabra en la boca. La joven había escuchado suficiente. Ahora que sabía dónde se hallaba Callem, no podía perder más tiempo. Cada segundo que pasaba atormentaba más al espíritu de Eara, y ella tenía una promesa que cumplir. Pero primero necesitaba encontrar su saco, donde guardaba sus escasas pertenencias.

Al escudriñar el claro, divisó una hoguera recién apagada que aún desprendía algo de calor. Por eso no se había despertado por el frío de la madrugada. Reparó también en que no llevaba puesta su capa, y el recuerdo de habérsela quitado la noche anterior hizo que sus mejillas se tiñeran de rojo.

Por Dios santo, casi se había desnudado delante de Lothar.

—Muchacha ¿qué demonios estás haciendo?

Por su tono de voz, el joven guerrero no estaba contento con ella. Pero ese era el menor de los problemas de Lia en esos momentos.

—Busco mi saco. Debo partir hacia la fortaleza MacNeill —respondió sin más, y al echar un rápido vistazo a su alrededor, lo encontró apoyado contra un árbol cercano. Se acercó y lo abrió. Todo parecía estar en su lugar, salvo una cosa—. ¿Dónde está mi capa? —la pregunta escapó de sus labios antes de darse cuenta.

Se preparó para escuchar las burlas de Lothar, pero estas nunca llegaron. En cambio, él se alejó unos pasos y se agachó, recogiendo la prenda que ella no había visto.

—Aquí está, donde la dejaste —dijo, tendiéndosela sin añadir nada más.

Ella tomó la capa y se la echó sobre los hombros, sintiendo el calor reconfortante de la lana gruesa.

—Te agradezco que velases por mí esta noche, Lothar. Has mostrado verdadera caballerosidad.

Lothar dejó escapar una risa seca.

—No ha sido caballerosidad. Nunca me aprovecharía de una mujer indefensa, eso te lo aseguro. Ningún guerrero Astruther lo haría. Pero en las tierras de los MacNeill no esperes la misma consideración. Esos malnacidos no dudarán en sacar ventaja de ti si te ven sola y vulnerable.

—No lo permitiré, sé defenderme.

—¿Defenderte? —repitió Lothar con mordacidad—. Permíteme que lo ponga en duda. Ayer te comiste unos hongos que hasta una niña de cuatro años sabría que no debe probar.

—No me crie en estas tierras. Soy de las Lowlands.

No estaba segura si aquellos hongos crecían en las tierras de los Cameron. Lo cierto era que nunca había recogido uno en su vida. Esa era tarea de las sirvientas. Ella solo había comido aquello que le servían, confiando en que todo era seguro.

Lothar la observó en silencio por un momento, estudiándola, como si intentara descifrar cuánta verdad había en sus palabras.

—Eres una mentirosa capaz, pero a mí no puedes mentirme. Tu acento no es de las Lowlands.

Lia se estremeció. Por supuesto que Lothar no se dejaría convencer tan fácilmente.

—Me crie en un pueblo cercano a las Highlands, en la frontera —insistió, usando la excusa que tenía preparada desde hacía meses, pero que, hasta ese momento no había tenido que utilizar. Nunca nadie la había cuestionado, ni siquiera preocupado, por su procedencia.

Lothar entrecerró los ojos, sin dejar de mirarla.

—Ocultas algo. Lo supe desde el primer día en el que te vi.

Lia tragó saliva, conteniendo el miedo que amenazaba con hacerle temblar las manos. Sabía que, si Lothar descubría su verdadera identidad, todo terminaría.

—¿No ocultamos todos algo? —susurró, sabiendo que negar lo evidente era una pérdida de tiempo.

Lothar sabía que ella escondía algo, pero mientras no averiguase qué era, todo estaría bien para ella.

—No me importa tu pasado, pero no pienso cargar con una mujer que no está preparada para lo que nos aguarda.

Lia sostuvo su mirada sin pestañear.

—Voy a buscar a Callem. Con o sin tu permiso.

Lothar esbozó una sonrisa irónica.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo planeas llegar a la fortaleza MacNeill sin caballo?

—Iré a pie. Me llevará más tiempo, pero llegaré.

—¿Y sabes acaso el camino?

La verdad era que no tenía la menor idea, pero no pensaba admitirlo.

—Encontraré ayuda.

Lothar bufó.

—Lo que encontrarás será la muerte, ya sea por el frío o a manos de un malnacido.

Lia alzó la barbilla, no dejándose amedrentar por las palabras de él, que tan solo pretendían desmoralizarla.

—Si ese es mi destino, lo enfrentaré.

Dando la conversación por terminada, Lia ajustó su saco al hombro y se dio la vuelta, comenzando a andar. Aunque no tenía ni la menor idea hacia dónde iba.

Con un suspiro de frustración, Lothar avanzó rápidamente hasta interponerse en su camino, sujetándola del brazo.

—Eres la mujer más terca y desesperante que he conocido —gruñó, con una mirada que intentaba imponer autoridad, pero que tan solo consiguió irritar a Lia.

—El único terco y desesperante aquí eres tú —replicó Lia, tratando de deshacerse del agarre de Lothar.

—Iremos juntos —cedió él entre dientes—, pero bajo mis términos. Y obedecerás cada una de mis órdenes.

Aquello pareció convencer a Lia, que dejó de moverse. Ella se quedó quieta, y lo miró reflexiva durante unos instantes, como si estuviese considerando su petición. Finalmente, movió la cabeza en un asentimiento, casi sumisamente.

Pero Lothar no se dejó engañar, porque en su interior, ya sabía que Lia solo le haría caso si le convenía.

Capítulo 10

Lothar había dejado a su caballo atado en uno de los árboles cercanos. Era un semental de pelaje marrón oscuro, no tan imponente como el de su hermano Irwin, pero lo bastante grande y fuerte como para intimidar. Se notaba que era un caballo de guerra, del tipo que hacía que a Lia le temblaran las piernas.

Con un ligero asentimiento, ella le pasó el saco a Lothar, y él lo colocó en una de las alforjas. Mientras lo hacía, Lia se acercó al animal y estiró su mano hacia él, tal y como Scarlett la había aconsejado. Primero tenía que dejar que el caballo la oliera para que se acostumbrara a su presencia.

El caballo miró su mano, entrecerrando los ojos, y enseguida giró la cabeza, desinteresado. Lia dejó escapar un suspiro, comprendiendo demasiado tarde que debería haberle ofrecido algo de comida para ganarse su confianza.

—¿Tienes una zanahoria? —le preguntó a Lothar.

Él alzó la vista y se encogió de hombros con una sonrisa desdeñosa.

—No he traído comida, soy más que capaz de cazar lo que necesitamos. No debes preocuparte por ello.

Lia suspiró de nuevo, a medias por resignación y a medias divertida. Sabía que hasta los guerreros más curtidos llevaban alguna ración en las alforjas, conscientes de que el camino era incierto. Pero Lothar era demasiado engreído para detenerse en esos detalles.

—Es para dársela al caballo.

Lothar la miró con confusión.

—¿Y por qué querías darle una zanahoria a Trueno?

—¿Trueno? —repitió Lia, aunque no esperó a que Lothar respondiese, ya que ella misma se dio cuenta de que ese era el nombre del caballo. A ella le aterrorizaban las tormentas, así que le pareció un nombre acorde para el semental.

Lia suspiró, recordando cuántos temores aún la perseguían; resquicios de una vida pasada que no terminaba de dejar atrás. Pero este... este no sería uno de ellos. No esta vez.

—Para nada —contestó con una nueva determinación.

Tal y como había visto hacer a Scarlett, estiró la mano y acarició el pelaje del caballo. Su mano le temblaba, pero hizo lo posible para que no se le notase. El caballo ladeó la cabeza para mirarla y ella sonrió, o por lo menos, lo intentó.

—Eres un caballo muy guapo, Trueno —lo alabó, imitando el comportamiento de la que había sido su señora con los animales. Sintió cómo sus mejillas se enrojecían, porque no podía evitar sentirse ridícula. Pero, a situaciones desesperadas, medidas desesperadas—. ¿Crees que podremos ser amigos?

—No me puedo creer que tú también hables con los animales.

Ignorando a Lothar, Lia estiró la mano y dejó que sus dedos rozaran el pelaje cálido y suave del semental. A pesar del temblor en sus manos, intentó que no se le notara. Trueno ladeó la cabeza y la miró de soslayo, como evaluando el gesto. Ella le devolvió la mirada, y aunque apenas pudo esbozar una sonrisa debido a los nervios, era un primer paso.

El animal agachó la cabeza, permitiendo que lo tocara. Y ella lo acarició, con un poco más de confianza, feliz porque él se lo permitiese.

Estaba funcionando.

—Scarlett tenía razón —dijo Lia, sorprendida y entusiasmada a partes iguales—. La mejor

manera de que los animales te acepten es tratándolos como si fueran tus iguales.

Lothar chasqueó la lengua.

—La manera de que te acepten es demostrándoles quién manda.

—Eso no es así.

Lothar puso los ojos en blanco, pero decidió que era mejor no perder su tiempo discutiendo necedades.

—Sube ya. Tenemos tres largos días de camino por delante.

—¿Me dejas que te monte? —le preguntó Lia al caballo, y aunque sabía que era una locura, a ella le pareció que Trueno asentía levemente.

Con una mezcla de emoción y nerviosismo, Lia se dispuso a subir. Colocó una mano firme sobre la silla y se impulsó hacia arriba, concentrándose en cada movimiento para mantener el equilibrio. Sus piernas temblaban un poco, pero apretó los labios y tomó aire. Al apoyar un pie en el estribo, sintió el peso del animal, fuerte y estable bajo ella, y se aferró a la crin con suavidad, como si el contacto con el pelaje le diera valor. Finalmente, se acomodó en la silla, soltando un suspiro de alivio al darse cuenta de que había logrado superar, aunque fuera un poco, su propio temor.

Desde el suelo, Lothar la observaba con una ceja alzada y una expresión burlona. Pero a Lia le pareció ver un brillo de orgullo en los ojos de él que la hizo esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Lista? —preguntó Lothar con un tono de ironía que Lia ignoró.

Ella estaba a punto de decir que sí, pero se detuvo. Antes de que Lothar subiera y tomara las riendas, quería fortalecer aún más el lazo con el animal.

—¿Damos un paseo, Trueno? —le susurró al caballo, tirando suavemente de las riendas.

Pero Lothar colocó una mano firme sobre el lomo de Trueno, impidiendo que avanzara.

—No es buena idea. Eres una simple sirvienta, sin apenas nociones sobre caballos, y Trueno es un corcel de guerra, entrenado para obedecerme solo a mí.

Las palabras impertinentes de Lothar encendieron una chispa de furia en Lia. ¿Acaso pensaba que ella no era capaz? Había demostrado que podía hacer cualquier cosa que se propusiera.

—Nos hemos hecho amigos, Lothar. No pretendo que me obedezca, solo que responda a mis indicaciones.

Lothar bufó y negó con la cabeza, molesto.

—Irwin debería encerrar a su esposa en una de las torres y no permitirle que hable con vosotras. Solo logra meteros ideas absurdas en la cabeza.

—Lo que temes —dijo Lia, con un toque de osadía en su voz—, es que Trueno acabe prefiriéndome a mí antes que a ti.

Lothar frunció el ceño por un instante, pero enseguida se apartó del caballo con una sonrisa burlona.

—Muy bien, Lia. Demuéstrame lo buenos amigos sois.

Lia acarició la crin de Trueno, y de nuevo, tiró levemente de las riendas.

—¿Por qué no damos un paseo? —propuso. El caballo ladeó la cabeza para mirar a su dueño, pero este tenía su atención fija en Lia—. Es solo un paseo corto, regresaremos en un momento. Quiero que nos conozcamos un poco más.

Para su sorpresa, el caballo obedeció y comenzó a moverse, aunque con una calma casi desdeñosa. Trueno seguía sus indicaciones con cierta pereza, como si midiera cada paso con deliberación. Aun así, Lia logró mantenerse firme en la silla, agradecida de que el animal no la sacudiera. No era una gran jinete, pero estaba decidida a que avanzasen sin problemas.

Guiando a Trueno con las riendas, lo sacó del claro y se adentraron un poco entre los árboles. Lia sonrió, sintiendo una inesperada confianza mientras avanzaban hacia un pequeño charco al borde del bosque, donde el agua reflejaba el cielo nublado. Allí, con la idea de hacer girar a Trueno y regresar triunfal, tiró suavemente de las riendas. Pero justo en ese instante, el caballo bajó la cabeza y, como si fuera parte de algún plan secreto, dio un paso en falso, inclinándose hacia el charco.

Lia apenas tuvo tiempo de reaccionar. De repente, perdió el equilibrio y, con un gracioso aspaviento, resbaló de la silla y cayó de lleno sobre el barro, salpicando agua y tierra a su alrededor. La expresión de Trueno, que parecía una mezcla de indiferencia y satisfacción, no ayudaba en absoluto.

Lothar, que la había seguido hasta el borde del claro, estalló en carcajadas.

—Te ruego que me disculpes, estaba equivocado. Tú tenías razón, os habéis hecho grandes amigos.

Lia, empapada y con barro hasta las cejas, se levantó y lo fulminó con la mirada, indignada.

—¡Tú le has ordenado que me tire al charco! —protestó, cruzando los brazos.

—¿Y cómo habría de hacer tal cosa si no he abierto la boca? —cuestionó Lothar, arqueando una ceja—. ¿O acaso hay otra manera de que el caballo te obedezca si no es tratándolo como un igual?

Lia cerró los ojos durante un instante, invocando toda la paciencia que le quedaba para no lanzarse sobre Lothar y tirarle del pelo. La estaba provocando descaradamente, y en el fondo, sabía que tenía razón. Claro que no se podía dialogar con un caballo; mucho menos tratarlo como si fuera una persona. Trueno solo era un animal... Aunque uno muy fiel a Lothar. Seguro que, con un simple gesto que ella no había visto, él lo había incitado a cometer semejante acto.

Cuando abrió los ojos, vio a Trueno junto a Lothar, mirándola con un aire de autosuficiencia. Ambos parecían dos caras de la misma moneda: engreídos y completamente seguros de sí mismos. A Lia le dio hasta gracia. El caballo realmente parecía una extensión del joven guerrero.

De repente, le picó la oreja, y al levantar la mano para rascarse, sin querer, se embarró la única parte de su rostro que había quedado limpia. Al darse cuenta, no pudo evitar soltar una risa, esa que había estado intentando contener. Ahora que la furia se había disipado, no podía negar que la situación era graciosa.

—Cuando sonríes eres aún más bella —dijo Lothar, provocando que Lia dejase de reír y lo mirase.

El guerrero parecía sorprendido de sí mismo por haber soltado esas palabras, y a Lia no le quedó duda de que las pensaba con sinceridad. A pesar de ello, se negó a creérselas. Si algo se le había quedado grabado a fuego en su piel era a no creerse las palabras bonitas que ningún hombre le dijese. Por muy convincentes que parecieran y por mucho que ella anhelase que fuesen genuinas.

—No soy una de esas mujeres que se dejan engatusar por bonitas palabras.

Estaba convencida de que la única intención de Lothar era seducirla para luego desecharla, como hacía con todas.

—Soy más que consciente de ello —respondió él, sin inmutarse, como si el rechazo de Lia no le sorprendieran en absoluto—. Es por ello que no veo razón por la que no deba llevarte de regreso a la fortaleza y dejarte allí.

Las palabras secas de Lothar provocaron una sonrisa en Lia. Él la miró, incrédulo, y no le extrañó, porque ella misma se sorprendió al darse cuenta de algo inesperado: el Lothar engreído,

poco caballeroso y burlón le resultaba más reconfortante, más seguro que el Lothar seductor que había intentado cortejarla con palabras vacías. Incluso se dio cuenta de que se sentía segura con él.

—No voy a volver a tener esa discusión contigo —cortó ella—. Necesito ir al arroyo a lavarme antes de continuar el viaje.

Lothar la miró con una sonrisa burlona.

—No veo la razón. El cielo está cubierto de nubes grises y pesadas, como si fueran a caer sobre la cabeza. La lluvia no tardará en alcanzarnos limpiándote al instante.

Lia era consciente de que la mayoría de los guerreros eran unos auténticos guarros. Ellos se justificaban diciendo que, durante los largos meses de guerra no podían perder el tiempo en frivolidades como el baño o la higiene. Los hombres de armas, en su mayoría, preferían el sudor y la tierra adheridos a su piel que dedicar unos minutos a refrescarse. Para ellos, el barro en sus rostros y el olor de la fatiga eran casi insignificantes; un símbolo de su resistencia. Más de una vez había tenido que taparse la nariz cuando pasaba tiempo al lado de un guerrero recién llegado de una disputa.

—Si es tu deseo, puedes retozarte en el barro y después esperar que la lluvia te limpie, pero yo voy a limpiarme.

Con pasos decididos, se acercó a Trueno. Sacó su saco de las alforjas, dejándolo en el suelo. Acarició el lomo del caballo, limpiándose las manos cubiertas de barro en su pelaje, algo que hizo bufar al animal. Aunque, sorprendentemente, no se defendió dándole una coz.

Cuando tuvo las manos lo suficientemente limpias, cogió una pastilla de jabón y un vestido limpio, y se dirigió al arroyo.

Lia no fue consciente de que cualquier miedo que tuviese a Trueno había desaparecido. Pero Lothar sí lo hizo, y esbozó una sonrisa de satisfacción mientras observaba a la joven alejarse de él.

Capítulo 11

Lia se encontraba en el arroyo, sumida en la tarea de lavarse rápidamente. El agua helada del arroyo, le caía sobre la piel, provocándole un leve temblor. El aire frío de las Highlands soplaba con fuerza, recorriendo la zona con su aliento gélido, mientras las hojas secas crujían bajo los árboles cercanos.

Lothar, a cierta distancia, la observaba sin que ella lo notara. Desde las sombras de los árboles su mirada se mantenía fija en ella. La joven, ajena a su presencia, intentaba limpiarse rápidamente, pero la fría corriente del arroyo le dificultaba el trabajo.

Él no estaba acostumbrado a mantenerse lejos cuando una joven desnuda estaba tan cerca de él. No podía ver su desnudez, ya que ella se había agachado detrás de una roca que la tapaba la parte del cuerpo que no cubría el agua, aunque sí que había podido intuir sus delicadas formas.

Desde el primer día en que la vio, había supuesto que, bajo sus vestidos gastados y holgados, se escondía una figura de rara belleza. Su vasta experiencia con las mujeres le decía que, pese a las apariencias, la joven poseía una gracia envidiable, que aún los más sencillos ropajes no podían disimular. Sin embargo, ella había rechazado sus atenciones con una firmeza que, lejos de enfurecerlo, le había resultado tan refrescante como un viento fresco en medio de una tarde de verano.

La joven terminó de limpiarse, preparada para salir del agua. Lothar se giró y se marchó de regreso al claro. Una parte de él hubiera querido quedarse allí para ver su desnudez, pero otra, la predominante, no se lo había permitido. No era la caballerosidad la que lo apartó, sino la certeza de que eso no la haría feliz.

Lothar ansiaba verla desnuda. En más de una ocasión, había imaginado el tacto de sus pechos y el sabor de su piel bajo sus labios. Pero deseaba que la primera vez que sus ojos recorrieran su cuerpo desnudo fuera porque ella misma se despojaba de sus ropas para él. Quería que Lia lo deseara, que fuera ella quien le ofreciera su cuerpo por voluntad propia.

Por primera vez en su vida, anhelaba que una mujer lo deseara, no por ser el hermano del *laird*, ni por el atractivo que sus músculos o su posición podían inspirar, sino por el hombre que era. Sabía que esa sería la única razón por la que Lia yacería con él de buena gana. Y por eso, aunque el deseo lo consumiera, no intentaría nada con ella. No hasta que ella se lo pidiese.

Ajena a los pensamientos de Lothar, Lia salió del agua. Se secó con la manta y se puso un vestido limpio. Una vez vestida, aprovechó para limpiar el vestido lleno de barro en el agua del arroyo. Solo tenía esos dos vestidos y no sabía cuándo necesitaría volver a cambiarse.

Cuando regresó al claro encontró a Lothar esperándola junto a Trueno, su imponente semental. Él la observaba con el ceño fruncido, y Lia tuvo la sensación de que algo lo inquietaba. Dudó un instante, preguntándose si debería decir algo, pero decidió no hacerlo.

—Estoy lista —dijo simplemente.

Lothar asintió sin decir palabra, y con un breve gesto, le indicó que montara. Lia miró a Trueno con cierto recelo, recordando que la había arrojado al suelo embarrado, pero respiró hondo y subió al animal, acomodándose lo mejor que pudo. Esta vez, no intentó hablar con él.

Lothar subió detrás de ella. Sus brazos fuertes la rodearon para tomar las riendas, y con un leve impulso, el semental comenzó a andar entre los árboles.

Cabalaron en silencio durante horas. El único sonido era el suave golpeteo de los cascos de Trueno contra la tierra. Por primera vez en mucho tiempo, Lia se permitió relajarse; el calor del cuerpo de Lothar a su espalda y la firmeza de sus manos en las riendas le daban seguridad, como

si nada en el mundo pudiera hacerla daño mientras él estuviese a su lado.

Sin darse cuenta, se quedó dormida, y cuando despertó, se sorprendió a sí misma al descubrir cuánto había llegado a confiar en él. Aquel descubrimiento la inquietó. Sintió un nudo formarse en su estómago. No podía permitirse volver a cometer los mismos errores.

Ya lo había pagado muy caro en el pasado. No le volvería a suceder.

—No te necesito —murmuró, somnolienta y medio aturdida aún, mientras intentaba alejarse de Lothar en el reducido espacio que compartían en el lomo del caballo.

—Sí me necesitas —le respondió Lothar con voz grave, sin un rastro de duda.

Lialadeó levemente la cabeza hacia él, dedicándole una mirada desafiante. Pero Lothar tenía sus ojos fijos en el horizonte.

—No necesito a ningún hombre. Soy más que capaz de valerme sola.

Lia esperó una respuesta de Lothar, o al menos, una de sus características risas burlonas. Sin embargo, este continuó cabalgando, ignorándola por completo. La expresión de él era seria y tenía los labios apretados; parecía enojado y reflexivo. Con un suspiro y dando la conversación por finalizada, Lia volvió a mirar al frente.

Unos pocos minutos después, Lothar ordenó a Trueno que se detuviera. Con un solo movimiento, bajó del caballo y, sin darle tiempo a reaccionar, ayudó a Lia a descender también. Antes de que pudiera apartarse, colocó un dedo bajo su mentón y la obligó a mirarlo a los ojos. Lia aceptó a regañadientes.

—¿Algún hombre te ha hecho daño? —preguntó Lothar; su voz grave pero teñida de una inquietud sincera—. ¿Tu marido, tal vez? ¿Es de eso de lo que huyes?

Lia sintió que el pecho se le tensaba al escuchar esas palabras. La pregunta, formulada con una inesperada suavidad, logró atravesar sus defensas, pero se negó a dejarlo ver.

—No huyo de nadie —respondió con firmeza, aunque una sombra de amargura se reflejó en sus ojos—. No estoy casada y nunca me casaré.

Sacudió la cabeza para liberarse del contacto de Lothar y dio un paso hacia atrás, como si necesitara espacio para recuperar su compostura.

Lothar la observó en silencio.

—Entonces, ¿eres así de empechinada por propia naturaleza? —inquirió, con una leve sonrisa asomando en sus labios.

Lia lo miró con el mentón en alto, tratando de ignorar el calor que sentía en las mejillas.

—No soy empechinada, solo soy una mujer que se niega a que los hombres la manipulen.

—¿Crees que te estoy manipulando?

—Lo haces —afirmó ella con frialdad, mientras él enarcaba una ceja, sorprendido por la acusación—. Has venido en mi busca, haciéndome creer que puedo confiar en ti, que vas a solucionar mis problemas y que eres un hombre en quien puedo apoyarme. Me haces creer que eres diferente, un buen hombre. Pero, en realidad, eres como todos.

La expresión de Lothar se endureció. Por el destello que bailó en sus ojos y la mueca que se formó en sus labios, si Lia no conociera mejor al joven guerrero, diría que sus palabras lo habían herido.

—¿Cuándo he hecho yo eso? Fuiste tú quien me pediste que te acompañara a buscar a mi hermano.

—Y tú te negaste. Ahora sé que eso también fue parte de tu manipulación. Querías que emprendiera el viaje sola para luego seguirme y... —Lia se quedó en silencio por un momento, mientras su mente hacía un giro, y una idea tomó forma en su cabeza. Un atisbo de revelación la hizo hablar con más firmeza—. Tú eres el culpable de que tuviera esas alucinaciones —dijo de

golpe, con una intensidad nueva en su voz—. Lo hiciste para que creyera que necesitaba tu ayuda. Incluso fingiste que ibas a enviarme de regreso solo para que yo te estuviera agradecida por permitir que me acompañaras.

Lothar la miró, entre la sorpresa y la incredulidad, antes de soltar una risa amarga.

—Por los clavos de Cristo, estás chalada —masculló, interrumpiéndola con una explosión de frustración—. ¡Nada de lo que estás diciendo tiene sentido!

Lia, sin embargo, no retrocedió ni un paso. Su rostro seguía tenso y sus palabras estaban llenas de una furia que no podía contener.

—Tú me engañaste, Lothar. Todo lo que hiciste, todo lo que dijiste, fue para que pensara que no podía hacerlo sola. Pero no soy una tonta. Ya no. Ahora lo entiendo todo. Quieres que caiga rendida a tus pies. Quieres yacer conmigo y manipularme para alguna de tus oscuras intenciones.

Lia había creído que Lothar no era así. Que pese a sus múltiples defectos, era un joven honesto. Pero ¿no había pensado también lo mismo de Bird? Y mira cómo habían terminado las cosas...

Aunque, a pesar de ello, había una voz en su interior que seguía gritándole que Lothar era diferente a Bird.

—Lia —Lothar dio un paso hacia ella. La observó durante unos instantes en silencio, inspeccionando su rostro, como si estuviera buscando algo en él—, ¿has tomado otro de esos hongos alucinógenos?

Lia bufó.

—Hongos que comí por tu culpa.

—¿Pero qué diablos estás diciendo?! —gritó Lothar, cansándose de las acusaciones absurdas de Lia. Estaba teniendo paciencia con la joven, pero se le había agotado—. Fui detrás de ti porque quiero encontrar a mi hermano, porque quiero asegurarme de que reciba el castigo que se merece. ¡Yo no manipulo a las mujeres, no lo necesito! Son ellas las que vienen a mí, a pedirme que les dé placer. —Dio un paso más, acercándose aún más a ella—. ¿Eso es lo que sucede, Lia? ¿Qué me deseas y no quieres reconocerlo? ¿Por eso estás actuando de esta manera tan extraña? ¿Prefieres creer que tu deseo hacia mí es fruto de mis engaños?

El rostro de Lothar estaba tan cerca del suyo que Lia podía sentir su aliento cálido sobre su piel. A pesar de la proximidad, ella se mantuvo inmóvil, con la mandíbula apretada y los ojos firmemente clavados en los suyos. No iba a ceder ante él, no iba a demostrarle temor, aunque su corazón latiera con fuerza en su pecho.

Se obligó a no apartarse, a no mostrar debilidad, a pesar de que una parte de ella, la que intentaba ignorar, deseaba que él se acercara aún más. Ella quería averiguar a qué sabían esos labios. Quería que él la abrazase y le asegurase que todo iba a ir bien. Quería, por un fugaz momento, volver a ser esa mujer que se sentía frágil, que necesitaba un hombre a su lado para sentirse completa, para dejar de cargar con el peso de sus propios temores.

Pero la razón se imponía, y Lia no permitiría que esa parte de ella tomara el control. Ella ya no era esa mujer. Había aprendido de sus errores.

Sin embargo, por un instante, los pensamientos se cruzaron en su mente como un torrente, y fue difícil ahogarlos.

—¿La verdad en mis palabras te ha enmudecido? —presionó Lothar, provocando que Lia regresara a la realidad.

Las bellas facciones de Lothar estaban ahora tan cerca de su rostro que le costaba pensar, y una oleada de confusión invadió su mente. Fue solo un momento, pero suficiente para que su

pulso se acelerara y que la cercanía de él despertara una parte de ella que trataba de reprimir.

Decidida a recuperar el control, Lia dio un par de pasos hacia atrás, alejándose de él. Lothar esbozó una sonrisa de suficiencia, como si el pequeño retroceso de ella fuera una victoria para él.

—No hay verdad en ella, solo son el resultado de tu arrogancia —dijo Lia con firmeza, alzando la cabeza y mirando a Lothar sin titubear—. No te deseo, Lothar, y jamás lo haré.

—Lo harás —le respondió él con seguridad y soberbia—. No podrás resistirte a mí.

Aunque Lia puso los ojos en blanco, soltó una carcajada. Porque ese era Lothar, engreído y seguro de sí mismo, pero no un manipulador. Sin embargo, a ella le resultaba más sencillo pensar que lo era que reconocer que estaba comenzando a sentir algo por él. No permitiría que esa semilla emergiese, por esa razón tampoco advirtió que las palabras de él sonaban ligeramente diferentes esta vez a las anteriores. No era solo bravuconería, escondían una determinación, una especie de promesa que Lia no advirtió.

—Debemos continuar —dijo Lia, girándose para no seguir mirándolo a la cara.

El cielo se iluminó, y el sonido de un relámpago cercano acalló lo que fuera que Lothar hubiera respondido. Lia sintió un escalofrío que le recorría la piel. Nunca le habían gustado las tormentas, pero el temor que sentía en ese instante superaba cualquier miedo que hubiese experimentado antes. Este era un miedo nuevo, uno que había nacido la noche en la que renació. La tormenta le recordaba a esa noche, y con ella, lo que sintió en ese momento.

Eran emociones que había escondido en lo más profundo de su ser, atrapadas detrás de altos muros que había erigido con esmero. Porque eran emociones que habían muerto con su pasado. Pero con cada relámpago, con cada trueno, esos muros temblaban, amenazando con desmoronarse. Sabía que, si eso sucedía, sus emociones se desbordarían, arrasando con todo a su paso. Y eso... eso era algo que no podía permitirse.

—La tormenta se avecina con furia —anunció Lothar, alzando la vista al cielo encapotado—. No muy lejos de aquí hay una cueva. Podremos guarecernos allí.

—¿No sería mejor ir hasta el pueblo más próximo? —preguntó Lia, con un deje de inquietud en su voz.

—Estamos demasiado lejos del pueblo.

—Seguro que hay alguna cabaña cercana, donde sus moradores nos ofrezcan cobijo. La idea de enfrentar el temporal resguardados solo por frías piedras me parece abrigo insuficiente.

Dentro de la calidez de una cabaña, podía fingir que fuera lucía un sol radiante; más eso sería imposible en una cueva oscura y helada.

Pero Lothar negó con la cabeza.

—Ya no estamos en las tierras de mi hermano, no me fio de nadie que no sea un Astruther.

La desconfianza de Lothar le parecía exagerada. Si algo había aprendido durante los últimos meses, era que los campesinos eran personas amables y consideradas, pero Lia sabía que no lograría hacerlo cambiar de opinión, y aunque la cueva no era la mejor opción para ella, lo prefería a quedarse al raso. Que era lo que sucedería si no se daban prisa.

Así que Lia aceptó la mano que Lothar le tendía y, con un impulso firme, subió al caballo detrás de él. Apenas acomodada, Lothar hizo chasquear las riendas, y el animal partió al trote rápido.

La tormenta parecía acechar desde cada rincón del cielo, oscuro como una noche sin luna, y los truenos retumbaban en la distancia. El viento azotaba con mayor fuerza a cada paso, y la lluvia comenzó a caer en finas gotas que mojaban su rostro.

Se maldijo a sí misma por no haberse puesto la capa que Lothar había guardado dentro de su saco. Probablemente, para que ella durmiese más cómoda. Aquel pensamiento la hizo darse

cuenta de algo de lo que no había sido consciente hasta ese momento: el joven guerrero había estado a solas con ella mientras estaba desmayada. Pero ella no dudaba de su integridad, él jamás la lastimaría.

«Duerme, muchacha... Yo velaré tu sueño».

Esas palabras regresaron a su mente, y con ellas una sensación de paz y tranquilidad que la envolvió. Porque aunque no quería reconocerlo, esos eran los sentimientos que Lothar le provocaba. Sentimientos que a ella no le gustaba sentir. Aunque tenía que admitir que nunca ningún hombre la había hecho sentirse de esa manera; ni siquiera su exprometido Bird. Ella lo amó y confió en él ciegamente, creyó todas sus mentiras, pero jamás le inspiró esa serenidad.

Subieron una colina, y en lo alto, vislumbraron la entrada de una cueva. Lothar tiró de las riendas, deteniendo al caballo, y ambos desmontaron apresurados. Apenas se adentraron en la penumbra de la cueva, el cielo se rasgó en un estallido de relámpagos, y la tormenta, ahora desatada, cubrió el mundo exterior con su manto implacable de lluvia y truenos.

—No deberíamos haber dejado a Trueno fuera —dijo Lia, mordiendo su labio inferior con preocupación—. Se puede asustar. Además, ni siquiera lo has atado.

—No necesito atarlo, nunca se marcharía sin mí. Y le gustan las tormentas, ¿a qué crees que se debe su nombre?

Lothar dejó el saco con las pertenencias de Lia en el suelo. Sacó su espada de la funda y la puso junto al saco. Después, extendió la manta que había cogido de las alforjas del caballo y la colocó en el suelo para que Lia se sentase. Cuando esta lo hizo, él ocupó un lugar a su lado.

—¿Cómo sabes que le gustan las tormentas?

Lia se frotó las manos entre sí. Hacía frío en la cueva, aunque lo que le hacía temblar era el temor que crecía en su interior a la vez que la tormenta resonaba con más fuerza. La lluvia impedía que pudiese ver el exterior, algo que le resultaba inquietante.

—¿Acaso crees que mi cuñada es la única que habla con los animales? —le preguntó Lothar, logrando que ella lo mirase con asombro. Aunque cuando él le guiño un ojo, se dio cuenta que le estaba tomando el pelo.

Lia sonrió. Al menos, aquella conversación estaba logrando distraerla un poco.

—Es una chanza.

—Por supuesto que lo es. Nació un día de tormenta en medio del bosque, por eso le puse ese nombre.

—¿Estabas presente cuando nació?

—Encontré a su madre en el bosque dando a luz. No pude salvarle la vida, pero sí la del potrillo.

—Pensaba que los caballos de guerra eran caballos que habían sido engendrados con esa función. Que sus padres eran elegidos con esmero, asegurándose de que poseían las cualidades adecuadas para el propósito al que estaban destinados.

—Y así es, pero Trueno ha demostrado tener las cualidades necesarias. No es tan alto como el caballo de mi hermano, pero es feroz en una batalla.

Lia percibió el afecto y el orgullo con el que Lothar hablaba de su caballo. No solo lo rescató, sino que lo convirtió en su propio caballo de guerra, aún sabiendo que otros eran más válidos. Eran lo que la mayor parte de guerreros hubieran hecho; lo que, sin duda alguna, habría hecho su padre y lo que, seguramente, también habría hecho su hermano Kendrick.

Pero no Lothar, él había elegido el afecto por Trueno por encima de su valía. Lia siempre había sentido que Lothar era mucho más de lo que mostraba al mundo, y en ese instante, tuvo la confirmación.

—Eres un buen hombre —susurró, mirándolo a los ojos.

Lothar soltó una carcajada, divertida y algo irónica.

—No te engañes, Lia. No salvé a Trueno por bondad. Lo hice porque un caballo es un tesoro preciado, y al ver su fuerza, supe que sería útil. No hubo nobleza en mis actos.

Pero Lia no creyó ni por un instante en la dureza de sus palabras. Conocía las costumbres del clan Astruther, dedicado a la cría de caballos: elegían a los más cualificados para la batalla y vendían aquellos que no cumplían con sus exigencias. No había necesidad alguna de arriesgarse por un potrillo salvaje, y mucho menos, de criar a uno sin linaje.

Aun así, Lothar lo había hecho, y en su corazón ella sabía que ese acto de compasión revelaba mucho más de él de lo que este creía.

Lia iba a replicar, pero se dio cuenta de que Lothar había levantado un muro infranqueable. Él no deseaba que ella viese lo que él consideraba que era una flaqueza, aunque realmente Lia lo veía como una fortaleza. Algún día, Lia esperaba que Lothar se diese cuenta de ello.

Por esa misma razón, prefirió no continuar con la conversación. Conversación que le había ayudado a relajarse. No podía quedarse allí sentada sin hacer nada, ya que el temor la superaría. Se levantó y se acercó al saco. Buscó la escasa comida que contenía y la puso encima de su manta. Solo entonces se dio cuenta de que estaba hambrienta.

—Prometiste cazar cuanto necesitésemos, pero aún no has cumplido tu palabra —dijo al ver cómo Lothar miraba con una ceja arqueada el trozo de queso y el pan endurecido.

—Lo haré cuando amaine la lluvia —respondió él con calma.

—¿Y si llueve durante días? —preguntó ella, sentándose de nuevo en la manta—. ¿Cómo piensas sobrevivir?

—Soy un guerrero entrenado para resistir días enteros sin probar bocado. Pero tú, ¿de veras pensabas que podrías llegar lejos con tan escasos alimentos antes de desfallecer por el hambre?

—Llevo suficientes monedas para procurarme alimento.

Lothar entrecerró los ojos.

—¿Y dónde piensas hallar un comerciante o una cabaña habitada en estas tierras salvajes? Sin mí, no durarías ni una semana.

Lia sintió cómo la ira se encendía en su pecho. Así era Lothar: tenía el don de hacerla pasar de la serenidad a la furia en un solo instante.

Ella no era ninguna inútil y pensaba demostrárselo.

—Me las he arreglado en situaciones más duras.

Lothar la miró fijamente a los ojos, y en ellos alcanzó a ver el rastro de las penurias que Lia había soportado. Su corazón se enterneció y, por un instante, pensó en alzar su mano y acariciar la mejilla de ella, consolándola. Pero Lothar intuía que ella lo rechazaría, así que no lo hizo.

—No deberías haber pasado por todo eso —murmuró, con una dulzura poco común en él—. Alguien debió haberte cuidado.

—No necesito que nadie me cuide —replicó ella con firmeza. *Ya no*, pensó, aunque guardó esas palabras en silencio.

Sin decir nada más, Lothar extrajo la daga de la caña de su bota. Con precisión, cortó el queso en finas rodajas e hizo lo mismo con el pan endurecido. Repartió las piezas y Lia comenzó a comer con avidez, provocando que Lothar alzara una ceja, aunque no soltó comentario alguno.

Lia escondía una historia dura detrás que no deseaba compartir con él, y eso era algo que él respetaba. Todos tenían sus propios secretos; incluso él mismo.

—¿Tienes frío? —le preguntó Lothar cuando terminaron de comer.

Lia se había cerrado la capa y tapado lo máximo posible. La humedad de la cueva estaba

haciendo mella en ella.

—Un poco. Ojalá dejase de llover para que pudiésemos hacer una hoguera.

Lothar asintió, de acuerdo con ella. Recolectar madera mojada no serviría para nada. Él era capaz de aguantar esas temperaturas, pero no estaba seguro de si ella podría hacerlo.

—El calor humano es bueno en estas situaciones.

Lia bufó.

—Sé lo que pretendes y no va a funcionar.

—Lo único que pretendo es que no mueras presa del frío.

Lia fue a responder, pero Lothar se levantó de golpe. Se guardó la daga en la caña de la bota y cogió su espada. En un principio, ella pensó que un animal salvaje había ido a la cueva con la intención de encontrar refugio de la lluvia, por eso se escondió tras él.

—¿Es un lobo? —preguntó, sabedora de que esos animales moraban esas tierras y lo hacían en manadas, algo que la hizo temblar.

—He escuchado pasos —susurró Lothar para que tan solo Lia pudiera oírlo—. Alguien se acerca. —Al escuchar esas palabras, Lia se relajó visiblemente. Fue a salir de detrás de Lothar, pero este abrió las piernas, impidiéndoselo—. No te muevas, pueden ser mercenarios o forajidos.

Lia se quedó inmóvil, obedeciendo la orden de Lothar, aunque sentía una intensa urgencia de asomarse y ver por sí misma quién se acercaba. A diferencia de las fieras que merodeaban los bosques oscuros de las Highlands, los humanos no le inspiraban tanto miedo, especialmente estando bajo la protección de un guerrero como Lothar.

A pesar de la calma que el joven irradiaba, sus músculos estaban tensos, preparados para ensartar con su espada a los inoportunos visitantes si se atrevieran a dar un paso en falso. Los pasos, lentos y tambaleantes, se detuvieron en la entrada de la cueva, y entre las sombras, dos figuras se delinearon bajo la escasa luz que se filtraba desde el exterior. Eran un hombre y una mujer de edad avanzada, ambos empapados hasta los huesos y cubiertos de barro que les llegaba hasta las rodillas.

Lothar alzó la espada. Su mirada implacable y su voz fría como el acero.

—No deis un paso más —advirtió, sin apartar sus ojos vigilantes de los recién llegados.

Ambos se detuvieron. El anciano levantó la mirada hacia él. Su rostro, bañado en profundas arrugas, estaba parcialmente cubierto de barro, y su piel era pálida. Aunque su mano temblaba ligeramente por el frío y el agotamiento, el anciano se mantuvo erguido al lado de la mujer, dándole soporte mientras ella se aferraba a su brazo.

—No es nuestra intención causaros ningún mal. Somos simples campesinos. Salimos esta mañana a recoger hierbas y raíces medicinales, y la tormenta nos ha pillado de improviso, arrastrándonos hasta aquí.

—¿Y cómo habéis encontrado esta cueva? —interrogó Lothar con recelo.

El anciano sostuvo la mirada de Lothar y respondió sin titubear:

—No sabíamos de su existencia. Fue la lluvia la que nos obligó a buscar refugio, y la vimos a lo lejos, oculta entre las rocas.

La mujer asintió débilmente, apoyando la cabeza en el hombro del anciano. Su rostro reflejaba agotamiento, y el barro y la humedad oscurecían las líneas de expresión de sus ojos, que solo reflejaban cansancio y frío.

Lothar enfundó su espada lentamente, aunque mantuvo una mano cerca del cinto, listo para actuar si era necesario. No estaba dispuesto a confiar en ellos aún, pero su experiencia le decía que, por el momento, estos dos ancianos no suponían un peligro inmediato. Aunque no bajaría la guardia; bien sabía él lo mucho que podían engañar las apariencias.

—¿De dónde procedéis?

—De un pequeño pueblo en las colinas, al sur de aquí... Ni siquiera figura en los mapas —contestó el anciano con voz rasposa, desviando la mirada hacia el suelo, como si la confesión de su humilde origen lo avergonzara—. No tenemos tierras ni mucho que nos ate. Solo somos viejos campesinos que, a veces, nos aventuramos lejos de nuestra cabaña en busca de hierbas.

La mujer, sin levantar la cabeza, murmuró con voz débil:

—Nuestra hija está enferma, ella sufre mucho dolor... y solo el remedio que la curandera le está dando la alivia. Pero ya no tenemos monedas con las que pagarle. Así que decidimos venir nosotros mismos a por las hierbas necesarias, aunque no tengamos más guía que nuestra memoria y lo que la curandera nos contó.

—¿Las habéis encontrado? —preguntó Lia, saliendo de detrás de Lothar.

Este le rodeo la cintura con su brazo impidiéndole acercarse a ellos.

—No te muevas —le advirtió en un susurro.

Lia negó con la cabeza. Lothar, como el guerrero Astruther que era, era desconfiado por naturaleza, pero no había ningún peligro en aquellos ancianos. Más bien, al contrario.

—Eso creemos —dijo la mujer, separándose del marido y enseñándoles el saquito que llevaba atado a su sencillo y gastado cinturón de cuero; probablemente, hecho por ella misma.

Lia sonrió. Se intentó zafar del agarre de Lothar, pero este la sujetaba con fuerza, impidiéndole moverse.

—Suéltame Lothar —exigió en voz baja, solo para que él pudiera escucharla—. No van a hacerme ningún daño.

—Eso no lo sabes —replicó él con obstinación, sin mirarla en ningún momento, con sus ojos fijos en los ancianos—. Marchaos, no sois bienvenidos —les espetó a los recién llegados.

El anciano abrió los labios para replicar, pero Lia se adelantó.

—No seas necio. La cueva no es de tu pertenencia. Tienen el mismo derecho a estar en ella que nosotros.

—Me pertenece mientras esté en ella —replicó Lothar con arrogancia—. Si quieren pernoctar en ella, primero tendrán que matarme.

—Nunca os haríamos daño —dijo el anciano, lo que provocó que Lothar soltase una carcajada.

Le resultaba gracioso que el hombre pensase que tenía la mínima oportunidad de hacérselo.

Lia puso los ojos en blanco, ya harta de escuchar tantas necedades. Si Lothar creía que ella era una doncella frágil que necesitaba su protección, pues actuaría como tal y lo usaría a su favor.

—No me encuentro bien —dijo con tono lastimero, justo cuando Lothar giró su atención por completo hacia ella—. Siento unas náuseas terribles. Debe ser por el largo viaje y mi... delicado estómago —añadió, llevándose una mano a la boca mientras ponía cara de desdicha y comenzaba a tambalearse como si fuera a desplomarse en cualquier momento.

Inmediatamente, Lothar la soltó, preocupado, y dio un paso atrás, listo para permitirle vomitar lo que fuera que le estuviera causando tal malestar. Pero Lia no tardó en aprovechar la oportunidad, y se deslizó con astucia fuera de su alcance para dar un par de pasos hacia los ancianos.

—Arpía mentirosa —farfulló Lothar, frunciendo el ceño. Sin embargo, no hizo el menor intento por alcanzarla.

Lia, ya casi sin contener la risa, se giró brevemente para ver cómo él seguía ahí parado, aparentemente desconcertado. El pequeño truco había funcionado perfectamente, y aunque trataba de mantener la compostura, la satisfacción de haberlo engañado era más que evidente en

su rostro. En un acto que le sorprendió a ella misma, le sacó la lengua, burlándose de él. Después, se giró y agarró con suavidad el brazo de la anciana.

—Dejadme que os ayude —ofreció Lia con voz suave—. Necesitáis descansar. —Guió a la mujer hacia la manta sobre la que ellos mismos se habían sentado. Lia, a pesar de sentir el frío calando en sus huesos, se deshizo de su capa y la puso sobre los hombros de la anciana, intentando darle algo de consuelo—. Siento no tener nada que ofreceros para comer. Cuando deje de llover, él —señaló a Lothar— irá de caza.

—Lo haré si así lo deseo —puntualizó Lothar con voz airada, enojado con Lia por su subterfugio, y más enojado consigo mismo por haber caído en él.

Lia entrecerró los ojos y ladeó la cabeza hacia él.

—Necesitan nuestra ayuda, Lothar. ¿Acaso no puedes mostrar un ápice de generosidad, al menos, una vez en tu vida?

Como era de esperar, las palabras de Lia no causaron ningún tipo de efecto en Lothar.

—No eres nadie para ordenarme lo que debo de hacer.

Lia exhaló un bufido, comenzando a perder la paciencia con Lothar. A veces, era un necio insoportable que la sacaba de quicio.

—No queremos molestaros —intervino el anciano, no queriendo crear un conflicto. Sus palabras estaban impregnadas de temor—. Partiremos en cuanto amaine la tormenta.

—No molestáis —le aseguró Lia, manteniendo la calma mientras le ofrecía una sonrisa reconfortante—. Sentaos junto a vuestra mujer.

El hombre, aún indeciso, obedeció y se sentó cuidadosamente al lado de su esposa, apoyando la cabeza sobre su hombro. Ambos temblaban de frío y miedo, y miraban a Lothar con cautela, sabiendo que, cualquier movimiento equivocado, podría provocar su furia.

Un trueno mucho más fuerte que los anteriores resonó por encima de ellos, y la tormenta, que hasta ese momento parecía haber alcanzado su clímax, comenzó a empeorar. Los vientos se arremolinaban con furia, y la lluvia caía en torrentes, golpeando las rocas y la tierra con violencia. La cueva, que hasta ahora había ofrecido algo de consuelo, empezó a resonar con el sonido del agua golpeando en el techo.

Lia se tensó, el miedo apoderándose de ella. Los recuerdos comenzaron a agolparse en su cabeza, recordando la joven que fue y los errores que cometió. Los recuerdos de su renacimiento se volvieron vividos en su cabeza. Se sintió como si estuviera en aquel bosque de nuevo, y todos los sentimientos que sentía en ese momento luchaban por apoderarse de ella.

—¡Lia! ¡Lia! —Apenas logró distinguir una voz lejana que la llamaba, acompañada de manos fuertes que la sacudían, arrancándola del abismo de su propio pavor.

Poco a poco, la niebla de terror que la envolvía se fue desvaneciendo. Al abrir los ojos, se encontró con el rostro de Lothar. Sus facciones estaban tensas y sus ojos castaños, que siempre parecían despreocupados, ahora estaban llenos de angustia.

A pesar del temblor que aún sentía, una leve punzada de felicidad se abrió paso en su pecho. Ver a Lothar tan preocupado por ella, con aquella intensidad feroz que apenas podía disimular, la hacía olvidar, aunque fuera por un instante, los recuerdos que la atormentaban.

—Estoy bien —respondió, intentando tranquilizar al guerrero.

—No, no lo estás —suspiró Lothar—. ¿Te dan miedo las tormentas? —le preguntó cuando otro trueno resonó y ella dio un respingo.

—Cuando son tan fuertes como esta, sí.

Lothar frunció el ceño, manteniendo la mirada fija en ella. Levantó levemente los brazos y luego los volvió a bajar, como si no supiera qué hacer con ellos. Ella tuvo la sensación de que él

estaba debatiendo consigo mismo si abrazarla para tranquilizarla o no. El joven guerrero no tenía la menor idea de cómo consolarla, pero para Lia, que él quisiese hacerlo, ya era suficiente. Se sorprendió a sí misma deseando que la abrazase, protegiéndola bajo sus fuertes brazos.

—No hay nada que debas temer. No mientras yo esté a tu lado.

Lia percibió la incomodidad de Lothar, pero también su resolución. Sabía que, aunque no pudiera evitar que los truenos cayeran, él haría todo lo que estuviera en su poder para que ella se calmara. Aún sin experiencia en gestos de consuelo, el guerrero parecía decidido a protegerla de sus miedos.

—Milady, podéis sentaros con nosotros —le ofreció la campesina, provocando que Lia la mirase.

La joven se había olvidado completamente de los dos ancianos.

—Ella se queda conmigo —dijo Lothar con sequedad a la vez que le rodeaba la cintura con su brazo posesivamente.

Pese a que ese gesto debería incomodarla, no lo hizo; incluso se encontró a sí misma apoyando su cabeza en el hombro de él. Aunque cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se irguió y se deshizo del brazo de Lothar, separándose.

Lothar frunció el ceño, pero no la detuvo.

—Al menos, coged vos la manta —le sugirió el anciano a Lia mientras se levantaba. Después, ayudó a su mujer a hacer lo mismo.

Lia negó con la cabeza a la vez que esbozaba una sonrisa afable. La bondad de aquellos ancianos la enternecía.

—No la necesito, es mejor que...

Sin embargo, se interrumpió a sí misma cuando vio cómo Lothar, que se había levantado y acercado a ellos sin que ella se diera cuenta, le arrebatara la manta al anciano de un manotazo. La desplegó encima de la piedra en la esquina contraria donde estaban los ancianos. Lia observó con impotencia cómo ellos se sentaban en el suelo.

—Devuélvesela, estás siendo un maleducado —le exigió con los dientes apretados.

—Estoy siendo muy misericordioso al no echarlos de la cueva —le respondió Lothar con altanería.

Lia suspiró. Conocía lo suficiente a Lothar como para saber que era imposible hacerle cambiar de opinión. Y estaba exhausta, con frío y aún algo asustada. Lo último que le apetecía era pelear. Se sentó encima de la manta y Lothar ocupó un lugar a su lado.

—Eres aún más bella cuando hallas el sendero de la razón.

Lia entornó los ojos. Encima, tenía la poca vergüenza de regodearse.

—Eres un necio, Lothar.

Lejos de ofenderse por el insulto, Lothar soltó una carcajada que rebotó en las paredes de la cueva. Y pese a todo, Lia no pudo evitar pensar en lo melódica y bonita que era la risa del joven.

Fuera, estaba comenzando a anochecer. La tormenta continuaba, aunque, para tranquilidad de Lia, parecía haber menguado un poco. Necesitando descansar, se tumbó encima de la manta y cerró los ojos. Sintió cómo Lothar dejaba la espada en el suelo y se tumbaba a su lado. Un temblor debido al frío se apoderó de ella.

—Si te acercas a mí, no tendrás tanto frío.

Lia miró hacia la otra esquina de la cueva, donde se encontraban los ancianos. Ellos estaban tumbados sobre la piedra, abrazados. Parecían dormir cómodamente, sin rastro de frío.

—Está bien —cedió con una exhalación de resignación. Todo fuera por no morir congelados—, pero girate.

Con una risa ronca, Lothar obedeció. Se dio la vuelta con facilidad, ofreciéndole la espalda ancha y musculosa. Lia alzó la vista al techo, donde las gotas de agua se deslizaban entre las piedras, goteando rítmicamente sobre el suelo. Por suerte, el rincón donde se encontraban seguía seco.

—¿Estás pidiendo permiso a Dios? —preguntó Lothar con un deje burlón, apenas capaz de contener otra risa que se le escapó inevitablemente—. No te preocupes, no es pecado si hay una buena razón.

—No voy a yacer contigo. —La respuesta de Lia fue rápida y directa, con un matiz de exasperación. Se giró, moviéndose más cerca de él, pero manteniendo la distancia justa—. Solo voy a pegar mi espalda a la tuya. Para entrar en calor y porque no nos queda más remedio. Nada más.

El silencio volvió a caer en la cueva, interrumpido solo por el suave golpeteo del agua en las rocas. Aunque no podía verla, Lothar sintió cómo Lia se acomodaba con cautela, evitando cualquier contacto innecesario. Tuvo que morderse el labio inferior para reprimir los comentarios burlones y, a su criterio, muy ingeniosos, que se apelmazaban en la punta de su lengua, ya que temía avergonzarla demasiado y que ella cambiara de opinión respecto a la idea de dormir pegados.

Él era un guerrero experimentado que estaba acostumbrado a pasar noches en la intemperie, mucho peores que esa, pero temía que ella enfermara.

A pesar de que sus intenciones eran puras, cuando Lia pegó su espalda a la de él y Lothar inspiró el suave aroma a lavandas silvestres que ella emanaba, no pudo evitar preguntarse si el sabor de su piel sería tan dulce como su perfume.

Tan solo necesitó esa pequeña llama para que la hoguera que había estado conteniendo en su interior prendiera fuego. Contra su voluntad, su mente lo traicionó y la visión de Lia desnuda llenó sus pensamientos. Se la imaginó tumbada en su cama, con su cabello rojizo extendido sobre su lecho y sus ojos verdes observándolo, medio aturcidos, pero sin perder ese brillo desafiante tan característico en ella, y que, en el fondo, muy en el fondo, a él tanto le gustaba.

Su pulso se aceleró al pensar en cómo sería sentir la piel de ella, cálida y suave, contra la de él. Y a pesar de que nunca habían yacido juntos, Lothar estaba convencido de que el cuerpo de ella se moldearía al suyo a la perfección, como si hubieran sido diseñados para encajar juntos.

Lothar respiró hondo, mordiendo su labio inferior con fuerza cuando sintió cómo cierta parte de su anatomía comenzaba a reaccionar. Trató de ocupar su mente con pensamientos poco estimulantes que lo ayudaran a alejarse de la lujuria que lo invadía. Por eso comenzó a rememorar algunas de las noches que había pasado con otros guerreros Astruther a la intemperie. No había nada menos excitante que los ronquidos de Craig o esa manía que tenía Fergus de rascarse el trasero entre sueños. Sin embargo, terminó recordando que le gustaba dormir sin ropa cuando estaba solo. ¿Qué diría Lia si se desnudara en esos momentos? ¿La embargaría el mismo deseo que él sentía por ella?

No, él no podía asustarla de esa manera. Ella era inocente. La certeza de esa afirmación que se acomodó en su cabeza le trajo muchas dudas.

—Es raro que una sirvienta a tu edad siga conservando su virtud —murmuró.

Lia no se movió. No solo por sus palabras, sino porque la cercanía con Lothar le resultaba abrasadora. Ella tuvo que luchar contra el impulso de girarse y mirarlo a la cara.

—¿Qué te hace pensar que soy virgen? —le preguntó ella, intentando que no se notase el miedo a ser descubierta en su voz.

—Al principio pensaba que escapabas de un marido que te trataba mal o de una familia que

se avergonzaba de que hubieses yacido con un hombre con el que no estabas desposada. Más ahora sé que no es así. Te ruborizas ante la idea de desnudarte ante mí y es más que obvio que no sabes nada sobre la intimidad entre hombres y mujeres o no estarías restregando tu trasero contra el mío.

Con un aullido, Lia se separó de Lothar. Se volvió a tumbar bocarriba y giró la cabeza cuando escuchó la risa de este.

—Una mujer ardua en artes amatorios no se habría avergonzado antes mis palabras.

—No me avergüenzo —mintió ella, mirando hacia una de las paredes de piedra. Sentía cómo sus mejillas ardían—. Y no estaba restregando mi trasero con el tuyo.

—Lo hacías, pero no estaba quejándome. Es más, puedes volver a hacerlo.

Lia tragó saliva y Lothar soltó una carcajada tan fuerte que hasta despertó a los ancianos.

—Eres un desvergonzado —susurró Lia, rezando para que los ancianos no hubieran escuchado la conversación.

A Lothar no podía importarle menos, pero decidió que era mejor no seguir avergonzando a la joven. Al cabo de unos minutos, escuchó la respiración acompasada de Lia. La oscuridad se había apoderado de la cueva y no podía verla, pero, aun así, colocó una mano en su brazo para poder observarla.

Las sombras de la noche apenas le permitían distinguir las facciones de Lia, suavizadas por el sueño. Ella parecía relajada; incluso se giró hacia él. Por un momento, su mano rozó peligrosamente cerca de los pechos de ella antes de retirarla instintivamente, como si su propio cuerpo se diera cuenta del límite que estaba cruzando. Lothar tragó saliva y se tumbó de nuevo. La joven volvió a moverse, buscando el calor del cuerpo del guerrero. Él se quedó allí tumbado, bocarriba, mientras ella apoyaba su cabeza en el pecho de él.

La respiración de Lia era acompasada, mientras la de Lothar se aceleraba cada segundo que pasaba. Él estaba seguro de que sería incapaz de quedarse dormido con ella pegada a él. Pero tampoco tenía la intención de moverse. Cada parte de su cuerpo estaba tensa, consciente del peso ligero de Lia apoyado en su pecho. Podía sentir la suavidad de su cabello rozándole la piel y el calor de su respiración contra su cuello.

Lia se removió ligeramente, acomodándose. Lothar sintió cómo su pequeña mano se apoyaba cerca de su costado, y un escalofrío recorrió su espalda. Contuvo la respiración, temiendo que cualquier movimiento pudiera despertarla. Sin embargo, la joven seguía respirando de manera tranquila, ajena al caos que ella misma había desatado en él.

—Maldita sea... —maldijo Lothar en voz baja, asegurándose de no despertarla.

Deseaba tocarla aunque sabía que no debía hacerlo. Pero, aun así, con una lentitud casi temerosa, Lothar levantó una mano, indeciso. Finalmente, la dejó caer suavemente sobre el cabello de la joven. Suspiró al sentir la sedosa suavidad de sus mechones pelirrojos entre sus dedos. Nunca había actuado así con una mujer. Ni siquiera en sus momentos más íntimos, con ninguna de las que habían compartido su lecho. Siempre había sido seguro de sí mismo, directo, sin espacio para vacilaciones. Pero con Lia era diferente.

Cerró los ojos, convencido de que el descanso le sería esquivo, pero lo cierto fue que el sueño lo reclamó varios minutos después. Y, por primera vez en mucho tiempo, descansó de verdad, sin todas esas preocupaciones que solían llenar sus sueños. Por una vez, su mente le dio tregua. Sus sueños no se llenaron de pesadillas en las que su peor temor se hacía realidad: no ser lo suficientemente buen guerrero y fallar a su clan. En su lugar, una paz inusitada llenó su mente, como si el simple hecho de tener a Lia a su lado hubiese disuelto todos los temores que asediaban su alma.

Capítulo 12

El sonido del canto de un pájaro provocó que Lia abriese los ojos. Le costó unos segundos recordar dónde se encontraba, pero cuando lo hizo, se dio cuenta de que no había rastro de temor en su cuerpo, ya que el sol, con sus calurosos rayos, se había llevado todo lo que la tormenta trajo consigo.

Fue a moverse, pero no pudo, era como si algo se lo impidiera. En la neblina de sueño en la que se encontraba, no entendía qué era lo que atrapaba sus piernas, hasta que, poco a poco, la claridad se instauró en ella y fue consciente de que sus piernas estaban enredadas con otras piernas.

El rubor encendió sus mejillas de inmediato, pero su incomodidad no terminó ahí. Su corazón se detuvo un instante cuando notó dónde descansaba una de sus manos: demasiado cerca de las partes íntimas de Lothar.

Lia contuvo el aliento, sintiendo que el calor se extendía por todo su rostro. Aunque ambos estaban completamente vestidos, no era decoroso. Con extremo cuidado, retiró la mano, como si quemase, y comenzó a deslizarse para apartarse de él sin despertarlo. Lo último que deseaba en esos momentos era confrontarlo.

Creyó que lo había logrado cuando una voz ronca y cargada de diversión rompió el silencio, sobresaltándola.

—¿Huyendo después de aprovecharte de mí?

Lia se detuvo en seco, sintiendo cómo el calor volvía a inundar su rostro. Se giró lentamente para enfrentarlo, tratando de mantener la calma mientras se sentaba sobre la manta, cruzando las piernas con torpeza.

—No me he aprovechado de ti —respondió, con la voz algo más alta de lo que pretendía.

Lothar se giró de costado, apoyando la cabeza sobre una mano y observándola con una sonrisa que no podía ser más burlona.

—Claro que sí. Te has aprovechado de mi cuerpo.

Lia tragó saliva, su mente entrando en pánico. ¿Había hecho algo más que, sin querer, dejar su mano demasiado cerca de...? El pensamiento la hizo ponerse aún más nerviosa.

Rápidamente, comenzó a rebuscar en los recuerdos de la noche anterior. La tormenta; el refugio en la cueva; cómo se habían quedado dormidos al fin, exhaustos... No, no recordaba nada fuera de lugar, pero la forma en que Lothar la miraba la hacía dudar de sí misma.

—No he hecho nada —repitió, aunque ahora su tono sonaba menos seguro.

La sonrisa de Lothar se amplió. Se estaba divirtiendo a su costa.

—Has dormido apoyada en mi pecho. Eso es aprovecharse de mi cuerpo.

Lia lanzó un suspiro, aliviada, aunque sus mejillas seguían ardiendo. De acuerdo, aquello no era algo de lo que se sintiera orgullosa, pero podía justificarlo. Había tenido frío, después de todo.

—Eso no es aprovecharse. Estaba helada —respondió Lia, cruzándose de brazos en un intento por recuperar algo de dignidad.

Lothar soltó una carcajada baja, resonante, que llenó la cueva con ecos de diversión.

—Que yo use esa excusa tiene sentido. A fin de cuentas, soy un disoluto —dijo, alzando una ceja con dramatismo fingido—. ¿Pero tú, Lia? ¿Qué excusa tienes?

Lia se levantó de la manta con indignación, pero también con vergüenza, ya que, aunque él estaba bromeando, en parte, tenía razón. Ella había descansado mejor de lo que lo había hecho en

mucho tiempo, y no podía obviar que se debía a haber dormido sobre el cuerpo musculoso del joven guerrero.

¿Por qué Lothar le transmitía tanta paz? Lia nunca llegaría a comprenderlo.

Se giró, dándole la espalda, aunque podía notar la mirada de él siguiendo sus pasos. No sabía qué hacer, y entonces, recordó algo que la hizo abrir mucho los ojos. Ladeó la cabeza hacia el otro lado de la cueva, dándose cuenta de que los ancianos ya no estaban allí. Con una mirada rápida se dio cuenta de que no se encontraban en la cueva. Una parte de ella se alegró de ello, ya que no tenía que pasar vergüenza al mirarlos y saber que habían sido testigos de que había dormido cómodamente en el pecho de Lothar, con sus piernas entrelazadas con las de él. Pero otra parte de ella, se entristeció de no haberse podido despedir de ellos. Los pobres ancianos eran encantadores.

—Han debido partir con los primeros rayos del alba —murmuró Lia, mirando hacia la entrada de la cueva, donde el sol comenzaba a despuntar.

—¿Quiénes? —preguntó Lothar con indiferencia.

Lia giró la cabeza para observarlo. El joven guerrero estaba tumbado sobre la manta, con los brazos extendidos y la cabeza apoyada en sus manos entrelazadas. Parecía relajado, incluso satisfecho consigo mismo, como si el mundo no tuviera nada más que ofrecerle que aquel momento.

—Los ancianos que buscaron refugio anoche —le recordó. Entonces, cayó en algo más—. ¿No habrás sido tan desalmado como para echarlos?

Lothar arqueó una ceja, divertido.

—Ni siquiera los recordaba.

—Yo tampoco —admitió ella en voz baja, con un toque de pesar—. Espero que estén bien. De pronto, Lia miró a su alrededor, buscando algo.

—¿Dónde has dejado mi zurrón? —preguntó después de unos segundos.

—¿Tu zurrón? —Lothar alzó ligeramente la cabeza, aun sin moverse de su lugar—. No lo he tocado.

Lia frunció el ceño, llevándose las manos a su costado para descubrir que tampoco llevaba consigo el pequeño saquito donde guardaba las pocas monedas que poseía. Su expresión se oscureció mientras volvía a mirar a Lothar.

—Si estás tratando de darme una lección, Lothar, has de saber que no es necesaria —dijo, cruzándose de brazos y fulminándolo con la mirada.

Lothar, ahora intrigado, se incorporó con un movimiento fluido, sentándose sobre la manta.

—No tengo idea de qué estás hablando, muchacha.

—¡Mi zurrón y mi saquito con monedas han desaparecido! —exclamó Lia, señalándolo con un dedo acusador—. Y si los has escondido para gastar una broma, te advierto que no tengo paciencia para juegos infantiles.

Lothar se levantó de golpe y escudriñó la cueva. Después, miró a Lia.

—¿Hablas en serio? ¿No los encuentras?

—No tengo razones para mentir. Solo quiero mis cosas para proseguir el camino.

Lothar se giró hacia el lugar donde habían dormido y se acercó a la manta con movimientos rápidos, como buscando algo específico. Revolvió a su alrededor con creciente urgencia, hasta que su rostro se endureció de golpe.

—¡Por los cielos y todos los santos! ¡Me han robado la espada! —bramó, su voz reverberando por las paredes de la cueva como un trueno.

Lia parpadeó, incrédula.

—Eso no puede ser. ¿Quién te iba a robar la espada? No hemos sido atacados.

Lothar se dio la vuelta hacia ella.

—No hemos sido atacados, cierto —gruñó, con un tono que helaba la sangre—. No les hizo falta. ¡Los muy ladrones esperaron a que descansáramos como corderos confiados y se llevaron lo que quisieron mientras dormíamos.

—¿Qué...? —Lia tardó unos instantes en comprender las palabras de Lothar—. ¿Estás diciéndome que los ancianos...?

Lothar bufó, pasando una mano por su cabello con un gesto furioso.

—Ancianos o no, han sido más astutos que nosotros. Fingieron buscar refugio y, mientras nos confiábamos, se llevaron nuestras pertenencias.

—No... eso no es posible... —balbuceó Lia, pasándose sus manos por su cabello enmarañado. Aunque no quería creer las acusaciones de Lothar, ciertamente las pertenencias de ambos habían desaparecido. La realidad era demasiado obvia como para poder negarla—. Pero... eran tan frágiles, tan... —murmuró, más para sí misma que para él.

—La fragilidad no era más que una máscara que supieron utilizar bien —replicó Lothar, ajustándose el cinturón vacío donde debería estar su espada—. Nos vieron cansados, desprevenidos, y aprovecharon la oportunidad.

—O tal vez se sintieron ofendidos por el trato que recibieron por tu parte y decidieron darnos una lección. Quizá nuestras pertenencias estén más cerca de lo que creemos —dijo Lia con un deje de esperanza en la voz.

Sin esperar respuesta, salió de la cueva. Afuera, Trueno pastaba tranquilamente; su imponente figura iluminada por los primeros rayos del sol. Pero no había rastro de los ancianos ni de las pertenencias perdidas.

Lothar apareció tras ella, apoyándose contra la entrada de la cueva con los brazos cruzados y una sonrisa irónica en los labios.

—¿Sigues creyendo que eran buena gente? —preguntó con tono mordaz.

Lia se encogió de hombros, esforzándose por mantener la calma.

—No han tocado el caballo ni parecen haber vaciado las alforjas. Su hija estaba enferma; seguramente, tomaron solo lo necesario.

Lothar soltó una carcajada seca, sin rastro de humor.

—Eres demasiado ingenua. Cómo puedes... —Lothar se detuvo de repente, como si una idea helada y furiosa le atravesara la mente. Su expresión cambió drásticamente, y sus ojos, normalmente brillantes de burla o confianza, se oscurecieron con ira—. Podrían haberte hecho daño —dijo, su tono bajo pero cargado de tensión, como un volcán a punto de estallar—. Diablos, podrían haberte matado. Y yo no habría podido hacer nada para defenderte... Yo...

Antes de que Lia pudiera reaccionar, Lothar se movió con rapidez hacia una roca cercana y la pateó con tal fuerza que rodó varios metros. Luego, sin detenerse, se dirigió hacia un árbol y descargó su frustración con una serie de puñetazos contra el tronco; sus golpes resonando en el aire quieto de la mañana.

Lia lo observó, inmóvil, sin comprender del todo su repentina explosión de furia. Había visto a Lothar enfadarse antes, pero nunca de esa manera, como si estuviera librando una batalla contra algo invisible y terrible.

—¡Ya basta, Lothar! ¡Te estás haciendo daño! —gritó, acercándose a él al ver que sus nudillos empezaban a teñirse de rojo por la sangre.

Pero él no parecía escucharla, atrapado en su furia, golpeando una y otra vez el resistente tronco del árbol como si quisiera derribarlo con las manos desnudas. Lia se mordió el labio,

sintiendo cómo su propia preocupación crecía con cada golpe.

—¡Lothar! —insistió, esta vez más alto, colocándose justo a su lado y, sin pensarlo, extendió una mano para sujetar la muñeca del guerrero antes de que pudiera lanzar otro golpe.

El contacto pareció detenerlo. Lothar giró la cabeza hacia ella, sus ojos aún brillando con rabia, pero también con algo más... algo vulnerable, apenas perceptible bajo la superficie. Por un momento, ninguno de los dos habló. Lia no soltó su muñeca, manteniendo su mirada fija en la de él, desafiándolo a que continuara.

—¿Qué demonios te pasa? —le preguntó finalmente.

—Podrían haberte matado con mi propia espada —dijo Lothar al fin. Su voz apenas era un susurro, pero sus palabras estaban cargadas de furia contenida.

—No eran asesinos, Lothar. Tan solo eran campesinos necesitados. Usarán tu espada para venderla y conseguir medicina para su hija...

—¡No! —el grito de Lothar la interrumpió, resonando como un trueno en el aire frío—. Soy un guerrero. Debí despertar al oírles moverse por la cueva, pero no lo hice. —Su mirada se estrechó, y su expresión pasó de ira a algo más sombrío, más desconcertante—. ¿Me has embrujado?

—¿Embrujado? —repitió Lia, confundida, dando un paso hacia atrás.

—Crees en brujas, ¿verdad? Tal vez tú misma seas una de ellas —la acusó Lothar, con sus ojos claros, escrutándola con una intensidad que hizo que se le helara la sangre.

Lia abrió la boca, dispuesta a reírse, convencida de que se trataba de una de sus bromas habituales, pero algo en la seriedad de su expresión la detuvo. No había burla en sus ojos, ni rastro de humor.

—Estabas cansado, Lothar —dijo finalmente, con calma, intentando razonar con él—. Te quedaste dormido como cualquier hombre lo haría tras una noche de tormenta.

Pero Lothar no parecía convencido. Dio un paso hacia ella, con los músculos tensos, como un animal acechando a su presa.

—No es natural. Siempre estoy alerta, incluso en mis sueños. Algo me hizo bajar la guardia. Algo... o alguien.

Lia apretó los puños, indignada ante la insinuación, pero decidió mantener la compostura.

—Si tuviera poderes mágicos, no lo usaría para dormirte. Lo usaría para... —Lia los utilizaría para regresar en el tiempo y no cometer los mismos errores. Pero decidió guardarse ese pensamiento para sí misma.

—Tienes razón, —dijo Lothar. Lia se relajó, creyendo que por fin había entrado en razón—. Es tu cuerpo pecaminoso es el que tiene poder sobre mí. —Soltó una risa sin humor—. Ahora lo entiendo, es todo una representación, ¿verdad?

Lia frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Por el Santo Creador, he sido un necio —gruñó Lothar, con una intensidad que hizo que el corazón de Lia diera un vuelco—. Estás jugando conmigo, usando tu cuerpo y tus malas artes para...

No terminó la frase, porque Lia, indignada, levantó la mano con la clara intención de abofetearlo. Sin embargo, Lothar reaccionó más rápido. Sujetó su muñeca en el aire con fuerza, pero sin dañarla.

—No está vez, muchacha. Te permití una antes, pero no habrá una segunda. —Con un tirón, Lothar acercó a Lia, dejando que sus rostros quedaran apenas a un suspiro de distancia. Lia sintió cómo su respiración se aceleraba, sus emociones luchando entre la ira y algo más que no quería

admitir. Se mordió el labio inferior de manera involuntaria, y fue entonces cuando vio la chispa en los ojos de Lothar. No supo reconocerlo, pero era algo más profundo que su habitual burla. Lia sabía que debía apartarse, intentar soltarse de su agarre, pero no lo hizo. No se movió ni un solo ápice. Especialmente, cuando la mirada de él descendió hasta la boca de ella—. No puedo dejar de pensar en a qué sabrán esos labios —reconoció Lothar en un murmullo.

Lia tragó saliva, sintiendo que las palabras se le atoraban en la garganta. Antes de que pudiera responder, Lothar soltó su muñeca, pero no para alejarla. En su lugar, deslizó un brazo alrededor de su cintura, atrapándola con firmeza.

Lothar ladeó la cabeza, acercándose más; sus labios a punto de rozar los de ella. Lia cerró los ojos, invadida por un deseo que ardía en su interior como una tormenta. Nunca había sentido algo tan feroz, tan inexplicable. Pero justo cuando sus labios estaban a punto de encontrarse, un torrente de recuerdos la golpeó como una ola gélida.

Los ecos de promesas rotas, de momentos amargos, y de un dolor que aún cargaba como un peso invisible, irrumpieron en su mente, arrasando con el fuego del deseo.

—No... —murmuró en apenas un susurro, pero fue suficiente para que Lothar se detuviera.

—Lia... —empezó a decir, pero ella apartó la mirada. No podía mirarlo a los ojos, no en ese momento. Apoyó las manos en su pecho y lo empujó hacia atrás. Él se movió, pero no la soltó—. No puedo... no ahora.

Lothar la observó durante unos largos instantes, y aunque no dijo nada, el leve aflojamiento de su brazo le permitió soltarse y dar un paso atrás. Lia sintió que podía respirar de nuevo, pero el peso de la tensión entre ambos no desapareció.

Lothar pasó una mano por su cabello, luchando por controlar sus propios pensamientos.

—Me deseas, Lia. Y no vas a poder escapar siempre de ello.

—Sí —reconoció Lia, porque ¿de qué servía mentir? Él no se lo creería y, lo que era más importante, tampoco lo haría ella—, pero haré todo lo posible por evitarlo. No voy a volver a caer en las redes de ningún hombre.

Lia se maldijo interiormente al darse cuenta de que acababa de revelar más de lo que deseaba. No quería darle a Lothar información alguna sobre su pasado. Sin embargo, lejos de sentirse culpable ni temerosa de que él pudiera descubrir su verdadera identidad, una parte de ella se sintió un poco liberada.

Afortunadamente, Lothar no hizo ningún comentario sobre su confesión, ni tampoco pregunta alguna que pudiera incomodarla. Él lo obvió, como si no lo hubiera escuchado, aunque Lia bien sabía que sí que lo había hecho.

—No eres una bruja, pero sí la culpable de que nos hayan robado —dijo Lothar, negando con la cabeza—. Eres demasiado crédula, Lia.

La joven abrió la boca, indignada, olvidando la conversación anterior. ¿Cómo se atrevía él a acusarla de esa manera?

—Eso no es cierto. Además, no ha sido un robo. No lo es cuando hay necesidad.

Lothar dejó escapar una risa corta y seca, que carecía de humor.

—Nunca reconoces tus errores, ¿verdad? —la desafió.

Lia levantó la barbilla, sin ceder terreno.

—¿Lo haces tú?

El guerrero guardó silencio; su mandíbula tensa. En lugar de responder, se volvió hacia Trueno, acariciando el lomo del caballo mientras empezaba a prepararlo para el viaje. Lia observó cómo sus movimientos eran metódicos, pero había algo en la rigidez de su postura que la inquietaba. Por no decir, lo extraño era que Lothar la hubiera dejado tener la última palabra en

aquella discusión.

Lothar apretó los dientes mientras ajustaba las riendas, intentando apartar los pensamientos que lo atormentaban. No había manera de que admitiera en voz alta lo que le inquietaba realmente: no era el robo en sí, ni siquiera el hecho de haber sido engañados por un par de campesinos. No. Lo que le perturbaba era que él, un guerrero entrenado, capaz de despertarse al menor crujido de una rama, no hubiera oído nada. Ni los pasos de los ancianos, ni el susurro de sus movimientos al recoger las pertenencias.

Y sabía por qué.

Porque había estado durmiendo junto a Lia. Porque esa mujer lo distraía de formas que nunca había experimentado. No solo con su belleza, aunque esa parte ya era un tormento en sí misma, sino con todo lo que era: su carácter, su testarudez, y esa forma en que parecía cuestionar todo lo que él daba por sentado.

Lothar suspiró, pasando una mano por su cabello con frustración. Lia no solo era peligrosa porque la deseaba con una intensidad que lo desarmaba, sino porque despertaba en él algo más profundo, algo desconocido, en lo que prefería no pensar.

Capítulo 13

Lia sintió que algo había cambiado entre ellos, y no solo porque hubieran estado a punto de besarse. Por unos segundos, ella estuvo a punto de caer en la tentación, pero recuperó la cordura a tiempo. Si Lothar estaba enfadado con ella por rechazar el beso, no lo había demostrado. Lo que sí resultaba evidente era la distancia que mantenían, una distancia palpable incluso mientras compartían el lomo de Trueno.

Montados juntos en el poderoso caballo, Lothar se inclinaba hacia delante, manteniendo su cuerpo apartado del de ella, como si incluso el más mínimo contacto lo incomodara. Era un contraste tan marcado con el hombre que, apenas unas horas antes, había sujetado su cintura y que había estado a punto de besarla, con esos ojos azules mirándola con una intensidad que aún le hacía palpar la piel.

Por un instante, se arrepintió de no habérselo permitido, de no dejar que Lothar la besase. Quizá eso era lo que necesitaba para borrar los besos que el traidor de su exprometido le había dado.

—¿Podemos detenernos? —preguntó Lia, rompiendo el silencio incómodo entre ellos. Llevaban horas cabalgando a través de senderos irregulares, cruzando valles y arroyos, y su cuerpo comenzaba a resentir la dureza del viaje.

—No. —La respuesta de Lothar fue cortante, casi fría—. No hasta que alcancemos el próximo asentamiento. Necesito encontrar un herrero que me forje una espada decente.

Por fortuna, él había dejado sus monedas en las alforjas del caballo, lo que había evitado que las robaran en su trayecto.

—Llevamos horas sin cesar, necesito un respiro.

—Eres una mujer adulta, Lia. Deja de comportarte como una niña llorona.

El tono áspero de su voz, desprovisto de la más mínima amabilidad, hizo que Lia apretara los labios con fuerza, intentando reprimir la oleada de furia que crecía dentro de ella. Había momentos en los que ese hombre, con su actitud arrogante y sus contestaciones cortantes, lograba sacar lo peor de ella. Y, sin embargo, en lo más profundo, sabía que, tal vez, no era solo él quien la irritaba. Quizá estaba enojada consigo misma. Porque, por más descortés que hubiera sido, había agradecido volver a escuchar su voz, romper el silencio que los había separado desde que montaron en Trueno. La distancia entre ambos era una herida abierta, y cada palabra que él decía, incluso las más rudas, era como un remiendo precario que ella no podía evitar aceptar.

Trueno siguió cabalgando y el silencio volvió a instaurarse, pero Lia había tenido suficiente. Quería bajarse del caballo y estirar las piernas, aunque, sobre todo, quería enfrentarse a ese hombre. Lia necesitaba... no sabía lo que necesitaba, lo que sí sabía era que no podía aguantar más ese silencio helador.

—Es el miedo quien habla por ti —soltó de golpe, dejando que las palabras escaparan antes de pensarlas del todo.

Notó cómo Lothar tensaba los hombros al instante. Aunque no podía ver su rostro desde donde estaba, podía imaginar con precisión la expresión que habría aparecido en él: el ceño fruncido, la mandíbula apretada, y esa chispa de irritación que siempre parecía encenderse cuando lo desafiaba.

—¿Miedo? —repitió él con incredulidad—. ¿A qué crees que le tengo miedo, muchacha?

—A que nos ataquen mientras descansamos y no seas capaz de defendernos al no tener tu espada.

Si no hubiera estado sujetándose con fuerza a la montura, habría salido despedida cuando Lothar tiró de las riendas de Trueno, obligando al caballo a detenerse de golpe. El poderoso animal resopló, alzando la cabeza con una mezcla de molestia e inquietud, mientras sus cascos arañaban la tierra desnuda. Lia se aferró aún más a la montura. Su corazón latió con fuerza por la brusquedad del movimiento.

—Llevo una daga escondida en la bota, pero soy más que capaz de defendernos con mis propios brazos —contestó Lothar, con un tono seco que intentaba disfrazar su irritación.

Lia suspiró con dramatismo, exagerando cada segundo de su respuesta. Sin girarse para mirarlo, fijó la vista en el camino frente a ellos, aunque sabía que su gesto seguramente lo enfurecería aún más.

—No tienes por qué mentirme, Lothar. No voy a pensar mal de ti. —Su tono era tan dulce como venenoso—. Solo eres un hombre, y estás prácticamente desarmado. Es normal que temas. He sido desconsiderada al pedirte que descansemos.

El bufido que salió de los labios de Lothar fue tan fuerte que incluso Trueno movió las orejas, como si quisiera entender la discusión. Antes de que Lia pudiera añadir algo más, sintió el peso de Lothar detrás de ella moverse bruscamente. Un instante después, sus manos firmes la rodearon por la cintura. Lia apenas tuvo tiempo de soltar un pequeño jadeo antes de que él la levantara sin esfuerzo, apartándola de la montura como si no pesara más que una pluma.

—¿Qué haces? —alcanzó a preguntar, más por instinto que por sorpresa real.

—Bajarte del caballo.

Con un movimiento fluido, Lothar la puso de pie en el suelo, aunque no con la delicadeza que ella habría esperado. Lia tropezó ligeramente hacia delante, pero logró recuperar el equilibrio antes de caer. Apenas pudo contener la risa, llevándose una mano a la boca para disimular. Engañarlo era demasiado fácil. Sabía que su provocación había dado justo en el blanco.

—¿Te hace gracia? —preguntó Lothar, con una ceja arqueada y los brazos cruzados sobre su pecho. Su mirada, afilada como una hoja bien forjada, parecía atravesarla.

Lia alzó la barbilla, aun mordisqueándose el labio inferior para no soltar la carcajada que le revoloteaba en la garganta.

—Por supuesto que no —respondió, con una inocencia que no habría engañado ni al más ingenuo—. ¿Entonces vamos a descansar aquí? —inquirió, señalando el pequeño claro rodeado de altos robles y pinos.

Lothar enarcó una ceja.

—¿No es lo que querías?

—Sí, pero hubiera preferido un lugar cerca de un río. Así podría refrescarme después de tantas horas de cabalgar. Y además, no parece demasiado cómodo.

Lothar bufó, ladeando la cabeza para observar el lugar que los rodeaba. Los árboles altos ofrecían sombra, y el suelo, cubierto de musgo y brezo, no era tan incómodo como otros rincones que conocía. No había un río a la vista, pero llevaba en las alforjas del caballo dos orbes de cuero llenos de agua. Era más que suficiente. Además, cazar allí sería más sencillo.

—Tendrás que conformarte con esto.

—Comprendo —murmuró Lia, asintiendo con exagerada seriedad—. Es más fácil huir aquí que en un claro o junto a un río.

Lothar se giró hacia ella con brusquedad, sus ojos clavándose en los de Lia como si intentara matarla con la mirada.

—Yo nunca huyo, muchacha. Yo... —Se interrumpió cuando notó que Lia no podía contener la risa. Los hombros de la joven temblaban ligeramente, y sus labios, a pesar de sus

esfuerzos por mantenerlos serios, se curvaban en una sonrisa descarada—. ¿Te estás burlando de mí? —preguntó, con un asomo de incredulidad que no podía ocultar del todo.

Lia soltó una risa ahogada, inclinándose ligeramente hacia delante mientras se tapaba la boca con la mano, incapaz de contener la diversión.

—No —mintió, pero el brillo en sus ojos era inconfundible. Ella ni siquiera se estaba molestando en disimular—. Bueno, tal vez un poco. Pero solo porque me resulta demasiado fácil.

Lothar la observó durante un momento largo, su rostro severo mientras evaluaba si debería sentirse molesto o divertido. Al final, simplemente negó con la cabeza, como si estuviera resignado a que no podría ganar una batalla dialéctica contra ella. Murmuró algo ininteligible y se giró hacia Trueno, revisando las alforjas del caballo con un suspiro de frustración. Después, extrajo uno de los orbes de cuero y se lo ofreció.

—Bebe, no has bebido nada en horas —dijo, con un tono que no admitía réplica.

Lia aceptó el orbe de agua con gratitud. Estaba más sedienta de lo que pensaba, y en cuanto el agua tocó sus labios, casi vació el orbe de un solo trago. Al terminar, sintió un repentino y punzante dolor en su vejiga, un recordatorio de que había pasado demasiado tiempo sin hacer una pausa adecuada.

—Necesito... —comenzó, buscando las palabras adecuadas. Aunque ahora era una simple campesina, ella había sido dama de noble cuna, y había ciertas palabras que no debía pronunciar delante de un hombre—, vaciar mi vejiga —dijo finalmente, con cierta incomodidad.

—Si necesitas orinar, hazlo —respondió Lothar, percibiendo su desasosiego, pero sin mostrarlo—. Ese roble es adecuado para ello —añadió, señalando un imponente árbol cercano.

—Necesito algo de privacidad, no soy uno de esos guerreros con los que sueles cabalgar, soy una da... mujer —se corrigió con rapidez. A veces, cuando estaba cerca de Lothar, se sorprendía a sí misma pensando en ella como en una dama.

Lothar puso los ojos en blanco. Las mujeres le resultaban incomprensibles. Parecía que cualquier cosa las avergonzaba y se quejaban por todo; incluso por lo más trivial. Pero, por experiencia, sabía que discutir con ellas era en vano. En su mayoría, si una mujer deseaba pelear, él se retiraba, ya que esa mujer ya no le interesaba. Sin embargo, con Lia no podía simplemente desvanecerse. Algo en ella lo desafiaba, y aunque no lo admitiera, había una parte de él que, a pesar de su orgullo, apreciaba el constante reto.

—Está bien, pero no te alejes demasiado.

Lia asintió con un leve movimiento de cabeza y se distanció de Lothar, buscando un árbol cercano. Mantuvo una distancia prudente, lo bastante lejos para sentir cierta privacidad, pero aún al alcance de su mirada. Una vez que terminó, regresó al punto donde Lothar la esperaba.

Él había extendido una manta sobre el suelo, cuidando con esmero que estuviera libre de piedras y ramas.

—¿Pasaremos la noche aquí?

—Pronto anochecerá, y estás hambrienta.

Lia puso los ojos en blanco, cruzando los brazos con exasperación. Lo decía como si fuera idea suya, como si ella fuera la única con hambre. Claro, Lothar jamás admitiría que detenerse allí había sido lo mejor aunque su vida dependiera de ello. Para alguien tan joven, su testarudez y arrogancia resultaban casi cómicas, pero en aquel momento no tenía ninguna gracia.

—Por supuesto, tú no tienes hambre, ¿verdad? Seguramente, podrías seguir hasta el alba sin pestañear.

Lothar la miró de reojo, pero no respondió de inmediato. Lia reconocía esa expresión: la máscara de calma que él usaba para no reconocer que ella tenía razón.

—Puedo estar sin comer varios días. Es parte del entrenamiento de un guerrero. Entrenamiento del que tú careces.

—¿Y eso me convierte en débil?

La expresión de Lothar se suavizó al ver el brillo de vulnerabilidad que centelleó en los ojos de la joven.

—Lia —comenzó, tratando de buscar las palabras correctas—, no he dicho eso...

No obstante, ella no le permitió terminar.

—¡Pero lo piensas! —Lia dio un paso hacia él, incapaz de reprimir la ira que bullía dentro de sí—. Piensas que soy débil porque no manejo una espada como tú, porque no soy un hombre.

—Su voz temblaba, no de miedo, sino de pura frustración. Estaba cansada, harta de que los hombres la menospreciaran. Harta de parecer débil a sus ojos. Ella ya no era así; probablemente, nunca lo había sido, pero no le había importado que la viesen de esa manera. Ahora sí lo hacía.

—No tienes la menor idea de lo que pienso —bufó Lothar—. ¿Quieres ser útil? Ve a recoger la leña.

—¿Leña? —repitió ella—. Claro, porque tú debes estar exhausto de todo el esfuerzo que hiciste extendiendo una manta.

Lothar resopló con exasperación, pasándose una mano por su cabello castaño. Ni siquiera sabía por qué malgastaba su tiempo tratando de entenderla, si cualquier cosa que diría o haría, estaría mal visto por parte de ella. Y lo que más le frustraba era que, aun así, quería seguir intentándolo. Porque lo último que Lothar deseaba era dañar a Lia. Aquella joven le importaba; le importaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Por esa razón, Lothar se mantuvo en silencio. Sin embargo, Lia no estaba dispuesta a permitírselo.

—No soy tu escudera ni tu criada, Lothar —continuó ella, cruzando sus brazos—. Si necesitas leña, recógela tú mismo.

Entonces, Lothar lo comprendió. En el instante en que el brillo ardiente chispeó en los ojos de Lia y su postura se tornó desafiante, entendió que ella no buscaba su consuelo ni su comprensión. Por razones que él aún no lograba desentrañar, ella necesitaba el choque, el enfrentamiento, la tensión. Necesitaba demostrar su fortaleza, quizá más para sí misma que para los demás.

Y, siendo sincero consigo mismo, Lothar debía admitir que disfrutaba provocándola. Había algo embriagador en el fuego que se despertaba en ella y ese desafío que brillaba en sus ojos. Discutir con ella era tan intenso como cualquier combate que hubiera librado antes, pero mucho más cautivador.

—¿Y quién va a cazar? ¿Tú?

—¿Crees que no sería capaz?

—Yo soy capaz de cazar un conejo con la daga y mis manos desnudas. ¿Cómo piensas cazarlo tú?

—Tal vez no tengo una daga ni tu fuerza bruta, pero tengo mi ingenio.

Lothar soltó una carcajada burlona.

—¿Tu ingenio? —repitió, divertido—. ¿Y cómo planeas cazarlo, Lia? ¿Convenciéndolo de que se deje matar?

Ella lo miró con un destello de furia en los ojos, aunque su expresión permaneció tranquila.

—Tal vez no necesite convencerlo. A veces, la paciencia y una buena trampa son más efectivas que la fuerza.

—¿Qué tipo de trampa?

Lia se llevó un dedo al mentón. No tenía la menor idea, pero tenía que pensar algo rápido. No pensaba dejarle ganar.

—Bueno, podría cavar un agujero y cubrirlo con ramas. Cuando el conejo pase, ¡zas! —Gesticuló exageradamente, como si atrapara algo entre sus manos.

Lothar soltó una risa ronca, sacudiendo la cabeza.

—Sí, seguro que el conejo verá un hoyo gigante lleno de ramas sospechosas y saltará encima. Es más, probablemente le diga a uno de sus amigos conejos que lo acompañe, y así, cazarás dos en vez de uno.

Él se estaba burlando de ella, pero lo estaba haciendo de una manera que a Lia no le pareció soberbia; más bien, le pareció entrañable. Aun así, ella no iba a darse por vencida.

—Por supuesto, y luego pondría una zanahoria de cebo. Todos saben que los conejos no pueden resistirse a una buena zanahoria.

—¿Y de dónde piensas sacar una zanahoria en medio del bosque?

—Quien dice una zanahoria dice cualquier otro alimento. Buscaré algo en el bosque.

—Entiendo —le respondió Lothar con fingida seriedad—. Tu intención es recolectar un hongo alucinógeno para que se lo coma y cazarlo mientras delira.

Lia no pudo contener la risa. El comentario de Lothar, inesperadamente ingenioso, la desarmó por completo.

—¡Eso sería brillante! —dijo entre carcajadas—. Imagínatelo, el pobre conejo corriendo en círculos, convencido de que puede volar. Mientras tanto, yo espero tranquilamente hasta que se tropiece con mi trampa.

Lothar negó con la cabeza, tratando de mantener una expresión seria, aunque la curva de una sonrisa traicionaba su diversión.

—Y luego, cuando vuelvas con el conejo, probablemente también traerás un zorro alucinando detrás, porque claro, ¿qué animal podría resistirse a semejante banquete de locura?

—Oh, por supuesto. Tú enciendes el fuego mientras yo organizo una danza de animales salvajes fuera de sí. Quizás hasta logremos atraer a un lobo para que lidere el alboroto.

—Es el plan perfecto.

Lothar le guiñó un ojo. Era la primera vez que el joven le dejaba ver esa parte de él, juguetona y relajada. Y nunca antes lo había visto tan guapo, con esa sonrisa genuina y ese aire divertido en su mirada. Ellos estaban compartiendo bromas, riendo con la naturalidad y complicidad de dos amigos.

No, ellos eran más que dos amigos.

El pensamiento cruzó rápidamente en su mente, como si necesitara hacer esa matización. Porque lo que Lia sentía hacia Lothar era muy diferente a lo que había sentido hacia Eara, la única amiga que ella había tenido. Había algo más, un sentimiento más profundo que, por mucho que lo intentara, no podía ocultar.

Ella estaba enamorándose de él.

—Creo que va a ser mejor que yo recoja la leña y tú te encargues de cazar el conejo —dijo Lia, tratando de silenciar su mente. Aunque seguía sonriendo, podía sentir cómo sus hombros se habían tensado ligeramente.

Afortunadamente, Lothar no pareció notarlo.

—¿Así qué te rindes? —Él arqueó una ceja, divertido—. Pensé que eras capaz de cazarlo con una trampa ingeniosa.

—Oh, puedo hacerlo, pero no tengo ganas de demostrarte mis habilidades esta noche —respondió Lia, alzando la barbilla con aire de fingida dignidad—. Además, alguien tiene que

asegurarse de que tengamos un buen fuego para no morir congelados. No confió en tus habilidades en tal menester.

Lothar soltó un leve bufido.

—De acuerdo. Tú recoges la leña y aseguras el fuego. Yo traeré el conejo, y quizá hasta dos, si el bosque es generoso.

—Dos conejos, ¿eh? —cuestionó Lia, entrecerrando los ojos—. No pongas tan altas tus expectativas, Lothar. Sería una pena que volviese con las manos vacías y el orgullo magullado.

Él se inclinó ligeramente hacia ella, con una sonrisa ladeada.

—Nunca vuelvo con las manos vacías, Lia. Jamás.

Lia tuvo la inquietante sensación de que él no se refería únicamente a la caza de animales. Un estremecimiento le recorrió la espalda mientras se mordía el labio inferior, consciente de la forma en que él la miraba. Era la mirada de un cazador que sabía que tenía a su presa al alcance, pero que elegía no atraparla aún. Como si prefiriera observarla libre y salvaje, disfrutando de la lucha, saboreando la espera antes del desenlace.

Lo peor era que ella era una presa muy dispuesta, porque no le importaba lo más mínimo que él la cazase. Ella quería entregarse a él y darle lo que en su día había guardado para otro y hasta hace poco pensaba que nunca le entregaría a nadie. Pero el miedo a que una vez lo entregase todo se desvaneciese como un suspiro le impedía dar el paso. Porque no importaba las veces que se repitiese que no volvería a enamorarse, que solo disfrutaría del momento, en lo más hondo de su ser, sabía que si dejaba que las cosas avanzasen entre Lothar y ella, terminaría entregándole su corazón. Y eso era algo que no se podía permitir, porque, esta vez, la decepción destrozaría lo poco que quedaba de su alma.

Esta vez, no lo soportaría.

Tragó saliva y se obligó a sí misma a romper el silencio y la tensión que se había instalado entre ellos.

—Iré en busca de leña caída. Con suerte, la que encuentre ya estará seca.

Sin mirar atrás, comenzó a moverse, pero la voz de él la detuvo.

—Recuerda no perderte. No tengo tiempo de cazar conejos y rescatar damiselas en apuros.

Su tono de voz divertido provocó que Lia esbozase una sonrisa. Se giró para mirarlo. Él seguía quieto, observándola.

—No soy ninguna damisela, Lothar. Pero si te pierdes tú, no dejes que tu orgullo te gane la partida, grita e iré en tu búsqueda.

Se giró y siguió su camino, incluso cuando Lothar estalló en carcajadas que reverberaron por el bosque.

Capítulo 14

Su búsqueda de leña estaba siendo infructuosa, ya que no podía evitar pensar en Lothar. En cómo la había mirado, como si ella fuese la mujer más bella de las Highlands. Ella podía ser inocente, pero no una necia. Había visto el deseo que brillaba en los ojos de él, con un destello de admiración que había enternecido su corazón. Él la admiraba no por su título, sino por su persona, y eso era algo que nunca antes nadie había sentido por ella.

Por supuesto que Lia sabía que él nunca se casaría con ella, ni nunca tendría sus hijos en su vientre. Tampoco la amaría. No, ella no se comprometería con él ni con ningún hombre. No podía hacerlo. No después de todo lo que había pasado con Bird. Su gran anhelo había quedado enterrado junto con la Lila del pasado.

Justo cuando estaba perdida en esos pensamientos, un pequeño movimiento entre las ramas la hizo saltar. Una ardilla apareció repentinamente frente a ella, mirándola fijamente con sus ojos brillantes. Lia dio un grito ahogado, retrocediendo de golpe, casi tropezando con una roca. Su corazón latió con fuerza. No era una gran bestia del bosque, pero el susto la dejó completamente paralizada.

La ardilla, sin inmutarse lo más mínimo, la observó durante un segundo, antes de dar unos pequeños saltos, acercándose a ella.

—¡No! —Lia retrocedió un paso. Lejos de alejarse, la ardilla se acercó uno más a ella—. ¡He dicho que no! —Movié su dedo índice de un lado a otro, en un intento desesperado de que la ardilla la entendiera. Esta ladeó su cabeza, siguiendo el movimiento de su dedo. Se quedó quieta durante un instante y Lia exhaló un suspiro de alivio. Parecía que finalmente lo había entendido. Cuando la joven se estaba empezando a relajar, la ardilla dio otro paso hacia ella—. ¡He dicho que no! ¡Aléjate de mí!

En el fondo, era consciente de que la ardilla no suponía un peligro para ella. De hecho, con esos ojos curiosos y esa nariz pequeña era un poco adorable. Pero de lejos; muy de lejos. Bien sabía ella que las criaturas más inocentes podían llegar a ser las más peligrosas.

La ardilla seguía observándola con esos ojos grandes y oscuros. Y de alguna manera, a Lia, aquel animal le resultaba familia. Como si se hubieran visto antes.

—¡Te he dicho que te marches!

Esta vez, le pareció que la ardilla entornaba los ojos. ¿Podían las ardillas hacer algo así?

No, por supuesto que no podían. Ella estaba comenzando a perder el juicio. Lia cerró los ojos mientras inspiraba aire, y cuando los abrió, la ardilla había desaparecido.

¿Y si se lo había imaginado? ¿Quizá la ardilla había sido fruto de su imaginación? Tal vez el sueño, la presencia de Lothar y todas las emociones vividas en los últimos días le estaban haciendo tener espejismos.

—No importa. Lo importante es que la ardilla ya no está —susurró Lia para sí misma en voz alta, más calmada.

Calma que duró tan solo un segundo, el mismo en el que sintió un cosquilleo en su cabeza. Fue a estirar su mano para arrascarse, pero se quedó congelada cuando se encontró de frente con dos grandes ojos oscuros. Tardó unos instantes en procesar que la ardilla estaba ahora en su cabeza, con sus manos apoyadas en su frente.

No podía ser.

Lia comenzó a gritar con todas sus fuerzas, presa del pánico. Gritó con tanta fuerza que creyó que se había quedado sin voz.

—¡Bájate! —chilló, comenzando a mover la cabeza bruscamente y sus hombros hacia arriba y abajo, pero tan solo consiguió que la ardilla se aferrara a ella con más fuerza—. ¡Bájate de mí! —Esta vez, era una súplica.

Al ver que sus intentos desesperados de que la ardilla bajara de ella no surtían efecto, Lia decidió cambiar de estrategia. Empezó a saltar de un lado a otro y a agitar sus brazos, aunque no era como si así estuviera consiguiendo nada. Más bien, parecía estar entreteniéndola a la ardilla.

Afortunadamente, la ardilla se cansó de torturarla y terminó saltando hacia la hierba.

—¡No vuelvas a acercarte a mí! —le gritó Lia al diabólico animal, que la observaba con fijeza, en un claro intento de debilitarla.

—¿Estáis bien?

Lia se giró hacia la voz masculina. Un hombre se encontraba a unos pasos de ella. Lia no sabía cuánto tiempo llevaba allí o cuánto de su pelea con la ardilla había visto, pero estaba demasiado horrorizada como para sentir vergüenza.

Era joven, con el cabello pelirrojo que caía desordenado sobre su frente y pecas que cubrían su rostro, dándole un aire aniñado. Su ropa no era de un noble ni de un guerrero, sino más bien de un mercader, con una túnica sencilla de lana gris y una capa que, aunque algo raída, se ajustaba a su figura. Llevaba botas de cuero gastadas, propias de alguien que recorría largas distancias por las Highlands. Su mirada era curiosa, pero su gesto estaba lleno de una calma que contrastaba con el nerviosismo de Lia.

—¡La ardilla ha intentado atacarme! —gritó, señalando al animal.

El joven la miró a ella y luego a la ardilla. Si la escena le pareció absurda, no lo demostró. Con pasos seguros, se acercó a Lia y se colocó delante de ella.

—Pueden ser peligrosas. A mí me atacó una cuando era un niño. No temáis, no dejaré que os haga daño. Yo os protegeré.

Lia exhaló un suspiro de alivio.

—Os lo agradezco.

—Conozco un truco infalible —dijo el joven con orgullo. Se agachó y enterró sus manos en el musgo, cogiendo un puñado de tierra—. Pocas personas lo saben, pero el talón de Aquiles de las ardillas es la tierra. La aborrecen —le explicó, para lanzar un instante después con todas sus fuerzas el puñado de tierra hacia la ardilla.

Lia esperó que la ardilla huyera despavorida, pero tan solo se limitó a observar la tierra que acababan de manchar sus patas. Después, centró la mirada de nuevo en ellos y a Lia le pareció ver el reproche reflejado en sus ojos y en la forma en la que arrugó levemente su diminuta nariz.

—¿Estáis seguro? —preguntó Lia, dubitativa.

El joven mordió su labio inferior.

—Qué extraño —murmuró, levantándose—. Siempre funciona.

Lia se preguntó a cuántas ardillas se había enfrentado ese joven a lo largo de su vida.

La ardilla sacudió sus patas cubiertas de tierra y dio un paso hacia delante, acercándose de nuevo a ellos.

—¡Deteneos! —le ordenó el joven, estirando sus manos en actitud defensiva, como si sostuviera una espada imaginaria.

Por primera vez, la ardilla obedeció y se detuvo.

Lia estiró la cabeza detrás del joven, y colocó sus manos en los hombros de este para poder ver a la ardilla, que seguía mirándolos, impasible.

—¡Fuera! —gritó el joven—. ¡Ya no me dais miedo! ¡Ni vos, ni las de vuestra especie!

Lia iba a intentar ayudar a su nuevo salvador a ahuyentar a ese bicho malvado, cuando un

sonido fuerte entre los árboles la hizo volverse hacia la dirección del ruido.

Lothar caminaba hacia ellos, con su mirada fija en el extraño que se había puesto frente a Lia. Su postura, rígida y desafiante, dejaba claro que no estaba para bromas. Lothar no necesitaba más que ver a otro hombre tan cerca de ella para que su ira comenzara a hervir. Llevaba su daga en la mano, pero la furia que sentía era tal, que sabía que no la necesitaría para matarlo, ya que lo haría con sus propias manos.

—¡Alejaos de ella! —bramó, con voz baja, pero cargada de amenaza, dirigiéndose directamente al joven, sin apartar los ojos de Lia ni un segundo—. Lia, ¿estás bien?

—Estoy bien, Lothar —respondió Lia con una sonrisa, ajena al malestar de Lothar—. Gracias a este buen joven, ella no me ha hecho nada.

—¡Si no quieres que os degüelle con mi daga, separaos de ella! —repitió Lothar, amenazando al joven.

Este, dándose cuenta de la gravedad de la situación, se separó de Lia, colocándose al lado de ella, pero dejando espacio entre ambos.

—Yo solo quería ayudar.

Lia miró al joven y después al Lothar, siendo consciente de la situación.

—Lothar, ella es la peligrosa, no él —aclaró, señalando al animalillo.

Lothar, que estaba completamente enfocado en el joven, siguió la mirada de Lia y, al ver a la ardilla, sus ojos se abrieron en sorpresa. La pequeña criatura estaba sentada sobre sus patas traseras, observándolos fijamente como si la escena le resultase graciosa. Lia juraría que la ardilla incluso levantó una de sus pequeñas patas, como si estuviera a punto de aplaudir.

Lothar frunció el ceño y un profundo suspiro escapó de sus labios. No sabía si reír o gritar. Había estado a punto de matar a un hombre por una ardilla. No, en realidad, había estado a punto de matarlo por estar cerca de Lia.

—¿Estabais aprovechándoos de la situación, verdad? —le acusó al joven—. Haciéndola creer que la ardilla era peligrosa para embaucarla y aprovecharos de ella.

—No me estaba haciendo creer nada, Lothar. Ahí, donde la ves tan mona y pacífica, la ardilla puede ser peligrosa —espetó Lia, pero Lothar no la estaba haciendo caso.

La ardilla, como si ya hubiera tenido suficiente protagonismo, dio un salto y se perdió rápidamente entre los árboles.

El joven tragó saliva, claramente nervioso ante la amenaza que seguía pesando sobre él. No era un hombre de guerra y no sabía cómo lidiar con Lothar.

—Solo soy un mercader —dijo, con su voz titubeante, evidenciando lo que Lia ya había supuesto—. Estaba haciendo mis necesidades cuando la he escuchado gritar. Parecía muy asustada, solo quería tranquilizarla. No era mi intención ofenderos, ni a vos ni a... vuestra mujer.

Lia abrió la boca para corregirlo, pero Lothar la interrumpió con un gesto firme.

—Mi esposa no necesita que la salvéis, esa es mi labor. ¿Cómo sé que no sois un bandido?

—No soy un bandido —aclaró el joven, visiblemente ofendido—. Estoy de paso. Mis compañeros y yo estamos en un claro cerca de aquí, pasando la noche antes de continuar hacia la fortaleza MacNeill.

—¿Qué vais a hacer allí? —preguntó Lothar con desconfianza, aunque se guardó la daga y se acercó a Lia, rodeándole la cintura con su brazo de manera protectora.

Por un instante, ella se creyó la mentira de que eran marido y mujer y se sintió bien. Como si eso fuera lo que estaban destinados a ser, pero pronto su mente le recordó que no era así. Se intentó separar de Lothar, pero esto no se lo permitió.

El joven los observaba con cautela, aún temeroso del temible guerrero.

—Se va a celebrar una feria y acudimos allí a vender nuestros productos. Se rumorea que va a ser todo un acontecimiento. El *laird* MacNeill quiere celebrar unos acuerdos beneficiosos que ha llevado a cabo.

—¿Qué acuerdos? —indagó Lothar.

El joven se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Nosotros acudimos allí dónde podemos vender nuestros productos, no nos importan los detalles. Solo queremos aprovechar la ocasión.

Lothar lo miró por un momento, meditando si debía confiar en él. Al final, se relajó un poco, pero sus ojos seguían vigilantes.

—¿Y dónde exactamente está ese claro? —inquirió, aún desconfiado, pero decidido a obtener más información.

El joven señaló con la cabeza hacia la dirección opuesta, hacia un grupo de árboles en la distancia.

—A una media hora a pie.

—¿Y por qué os habéis alejado tanto?

El joven se encogió ligeramente de hombros.

—Me aparté para atender mis necesidades y luego aproveché para dar un paseo. Viajar en compañía tiene sus ventajas, pero, a veces, uno necesita un poco de soledad. Ya sabéis, un respiro de la multitud.

Lothar abrió la boca para seguir interrogándolo, pero Lia había tenido suficiente. Se removió con fuerza del agarre del guerrero, logrando separarse de él.

—Nosotros también vamos hacia la fortaleza —dijo Lia—. ¿Podríamos acompañaros?

El joven sonrió ligeramente, aunque su cautela no desapareció por completo.

—Sería un placer para mí que vos y vuestro esposo os unierais a nosotros en el camino hasta el claro donde hemos establecido nuestro campamento. Contamos con comida y bebida suficiente para compartir.

—Vamos a por nuestras cosas y os acompañamos —respondió Lia, decidida—. Esperarnos aquí. —Cuando el joven asintió con su cabeza, Lia le hizo un gesto a Lothar para que la acompañase hacia donde estaba Trueno. Este la siguió, pero cuando llegaron, se cruzó de brazos y la miró con dureza.

—No vamos a ir con él. Es más, vamos a marcharnos inmediatamente.

Lia puso los ojos en blanco con exasperación.

—Será más fácil entrar en la fortaleza MacNeill junto a ellos —dijo, bajando la voz para que el joven no pudiera escucharla—. Si como dices Callem está allí comportándose como un traidor, no podemos entrar llamando la atención. Con ellos será más fácil colarnos.

Lothar sabía que Lia tenía razón, pero su orgullo le impedía ceder sin resistencia. Había algo en la situación que le incomodaba profundamente, aunque no lograba ponerlo en palabras.

—Iré con él para asegurarme de que no miente. Tú te quedas aquí, junto a Trueno —ordenó, con un tono que no admitía réplica.

Lia suspiró, harta de su actitud.

—No miente, Lothar. No tiene razón para hacerlo —respondió con calma, pero su paciencia comenzaba a agotarse.

—Tampoco los ancianos la tenían para ti.

—Y no mentían, pero fuiste desagradable con ellos y no se atrevieron a pedirnos lo que necesitaban. Vamos al claro donde están los comerciantes, te comportas adecuadamente, y todo saldrá bien.

Sin darle tiempo a replicar, Lia le dio la espalda, decidida a no seguir discutiendo. Con un movimiento ágil, subió de un salto a Trueno, quien, para sorpresa de Lothar, se agachó ligeramente para facilitarle la tarea. El caballo de guerra parecía completamente cautivado por la joven. A Lothar no se le escapó este detalle. ¿Qué tenía ella que incluso un animal tan orgulloso se rendía ante sus encantos? No podía culpar a Trueno; él mismo se encontraba en una lucha interna constante contra lo que Lia le hacía sentir.

—Eres demasiado confiada, Lia —gruñó mientras se acercaba al caballo—. Ves bondad en todo el mundo.

—Eso es porque tengo un esposo que puede defenderme —respondió ella con una sonrisa irónica, volviendo la cabeza para mirarlo con desafío—. ¿Por qué le has dicho que estamos casados?

Lothar se detuvo un momento antes de responder, como si estuviera escogiendo cuidadosamente sus palabras.

—Una mujer soltera viajando con un hombre sin estar casados es considerada una furcia —dijo finalmente con franqueza, sin rastro de delicadeza.

Lia arqueó una ceja. Él tenía razón, ella no había pensado en ello, pero tampoco perturbaba su sueño.

—No me importa lo que piensen de mí.

Lothar la miró con intensidad. Sus ojos claros reflejaban algo que ella no pudo identificar del todo.

—Tal vez a ti no, pero a mí sí.

Lia abrió la boca para replicar, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. ¿Por qué a Lothar le importaba lo que pensarán de ella? Una sensación cálida y desconcertante le recorrió el pecho, dejándola sin aliento. Su corazón latía con fuerza mientras intentaba encontrar algo que decir, algo que rompiera el silencio que ahora se había vuelto incómodamente íntimo.

Lothar, sin esperar respuesta, se subió detrás de ella encima de Trueno. Lia sintió el calor de su cuerpo contra su espalda; un calor que la envolvió y la dejó momentáneamente sin aliento. Su corazón dio un vuelco, acelerándose en un ritmo que no podía controlar.

—Vamos —ordenó Lothar, tomando las riendas con una seguridad que no admitía discusión—. Veamos si, por una vez, tu intuición es cierta.

Aunque era consciente de que había ganado aquella pequeña batalla, lo único que rondaba la mente de Lia no era la victoria, sino algo mucho más desconcertante. Él se preocupaba por su reputación, por lo que unos desconocidos pensarán de ella. Esa idea, repetida en su mente como un eco persistente, despertaba en ella una mezcla de emociones que no sabía cómo manejar.

Capítulo 15

Lia aceptó la jarra de cerveza que le ofreció Catriona, una de las mercaderes del grupo. No era amante de aquella bebida amarga, pero no quiso mostrarse descortés; después de todo, la estaban acogiendo como si fuera una más. Incluso Lothar, con su permanente ceño fruncido y sus respuestas cortantes de una sola palabra, parecía haber sido incluido en la cálida atmósfera. Los mercaderes le trataban con sorprendente paciencia, como si su hosquedad no les molestase.

El claro donde habían acampado era espacioso y sorprendentemente acogedor, a pesar del fresco aire nocturno. Varias hogueras crepitaban, esparciendo luz y calor en medio de la penumbra, mientras las carretas formaban un círculo protector alrededor del campamento. Los mercaderes reían y hablaban en voz alta, sus risas resonando entre los árboles como si no tuvieran ninguna preocupación en el mundo.

Lia se permitió un momento para observarlo todo: el brillo de las llamas reflejado en los toneles de madera, el aroma de la carne asándose lentamente, y el murmullo constante de animadas charlas.

Sentada sobre una manta, dio un pequeño sorbo a la jarra de cerveza. Su mirada se desvió hacia Lothar, que estaba junto a una de las hogueras, de pie, ayudando a otros dos hombres a remover la comida que se calentaba sobre las brasas. Aunque mantenía su expresión severa y reservada, sus movimientos eran firmes y precisos y parecía cómodo entre ellos, pero ella sabía que nunca lo reconocería.

—Has tenido suerte —comentó Catriona, con una chispa de picardía en la voz que hizo que Lia alzara la mirada hacia ella—. Tu marido es un hombre muy apuesto... y te ama con locura.

Lia frunció el ceño, sorprendida. Observó a la mujer de mediana edad, con el cabello oscuro recogido en un moño sencillo, que la contemplaba con una calidez inusual, y una sonrisa cómplice en los labios.

—Él no me ama —respondió Lia, las palabras escapando de su boca antes de que pudiera contenerlas.

Por un momento, el aire pareció detenerse. Catriona escrutó su rostro, como si buscara una verdad más profunda. Finalmente, volvió a sonreír, pero esta vez su expresión tenía un matiz más melancólico.

—Conozco el amor cuando lo veo —dijo suavemente—. Una vez estuve enamorada, pero el miedo me impidió hacer lo correcto. No permitas que te suceda lo mismo.

Lia tragó saliva, ya que no estaba de segura cuánta verdad había descubierto la mujer solo mirándola a los ojos. Ella mantenía muchos secretos ocultos, mentiras necesarias que no podían salir a la luz, pero, por alguna razón, fingir que estaba casada con Lothar era la que más difícil le resultaba.

—El amor solo trae dolor. Proteger mi corazón no es temor, es prudencia.

—No puedes proteger a tu corazón —respondió Catriona suavemente—. Solo puedes negarle lo que anhela. Tal vez una vida sin riesgos no traiga dolor, pero tampoco trae dicha. Es una existencia vacía, una muerte en vida.

—Y tal vez eso sea lo que me merezco.

No sabía si era el ambiente relajado, la calidez que emanaba aquella mujer, o la necesidad urgente de aliviar, aunque fuera un poco, el peso que cargaba en su atormentada alma, pero lo cierto era que a Lia, hablar con Catriona le resultaba sorprendentemente cómodo.

—Es una condena que nadie merece —añadió Catriona, como si supiera perfectamente de

lo que estaba hablando—. Eres demasiado joven para entenderlo, pero haz caso a esta anciana.

Lia negó con la cabeza.

—No eres una anciana.

Catriona soltó una risa ligera. El sonido era cálido, como el crujir de la leña en la hoguera cercana.

—Oh, querida, para alguien tan joven como tú, lo soy. Cuando hayas visto tantas estaciones pasar, tantas decisiones tomadas y no tomadas como yo, lo entenderás. Y entonces, ya será tarde.

—Quizá ya lo es —suspiró Lia.

Catriona no la respondió, tan solo la miró como si intentase desentrañar todos los misterios de su alma.

—¡Venid a bailar! —exclamó Marie, acercándose a ellas.

Lia la había conocido hacía menos de unas pocas horas, pero la joven de quince años ya la trataba como si fueran amigas de toda la vida. Lia se percató recién entonces de que un par de comerciantes habían comenzado a tocar las gaitas, llenando el aire con una melodía alegre. Observó también cómo varios de los mercaderes habían comenzado a bailar alrededor de la hoguera, al ritmo de la música.

Lia negó la invitación una sonrisa, pero la joven, que no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente, tiró de su brazo con una fuerza inesperada para alguien de su tamaño. Antes de que pudiera protestar, Lia ya estaba de pie, tambaleándose hacia el improvisado círculo de baile.

Entre risas, Marie comenzó a dar pequeños saltos y giros, animándola con gestos exagerados para que la siguiera. Aunque Lia vaciló al principio, pronto sus pasos se tornaron seguros. Había aprendido a bailar desde su niñez, como correspondía a una dama de buena cuna, entrenada en las danzas que se esperaban en los salones de los grandes clanes y festividades. Sin embargo, este baile era distinto: más libre, más desinhibido. Nadie se preocupaba de que los pasos fuesen los correctos; lo único que importaba era divertirse.

Lia se dejó llevar, su cuerpo moviéndose al compás de la música como nunca antes. Siempre había creído que disfrutaba del baile, pero, en realidad, nunca lo había hecho tanto como en ese momento.

Un hombre delgado, con las mejillas encendidas por la cerveza y una sonrisa demasiado entusiasta, se tambaleó hacia Lia y Marie, interrumpiendo sus risas y movimientos despreocupados.

—Bailáis muy bien. ¿Me enseñáis? —le preguntó a Lia, intentando que su voz sonara seductora. Lo único que consiguió, no obstante, fue que el fuerte olor a alcohol que emanaba de su aliento saturara el aire a su alrededor.

Marie suspiró con exageración y puso los ojos en blanco.

—Nos estás molestando, Ruaridh —espetó, con ese tono que reservaba para quienes claramente no entendían cuándo marcharse.

—No estoy hablando contigo —le respondió Ruaridh con una sonrisa torpe, avanzando un paso más y colocándose entre las dos. Su mirada se clavó en Lia, y su voz bajó un tono, intentando ser cautivador—. Sois una mujer hermosa... y muy seductora.

Con un movimiento tambaleante, extendió el brazo, buscando sujetarle la cadera para acercarla a él. Pero antes de que pudiera siquiera rozarla, Lia, sin pensarlo dos veces, lo empujó con fuerza.

Ruaridh tropezó hacia atrás y cayó de culo al suelo, con un sonoro golpe que no pareció dolerle tanto físicamente como en el orgullo.

—¡¿Cómo os atrevéis?! Sois una... —comenzó a mascullar, pero sus palabras se quedaron

atrapadas en su garganta cuando sintió el frío filo de una daga contra la piel de su cuello.

El gesto rápido y certero no fue de Lia, sino de Lothar, que había aparecido al lado de la joven con la precisión de un lobo acechando a su presa. Sus ojos, llenos de advertencia, se clavaron en el hombre.

—Terminad esa frase —le invitó Lothar con una calma gélida—. Os reto.

El hombre levantó las manos en señal de redención.

—Solo... solo estaba bromeando —balbuceó.

Lothar soltó una carcajada sin humor.

—Bromeemos juntos, entonces —respondió, presionando la daga con suficiente fuerza como para dejar una fina línea de sangre en el cuello del hombre, que ahora temblaba como una hoja movida por el viento.

—Piedad... os pido piedad.

—No hay piedad para los cobardes que atacan a las mujeres indefensas.

—¿No soy una mujer indefensa! —explotó Lia, haciendo que todas las miradas se posaran en ella. Solo entonces se dio cuenta de que la música había cesado y el bullicio del baile había dado paso a un inquietante silencio.

Lothar ladeó la cabeza, sin apartar la daga, pero ahora con una ceja levantada.

—¿De verdad, eso es lo que te preocupa en una situación como esta? —preguntó, volviendo su atención al hombre, quien parecía más cerca de desmayarse que de intentar otro movimiento.

—Sí, porque me he defendido sola —espetó Lia, cruzándose de brazos—. Lo tiré al suelo y estaba perfectamente preparada para manejar la situación si me insultaba. Tú lo único que estás haciendo es demostrar tu incapacidad para confiar en que puedo defenderme por mí misma.

Hubo un murmullo entre los presentes, y alguien incluso soltó una risa contenida. Lothar, sorprendentemente, bajó la daga con un suspiro, enderezándose mientras se giraba hacia ella.

—Está bien, termina el trabajo.

Lia miró a Lothar durante un largo segundo. ¿De verdad esperaba que matara al hombre? Era impensable. Nunca sería capaz de algo así, y además, Ruaridh no merecía un castigo tan extremo, por más desagradable que hubiera sido.

Inspiró profundamente, dispuesta a pedirle al hombre que se levantara, se disculpara y prometiera no volver a tratar de esa manera a ninguna mujer. Borracho o no, su conducta era inaceptable. Pero justo cuando estaba a punto de abrir la boca, se detuvo.

Ese era exactamente el tipo de respuesta que se esperaba de una mujer débil, una que confiaba en las palabras porque carecía del valor o la fuerza para actuar. Una que dependía de los hombres para hacer justicia y solo intentaba suavizar las cosas con discursos razonables. ¿Era eso lo que quería ser?

No, por supuesto que no. ¿Pero qué iba a hacer? ¿Quitarle la daga a Lothar y degollar al hombre?

Suspiró. Al final no había mucho que pudiese hacer, se tendría que conformar con saber que no era débil.

—Levantaos —le ordenó al hombre. Este obedeció con rapidez—. Espero que hayáis aprendido la lección y no volváis a intentar humillar a una mujer.

—Por supuesto, milady. Disculpadme.

A pesar de sus palabras y el rostro blanquecino que había adquirido su rostro, Lia se dio cuenta de que volvería a hacerlo. Ruaridh ni siquiera se estaba molestando en mentir decentemente. Con toda la fuerza que fue capaz, le dio una patada en sus partes que provocó que el hombre se encogiese entre gritos y aullidos.

No era partidaria de utilizar la violencia, pero aquel hombre se merecía un escarmiento.

—¡Zorra! —gritó Ruaridh. Su voz sonaba estrangulada por el impacto del golpe que Lia le había propiciado, pero el insulto se escuchó alto y claro.

Antes de que Lia pudiera siquiera procesar lo que estaba sucediendo, Lothar agarró a Ruaridh por el cuello y lo lanzó por el aire. Este cayó al otro lado del claro.

—No ha sido para defenderte —aclaró Lothar con calma, limpiándose las manos como si se hubiera librado de algo desagradable—. No me atrevería a desatar tu ira después de lo que acabo de presenciar.

Lia no pudo evitar soltar una carcajada. Marie se acercó corriendo hacia ellos, lanzándose hacia Lia para abrazarla.

—¡Ojalá yo fuese tan valiente como tú! —le dijo la joven, apretándola con fuerza—. Ruaridh se comporta mal con todas las mujeres.

Lia se apartó ligeramente, lo justo para mirar a las mujeres y hombres que se encontraban alrededor de ellos. Pensaba que, después de lo que Lothar y ella acababan de hacer, los expulsarían de malas maneras. Al fin y al cabo, Ruaridh era uno de ellos. Sin embargo, no vio la furia en el rostro de ninguno de ellos; todo lo contrario, atisbó más de una sonrisa de satisfacción.

—Entonces, deberíais echarlo —dijo Lia, con una firmeza que no admitía réplica.

—Lo haremos —le prometió un hombre mayor que no le habían presentado, pero que Lia supuso por su manera de hablar, que era uno de los que mandaba. Hizo un gesto con la mano y dos hombres más jóvenes se acercaron hasta donde estaba Ruaridh, que aún se encontraba tumbado sobre la hierba, y lo sujetaron fuertemente entre ambos, impidiéndole que se moviera—. Ayudarle a recoger sus cosas y asegurarnos que se marcha.

Ruaridh bufó. Trató débilmente de deshacerse del agarre de sus compañeros, pero no pudo.

—Podéis echarme de este campamento, pero no podéis impedir que vaya a la fortaleza a vender mis productos —espetó, con un atisbo de desafío en su tono.

Lothar, que había permanecido en silencio hasta ese momento, avanzó un par de pasos, quedándose frente a Ruaridh, y la calma peligrosa en su rostro hizo que todos contuvieran la respiración.

—Él no —dijo, señalando al líder del grupo con un leve movimiento de la cabeza—, pero yo sí. —Ruaridh miró a Lothar visiblemente tenso mientras este sacaba su daga con un gesto deliberado, dejando que la luz del fuego bailara en el filo—. Si vuelvo a veros, os degollaré con esta misma daga. Y creedme, disfrutaré cada segundo mientras lo hago.

El rostro de Ruaridh palideció al instante. Tragó saliva ruidosamente. Sus ojos se movieron nerviosos entre la daga y el rostro imperturbable de Lothar. Al final, debió decidir que no merecía la pena arriesgar su vida y movió su cabeza en un suave asentimiento.

—No será necesario —respondió en voz baja, pero que todos escucharon. Tenía los labios apretados, fruto de la rabia que sentía. Giró su cabeza para mirar a uno de los mercaderes que aún lo sostenía—. ¿Podéis soltarme? —preguntó.

Ambos mercaderes miraron a su jefe, y cuando este hizo un ademán con su barbilla, lo liberaron de golpe, provocando que Ruaridh cayera de golpe sobre la hierba. Aunque un sonido parecido a un sollozo se escapó de sus labios, no se quejó. Se limitó a levantarse como pudo. Varios hombres le ayudaron a recoger sus pertenencias, y después, con rapidez, desapareció en la oscuridad del bosque.

Tras la expulsión de Ruaridh, ninguno de los mercaderes parecía tener ganas de seguir con la fiesta. Lia observó cómo todos comenzaban a despedirse y empezaban a prepararse para irse a

dormir.

Ella tampoco tenía ganas de seguir festejando.

—Podéis usar mi carreta para pasar la noche —les ofreció Catriona.

La mujer no había intervenido durante el enfrentamiento, pero había observado todo con atención. Cuando el campamento comenzó a recuperar su ritmo, se acercó a Lia y Lothar con la misma calma que había mostrado toda la noche.

—No es necesario —dijo Lothar antes de que ella pudiera hablar, cruzando los brazos con un aire despreocupado—. Lia puede dormir contigo, yo dormiré al raso.

—La noche es fría —insistió Catriona—. Yo dormiré con Marie y sus padres —añadió, mirando a Marie, quien seguía junto a ellos y asintió—. Nos habéis ayudado a deshacernos de ese desalmado, es lo menos que puedo hacer por vosotros.

—No hay nada que agradecer —respondió Lothar con un tono cortante—. No lo he hecho por vosotros. Mi única motivación ha sido impedir que dañase a mi esposa.

Lia suspiró.

—No te vendría mal ser amable por una vez en tu vida —le regañó entre dientes—. Y para que conste, me he defendido sola.

Lothar, esta vez, esbozó una sonrisa ante la testarudez de la muchacha.

—Lo has hecho —reconoció—. Te has comportado como una guerrera y yo he sido tu escudero. ¿Puedes, al menos, reconocerme eso?

Lia sonrió.

—Puedo.

—No se hable más, entonces —dijo Catriona, provocando que ambos jóvenes, que se habían olvidado de la presencia de la mujer, la mirasen—. Usad mi carreta. Los esposos deben dormir juntos.

Tal era la determinación de la mujer que no les quedó más remedio que aceptar si no querían que su coartada fuese descubierta. Aunque Lia estaba bastante segura de que Catriona sospechaba que no estaban desposados. Sobre todo, porque le guiñó el ojo cuando Lothar colocó su mano en la cintura de ella para dirigirla a la carreta con complicidad, como si ambas compartiesen un secreto que nadie más sabía.

La carreta de Catriona estaba alejada de las del resto, lo que les dio algo de intimidad, aunque no hablaron durante el breve trayecto. Pero el silencio solo roto por el crujir de las hojas bajo sus pies no era incómodo; al contrario, era uno de esos silencios donde ambos sentían que era el lugar exacto en el que querían estar.

—Descansa —se despidió Lothar al detenerse frente a la carreta.

Lia alzó la mirada hacia él, frunciendo el ceño con desconcierto.

—¿No entras?

—No. Soy un guerrero, duermo al raso —respondió él haciendo una mueca. Sin embargo, Lia notó que en sus palabras no había rastro de la arrogancia habitual.

—Los mercaderes son hombres honrados, Lothar. No corro ningún peligro.

—Sí que lo corres.

Lia suspiró con exasperación, no se podía creer que volviese con lo mismo otra vez. Cruzó los brazos sobre su pecho y le sostuvo la mirada con un gesto desafiante.

—Sabes bien que puedo defenderme sola. Ya lo he demostrado.

Los ojos claros de Lothar brillaron bajo la tenue luz de la luna. La intensidad de su mirada la dejó sin aliento, haciendo que un calor abrasador se extendiera por todo su cuerpo, desde la

base de su nuca hasta el pecho.

—No podrás defenderte de mí, Lia —dijo al fin; su voz baja y áspera—. Lo que siento por ti arde más que el fuego más voraz. Jamás en mi vida he deseado a una mujer cómo te deseo a ti. Si entro en la carroza contigo, no podré contenerme.

El aliento se le atascó en la garganta a Lia, pero no por miedo ni incomodidad. No, lo que aquellas palabras despertaban en ella era un torrente de emociones que la hacían arder por dentro, como si cada fibra de su ser quisiera satisfacer los deseos de Lothar.

¿Los deseos de Lothar o los suyos propios?

—¿Y si no quiero defenderme? —susurró Lia.

Lothar dio un paso hacia ella, y Lia no pudo evitar imaginarse dentro de la carroza, con las manos de él despojándola de cada prenda, cubriendo con sus besos cada parte de su piel desnuda... Y lejos de escandalizarse o avergonzarse, el anhelo que sentía hacia Lothar creció. ¿Tan malo sería dejarse llevar una noche? ¿Olvidarse de todo por unas horas?

El pensamiento se instaló con fuerza en la cabeza de la joven. A cada día que pasaba con Lothar, menos le importaban las consecuencias que sus actos podrían tener. Su resolución por mantenerse alejada del joven se iba debilitando.

Pero, para su sorpresa, Lothar se inclinó suavemente y le depositó un beso en la mejilla antes de apartarse de nuevo.

—El hombre a quien le entregues tu virtud debe ser digno de ella. Yo no lo soy.

—¿Por qué dices eso?

Lothar esbozó una sonrisa amarga, cargada de dolor y resignación.

—Eres pura luz, Lia. No puedo permitir que mi oscuridad apague siquiera un destello de lo que eres.

Lia negó con la cabeza.

—Ya no queda luz en mí. Tal vez la hubo alguna vez, pero ya no. Un hombre me la arrebató.

Los ojos de Lothar se endurecieron, brillando con una furia apenas contenida, mientras sus manos se cerraban en puños.

—¿Te forzó?

Lia dejó escapar una risa amarga, que no llevaba consigo ni rastro de humor.

—No me tocó. Aunque si me lo hubiera pedido, le habría entregado mi virtud. Era una necia. Él no me amaba, todo fueron mentiras. —La voz de Lia vaciló y un leve temblor recorrió su cuerpo. Había dicho más de lo que quería, y ahora, el peso de sus recuerdos la abrumaba. Ya no podía seguir. No estaba lista para revelar todos sus secretos; sus pecados ocultos.

Lothar la miró, reconociendo la fragilidad que ahora mostraba. Al darse cuenta de que apenas podía mantenerse en pie, rodeó su cintura con un brazo, levantándola con facilidad y acunándola contra su pecho. En silencio, la llevó al interior de la carroza.

—Mataré a ese hombre —dijo Lothar con una furia fría mientras la depositaba suavemente sobre el colchón de paja.

—Ya está muerto.

Lothar la cubrió con una manta gruesa que descansaba en el suelo de la carroza.

—Quédate —le pidió Lia, con los ojos entrecerrados y con un susurro que apenas era audible.

Lothar suspiró profundamente y una sonrisa triste curvó sus labios.

—Ojalá pudiera. Ojalá fuera lo bastante fuerte para ser el hombre que necesitas ahora. Pero no lo soy, Lia. Te deseo y no puedo fingir lo contrario. Incluso viendo lo abatida que estás,

cuando estás mostrándome el dolor que te provoca recordar tu paso, aun así, en lo único que puedo pensar es en yacer contigo.

Lia levantó la cabeza lentamente para mirarlo.

—Ojalá te hubiera conocido antes. Ojalá la mujer que fui se hubiera cruzado en tu camino.

Lothar acarició su mejilla.

—No sé cómo era esa mujer, pero lo que sí sé es que la mujer que eres ahora es la más fuerte, la más valiente y la más hermosa que he conocido. Y al contrario de lo que piensas, ese hombre no logró quitarte ni una pizca de tu luz. No seré yo quien lo haga. Descansa, mañana nos espera un día largo.

Lothar se marchó y Lia se quedó en el silencio, dejando que la oscuridad de la carreta la envolviera. Estaba tan exhausta que el sueño no tardó en llegar a ella, pero antes de que se sumergiera en el mundo de los sueños, no pudo evitar pensar que, si alguien era digno de ella, ese era Lothar.

Capítulo 16

Para Lia, los tres días de trayecto hasta el clan MacNeill junto a los mercaderes fueron apacibles y llenos de risas. Todas las noches, Lothar la acompañaba hasta la carreta de Catriona y todas ellas se despedía de ella con un beso en la mejilla. Lia tampoco volvió a insistirle de que entrase con ella.

Al contrario de lo que había temido, la joven no sentía ningún tipo de remordimiento por haber compartido con el guerrero una parte de su pasado. Todo lo contrario, era como si se hubiera quitado un peso de encima; una carga que llevaba arrastrando durante meses.

Lothar ni siquiera le había hecho ninguna pregunta ni la había cuestionado. Y Lia le estaría eternamente agradecida por ello.

—Nos han dado permiso para entrar mañana en la fortaleza —le anunció Marie a Lia con entusiasmo.

Se encontraban en el pueblo cercano, donde aguardaban junto a los demás mercaderes. La feria comenzaría al día siguiente, pero, a pesar de sus intentos por convencer a los guardias de que les permitiesen entrar esa misma tarde para preparar sus puestos, les habían negado el paso. Los guerreros que custodiaban el puente tenían órdenes estrictas de consultar al *laird* antes de permitir que alguien de fuera cruzara.

—Es una buena noticia —respondió Lia con un ligero asentimiento. Habían temido que no se les permitiera entrar en absoluto, lo que habría convertido todo su esfuerzo en vano. Ahora, al menos, los mercaderes podían confiar en que sus mercancías serían vistas y que el duro trayecto no había sido en balde. Y ella respiraba aliviada al saber que podrían encontrar a Callem.

—Lo es —coincidió Marie con una sonrisa que iluminó sus ojos—. Espero que podáis encontrar a vuestro amigo.

Lia, en contra de los deseos de Lothar, les había contado que estaban buscando a un amigo que había huido tras la muerte de su amada y que estaban preocupados por su cordura, pero no les había dado más explicaciones, como tampoco revelado quiénes eran en realidad. Aunque, en honor a la verdad, los mercaderes no habían hecho ninguna pregunta. Los habían aceptado sin pedir nada a cambio.

—Estoy segura de ello —le respondió Lia, esperanzada—. Voy a buscar a Lothar para contárselo.

Marie asintió y Lia se dirigió a la posada del pueblo en busca de su falso marido. Lothar había ido allí junto a otros comerciantes. A pesar de sus reticencias iniciales, había hecho buenas migas con la mayoría de ellos.

Aparte de los mercaderes, había un grupo de hombres que se encontraban en un rincón oscuro. En cuanto la vieron, sus ojos se clavaron en ella como si fuese un botín a reclamar. Lia no les prestó atención, ocupada como estaba en encontrar a Lothar. Sin embargo, Lothar, que estaba sentado en una mesa cercana, sí notó los gestos de los hombres.

Sus ojos claros destellaron con una peligrosa advertencia, y la mirada que les dirigió bastó para silenciar cualquier intento de cortejo. Se levantó con una calma que no disimulaba la fuerza de sus movimientos y cruzó la sala hasta llegar junto a Lia.

—Mañana podremos entrar en la fortaleza —le dijo Lia con felicidad, ajena al momento tenso que acababa de vivirse frente a ella.

Lothar la observó en silencio por un instante, asegurándose de que su inocencia permanecía intacta, que no había notado las miradas hambrientas que otros le habían dirigido. Lia, sin

buscarlo, despertaba un deseo primitivo en quienes la veían, algo de lo que ella no era consciente.

Luego, inclinó ligeramente la cabeza en un gesto de asentimiento, mientras sus labios esbozaban una sonrisa tenue, casi protectora, como si aquel simple movimiento bastara para reconfortarla y, al mismo tiempo, para advertir al resto que ella no estaba sola. Porque ella no les pertenecía; no le pertenecía a nadie. Lia era libre como el viento, una libertad de la que ella misma no era consciente, pero Lothar sí lo era. Y no haría nada que lo cambiase. Menos aún cuando otro hombre la había dañado en el pasado. Él, a diferencia de ella, no creía en espíritus, pero, en ese momento, deseaba con fervor que existieran, porque así podría encontrar el de ese hombre y torturarlo. Porque un hombre capaz de herir a Lia, era un hombre que se merecía pasar el resto de la eternidad en el infierno.

Lothar suspiró al darse cuenta de sus pensamientos. Pensamientos que pensó jamás tendría por una mujer. Pensamientos que ni él mismo entendía. Porque lo que Lia le hacía sentir era algo nuevo para él, algo que iba mucho más allá del deseo. Aunque el deseo que ella despertaba en él ardiera en su interior con la fuerza de una hoguera en medio del invierno.

—¿Suced algo? —le preguntó Lia con una mueca de preocupación en sus labios, devolviéndolo a la realidad.

Lothar negó con la cabeza.

—No.

—Sé que, ahora que estamos tan cerca de encontrar a Callem, te resulta difícil —dijo Lia, confundiendo su silencio con preocupación—. Es tu hermano, y aunque estés dolido, sé que el amor que sientes hacia él está por encima de cualquier otra cosa.

Una sombra cruzó el rostro de Lothar al escuchar el nombre de su gemelo. Lia siempre buscaba lo bueno en él, incluso cuando no había nada digno de alabanza, y aunque debía encontrar consuelo en ello, lo único que sentía era un leve malestar. Sin decir palabra, rodeó su cintura con un brazo, ese gesto que hacía con tanta naturalidad y que sabía que a ella no le molestaba. La guio hacia la puerta, fuera de la posada.

Lia no se resistió. No le importaba salir al aire libre, pero aunque no lo hubiera hecho, probablemente habría seguido sus pasos. Había algo en la forma en la que él la sujetaba por la cintura que la hacía olvidar todo lo demás.

En cuanto estuvieron fuera, Lothar la soltó. Su expresión cambió al mirar a su alrededor. Quedaban aún unas horas para el anochecer, y la mayoría de los habitantes del pueblo estaban absortos en sus tareas diarias, lo que les dejaba prácticamente solos en la calle polvorienta.

Lia notó el cambio en él, pero no reaccionó. Con el tiempo, había aprendido a no dejarse afectar por los repentinos cambios de humor del guerrero. Después de todo lo que habían pasado juntos durante el viaje, sabía que sus arrebatos eran parte de la coraza que llevaba para ocultar su verdadero ser.

—No te engañes, Lia —dijo Lothar finalmente, rompiendo el silencio. Su voz era firme, casi dura—. Soy un guerrero. No me dejes llevar por sentimentalismos. Hermano o no, Callem pagará por sus actos.

—No empieces con eso. No tienes que fingir conmigo. Sé que...

Lothar levantó una mano para interrumpirla.

—No sigas, Lia. Soy un lobo. No intentes domesticarme, no intentes convertirme en un perro fiel, porque te vas a llevar una desilusión.

Su voz era grave, casi fría, pero había una leve vacilación en sus palabras, como si una parte de él deseara que ella lo ignorase, que no se rindiera a esa advertencia. Porque él anhelaba que

Lia le quisiese por quién era él. Que lo aceptase con sus virtudes y sus defectos. Él quería que ella viese la oscuridad de su alma y aun así lo amase. Porque, aunque sabía que él no era bueno para ella, pese a que luchaba contra sus sentimientos, era consciente de que, antes o después, sucumbiría a ellos.

Porque Lothar era demasiado egoísta para dejarla ir.

—Eso espero, porque no me gustan nada los perros —dijo Lia, haciendo una mueca—. Los lobos, al menos, sabes que esperar de ellos. Pero los perros, sobre todo los pequeños... —su tono se tornó burlón, casi juguetón— me dan verdadero pavor. Te miran con esas caras amigables, casi adorables, y cuando menos te lo esperas, te clavan los colmillos. —Hizo una pausa, mirando al horizonte antes de añadir—: Prefiero a los animales salvajes, aquellos que no ocultan lo que son en realidad. En ellos, no hay maldad, solo supervivencia.

Lothar alzó una ceja, sorprendido por la dirección que había tomado la conversación. Una sonrisa apenas perceptible se dibujó en sus labios.

—¿Así que me prefieres porque no finjo ser algo que no soy?

—¿Por qué piensas que hablo de ti? Eres un egocéntrico.

Lothar dejó escapar una risa profunda. Lia, incapaz de resistirse, terminó uniéndose a sus carcajadas,

Cada vez les resultaba más sencillo suavizar cualquier aspereza que surgiera entre ellos. Incluso las conversaciones que comenzaban cargadas de seriedad o roces, terminaban, casi siempre, bañadas en una complicidad inesperada, como si esas pequeñas disputas fueran un lenguaje secreto que solo ellos entendían.

—Lia —Lothar se puso serio—, será mejor que tú te quedes en el pueblo. Callem ha cambiado tras la muerte de Eara. No sabemos cómo va a reaccionar cuando nos vea.

Lia negó con la cabeza.

—No pienso quedarme. Tengo que llevarle el mensaje que Eara le dio a la bruja.

—Lia, Eara está muerta y Callem puede tomarse como una burla que tú le digas que su espíritu le ha pedido a una bruja que lo encuentres y lo lles de regreso al clan. Él puede ser peligroso.

—Que tú no creas en espíritus, no significa que él no lo haga —le replicó Lia—. Que tengáis el mismo... —Ella no terminó la frase, porque se dio cuenta de algo que no había pensado hasta ese momento—. El que debe quedarse en el pueblo eres tú —dijo tras un breve silencio.

—¿Yo? —repitió Lothar, enarcando una ceja.

—Callem y tú sois gemelos.

—Soy consciente de ello desde que tengo uso de razón.

Lia emitió un suspiro exasperado.

—Si en la fortaleza saben quién es él, también sabrán quién eres tú en cuanto te vean. Tenéis el mismo rostro.

Lothar la miró con sorpresa, como si acabara de darse cuenta de algo tan evidente. Él había pensado que no llevando los colores de su clan y actuando con cautela no correría peligro de ser descubierto. Ni siquiera había caído en algo tan obvio como su parecido con su hermano.

—Me vestiré como un mercader y mantendré la vista baja —dijo tras unos segundos—. Trataré de llevar mi rostro lo más cubierto posible y no hablaré con nadie. No deberíamos tardar mucho en encontrarlo.

Lia negó con la cabeza. Con la feria, la fortaleza estaría llena de personas de dentro y de fuera. No sería fácil encontrar a Callem y pasar desapercibidos. Eso si lograban pasar el puente

levadizo sin que los guardias reconocieran a Lothar. Además, él podía decir lo que quisiese, pero ella sabía perfectamente que mantener un perfil bajo no era uno de sus puntos fuertes. Él acabaría teniendo alguna disputa o enfrentamiento con alguien. Y no podían arriesgarse.

Una sonrisa se iluminó en el rostro de Lia cuando se le ocurrió una idea.

—No es mala idea —coincidió, y Lothar sonrió con superioridad—. Pero te vestirás de mercadera.

Lothar la miró, incrédulo al principio, y luego dejó escapar una risa corta, como si hubiese escuchado el comentario más absurdo del mundo.

—¿Perdón? —preguntó, arqueando una ceja mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Lo que has oído. Si te disfrazas de mercadera, nadie te prestará atención. Serás solo una más entre las mujeres que van y vienen a la feria. Nadie se imaginará que un guerrero anda escondido tras un vestido.

—Eso es ridículo, Lia —bufó Lothar—. ¿Crees que me voy a pasear por ahí vestido de mujer?

—¿Tienes una mejor idea? ¿O prefieres quedarte aquí, en el pueblo, donde estarás a salvo y no te arriesgarás a que alguien te reconozca?

Lothar apretó los dientes. Claramente, no le gustaba ninguna de las opciones, pero tampoco podía negar que Lia tenía un punto. Su parecido con Callem era demasiado evidente, y los guardias de la fortaleza no serían tontos. Se pasó una mano por el cabello, frustrado, mientras ella lo observaba con una expresión de triunfo contenida.

—Esto es una locura —gruñó al fin.

—Quizá, pero es la única manera de no ser descubiertos —insistió Lia, tratando de contener una sonrisa burlona—. Además, no te preocupes, elegiré un vestido que combine con tus ojos.

—No me estás ayudando —murmuró Lothar de mal humor.

—Oh, pero lo haré. Y te aseguro que serás la mercadera más convincente de toda la feria. Solo tenemos que pedirle un vestido a Catriona, Marie está muy delgada, no te servirán.

—Soy mucho más alto que Catriona.

—Te he visto con el *kilt*. Unas piernas tan bonitas como las tuyas hay que lucirlas.

Lothar frunció el entrecejo, pero Lia soltó una carcajada.

—Estoy segura de que Catriona y Marie nos ayudarán a encontrar algo que te quede bien.

—¿Y qué les vas a decir para que no sospechen? —preguntó él, cada vez más escéptico.

—Que tuviste un altercado con un guerrero del clan MacNeill y necesitas pasar desapercibido —respondió Lia con naturalidad—. Con tu temperamento, no les parecerá extraño.

Lothar la miró, poco seguro de ello. Pero Lia no tenía ninguna duda de que las mujeres se lo creerían, y aunque no lo hiciesen, no harían preguntas. Primero, porque estaba segura de que, sobre todo, Catriona, no se había creído ni una palabra de la cuartada de ambos, y segundo, porque estarían demasiado divertidas como para hacerlo. A ella misma le parecía lo más divertido que había hecho nunca.

Lothar suspiró pesadamente.

—De acuerdo, pero solo para entrar en la fortaleza. Una vez estemos dentro y los puestos estén montados, me cambiaré. Ponerme una capa por encima que me tape la cabeza será suficiente.

Lia asintió, pese a que no estaba tan convencida como él. Por ahora, sin embargo, no forzaría más la situación. Bastaba con haber logrado que aceptara. Lo importante era llevar a cabo el plan y encontrar de una vez a Callem para que ella pudiera ayudar a Morag. Aunque, mientras caminaba hacia el lugar donde se encontraba Catriona, no pudo contener la risa al

imaginarse a Lothar vestido de mercadera.

Después de todo, ¿qué tenía de malo un poco de diversión?

Capítulo 17

A Lia le costaba contener la risa cada vez que miraba a Lothar. Habían logrado entrar en la fortaleza y ahora se encontraban en el bullicioso patio de armas, donde estaban ayudando a montar los puestos de la feria. El clan MacNeill estaba en guerra con los Astruther, y aunque Lia y Lothar no estaban allí con intenciones bélicas, ambos eran conscientes del peligro que corrían si los descubrían. Sin embargo, la amenaza no lograba eclipsar lo cómico de la situación.

Lothar, que normalmente proyectaba una imponente figura de guerrero, estaba ahora envuelto en una túnica de lana burda, larga hasta los tobillos, con un delantal de cuero cruzado al pecho y una cofia sencilla que ocultaba gran parte de su cabello. Un manto desgastado le cubría los hombros, el cual Lia insistió en anudarle de forma que pareciera descuidado, como el de una mercadera cualquiera. A sus pies, unas botas de cuero demasiado grandes asomaban bajo el borde del vestido y las medias gruesas que las sujetaban apenas lograban disimular sus piernas musculosas.

Lia tuvo que apartar la mirada y cubrirse la boca para no reírse a carcajadas, pero un débil temblor de sus hombros la delató. Marie, que estaba al otro lado del patio de armas ayudando a sus padres, le lanzaba miradas de complicidad a Lia mientras se mordía el labio inferior para que no se le escapara una risita. Como Lia había supuesto, tanto Catriona como Marie los habían ayudado sin cuestionar nada.

—¿Qué es tan gracioso? —murmuró Lothar en voz baja, aparentemente tenso, mientras intentaba mantener la vista baja y las manos ocupadas, acomodando unas vasijas de cerámica en el puesto de Catriona, ya que la mujer había aprovechado para ir al río a lavar sus ropas.

—Nada —respondió ella con fingida seriedad, aunque sus ojos brillaban con una diversión que apenas podía ocultar—. Solo que haces tu papel de maravilla. La forma seductora en la que te mueves me ha sorprendido. Temo que robes algún corazón.

—Me muevo como siempre —gruñó Lothar, ajustando un cesto en el puesto, como si aquello pudiera distraerlo de la conversación.

Desde que habían entrado en la fortaleza, el humor de Lothar era de perros. Conociendo el temperamento del joven guerrero, Lia sabía que lo peor que podía hacer era provocarlo, pero no pudo evitarlo.

—No me había dado cuenta de que tenías andares tan... delicados. Pero no te preocupes, nos viene de maravilla que seas un poco femenino. Cuanto más creíble, mejor.

Lothar le dirigió una mirada que, de haber sido un arma, habría puesto fin a las bromas de inmediato. Sin embargo, el gesto se desdibujó cuando una leve sonrisa se escapó de sus labios, como si su estoica fachada no pudiera resistir del todo la ligereza de las palabras de Lia. Ella, por su parte, apenas pudo contener una carcajada al ver esa contradicción tan poco habitual en él.

—No te rías demasiado —murmuró él, con un tono que pretendía ser amenazador pero que se quedaba corto ante la evidente diversión de Lia.

Lia negó con la cabeza, todavía sonriente. Si alguien le hubiese dicho semanas atrás que el orgulloso y serio Lothar Astruther acabaría vestido de mercadera y soportando bromas al respecto, jamás lo habría creído. Él era la encarnación del guerrero impasible, que prefería la espada a las palabras, y, sin embargo, allí estaba. Aunque intentaba convencerse de que lo había hecho por razones prácticas, una parte de ella sospechaba que su influencia había tenido algo que ver.

No quería otorgarse más mérito del que le correspondía, pero algo en la disposición de

Lothar, en su esfuerzo por adaptarse a aquella absurda situación, le decía que lo hacía más por ella que por cualquier otra razón. Ese pensamiento la desconcertaba tanto como le calentaba el corazón.

Y aunque Lothar seguía fingiendo estar molesto, Lia no pudo evitar notar la paciencia con la que soportaba sus bromas. Había algo en su expresión, en la forma en que sus ojos seguían brillando a pesar de todo, que delataba que él también encontraba algo de humor en la situación.

—Sabes, deberías sonreír más a menudo —comentó Lia con un tono ligero, tratando de provocarlo un poco más.

Lothar solo resopló, pero su sonrisa, pequeña y discreta, aún permanecía en su rostro.

—Sonreír no hace ganar guerras ni resuelve conflictos.

—Tal vez no, pero hace los días más llevaderos.

Desde que habían comenzado el viaje, Lothar sentía algo que no lograba comprender del todo: una ligereza inusual, una especie de felicidad silenciosa que hasta entonces le había sido ajena. No podía negarlo; estar con Lia lo había cambiado.

—Tenemos que terminar cuanto antes —dijo, señalando las mercancías desperdigadas sobre el suelo, a la espera de ser colocadas en el mostrador improvisado con tablones y barriles—. En cuanto encontremos a Callem y lo saquemos de aquí, podré quitarme este maldito disfraz.

Lia apretó los labios para no replicar. Sabía que Lothar planeaba usar la fuerza si su hermano no cooperaba, pero ella tenía la esperanza de convencer a Callem con palabras. Discutirlo ahora sería inútil, así que simplemente asintió y se inclinó para recoger una vasija de cerámica, colocándola con cuidado sobre la tablilla que hacía de mostrador.

De repente, una voz desconocida interrumpió su labor.

—Buenos días, milady. Perdonad que os interrumpa, pero llevo un rato mirándoos, embelesado por vuestra belleza. No os conozco, pero ya sé que sois la mujer que siempre he esperado. ¡Casaos conmigo!

Lia soltó un suspiro exasperado sin levantar la vista. Había escuchado ese tipo de promesas huecas más veces de las que podía contar; normalmente, no eran más que pretextos de hombres deseosos de compartir una noche de pasión.

—Lo siento, pero... —comenzó a responder mientras levantaba la mirada, lista para rechazar al desconocido de forma educada, pero sus palabras murieron en su boca. El hombre no la estaba mirando a ella. Sus ojos estaban fijos, con una intensidad casi devota, en Lothar.

El joven guerrero, aún ataviado con su disfraz de mercadera, devolvió la mirada al hombre, dispuesto a alejarlo de Lia. Pero su expresión pasó de la ira a la más profunda incredulidad cuando se dio cuenta de que aquel hombre no estaba pretendiendo a Lia, sino a él.

—Milady, no me rechazéis —continuó el hombre, interpretando el aturdimiento de Lothar como una oportunidad—. Seréis muy feliz a mi lado.

Lothar apretó sus labios con fuerza y Lia pudo ver cómo su mano se movía sutilmente hacia su bota, donde sabía que guardaba una daga oculta. Antes de que Lothar pudiera abrir la boca o empuñar su arma, Lia intervino, colocándose entre ambos.

—Mi amiga está casada —dijo con una sonrisa tensa—, y su esposo es un hombre extremadamente celoso. Os ruego que os retiréis antes de que él os vea.

El hombre desvió su mirada hacia Lia durante un breve instante, pero pronto volvió a fijarse en Lothar con renovada pasión.

—Pelearé en duelo con vuestro marido si me lo pedís. Si he de morir por vuestro amor, será una muerte dulce.

Lothar entrecerró los ojos peligrosamente y Lia vio cómo su mano se movía un poco más

hacia su daga. Inspiró hondo y, de repente, una idea descabellada cruzó su mente. Forzando una sonrisa radiante, se volvió hacia el hombre.

—Os he mentado. Ella no está casada —reconoció, inclinándose un poco hacia él como si estuviera a punto de revelar algo importante—. Pero es por una razón muy seria: está maldita.

El hombre arqueó una ceja, confuso.

—¿Maldita?

—Sí, y todo fue culpa de un trato que hizo en su juventud. —Lia bajó la voz y miró a Lothar con fingida pena—. Ella era una joven de escasa belleza, pero estaba tan desesperada por el amor, que entregó su dulce voz a una bruja a cambio de un rostro hermoso.

El hombre, que parecía cada vez más interesado, se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Bueno, parece que hizo un buen trato. Ahora es una auténtica joya.

Lia rodó los ojos. Estaba claro que aquel hombre no tenía ni idea de la profundidad de las tonterías que estaba a punto de escuchar.

—Eso pensó ella al principio, pero había un precio oculto en el acuerdo. Algo que ella desconocía. —Lia vaciló un instante, sabiendo que estaba a punto de cruzar un límite ridículo, pero decidió que el resultado lo valdría—. El hombre que yacerá con ella... —se sonrojó visiblemente, pero siguió adelante con valentía— experimentará placer una sola vez. Solo una. Después, perderá su hombría para siempre.

El hombre parpadeó varias veces, desconcertado.

—¿Perder su hombría? —repitió, como si no entendiera.

—Pierde sus partes masculinas. Sus atributos varoniles desaparecen. —Hizo un gesto vago con las manos, intentando suavizar la crudeza de sus palabras—. Simplemente... se van. ¡Puf! Como si nunca hubieran estado allí.

El hombre retrocedió un paso instintivamente, mirando a Lothar como si, de repente, se hubiera convertido en un monstruo de cuatro cabezas.

—¿Qué tipo de brujería es esa?!

—Magia negra—respondió Lia con expresión seria, cruzando los brazos con fingida solemnidad—. Por eso os aconsejo que os marchéis antes de que ocurra algo... —hizo una pausa, como si no se atreviera a pronunciar la palabra que estaba a punto de salir de sus labios— irreversible.

El hombre tragó saliva, miró a Lothar una última vez, y giró sobre sus talones, desapareciendo entre la multitud, caminando tan rápido que parecía casi correr.

Lia esperó hasta que estuvo fuera de su vista antes de soltar una carcajada incontrolable. Se dobló sobre el mostrador, riéndose tanto que le costaba respirar. ¿Cómo había sido tan necio como para creerse aquel cuento tan ridículo?

Lothar la observaba con los brazos cruzados y una ceja levantada.

—¿Pierde sus partes masculinas? —repitió con incredulidad—. La simple historia es un insulto a la inteligencia.

Lia no iba a negarlo.

—¿Funcionó, no? —dijo entre risas, limpiándose una lágrima del ojo.

Lothar dejó escapar un gruñido, pero sus labios temblaron con algo que parecía ser una sonrisa.

—También hubiera funcionado si le hubiera cortado el cuello con mi daga.

—Pero entonces nos hubieran descubierto, y probablemente, matado.

—También hemos corrido ese riesgo con las necedades que has dicho.

—Un riesgo calculado —añadió Lia—. Que tú no creas en brujas no significa que otros no lo hagan. Aunque sí es muy necio para creer lo que le he contado. —Hizo una pausa al darse cuenta de algo—. ¿Crees que soy necia al creer que el espíritu de Eara vaga por la tierra?

—Creo que eres una buena amiga —dijo Lothar con un suspiro. Lia lo observó, las palabras de Lothar parecían genuinas. El joven podía tener muchos defectos, pero él era sincero. Si se lo decía, era porque así lo pensaba—. Y por eso, si Callem se disculpa con el clan y promete reparar sus faltas, yo intercederé por él. Haré lo posible para que lo perdonen.

Lia sintió que una emoción cálida y repentina le llenaba el pecho. Antes de darse cuenta de lo que hacía, se inclinó hacia él y lo abrazó. Al principio, Lothar se quedó rígido, sorprendido por el gesto, pero tras un instante de vacilación, levantó los brazos y le devolvió el abrazo, algo torpe pero genuino.

—Gracias, Lothar —murmuró Lia contra su hombro.

—Haría lo que fuera por ti, Lia.

Esta se separó de él. De nuevo, ella no tenía ninguna duda de que las palabras de Lothar eran ciertas. Pero no estaba preparada para escarbar su significado. Ni tampoco que ella también haría cualquier cosa por él.

Sin apenas darse cuenta y sin poder evitarlo, Lothar se había convertido en una de las personas más importantes de su vida. Ella no quería profundizar en sus sentimientos hacia él, pero sí que sabía con total seguridad que lo que sentía hacia Lothar nunca lo había sentido hacia nadie más.

—Lo has demostrado vistiéndote de mujer. Una mujer que despierta el deseo de los hombres. Puedes usar tu belleza para sacar información a los guerreros MacNeill —bromeó, en un intento por aligerar el ambiente y desviar la conversación.

Lothar puso los ojos en blanco.

—Mi intención es esperar a que las festividades comiencen. Aprovechar que la bebida aligere la lengua de los guerreros de la fortaleza. —Lia asintió, porque no le parecía mala idea—. Apartar a uno del resto y torturarlo con mi daga.

Lia suspiró al escuchar la última parte del plan. Ya le parecía que Lothar estaba siendo muy razonable. Esta vez, fue su turno de poner los ojos en blanco.

—Claro, porque nada es más discreto que torturar a alguien en una fortaleza llena de guerreros —dijo con sarcasmo—. ¿Has considerado que tal vez una charla pueda ser más efectiva que una hoja afilada?

—De la charla se encargan los bardos, no los guerreros —replicó Lothar, con su arrogancia habitual—. Y te recuerdo que no tenemos mucho tiempo. Además, bastante que no busco al *laird* MacNeill y lo degollo con mi daga. De esa manera, la guerra la ganaría mi clan.

—No hemos venido para eso. Y dudo que saliésemos vivos de aquí si haces algo así.

—Una victoria para mi clan bien vale mi vida, pero no la tuya. Por eso encontraré a mi hermano y nos iremos.

—Y seré yo quien lo busque. Sé ser muy discreta y sutil. Nadie sospechará de mí.

—Tú no vas a pasearte por el clan haciendo preguntas ni buscando a mi hermano. Vas a quedarte junto a Marie y Catriona, haciéndote pasar por una mercadera más.

Lia asintió lentamente, fingiendo estar de acuerdo, aunque en su mente ya estaba trazando su propio plan. Sabía que intentar razonar con Lothar sería inútil; su terquedad era legendaria, al igual que su habilidad con la espada.

—Está bien, a fin de cuentas, tú estás más preparado para ello que yo.
Lothar la miró con recelo, pero no dijo nada.

Lia sabía que debía actuar con rapidez antes de que Lothar, con su brutalidad, lo estropease todo. O de que descubriera sus intenciones, ya que era evidente que él la conocía lo suficiente como para no creerse, ni durante un instante, que hubiera cedido con tanta facilidad.

Capítulo 18

Lothar podía ser un brutal e intrépido guerrero, tal y como a él le gustaba repetir hasta la saciedad, pero no estaba familiarizado con el arte de la sutil astucia que se necesitaba para averiguar el paradero de Callem.

No todo se lograba con la fuerza bruta, y eso era algo que Lothar jamás comprendería. A veces, tan solo era necesario un poco de amabilidad y carisma para que los campesinos desenvainasen su lengua y obtener la información que estaban buscando.

Por supuesto que esa era una tarea para la que Lothar no estaba capacitado. Afortunadamente, Lia poseía las habilidades suficientes para elaborarla con éxito. Ella tenía un don innato para relacionarse con las personas, y había aprendido gracias a la manera en la que había tenido que ocultar su anterior identidad en el clan de los Astruther, lo discreta que podía llegar a ser cuando así lo deseaba.

Llevaban dos días en la fortaleza haciéndose pasar por mercaderes y Lothar no iba a aguantar mucho más. Es más, esa misma mañana se había negado a ponerse el vestido y se había quedado en el interior de una de las carretas.

Lia sabía que en cuanto el sol cayese, Lothar se pondría a buscar a Callem, así que no le había quedado más remedio que adelantarse aprovechando que él no la estaba controlando.

Aunque los habitantes del clan MacNeill no eran sus enemigos, quizá no era una mala idea elaborar una pequeña estrategia. Era más que evidente que Callem, si se encontraba en la fortaleza tal y como afirmaba Lothar, no deseaba ser visto. Él permanecería escondido en algún lugar hasta que la feria terminase. Por esa razón, debía elegir bien a las personas que podrían darle esa información.

Lia no sabía mucho de estrategia militar, pero, alguna vez, cuando era más joven, había escuchado a su padre hablar con sus consejeros. Recordaba que ellos, en una ocasión, le habían aconsejado que la mejor manera para interrogar a un forastero era mientras lo atiborraban a comida. Así que le había pedido a la madre de Marie que le diese un pastel de manzana de los que vendía en su puesto y se dirigió hacia uno de los guerreros MacNeill que se encontraba haciendo guardia fuera del patio de armas cerca de las caballerizas.

Había elegido bien el lugar: esa zona estaba prácticamente vacía, lo que reducía el riesgo de miradas indiscretas o interrupciones inoportunas. El guerrero, un hombre corpulento con un ceño fruncido perpetuo, parecía aburrido mientras observaba el horizonte, como si quisiera que su guardia terminara de una vez.

Lia ajustó su capa, ensayando mentalmente su mejor sonrisa amistosa. Con pasos ligeros y una aparente despreocupación, se acercó a él, sosteniendo el pastel de manzana en las manos como si fuera una ofrenda sagrada.

—Buenas, milord —dijo con voz suave, inclinando la cabeza ligeramente en un gesto de respeto—. He notado que estáis aquí cumpliendo con vuestro deber y he pensado que, quizá, os vendría bien comer algo. Un dulce para endulzar la tarde.

El guerrero arqueó una ceja, desconfiado, pero su mirada se posó en el pastel, que desprendía un aroma irresistible. Finalmente, aceptó el ofrecimiento con un gruñido. Al parecer, los guerreros del clan MacNeill eran tan brutos como los Astruther. Lia partió un trozo y se lo dio. Él lo aceptó, llevandoselo a la boca inmediatamente. Lia aplaudió internamente: el primer paso estaba logrado.

Ella recordó haber escuchado a la cocinera de su clan de nacimiento cuando era niña que a

los hombres se les conquistaba por el estómago. Ella no quería conquistar a ese guerrero, pero era obvio que la cocinera tenía algo de razón.

—Este pastel es de los mejores que he probado —admitió el hombre después de tragar el primer bocado—. ¿Lo vendéis en vuestro puesto?

Lia inclinó la cabeza con una sonrisa humilde.

—Oh, no, este es especial. Solo lo comparto con aquellos valerosos guerreros que velan por nuestra seguridad dentro de estos muros y sacrifican las festividades por su deber.

El guerrero abrió ligeramente los ojos, sorprendido por sus palabras, pero al final esbozó una sonrisa satisfecha.

—Sois muy generosa, milady.

Lio se dio cuenta de que el hombre estaba bajando la guardia. Era el momento perfecto para poner en marcha su plan con la sutileza que, según ella, era su mayor virtud.

—Os lo agradezco, milord. —Partió otro trozo del pastel y se lo ofreció. El guerrero lo aceptó con rapidez, como si temiera que ella se arrepintiera.

Mientras el hombre disfrutaba de su segundo bocado, Lia continuó con voz dulce y cargada de intención.

—Ayer el viento derribó algunos de los alimentos de mi puesto. Un guerrero de vuestro clan me ayudó a recogerlos con gran rapidez. Gracias a su amabilidad, no se estropearon. —Hizo una pausa y puso un gesto contrito—. No pude agradecerle más que con palabras, pero me encantaría darle lo que queda de este pastel como muestra de mi gratitud. ¿Quizá vos podríais ayudarme a encontrarle?

El guerrero terminó su trozo de pastel y esbozó una sonrisa cómplice. Lia se felicitó internamente: tenía su atención y parecía no sospechar nada.

—Por supuesto, milady. Será un placer ayudaros. ¿Os dijo su nombre?

—Sí, milord. Me dijo que se llamaba Callem.

La sonrisa del guerrero no desapareció y Lia pensó que aquello debía ser mérito del pastel. Definitivamente, la comida era un gran aliado.

—¿Y cómo es él? ¿Algún rasgo físico que pueda ayudarme a reconocerlo?

Lia intentó parecer casual mientras respondía.

—Es un hombre joven. Alto, de ojos claros y cabello castaño.

El guerrero frunció el ceño ligeramente, como si tratara de ubicar el nombre y la descripción en su memoria, pero finalmente negó con la cabeza.

—Tal vez sea uno de los nuevos guerreros. He estado fuera del clan durante algunos años y no conozco a todos los que se han unido recientemente. Lo siento, milady, pero no puedo aseguraros nada. Sin embargo, si me entero de quién es, le diré que os busque. ¿Cómo os llamáis?

Lia parpadeó, evaluando rápidamente sus opciones. Si Callem sabía que lo buscaban, quizá intentaría huir, pero si no sabía quién era, tal vez la curiosidad lo llevaría a investigarlo por sí mismo.

—Oh, no os preocupéis por mí, milord. Estoy segura de que volveré a encontrarle entre los pasillos o los puestos. No quisiera robaros más tiempo.

El guerrero asintió, pero mantuvo su sonrisa cordial.

—No es ninguna molestia, milady. Si llego a saber algo, haré cuanto esté en mi mano para ayudaros.

—Os lo agradezco mucho. —Lia hizo una leve reverencia antes de retirarse con pasos tranquilos.

Mientras se alejaba, notó un leve temblor de nervios bajo la capa de calma que había mantenido durante toda la conversación. No había logrado su propósito, por lo que tendría que seguir intentándolo. Pero estaba contenta porque había plantado una semilla, una que había regado con su sutileza, y que, con suerte, daría sus frutos.

Pasó el resto de la mañana atendiendo los puestos de la feria, con la mirada siempre alerta, esperando que Callem hiciera acto de presencia. Sin embargo, su paciencia no fue recompensada. Al cabo de unas horas, aprovechó un breve descanso para recorrer los alrededores, confiando en que su búsqueda, o quizá la casualidad, la condujera a alguien que pudiera ofrecerle una pista útil.

El clan MacNeill no era muy diferente a otros clanes durante las festividades. La fortaleza estaba llena de vida; hombres, mujeres y niños se movían entre los puestos y los improvisados escenarios, llenando el aire con risas, música de gaitas y el aroma de alimentos cocinados al fuego. Los miembros del clan se mezclaban con los forasteros que llegaban para comerciar, o simplemente, disfrutar de la celebración. Había algo en el ambiente que invitaba a la camaradería: una sensación de seguridad que hacía bajar la guardia incluso al visitante más desconfiado.

No vio a Callem por ninguna parte, aunque no le sorprendió. Con la multitud que abarrotaba el lugar debido a la feria, incluso si él estuviera allí, sería difícil distinguirlo entre tantos rostros y cuerpos en movimiento. Además, hacer preguntas directas en un lugar tan concurrido sería una imprudencia; demasiados oídos podrían captar algo que no debían, y no quería arriesgarse a levantar sospechas.

Al final, decidió que lo más sensato era limitarse a caminar. Disfrutó del inusual buen tiempo para ser otoño: el sol brillaba con una calidez tenue que invitaba a pasear, mientras la brisa fresca llevaba consigo el olor a tierra húmeda y hojas caídas. Sus pasos, aunque aparentemente distraídos, no eran del todo ociosos. Su mente trabajaba en silencio, trazando planes, evaluando alternativas, y buscando una estrategia que le permitiera ganar un poco más de tiempo. Un tiempo necesario para que la semilla germinara.

Sabía que Lothar no toleraría otro día sin actuar. Si lograba convencerlo de que aguardara solo un día más, quizá pudiera obtener información de forma más discreta y evitar que él tomara medidas drásticas que pusieran en riesgo su misión... o sus vidas.

Mientras tanto, permitió que la alegría circundante suavizara un poco su propia tensión. No podía permitirse bajar completamente la guardia, pero el ver a los niños correr o a las parejas compartir una risa ligera le recordó que, de vez en cuando, la vida era bella y había que disfrutarla.

El propio pensamiento la sorprendió. Era la primera vez desde su renacimiento que se refería a la vida como bella. Desde que huyó de su clan, Lia no vivía, sobrevivía.

A pesar de que Lia no se sentía orgullosa de lo crédula y necia que fue en el pasado, una parte de ella echaba de menos ese entusiasmo que su antigua yo poseía por aquellas pequeñas cosas que la rodeaban: como una mariposa volando a su alrededor, lo brillantes y bonitas que lucían las flores en primavera, o un atardecer en verano.

Lia sentía que estaba comenzando a recuperar parte de ese entusiasmo, esa ilusión por la vida y por apreciar las pequeñas cosas, que creía haber perdido para siempre. No sabía cuándo había pasado, pero sí que estaba convencida de que ese guerrero malhumorado y testarudo que había emprendido ese viaje con ella la había ayudado a conseguirlo. Lothar, con sus bruscos cambios de humor y con esa manera que solo él conseguía hacerla reír y enfurecerla al mismo

tiempo, había conseguido que se sintiera viva de nuevo.

Cuando llegó al río, atraída por el brillo cristalino del agua bajo la suave luz otoñal, se acercó a la orilla con la intención de refrescarse. Pero un sonido inesperado la detuvo. Sollozos femeninos, suaves aunque cargados de pesar, rompían la tranquilidad del lugar. Lia frunció el ceño, desconcertada, y se giró en busca del origen.

Había estado tan absorta en la serenidad del paisaje que no había notado la presencia de dos jóvenes sentadas, casi ocultas por los arbustos. Una de ellas, con el cabello negro recogido en un moño desordenado y mechones sueltos que enmarcaban su rostro, tenía la cabeza enterrada entre las manos. Sus hombros temblaban con cada gemido ahogado.

—¿Cómo he podido ser tan necia? —se lamentaba. Su voz era baja y entrecortada por sus hipidos, pero Lia estaba lo suficientemente cerca como para poder escucharla con claridad.

—No eres ninguna necia, Ailsa. —La otra joven, que tenía su cabello pelirrojo recogido en una trenza tiesa y unos bonitos ojos verdes, pasaba sus brazos alrededor de Ailsa, consolándola—. El único necio es Malcolm por no saber apreciarte.

—Creí que le gustaba, Glenna —hipó Ailsa. Levantó su rostro y Lia pudo ver sus ojos oscuros, cubiertos de lágrimas—. Pero él solo estaba siendo cortes conmigo para poder acercarse a Elspeth. He quedado como una boba.

Lia, que había estado observando en silencio, sintió un alivio inmediato al comprender la situación. No era una tragedia mayor, sino el inconfundible mal de amores. Su tensión inicial se desvaneció; al menos, nadie la había hecho daño físico. Aunque ella bien sabía que no había que menospreciar los males de amores. Que te rompieran el corazón podía ser más dañino que te fracturaran varios huesos. Porque el dolor que producía te desgarraba por dentro; porque mientras las heridas físicas sanaban, las emocionales te dejaban cicatrices invisibles que perduraban en el tiempo.

—Él se dará cuenta de lo que ha perdido, Ailsa —le aseguró Glenna con una sonrisa triste—. Regresará a ti.

La otra joven levantó la cabeza para mirar a su amiga, y al hacerlo, Lia pudo observar con mayor claridad su rostro. Era una joven muy guapa, pero su cara era el puro reflejo del dolor.

Lia sintió que no podía seguir permaneciendo al margen. Aquellas chicas no tendrían más de quince años; eran demasiado jóvenes y crédulas, igual que ella lo fue en el pasado. El corazón de Lia se apesadumbró al pensar en cuántas veces había deseado que alguien le hubiera abierto los ojos a tiempo para evitarle tanto sufrimiento innecesario.

—Y si lo hace, tú lo rechazarás. —Lia giró su cuerpo hacia las jóvenes, interviniendo en la conversación. Ambas ladearon sus cabezas hacia ella, dándose su cuenta por primera vez de su presencia—. Un hombre que te utiliza una vez, lo volverá a hacer. Ese hombre jamás podrá amarte, y tú te mereces un hombre que te ame. No te conformes con menos.

Las dos jóvenes la observaron con perplejidad, pero Ailsa esbozó una sonrisa tímida, lo que Lia vio como una buena señal.

—¿Cómo voy a rechazarlo si lo amo? —le preguntó Ailsa con un suspiro.

—El amor no debería doler, Ailsa —respondió Lia—. Amar a alguien no significa que tengas que perderte a ti misma ni permitir que te hagan daño. Si realmente te ama, no te haría sufrir. El amor verdadero te eleva, te hace sentir valiosa, no menos. Si él no ve eso, entonces no es amor, solo una ilusión.

Lia se sorprendió a sí misma con aquellas palabras. El amor dolía, siempre lo hacía, incluso el más puro. ¿Por qué ahora pensaba diferente? ¿Que había cambiado?

—Pero... si le rechazo, ¿no será como si no le hubiera dado una oportunidad? —dijo Ailsa,

con la voz temblorosa, buscando una razón para aferrarse a lo que conocía, aunque su corazón ya dudara—. ¿Si él regresa a mí arrepentido no debería dársela?

Lia se compadeció de Ailsa. La joven no quería escuchar lo que le estaba diciendo porque, en el fondo, temía quedarse sola, temía renunciar al amor que creía que tenía. Lia había estado allí, sintiendo lo mismo, con la misma desesperación por aferrarse a algo que, en realidad, la desgarraba por dentro. Aunque ahora sabía que aquello que ella había sentido no era amor.

—¿Y como sabrás que es un arrepentimiento de verdad? ¿Como vas a saber que no es otro engaño?

La joven la miró unos instantes antes de suspirar.

—Tienes razón, no puedo confiar más en él.

—Eres muy sabia —dijo Glenna, interviniendo por primera vez—, ¿pero quién eres?

—Soy una mujer que entiende lo que es que un hombre la traicione —respondió Lia, con una mirada seria, pero llena de comprensión. Su voz se tornó más suave, como si hablara desde lo más profundo de su experiencia—. Yo aprendí la lección de la peor manera. Solo quiero ayudarlos para que a ninguna de vosotras os pase lo mismo. Espero no haberos incomodado.

—No lo has hecho —le tranquilizó Ailsa—. Gracias a ti, ya no sufro. Malcolm no se merece mis lágrimas.

—No, no lo hace —concordó Lia.

En un arrebato por mostrar su agradecimiento más profundo, Ailsa se levantó y abrazó a Lia. Esta permaneció quieta, casi rígida. En el pasado, había sido cariñosa, incluso con desconocidos, pero desde lo que pasó con Bird, rehuía del contacto físico. Sin embargo, sintió cómo se relajaba alrededor de los brazos de la joven.

Ailsa se apartó después de unos instantes, sonriendo. Sus ojos oscuros habían recuperado un poco de su brillo natural y ahora lucían menos tristes. Lia observó a la joven con una ligera sonrisa en los labios. Ella había lo correcto.

—Espero que encontremos a hombres buenos que nos amen —suspiró Glenna mientras se levantaba.

Lia sonrió, y justo en ese momento, se le ocurrió una idea. Aunque su acercamiento a las muchachas había sido genuino, sin ninguna intención más que ayudar a la pobre Ailsa, quizá ellas pudieran ayudarla a encontrar a Callem. Había logrado ganarse la confianza de ambas. Y pese a que intuía que estas la ayudarían en lo que hiciese falta, no podía pedirles ayuda directamente. Ambas muchachas eran demasiado jóvenes, y a esa edad, serían curiosas y descuidadas. No solo podrían hacer que, de manera inconsciente, los descubriesen, sino que también se podrían poner en peligro a ellas mismas. No, lo más sabio sería utilizar una argucia para tratar de obtener la información que buscaba.

—Quizá ya le conocéis —comentó Lia casualmente—. Ayer vi a un joven alto, de cabello castaño y ojos claros. Era muy amable y respondía al nombre de Callem. Yo estoy casada, pero tal vez pueda ser el hombre ideal para una de vosotras.

Lia contempló a ambas muchachas, satisfecha, convencida de que estaba llevando la conversación con una sutileza impecable. Se felicitó internamente: era imposible que nadie sospechara nada de sus verdaderas intenciones.

Sin embargo, las jóvenes intercambiaron una mirada de desconcierto.

—No conozco a nadie que se llame así —dijo Ailsa, negando con la cabeza.

—Ni yo —añadió Glenna, igual de perpleja.

Lia disimuló un suspiro de decepción. ¿Y si Callem estaba usando otro nombre para no ser reconocido? La idea era frustrante, pero no estaba dispuesta a rendirse. Estaba a punto de

reformular la pregunta con más sutileza cuando, de repente, apareció una niña de unos diez años corriendo hacia ellas. Su cabello rubio ondeaba en el aire mientras se acercaba rápidamente, con el rostro rojo por el esfuerzo.

—¡Ailsa! Mamá te está buscando. Está muy enfadada porque no has hecho sus mandados —dijo la niña con la urgencia propia de quien no quería cargar con la culpa ajena.

Ailsa resopló.

—Lo siento, tengo que irme —dijo, dirigiéndose a Lia con una leve inclinación de cabeza en señal de disculpa.

Glenna le ofreció una sonrisa breve y educada antes de apresurarse tras su amiga. En cuestión de segundos, las tres desaparecieron por el sendero, dejando a Lia sola junto al río.

Lia observó cómo se alejaban, entrelazando los dedos, nerviosa. Seguía sin saber nada de Callem. Sabía que tenía que tener paciencia, pero le estaba resultando más difícil de lo que pensaba.

Aunque Lia sabía que tenía que haber esperado un poco más para hacer el siguiente intento, no pudo dejar desaprovechar la oportunidad cuando vio a un hombre de mediana edad que llevaba un *kilt* con los colores de los MacNeill. Junto a él, un pequeño lanzaba piedras al río.

—Buenas tardes, buen hombre —lo saludó Lia con una sonrisa gentil.

El hombre le dedicó una mirada rápida, con los ojos entrecerrados con desconfianza, pero no rechazó su saludo. El niño también la miró y la sonrió. Al contrario de lo que Lothar decía, solo hacía falta un poco de amabilidad para ganarse la confianza de la gente.

—Buenas tardes.

—¿Qué buen día hace, no? —dijo casualmente—. Qué cielo más azul. —Lia señaló el cielo. El hombre echó su cabeza hacia atrás y le dio una mirada extraña.

—¿Buen día? Milady, está nublado.

Lia no se había dado cuenta de que el día se había nublado. De hecho, el cielo estaba tan gris que parecía que iba a llover en cualquier momento. Debería haber tenido en cuenta la temperatura cambiante de las Highlands. Sin embargo, no permitió que esa pequeña distracción la detuviera.

—Hablando de azules —continuó, ignorando las palabras del hombre—. ¿No habréis visto por casualidad a un joven con los ojos azules, verdad?

El hombre frunció sus pobladas cejas mientras negaba con la cabeza.

—No, milady. Y si me disculpáis, estoy ocupado enseñando a mi nieto a lanzar guijarros.

—Lanzar guijarros es mi especialidad —dijo Lia, pensando que, tal vez, si era de utilidad como lo había sido con las muchachas, el hombre se mostraría más receptivo a ayudarla.

Lia tomó un guijarro redondeado de color azul que descansaba sobre la manta, a los pies del niño. Lo observó un instante, evaluando su peso y forma, antes de lanzarlo con un movimiento ágil. La piedra surcó el aire y golpeó la superficie del agua con precisión..

El guijarro rebotó tres veces antes de hundirse en el río.

Lia aplaudió con entusiasmo, con una sonrisa genuina iluminando su rostro. Hacía años que no lanzaba un guijarro, desde aquellos días despreocupados de su infancia. Fue su hermano Kendrick quien le enseñó, en una de las pocas ocasiones en las que compartieron tiempo juntos antes de que él fuera expulsado del clan.

Ese recuerdo la golpeó como una ráfaga fría. Kendrick, su hermano mayor, había sido un torbellino de risas y valentía, un maestro paciente con una habilidad innata para convertir lo cotidiano en aventura. Pero todo cambió cuando lo desterraron. Lia era apenas una niña, y aunque no entendía del todo lo que sucedía, la ausencia de su hermano dejó un vacío enorme en

su mundo.

Cuando Kendrick regresó años más tarde, lo hizo como un hombre amargado y lleno de rencor. Era distante, frío y autoritario, pero Maurina, su cuñada, consiguió que Kendrick volviera a mostrar a ese joven gentil lleno de sueños que guardaba en su interior. Lia no quiso verlo, porque Bird la manipuló para que creyese que su hermano era un ogro. Sin embargo, después de todo lo que había pasado, lo comprendía: Kendrick jamás cambió, él siempre siguió siendo el mismo, solamente escondió esa parte de él dentro de capas de frialdad e indiferencia para protegerse del mundo y que no lo dañaran de nuevo.

¿Era eso lo que estaba haciendo ella? ¿Fingir que había cambiado para protegerse de los demás?

No, Lia no era la misma de su pasado. No obstante, a cada día que pasaba, estaba empezando a tener la sensación de que quizá, había una parte de ella, de su esencia, que no había muerto. Y que quizá, no quería que lo hiciese.

Lia apartó esos pensamientos de su mente y se centró en la misión que tenía entre manos en esos momentos.

—Os puedo enseñar si... —comenzó, dirigiéndose al niño, pero se detuvo en seco. Porque en lugar de la admiración y emoción que esperaba ver en sus ojos, encontró lágrimas acumulándose y un temblor evidente en su labio inferior.

—Hemos pasado toda la mañana buscando un guijarro bonito para que mi nieto pueda regalárselo a su madre enferma... —dijo el hombre con voz dura—. Y vos acabáis de lanzarlo al río.

Lia tragó saliva, sintiendo cómo la culpa le subía por la garganta. Antes de que pudiera responder, el niño rompió a llorar.

—Disculpadme, de verdad... —balbuceó Lia, buscando reparar su error—. Soy buena nadadora, podría...

—La corriente ya se ha llevado el guijarro —la interrumpió el hombre, levantando una mano para silenciarla, con un tono afilado que cortaba cualquier intento de disculpa. Cogió al niño en brazos, intentando consolarlo mientras este seguía llorando.

—Puedo ayudaros a buscar otro —ofreció Lia.

El hombre giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—No es necesario, ya habéis ayudado suficiente.

Sin añadir nada más, se marchó con paso firme, ignorando las palabras de Lia y dejando tras de sí solo el eco de los sollozos del pequeño.

Capítulo 19

Lia observó cómo se alejaban, entrelazando los dedos con impaciencia. Su pequeña táctica no había dado frutos; ni siquiera estaba segura de que alguna de las que había usado hubiesen resultado efectivas.

Se sentó en la hierba frente a la orilla. Miró al río, cuyas aguas seguían su curso, arrastrando no solo el guijarro azul, sino también su esperanza de encontrar a Callem por su cuenta.

Tal vez Lothar se equivocaba y Callem no estaba en el clan MacNeill. ¿Y si se trataba de un malentendido? En el fondo, Lia seguía sin poder creer que Callem hubiera traicionado a su clan. Aunque ella había podido ver el odio reflejado en sus ojos tras la muerte de Eara.

Suspiró, por qué no sabía que pensar.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que apenas notó cuándo alguien se sentó a su lado.

—Buenas tardes, milady —la saludó una voz masculina, suave pero firme.

Lia dio un respingo, sobresaltada. No terminó en el suelo solo porque ya estaba sentada en él. Instintivamente, se llevó una mano al pecho, tratando de calmar su acelerado corazón.

—¡Me habéis asustado!

—Os ruego que me disculpéis, no era mi intención alarmaros.

Lia respiró hondo, recuperando el aliento mientras parpadeaba, intentando enfocarse en el rostro de su interlocutor. Era un joven, que debía tener más o menos una edad similar a la de ella. Su cabello era rubio, y estaba ligeramente enmarañado. Tenía una llamativa cicatriz en su frente. Él la observaba con una sonrisa dulce y tranquila en los labios. Una expresión que parecía querer disipar cualquier recelo, pero que solo consiguió que a Lia le recorriera un escalofrío. ¿Cómo había llegado tan cerca sin que ella lo notara? Parecía como si hubiera surgido de la nada.

—No os preocupéis. Estaba distraída —dijo, tratando de recomponerse—. Debería regresar a mi puesto en el mercado de la feria.

Se inclinó hacia adelante para levantarse, pero el joven la detuvo, sujetándola suavemente por el brazo. Apenas se cruzaron sus miradas, él apartó la mano con rapidez, como si temiera haberla ofendido.

—Disculpadme de nuevo, no deseaba incomodaros —murmuró, bajando la voz—. Pero hay algo que debo hablar con vos. —Su tono se volvió cauteloso mientras echaba una mirada rápida a su alrededor, asegurándose de que nadie más les prestaba atención.

Lia miró al joven, sin saber si irse o no. Al final, decidió quedarse y darle la oportunidad de escucharlo. A pesar de que había algo en él que le producía desconfianza, había aprendido que no podía dejarse guiar por las apariencias. Aunque, siendo completamente honesta consigo misma, la apariencia de ese joven era buena, era más una sensación que no podía explicar, ¿tal vez era su sonrisa?

—¿De qué se trata?

—He escuchado que estáis buscando a un hombre llamado Callem.

—¿Dónde habéis escuchado eso? —inquirió Lia con cautela, entrecerrando los ojos.

—Disculpadme de nuevo, ¿es posible que me haya equivocado de mujer? —preguntó el joven, inclinando la cabeza con una expresión de aparente incertidumbre.

—No, milord. Pero es extraño, ya que he sido muy discreta en mi búsqueda.

El joven dejó escapar una risa ahogada que pasó desapercibida para Lia, que estaba demasiado concentrada en sus propias preocupaciones.

—Sin duda, habéis sido todo un ejemplo de discreción —respondió, con un destello de

diversión en sus ojos—. Pero os lo aseguro, no os he seguido. Me enteré fruto de la casualidad. —Hizo una pausa, pero cuando Lia lo observó en silencio, esperando una explicación más concreta, él continuó: —Mi mejor amigo estaba de guardia esta mañana y mencionó que le habéis preguntado por él. Estaba particularmente agradecido con vos, según me dijo, por haberle ofrecido un trozo de vuestro pastel.

Lia sonrió, recordando al guerrero del que el joven hablaba. La semilla había dado sus frutos.

—Así es —reconoció finalmente—. Estoy buscándole para darle un pastel como muestra de agradecimiento por su ayuda. ¿Le conocéis?

—Sí, lo conozco bien. Pero me temo que no podrá disfrutar de vuestro preciado pastel. Ha partido en una misión esta misma mañana y no regresará hasta dentro de varias semanas. Aunque, si queréis, podéis confiármelo a mí. Prometo guardárselo.

Lia reprimió su decepción con habilidad. Aún había tiempo y maneras de sacar más información de aquel joven tan amable.

—Si os lo entrego, os lo quedaréis para vos mismo —dijo con un tono mitad acusador, mitad juguetón.

El joven asintió con una sonrisa descarada.

—Debo admitirlo; estoy ansioso por probarlo —confesó, con un brillo travieso en los ojos que resultaba contagioso.

—Entonces, será mejor que haga otro para vos y el trozo que estoy guardando se lo entregue alguien que no se lo coma. Si ha salido esta mañana, no debe estar muy lejos. Tal vez pueda enviar a mi marido en su búsqueda. Él está muy agradecido con Callem por lo bien que se portó conmigo.

—Debí darme cuenta de que una joven tan bella y habilidosa estaría desposada —comentó el joven, dejando escapar un suspiro de aparente decepción.

Lia, sin inmutarse, decidió ignorar el halago y volver a centrarse en lo importante.

—¿Podríais decirme el camino que ha tomado? —preguntó con tono directo, cortando cualquier intento de desviar la conversación.

El joven sonrió con un toque de picardía.

—Puedo hacer más que eso. Si realmente queréis encontrarlo, os diré exactamente dónde está.

Lia lo miró con interés, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Os lo agradecería si lo hicierais.

El joven asintió.

—Tenía que hacer uno mandados en el pueblo y su idea era partir para pasar la noche en una fortaleza abandonada al este de aquí. Es conocida como Blackstone Keep. Hace años era un bastión importante, pero ahora solo quedan ruinas. No está muy lejos de aquí. Yo le aconsejé que pasase la noche en el pueblo, pero no le gustan las multitudes.

Lia permaneció con expresión imperturbable mientras escuchaba la explicación del joven para no levantar sospechas, pero lo cierto era que por dentro la alegría la dominaba. No tenía dudas de que se trataba de Callum. Tenía sentido que él no quisiese pasar tiempo en el pueblo, donde podrían reconocerle.

—Para llegar, id hasta el pueblo y allí seguid el camino principal hacia el este hasta cruzar un puente de piedra que atraviesa un arroyo estrecho —continuó el joven—. Después del puente, encontraréis un desvío a la derecha. Ese sendero os llevará directamente a las ruinas. La fortaleza está rodeada de muros parcialmente derruidos, y la torre principal aún sigue en pie, aunque

apenas. Si os acercáis de noche, el fuego de su hoguera será visible desde lejos.

—Gracias por la información —le agradeció Lia, esforzándose por ocultar el brillo de emoción que amenazaba con reflejarse en su mirada mientras se levantaba con calma.

El joven imitó su gesto, poniéndose de pie con movimientos tranquilos.

—Os ruego discreción —dijo el joven con un tono más bajo, lanzando una mirada rápida a su alrededor—. Si llega a oídos de mi *laird* que he compartido esta información, podría considerarlo una falta de lealtad, ya que Callem se encuentra realizando una misión para el clan.

Lia esbozó una sonrisa tranquilizadora, inclinando ligeramente la cabeza.

—No os preocupéis. Mi única intención es hacerle llegar su pastel, nada más. Os doy mi palabra de que nadie sabrá cómo averigüé dónde se encuentra; ni siquiera Callem.

El joven asintió, visiblemente más relajado.

—Os lo agradezco, milady. Espero que cumpláis vuestro propósito. Y no olvidéis mi pastel.

Lia dejó escapar una risa suave.

—No lo haré. Lo tendréis.

Con esas palabras, Lia giró sobre sus talones y comenzó a alejarse de regreso en busca de Lothar. Partirían en ese mismo momento, no había tiempo que perder.

Al final, había sido tan fácil como había creído.

Capítulo 20

Cualquier bullicio de la feria quedó atrás cuando salieron de la fortaleza y el silencio se instauró. Ni ella ni Lothar emitieron ninguna palabra. Trueno, propenso a emitir algún relincho o resoplido, se mantuvo en silencio mientras se movía por el camino con ellos encima.

A Lia no le había resultado difícil convencer a Lothar de que, por pura casualidad, había escuchado el paradero de Callem para esa noche. Lothar había aceptado su explicación sin demasiadas preguntas. Sin embargo, lo que verdaderamente le había costado a Lia, fue despedirse de los mercaderes.

Había algo en ellos, en su trato sencillo y honesto, que la había reconfortado de una manera inesperada. La camaradería que había compartido con ellos, aunque breve, había sido como un soplo de aire fresco en medio de la tensión constante que la envolvía últimamente. Era extraño, casi paradójico, cómo esos desconocidos, con su humor franco y sus historias, le habían ofrecido un tipo de compañía que le resultaba inusual: genuina y desprovista de pretensiones. Ahora, al alejarse, sentía una punzada de añoranza, pero también, la emoción de por fin encontrar a Callem y poder dar un respiro al espíritu de Eara.

—Nunca he escuchado hablar del bastión en ruinas Blackstone Keep —dijo Lothar, rompiendo el silencio.

—¿Conoces todos los recovecos de las Highlands?

Lothar suspiró detrás de ella.

—No, la verdad es que no he salido demasiado del clan. Mi hermano me ha enviado a misiones, pero siempre a clanes amigos. Nunca he tenido la oportunidad de vivir emociones fuertes ni de aventurarme más allá de lo conocido. Nunca ha confiado en mí para misiones peligrosas.

A Lia no se le escapó el tono entristecido en la voz de Lothar. Giró la cabeza para mirarlo, intentando leer su expresión, pero él mantenía la vista fija hacia delante, evitando su mirada.

—Irwin tan solo quiere protegerte.

Lothar soltó una carcajada seca, carente de cualquier atisbo de humor.

—Él no confía en mí. Siempre he tenido que demostrar más que el resto de los guerreros, y aun así, siento que nunca es suficiente para él.

Lia sintió un nudo en el pecho. Quería abrazarlo, ofrecerle consuelo, pero montados a caballo no había mucho que pudiera hacer. Sin embargo, estaba agradecida de que él se estuviera abriendo a ella, compartiendo algo que claramente llevaba mucho tiempo guardado.

—He visto a tu hermano hablar con orgullo de los duelos que has ganado —dijo, buscando reconfortarlo—. A veces, no nos damos cuenta de que nuestros hermanos mayores hacen cosas por nuestro bien, aunque no lo parezca.

En su intento por consolarlo, Lia dejó escapar, sin darse cuenta, un fragmento de sí misma.

—¿Cuántos hermanos tienes? —inquirió Lothar, girando levemente la cabeza hacia ella.

Lia volvió la vista al frente, como si observar el camino la ayudara a mantener la compostura.

—Tuve dos —respondió Lia en voz baja—. Uno murió, y al otro le fallé. Pensé que no confiaba en mí, pero lo cierto es que solo quería ayudarme. Todos querían ayudarme, y yo... yo les odiaba. Creía que buscaban perjudicarme, que me deseaban el mal. —Se detuvo un momento, tragando con dificultad antes de continuar—: Incluso cuando mi padre falleció, yo estaba enfadada con él. No podía perdonarle que no me permitiera casarme con el hombre que pensé

que amaba más que a mi propia vida. Y al final, resultó que la única equivocada era yo. No me despedí de mi padre mientras agonizaba y eso es algo que nunca podré perdonarme.

Lothar no dijo nada de inmediato, pero su expresión se endureció, como si las confesiones de Lia resonaran en su propio corazón de manera inesperada. En un intento por consolarla, la rodeó con un brazo, envolviendo su cintura y acercándola a su torso firme y cálido. El gesto era protector, casi instintivo, y transmitía más apoyo del que sus palabras podrían expresar.

—Estoy seguro de que te ha perdonado. No hay malicia en ti, y tengo duda de que él lo sabía.

—Ojalá sea así.

—Tal vez su espíritu ya se ha puesto en contacto con una bruja para hacerte saber que te ha perdonado.

Lia esbozó una sonrisa.

—A lo mejor es el espíritu de tu padre el que quiere hablar contigo.

Aunque Lia solo pretendía seguir la broma a Lothar, sintió cómo este se tensaba detrás de ella.

—Si el espíritu de mi padre vaga por la tierra, jamás se molestaría en enviarme un mensaje —dijo Lothar con amargura—. Callem y yo nunca le importamos. Solo se preocupaba por Irwin. Era un padre deplorable para él. Le daba palizas, y lo obligaba a pasar días sin comer ni beber para prepararse para batallas imposibles. Y aun así, yo lo envidiaba. Deseaba que a mí me tratara igual, porque, al menos, eso significaría que se fijaba en mí, que me veía. ¿En qué me convierte eso?

—En un ser humano.

Lia apoyó la cabeza en el pecho de él, sintiendo la calidez de su cuerpo y el ritmo de su respiración. Le había gustado que Lothar se abriera a ella, que le confiara sus pensamientos más oscuros. Ahora lo entendía mejor. El rechazo de su padre lo había marcado profundamente, más de lo que él estaba dispuesto a admitir. Esa herida era la que lo impulsaba a buscar la aprobación de Irwin, a necesitar demostrar su valía.

—En uno débil.

Lia negó con la cabeza.

—No, en uno fuerte. La humanidad es una fortaleza, no una debilidad —respondió con firmeza—. No necesitas demostrar nada a nadie. Eres un gran guerrero, y el clan Astruther tiene mucha suerte de tenerte.

Lothar no respondió con palabras, pero inclinó la cabeza y le dio un beso en el cabello. El gesto fue cálido, íntimo y lleno de un agradecimiento que no necesitaba ser expresado. Lia cerró los ojos un momento, disfrutando de la compañía de Lothar y de los secretos que ambos habían compartido. Ella no se había abierto del todo con él; probablemente, nunca lo haría, pero, aun así, le había contado mucho más de lo que pensaba que alguna vez le confesaría a alguien.

Se mantuvieron en silencio mientras la noche caía. El camino hacia el bastión se volvió más estrecho y oscuro a medida que se aproximaban a su destino. Trueno avanzaba con paso firme, gracias a la luz de la luna llena que iluminaba el camino.

Cuando finalmente divisaron la silueta de las ruinas, Lia sintió una inesperada sensación de tristeza. Porque, aunque lo único que deseaba era encontrar a Callem, aquello significaba el fin del viaje. El fin de la aventura que estaba viviendo con Lothar. Un camino en que había descubierto un parte de sí misma que creyó que ya no existía. Un camino en el que había conocido al verdadero Lothar, ese que se escondía entre capas de egocentrismo y mal humor.

Una vez regresaran al clan, Lothar y ella regresarían a sus vidas. Ella volvería con Angus y

Morag, y Lothar seguiría defendiendo al clan Astruther. Así era como tenía que ser. Sin embargo, no estaba preparada para decirle adiós; ni siquiera estaba preparada para pensar en ello. Por esa razón, Lia se centró de nuevo en el horizonte. El brillo oscilante de una hoguera iluminaba la maltrecha torre principal, dejando escapar destellos cálidos a través de las grietas entre las piedras desgastadas.

—Ahí está —dijo Lia, señalando la torre—. La hoguera se ve de lejos. ¿A Callem no le preocupa que le roben?

Lothar se encogió de hombros.

—Es muy descuidado, y dudo que eso haya cambiado.

Lia no pudo evitar la sensación de inquietud que la dominó. No entendía la razón, pero de repente algo en su interior le decía que debían dar media vuelta. Un presentimiento vago pero intenso que no lograba descifrar. El viento comenzó a soplar con fuerza, haciendo crujir las ramas de los árboles a su alrededor, como si la naturaleza misma estuviera intentando advertirle de algo. El aire se volvió más frío, y un escalofrío recorrió su espalda.

—Quizá deberíamos esperar a que se haga de día —sugirió Lia, incapaz de sacudirse la sensación que la envolvía.

Lothar la miró con una ceja alzada.

—No hay nada que temer, Lia. Callem nunca haría daño a una mujer, y no es rival para mí.

Lothar parecía relajado y confiado, pero Lia no compartía esa seguridad. Pero no era Callem lo que la inquietaba; no exactamente. No sabía qué era lo que la estaba haciendo sentirse tan temerosa, pero una parte de ella insistía en que algo no estaba bien. Quizás era la oscuridad de las ruinas, o el silencio que rodeaba el lugar lo que hacía que el miedo siguiese creciendo en su pecho, presionando sobre su alma sin razón aparente.

—No es Callem. —dijo Lia, con voz baja, como si confesar sus propios temores le ayudara a entenderlos.

Lothar frunció el ceño, pero no dijo nada, observándola con más atención.

—¿Entonces qué? —preguntó, su tono ahora más suave, como si también sintiera que algo en el aire había cambiado.

Lia levantó la vista hacia él, con sus ojos llenos de una incertidumbre que no podía ocultar.

—No lo sé... Solo... algo no me cuadra.

El viento aulló de nuevo, como si, en ese momento, las mismas ruinas parecieran murmurar advertencias, y Lia apretó los dientes. Había algo en ese lugar, algo que la dejaba inquieta. Un susurro en el aire, un llamado lejano. Pero no podía decirlo con palabras. No podía explicarlo.

—Todo irá bien —le prometió Lothar, apretando levemente la mano de ella.

Lia esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos, pero no dijo nada más, porque quiso creer que Lothar estaba en lo cierto. Quizá sus temores estaban siendo irracionales, creados por la mezcla de sensaciones que el final de ese viaje suponía.

Cuando estaban cerca de las ruinas, Lothar bajó del caballo y ayudó a Lia a hacer lo mismo. Dejaron a Trueno atado a una piedra y entraron en el bastión en ruinas.

El aire se volvió más denso conforme avanzaban hacia la entrada de la fortaleza. Lia y Lothar cruzaron el umbral, sus pasos resonando en el silencio de la fortaleza. Lia escuchó un ruido y se quedó paralizada.

—Es solo un ratón —le tranquilizó Lothar señalando al animalillo que corría por las piedras iluminado por la luz luna llena.

Lia tragó saliva y Lothar se adelantó un paso. La confianza en su habilidad lo hacía creer que nada podría sorprenderlo, pero Lia seguía sintiendo esa presión inexplicable en el pecho.

De repente, un crujido seco resonó a su izquierda, seguido de un movimiento rápido en la penumbra. Lia no tuvo tiempo de reaccionar antes de que una figura emergiera de la oscuridad, apresándola por los brazos. Otro hombre apareció al instante. En un segundo, ambos hombres tenían a Lia inmovilizada entre ellos. Uno era rubio y otro moreno, eso era todo lo que Lia le dio tiempo a ver de ellos.

—¡No! —gritó Lothar. Reaccionando instintivamente, sacó la daga de su bota pero no podía hacer nada mientras tuviesen sujeta a Lia. No podía arriesgar su vida.

Uno de los atacantes apretó el agarre sobre Lia, empujándola hacia atrás. La joven intentó liberarse, luchando con todas sus fuerzas, pero el otro hombre la sostuvo con un brazo alrededor de su cuello, inmovilizándola y evitando que pudiera usar sus piernas para patear. Lia trató de girar la cabeza para ver a Lothar, pero la presión en su garganta la hacía respirar con dificultad.

—¡Suéltala! —rugió Lothar; sus ojos encendidos de ira.

—Tira la daga o la mato —le advirtió el hombre moreno a la vez que le colocaba un cuchillo en el cuello.

El hombre rubio, que había estado sosteniendo a Lia, la soltó de repente, empujándola hacia su compañero, quien la sujetó con fuerza. Lothar observó, en silencio, mientras el rubio lo miraba desafiante, como si estuviera esperando que hiciera algún movimiento imprudente.

Lothar apretó los dientes, pero no hizo nada. El rubio sonrió con suficiencia y, antes de que pudiera reaccionar, se lanzó hacia él, con una rapidez asombrosa. En un parpadeo, le arrebató la daga de la mano y la lanzó con un gesto de desprecio hacia el suelo, lejos de su alcance. Luego, con un solo movimiento, desenvainó una espada de gran filo. La empuñaba con destreza, como si estuviera acostumbrado a luchar con ella, y Lothar comprendió, con una punzada de preocupación, que eran simples ladrones. Eran mercenarios, entrenados y peligrosos.

—Matadme a mí, pero soltadla a ella —dijo Lothar, manteniendo la calma mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

El rubio lo miró con una sonrisa burlona, como si la propuesta fuera una broma.

—No os hagáis el caballero —respondió, mientras su compañero apretaba aún más el cuchillo contra el cuello de Lia—. Tenemos órdenes de llevarla de regreso a la fortaleza MacNeill sana y salva. Barday quiere que le haga un pastel.

Lia, aterrada, gritó con todas sus fuerzas. En cuanto lo hizo, el hombre que la sujetaba la empujó con más fuerza, mandándola callar con un gruñido bajo.

—Cállate —ordenó, apretando el filo del cuchillo contra su piel.

El ambiente estaba cargado de tensión, y Lothar, a pesar de estar rodeado, mantuvo la calma, intentando averiguar algo más sobre sus captores.

—¿Barday, el heredero del *laird* MacNeill me quiere ver muerto? —preguntó Lothar, aunque en realidad solo estaba buscando ganar tiempo. Si algo le había enseñado su hermano Irwin, era que en situaciones de peligro, cada palabra, cada segundo, contaba.

El rubio hizo un gesto con la mano, desechando la pregunta como si fuera irrelevante.

—Te diré lo que quieras saber cuando estés muerto, ¿te parece? —respondió con una sonrisa cruel.

Lothar era consciente de que iba a morir, pero eso no le importaba, porque necesitaba encontrar la manera de salvar a Lia y tenía que hacerlo ya. Pero antes de que pudiera tomar cualquier decisión, un grito proveniente de detrás de ellos hizo que todos se giraran.

En un abrir y cerrar de ojos, tres figuras se lanzaron desde las sombras, como espectros apareciendo de la nada. Eran rápidos y letales, moviéndose con una fluidez que solo los guerreros más experimentados poseían. Lothar apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando uno de

los nuevos atacantes derribó al hombre que sujetaba a Lia, arrojándolo al suelo con un movimiento calculado y clavándole la espada en el corazón.

El rubio, sorprendido por la repentina aparición de los nuevos combatientes, retrocedió, levantando su espada para defenderse. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, otro de los nuevos guerreros se lanzó hacia él, desarmándolo en un par de movimientos y degollándolo con el filo de su espada.

Los tres guerreros eran letales, sangrientos y peligrosos. Lothar se movió con rapidez y cogió la espada del hombre rubio que había caído cerca de él. La envainó, pero antes de que pudiese hacer uso de ella, una voz le hizo detenerse.

—¿Amenazando a tus salvadores? Sigues siendo igual de necio, hermano.

Capítulo 21

Lothar habría reconocido esa voz bajo cualquier circunstancia. Incluso en aquel momento, cuando todo su ser clamaba venganza.

Había vuelto a poner a Lia en peligro. Lo había hecho porque no había tomado las precauciones necesarias. Se había limitado a seguir las instrucciones que Lia le había dado, sin cuestionar cómo las había obtenido, sin siquiera plantearse que podían ser una trampa. Lo había hecho porque temía volver a hacerla sentir menospreciada, porque no soportaba la idea de que pensara que no confiaba en su intuición. Lo había hecho porque estaba enamorado de ella y deseaba hacerla feliz.

Lothar había escuchado en infinidad de ocasiones que no eres consciente de lo mucho que quieres a alguien hasta que lo pierdes. Él se había reído de ello. Sin embargo, se acababa de dar cuenta de lo cierta que era esa frase. Porque, en ese instante, cuando había estado a punto de perder a Lia, se acababa de dar cuenta de que se había enamorado de ella. Él, que se había convencido de ser inmune a tales debilidades, ahora sucumbía irremediablemente a sus sentimientos.

—¿Has enmudecido? —le preguntó Callem.

Su gemelo se encontraba frente a él. Aquel que llevaba todo este tiempo buscando y que había sido quien les había salvado. Aunque, ahora que se fijaba detenidamente en él, lucía muy diferente a la última vez que se vieron. Quizá fue el brillo gélido en sus ojos azules, idénticos a los suyos, o la amargura que se podía reflejar en su expresión, pero Lothar supo, en ese instante, que Callem no era el mismo de antes. La luz de la luna, filtrándose a través de la ausencia de techo en esa parte de las ruinas, lo bañaba con un brillo frío y plateado, y Lothar pudo ver que lucía unos colores que no eran los de los Astruther y tampoco los de los MacNeill.

Pero nada de eso importaba, porque Lothar solo tenía una preocupación. Sin soltar la espada, miró a su alrededor con nerviosismo. Entonces, su preocupación corrió hacia él, y en un gesto instintivo, Lothar dejó caer la espada para poder abrazarla.

—Por un instante pensé que iban a matarme —sollozó Lia contra su pecho.

Lothar soltó una risa seca, desprovista de alegría.

—¿Te preocupabas más por mí que por ti misma? —preguntó, sorprendido.

Lia sorbió por la nariz, intentando calmarse. Cuando reunió suficiente fuerza, se separó un poco de él y le sostuvo la mirada.

—Vivo, nunca hubieras permitido que me pasara nada. Y si te mataban... no podía importarme menos lo que me sucediera a mí.

Lothar no supo cómo procesar lo que estaba sintiendo. No sabía si era el caos de la situación que acababan de atravesar, las palabras de Lia, o el deseo contenido durante tanto tiempo. Quizás era todo eso junto. Lo único cierto fue que sus manos se movieron solas, tomando a Lia por la cintura para acercarla de nuevo a él. Sus labios rozaron los de ella, un contacto que encendió algo que llevaba demasiado tiempo dormido.

Lia no se lo esperaba, pero su cuerpo sí. En cuanto sintió los labios de Lothar sobre los suyos, una oleada de calor recorrió todo su ser. Sin pensar, abrió la boca para recibirlo, permitiendo que sus lenguas se encontraran en un beso que hizo que su cuerpo ardiera.

Había sido besada antes; recuerdos que había enterrado en lo más profundo de su memoria, recuerdos que desaparecieron por completo cuando Lothar la besó. Porque este beso era diferente. Era un beso real, lleno de amor genuino, cargado de sentimientos que no se podían

contener más. Y Lia se dejó llevar, abandonándose al deseo que ya no quería negar.

No era el momento, ni el lugar, pero a ninguno de los dos les importó.

Cuando se separaron, ambos respiraban con dificultad. Lothar seguía sujetando a Lia por la cintura, como si no pudiera permitirse que se alejara de él. Aunque, para ser justos, ella no hizo ningún gesto que indicara querer apartarse.

—Ha sido todo culpa mía —dijo Lia con un hilo de voz cargado de pesadumbre—. Me fie de la palabra de ese hombre y él me engañó.

—Eso no lo sabes con certeza —respondió Lothar, intentando calmarla, aunque no terminaba de entender del todo a qué se refería.

—Sí, sí lo sé —insistió Lia, mirando al suelo con un dejo de culpabilidad—. No me dijo su nombre, pero le prometí un pastel. Debe ser Barday, el hombre que mencionaron esos malhechores. Te dije que escuché por casualidad dónde estaba Callem, pero mentí. Ese hombre se me acercó y me lo dijo directamente, y yo...

—Es el hermano de Craig, el heredero del *laird* —la interrumpió Lothar, con un tono grave. Porque él había reconocido ese nombre desde el instante en el que lo había escuchado—. Es un hombre peligroso, Lia. No ha sido tu culpa.

—Fui muy cuidadosa, pero, de alguna manera, él me descubrió.

—¿De alguna manera?

Ambos se giraron hacia Callem, sorprendidos, como si hubieran olvidado por completo su presencia. Lothar maldijo su propia distracción y, de inmediato, colocó a Lia a su lado, aunque mantuvo una mano firme en su cintura. No podía permitirse olvidar el peligro en el que seguían, pero, al mismo tiempo, no se arrepentía de nada. Ese beso lo había cambiado todo.

Había estado con muchas mujeres antes, pero ninguna de esas experiencias se comparaba con lo que acababa de compartir con Lia. Ni en intensidad, ni en significado. Ese beso lo había llenado de una felicidad que nunca antes había conocido.

—Lia, fuiste menos sutil que una estampida de caballos salvajes —continuó Callem, cruzándose de brazos—. Dejé a un hombre infiltrado en la fortaleza para que me informara de cualquier movimiento sospechoso, y no solo él me avisó de que me estabas buscando. Tres hombres más me lo confirmaron. Muy necio tendría que ser Barday para no sospechar de ti.

Lia se ruborizó de vergüenza. Fue a abrir la boca para defenderse del tono rudo de Callem, pero lo cierto era que tenía razón. No estaba preparada para ese tipo de misiones, y lo sabía. Aun así, su tono le pareció innecesariamente cruel. Ese joven amable que alguna vez había conocido parecía haber desaparecido por completo.

—Mucho cuidado con cómo la hablas —le advirtió Lothar con un gruñido mientras escudriñaba el lugar en busca de los otros dos hombres que estaban con su hermano.

Callem alzó una ceja, divertido.

—Mientras dabais rienda suelta a vuestra pasión, les pedí que se llevaran los cadáveres —respondió con sorna—. No quiero que Barday descubra que hemos tenido algo que ver en esto. Él y su *laird* deben seguir pensando que estoy de su lado.

—No has traicionado a los Astruther —dijo Lia con un alivio que no se molestó en ocultar, luchando para separarse del agarre de Lothar y acercarse a Callem.

—¿Por eso me buscas? —preguntó Callem, dirigiéndose a su gemelo—. ¿Te envía Irwin?

—Yo te buscaba —respondió Lia, antes de que Lothar pudiese hablar. Ella pensó en decirle que la verdad. Que Nimue había contactado con el espíritu de Eara, pero fue consciente de que no sería bien recibido por Callem. Él no la creería. Aquel hombre, tan cambiado, tan distinto del joven amable que una vez conoció, la escucharía con el mismo escepticismo con el que uno

descarta un rumor absurdo. No importaba que fuera cierto; el Callem de ahora no aceptaría algo así, no en la piel endurecida que llevaba como una armadura—. Se lo debo a Eara —dijo al fin—. Ella siempre fue muy buena conmigo, y a ella le gustaría que regresases al clan.

Por un breve instante, el rostro de Callem se quebró, dejando entrever una profunda tristeza al escuchar el nombre de su amada asesinada. Fue solo un parpadeo, una grieta fugaz en la máscara de dureza que había construido los últimos meses. Pero tan rápido como apareció, la expresión volvió a endurecerse, y la máscara cruel regresó para ocultar cualquier rastro de vulnerabilidad.

—Lo estoy haciendo por ella. —Las palabras sonaron tan estranguladas, fruto de la rabia que Callem sentía, que Lia apenas pudo comprenderlas—. Voy a destruir a Cleit MacNeill. Voy a arrebatarle su clan, y cuando esté moribundo en el suelo, y vea que ya no tiene ni poder ni posesiones, que no le queda nada, le clavaré una espada en su oscuro corazón. Él es tan culpable como el hombre que mató a Eara y no me detendré hasta vengarme.

Lia no pudo hacer otra cosa más que compadecerse de Callem. Eso era lo que la venganza hacía: te carcomía cual gusano en la madera, consumiéndote lentamente, hasta que no quedara más que amargura y un espejismo de lo que una vez fuiste. No era algo nuevo para ella, ya que lo había visto en su hermano Kendrick. Pero a este el amor le había salvado, el amor le había librado de sus demonios.

En ese momento, Lia comprendió que el amor no siempre era dolor y destrucción. A veces, también era felicidad y alegría. Y también, comprendió más que nunca, la misión que Eara quería que cumpliera. Su amiga no quería que su amado basase su existencia en vengarla. Porque el amor que Eara sentía por él traspasaba el mundo de los vivos, porque aún muerta deseaba que Callem fuera feliz. Porque aunque Lia lo había negado por mucho tiempo, ahora comprendía que el amor verdadero no era dolor. Callem tenía que recordar a Eara cuando estaba viva, con todo lo bueno que habían vivido.

Lia lo entendió con una claridad que le dolió y le llenó el alma al mismo tiempo. Porque por fin se permitió a sí misma volver a amar sin miedo. Porque entendió que el amor que sentía por Lothar era algo bueno.

Eara, en su petición, no solo quería ayudar a Callem, sino también a ella. Y por eso debía convencer a Callem. Se lo debía a su amiga.

—Eara no desea venganza —dijo, deshaciéndose del agarre de Lothar y dando un paso hacia Callem, pero manteniendo cierta distancia con él—. Eara solo quiere que seas feliz, Callem. Y ambos sabemos que este no es el camino para tu felicidad. Tan solo quiere que regreses a casa con los tuyos.

—Mi felicidad fue arrebatada para siempre en el instante en el que la mataron —respondió Callem con brusquedad. Lia fue a rebatir, pero él no se lo permitió. Ladeó su cabeza hacia Lothar, y preguntó—: ¿Irwin sabe que estás aquí?

—No —contestó Lothar—. También quiere acabar con Cleit MacNeill. No necesitabas desertar del clan para eso. —Aunque lo disfrazaba con su chulería y desdén habitual, había cierto reproche en sus palabras—. ¿De quiénes son los colores que luces? —inquirió, señalando con la mirada los colores del *kilt* de Callem.

Una risa carente de humor brotó de los labios de Callem.

—¿No los reconoces, verdad? No lo haces porque Irwin nos ha mantenido deliberadamente en la oscuridad. Siempre a su lado, sí, pero con los ojos vendados, ciegos a lo que realmente sucede a nuestro alrededor.

A pesar de que Callem siempre había tenido una forma de pensar muy diferente a la de

Irwin, lo que les había ocasionado ciertos problemas, Lothar sabía lo mucho que admiraba y respetaba a su hermano mayor. Lo percibía en la manera en la que lo miraba cuando luchaba en el campo de entrenamiento y la manera en la que sonreía discretamente en cada momento en el que hacía un comentario elocuente.

Sin embargo, ahora hablaba de Irwin con un desprecio y rencor que hizo que un nudo se formara en el fondo del estómago de Lothar. Porque, con sus problemas, ellos siempre habían sido una familia unida. Porque el clan Astruther siempre había sido lo más importante.

Y ahora, todo se había desvanecido.

—Quería protegeros —intervino Lia. Aunque sabía que era un tema que no le correspondía, era incapaz de quedarse callada. Especialmente, cuando vio aquella expresión rota en Lothar.

Callem la miró.

—Sí —reconoció, sorprendiéndola—, de una verdad que nos merecíamos saber.

—¿Qué verdad? —preguntó Lothar.

Callem fijó su mirada en su hermano gemelo.

—¿Por qué no se lo preguntas a nuestro querido hermano mayor? ¿Por qué no le preguntas quién es nuestro verdadero padre? A ver si te responde, a ver si de una vez es tan valiente como tanto le gusta presumir que es y, por una vez, te dice la verdad.

—¿Nuestro verdadero padre? ¿De qué estás hablando? —repitió Lothar con incredulidad—. Has perdido el juicio, hermano.

—Estoy más cuerdo que nunca, Lothar. —Callem esbozó una sonrisa gélida, carente de ningún tipo de amabilidad—. Ya que Irwin nunca tuvo la consideración de contarnos la verdad, yo te la diré. Nuestro padre biológico nunca fue quien nos hicieron creer, nuestro padre es Cleit MacNeill.

Lothar retrocedió un paso, y se llevó una mano al corazón, como si su hermano acabara de acuchillarlo. De alguna manera, así había sido.

—Mientes.

—¿De verdad? Entonces dime, ¿por qué crees que el hombre al que considerábamos nuestro padre nunca mostró interés en que tú y yo nos convirtiéramos en guerreros? ¿Por qué no habría de hacerlo? Tres hijos varones guerreros habrían fortalecido al clan, ¿no crees? Pero no fue así.

—Mientes —repitió Lothar; pero esta vez, su resolución estaba comenzando a flaquear. Porque, no podía evitar pensar, que los argumentos de Callem eran ciertos—. Irwin jamás nos ocultaría algo así.

Callem negó con la cabeza.

—Siempre tan leal a nuestro querido hermano mayor. Pregúntaselo, si tanto confías en él.

—Lo haré —declaró Lothar con firmeza, dando un paso hacia él—. Y tú vendrás con nosotros.

Una sonrisa cínica se dibujó en el rostro de Callem.

—Afuera están los dos hombres que me han ayudado a salvaros, sí, pero cerca hay otros quince que responden a mí. No puedes detenerme, Lothar. —Su mirada se suavizó apenas, aunque su tono seguía siendo duro—. Regresa al clan. Cásate —añadió, señalándolos a él y a Lia con un gesto de la cabeza—. Tened pequeños Astruther. Sed felices, como yo nunca pude serlo.

—Tú también mereces ser feliz —dijo Lia.

—Tuve la felicidad junto a Eara, y eso es todo lo que tendré alguna vez —respondió Callem, mirando a Lia durante un breve instante para volver a centrar su atención en Lothar de nuevo—. Decidle a Irwin que el clan Munro se encargará de Cleit MacNeill.

Sin esperar una respuesta, Callem se giró y se marchó, sus pasos resonando firmemente mientras

se alejaba, dejando a Lothar y Lia en la oscuridad de la noche.

Capítulo 22

—Lothar, Irwin debe de tener sus motivos para haberte ocultado algo así —dijo Lia, intentando que su tono sonara comprensivo.

Lothar se agachó y recogió la espada del suelo. No era la suya, pero serviría. Cualquier arma sería suficiente para defenderse en caso de necesidad.

—Este lugar no es seguro. Barday sabe que estás aquí. Tal vez sospeche que yo estoy contigo, o quizá no, pero, en cualquier caso, no podemos quedarnos.

Lia asintió en silencio. Quería consolarlo, decirle algo que aliviara la inquietud que veía en su rostro, pero sabía que lo más importante era marcharse cuanto antes. También entendía que Lothar necesitaba tiempo para asimilar lo que acababa de ocurrir, y cualquier palabra suya, por bien intencionada que fuera, no podría aliviar ese peso.

Salieron de las ruinas y montaron en Trueno. Durante toda la noche cabalgaron sin descanso, el sonido rítmico de los cascos sobre la tierra siendo su única compañía. Ninguno de los dos pronunció palabra alguna; ambos estaban demasiado absortos en sus propias preocupaciones como para romper el silencio.

Al amanecer, con la seguridad de la luz del sol, Lothar tiró de las riendas y detuvo a Trueno en un claro junto a un arroyo. La bruma matinal se alzaba como un velo sobre la hierba húmeda, y el murmullo del agua parecía calmar, al menos en parte, la tensión que emanaba en el ambiente.

—Vamos a descansar un poco —dijo Lothar, casi en un susurro, mientras desmontaba del caballo.

Lia movió su cabeza en un asentimiento y, con movimientos cada vez más ágiles, bajó de Trueno y tocó el suelo con firmeza. Después, se alejó hacia un rincón del claro para atender sus necesidades. Luego, se arrodilló junto al arroyo para lavarse, dejando que el agua fresca despejara el cansancio que se había adherido a su cuerpo como una segunda piel. Sin embargo, eso era lo menos importante en esos momentos. Porque en lo único en lo que ella podía pensar en ese instante era en Lothar.

Cuando terminó, se giró y vio que era ahora Lothar quien se lavaba. Sus movimientos eran metódicos, como si estuviera intentando, con cada salpicadura de agua, desprenderse no solo del sudor del viaje, sino también de las revelaciones que Callem había hecho. Lia no sabía si Lothar creía o no las palabras de su gemelo, aunque ella dudaba que mintiera. Puede que Callem estuviera lleno de rabia y sed de venganza, pero no era ningún mentiroso.

Aprovechó el momento para rebuscar en las alforjas. Sacó los alimentos que los mercaderes les habían dado: un pequeño trozo de pan, un puñado de frutos secos, y algo de carne seca. No era mucho, pero suficiente para calmar el hambre. Extendió una manta sobre el suelo y dispuso la comida con cuidado.

Cuando Lothar regresó, se sentó junto a ella, en silencio. Por un momento, ninguno de los dos habló. Solo el susurro del arroyo y el canto lejano de un ave rompían la quietud del claro.

—Es poco, pero servirá —dijo Lia finalmente, ofreciéndole un trozo de pan con una leve sonrisa.

Lothar asintió, tomando el pan sin apartar la mirada del horizonte, perdido en sus pensamientos. Lia nunca lo había visto tan triste, tan afligido.

—Me besaste —murmuró, diciendo lo primero que pasó por su mente para distraerlo.

Lothar la miró y sonrió. Su sonrisa no llegó a los ojos, pero había dulzura en ella.

—Es algo que debía haber hecho hace mucho tiempo. Y no me arrepiento de ello.

—Yo tampoco —reconoció Lia—, pero no puedo casarme contigo. —Mordió su labio inferior con fuerza cuando fue consciente de las palabras que acababa de pronunciar. Porque Lothar en ningún momento había manifestado deseo alguno de casarse con ella. Lia miró al joven, tratando de buscar algún impacto de lo que acababa de decir en su rostro, pero tan solo encontró una expresión indescifrable—. Sé que no me has pedido matrimonio —continuó con nerviosismo, entrelazando sus dedos entre sí—. Fue Callem el que dijo que deberíamos casarnos y tener un pequeño Astruther. Siempre he querido tener hijos, pero lo cierto es que... —se interrumpió a sí misma antes de proseguir—. ¿No piensas decir nada?

—¿Para qué? Si lo estás diciendo todo tú —dijo Lothar, esbozando una pequeña sonrisa. Lia suspiró, aliviada, al ver que recuperaba algo de su humor—. No sé cuánto de verdad había en las palabras de mi hermano, pero si Irwin me ha mentado en algo así, no podré volver a confiar en él. Y si no puedo confiar en él, no puedo seguir siendo un Astruther. —Hizo una pausa, dejando escapar una exhalación cargada de amargura—. Aunque, en realidad, nunca lo he sido.

Lia, sin dudar, extendió las manos y tomó las de Lothar entre las suyas.

—Eres un Astruther, Lothar. No importa si no lo eres de nacimiento. Lo único que importa es lo que has demostrado una y otra vez. Te has ganado tu lugar en el clan, no por tu sangre, sino por tus acciones. Eres un gran guerrero, y todos sabemos que darías tu vida por los Astruther. Y eso, es lo único que importa.

Los labios de Lothar se curvaron en una sonrisa dulce y pasó las yemas de sus dedos por encima de los de ella.

—En otra vida debí haber sido un buen hombre para merecer encontrarte en esta.

—Aunque no lo creas, eres un buen hombre en esta.

—Lo soy cuando estoy contigo. Pero eso me hace imprudente, me lleva a olvidar que la maldad reina en este mundo. Tu bondad y tu hermosura iluminan la oscuridad de mi alma, me inspiran a ser un hombre justo. Pero no puedo serlo. Un guerrero no puede ser buen hombre, no puede ser confiado, no puede ver luz donde hay tinieblas.

Lia suspiró profundamente. Las palabras de Lothar eran bellas, pero el reproche implícito en ellas no le gustó en absoluto. Sacudió la cabeza con molestia, apartando sus manos de las de él.

—No soy la culpable de tus descuidos —dijo, visiblemente irritada—. Tal vez no fui tan discreta como creía en mi búsqueda de Callem, y quizá no fui del todo honesta contigo, pero no voy a permitir que me echas la culpa.

Lothar soltó un resoplido a la vez que sacudía la cabeza.

—Por los clavos de Cristo, muchacha, estás malinterpretando mis palabras.

—No lo hago. Has dicho que no puedes estar conmigo porque te distraigo.

Lothar la miró fijamente, como si estuviera luchando consigo mismo. Tras un largo suspiro, sus palabras llegaron con una gravedad inusitada.

—O tal vez lo que quiero decir es que, quizá, deba abandonar mi vida de guerrero, dejar atrás mis armas, para poder estar a tu lado.

La expresión de Lia se suavizó.

—Dices eso porque estás enfadado con Irwin por las revelaciones de Callem. Eres un guerrero, Lothar. El clan Astruther te necesita, no puedes abandonarlos.

Lothar la observó en silencio, sus ojos clavados en ella con una intensidad que la hizo sentirse vulnerable, como si pudieran ver más allá de su alma. Su respiración se volvió más profunda, como si intentara encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que realmente sentía.

—Tienes razón, estoy frustrado y colérico —reconoció al cabo de unos instantes—. He luchado largo y duro para ganarme mi puesto en el clan. Nadie me lo ha entregado en bandeja. No importa quién sea mi padre, soy un Astruther por derecho. Antes de comenzar este viaje, estas revelaciones me habrían llenado de ira, pero contigo, a mi lado, no es así. Tal vez me equivoqué, y tu luz no me hace débil, sino más sabio.

—No hay luz en mí.

—Lia...

Y entonces, Lia comprendió que había llegado el momento. Había llegado el instante en el que debía ser honesta con Lothar. Él estaba siéndolo con ella, se estaba abriendo a ella de una manera que no había hecho antes con nadie, y ella le debía lo mismo a él.

—Mi verdadero nombre no es Lia —dijo, apartando la mirada de él y clavándola en los árboles lejanos. Porque sabía que no podría continuar si lo miraba a los ojos—. Soy Lilas Cameron. Mi hermano es Kendrick Cameron.

El peso de su confesión cayó entre ellos como un trueno. No había planeado decirlo, no en ese momento ni de esa forma, pero algo en las palabras de Lothar, en la sinceridad con la que las pronunciaba, la desarmó. Él no estaba diciendo que la amaba, ni que estaba enamorado de ella. Sus palabras eran más profundas que eso: eran verdad. Una verdad que surgía de lo más profundo de su ser, sin adornos ni promesas vacías.

Y, aunque temía su reacción, no pudo seguir escondiéndose detrás de un nombre falso ni de un pasado que la perseguía. No cuando él se había sincerado con ella.

—Lilas Cameron —repitió Lothar, y pese a que Lia no lo estaba mirando, por la forma estrangulada en la que pronunció su verdadero nombre, supo que no se había tomado bien su revelación. Hasta donde ella sabía, el clan de su hermano y el de los Astruther no estaban en guerra, pero tampoco tenía entendido que la relación entre ambos fuera la mejor—. ¿Por qué Lilas Cameron, una joven que lo posee todo, se haría pasar por una campesina que trabaja duro para conseguir monedas? —Lia iba a responder, pero Lothar continuó—: ¿Te envió tu hermano para que nos espíasen?

Lia no se enfureció por las acusaciones de Lothar, porque podía entenderlo. ¿Cómo iba a confiar él en ella cuando había estado ocultándole su verdadera identidad durante todo este tiempo?

—Mi hermano nunca haría algo así. Lo único que ha querido siempre es protegerme, pero no quise verlo. Te lo conté, fallé a mi familia por culpa de un hombre. Era un guerrero del clan, su nombre era Bird. —Incluso meses después, la sola mención de su nombre en voz alta dejaba una sensación amarga en la lengua de Lia—. Huí con él pensando que nos casaríamos en secreto, pero él quería casarme con un barón inglés para que este le ayudase a matar a mi hermano y hacerse con el clan Cameron. Pero mi hermano logró la ayuda del rey Guillermo y nos interceptaron en nuestra huida. A mí me enviaron con una tía monja a las Lowlands. Él logró escapar. Yo seguía pensando que me amaba y en su inocencia; incluso cuando un mensajero enviado por mi hermano me trajo las noticias de que mi amado había fallecido tras intentar matar a mi cuñada, creía que lo habían asesinado para que no se casara conmigo. —Lia hizo una pausa para contener las emociones que la embriagaban. Lothar la apoyó con su silencio, animándola a seguir su relato—. Pero una noche un hombre herido llegó al monasterio. Ese hombre no sabía quién era yo. Era un guerrero del rey que se encontraba en una misión y había sufrido una emboscada. Él pensaba que yo era una novicia. Estuve ayudándole en su recuperación y cogí confianza con él. Un día, mientras le ayudaba a tomarse un caldo de pollo, le pregunté qué sabía sobre los rumores de que la mujer del *laird* Cameron casi fue asesinada. Necia de mí creí que me

miraría sorprendido, que me diría que eran rumores infundados, pero él me confirmó lo equivocada que yo estaba.

—Desde que te vi supe que ocultabas algo, pero eso te hacía aún más interesante. No me hubiera importado entonces, pero lo hace ahora. Me has mentido cuando yo he sido sincero contigo.

Lia fijó su mirada en él. Los ojos azules de Lothar no la observaban con furia, sino con una profunda decepción que provocó que una punzada atravesara su corazón. Porque lo último que ella deseaba en este mundo era hacer cualquier cosa que pudiera dañar a Lothar.

—Aunque es cierto que no he sido del todo sincera contigo, no te he mentido, Lothar —dijo con honestidad—. Al conocer la verdad hui del convento, hundida y arrepentida con todo lo que había hecho. Huí, dispuesta a morir en soledad tal y como me merecía. Pero entonces, cuando estaba moribunda en el bosque, a punto de fallecer, dos campesinos, Angus y Morag, me encontraron y me salvaron la vida. En ese instante, dejé de ser Lilas Cameron para convertirme en Lia. Renací, Lothar.

Lothar la observaba en silencio, con los ojos levemente entrecerrados. Él no la había interrumpido ni una sola vez, ni tampoco se había marchado. Le estaba dando la oportunidad de explicarse y eso era algo que Lia le agradecería siempre.

—¿Por qué Lia, esa mujer que renació de las cenizas, habría de buscar refugio entre el clan Astruther?

Lia suspiró. Lothar se merecía toda la verdad.

—Mi motivo no tiene nada que ver con mi hermano, si esa es tu pregunta. Morag, la campesina que me salvó y me acogió en su casa, no lograba quedarse embarazada. Ella y su marido llevan años buscando un hijo. Entonces, escuché en el pueblo un viejo rumor que llevaba años circulando, sobre que una bruja que habitaba en las tierras Astruther. Decían que ella crio al *laird*. Pensé que, tal vez, si lograba encontrarla, ella me ayudaría a que Morag y Angus pudieran concebir un hijo. Por eso comencé a trabajar como sirvienta en el clan Astruther.

—Esos son rumores absurdos, Lia —farfulló Lothar, chasqueando la lengua. Pero Lia pensó con alivio, que, al menos, parecía creer su historia—. A Irwin lo crio Nimue. Ella es una anciana extraña, pero no es ninguna bruja.

Lia tragó saliva con nerviosismo. Ella había evitado pronunciar el nombre de la bruja, porque no sabía cuánta parte de la historia Lothar sabía o si la conocía. Pero, al parecer, sí que conocía a Nimue, y no parecía sorprendido al escuchar los rumores, por lo que también habían llegado a él.

—Es una bruja, Lothar —dijo, porque pese a que no quería discutir con él, tampoco deseaba seguir mintiéndole—. Nimue fue quien me contó lo del espíritu de Eara. La escuché hablando con Irwin y con Scarlett, ella...

Sin embargo, Lia no pudo terminar, porque fue interrumpida por Lothar. Este rodeó las caderas de ella con su brazo y la atrajo a él, para unir sus labios a los de ella en un apasionado beso. Y así, cualquier pensamiento, cualquier preocupación que Lia tuviera en esos momentos, se desvaneció. Porque solamente Lothar podía conseguir que, durante un instante, se olvidara de todo.

—No creo en brujas ni en espíritus —dijo él cuando tuvo que separarse de ella para poder respirar—. Nunca lo haré, y no es algo en lo que logres convencerme. Pero te creo, Lia. Creo cada una de las palabras que me has contado.

En un impulso, Lia se inclinó hacia Lothar para volver a cerrar la escasa distancia que los separaba. Esta vez, sus labios apenas rozaron los de él.

—Gracias, Lothar. Gracias por creer en mí y gracias por acompañarme. —Lia sentía que nunca podría agradecerle al joven guerrero todo lo que había hecho por ella.

—No me importa quién fuiste en el pasado o cuál es tu apellido, solamente me importa quién eres ahora.

Una exhalación triste brotó de la garganta de Lia.

—Pensé que podía escapar del pasado, pero es imposible. Siempre vuelve.

—No es imposible —replicó Lothar con firmeza—. Cásate conmigo. Ya no serás una Cameron, ni una campesina. Serás mi esposa, una Astruther. Puedes cambiar tu nombre una vez más si así lo deseas.

Lia dejó escapar una breve sonrisa. Nada en el mundo le gustaría más que casarse con él, pero las palabras se le atoraron en la garganta.

—No puedo.

—Nunca te usaré, Lia. Tu hermano ahora está en paz con mi clan, pero si llega el día en que rompa esa paz, no puedo prometer que no lo mate. Lo haré rápido, eso sí, y sin hacerle más daño del necesario.

Lia dejó caer su cabeza sobre su hombro, soltando un gemido que parecía de dolor. Lothar la observó, alarmado.

—¿Estás llorando? —preguntó, preocupado. Levantó su rostro con un dedo bajo el mentón, obligándola a mirarlo, y entonces vio la sonrisa en sus labios. Ella no lloraba, reía.

—¿He dicho algo que te haga gracia?

—Lo gracioso es que no había ni un rastro de burla en tus palabras.

Lothar frunció el ceño, todavía confundido, pero antes de que pudiera responder, ella cerró los ojos y apoyó su frente contra la de él.

En ese instante, Lia sintió cómo su corazón luchaba contra sí misma. Había creído siempre que yacer con un hombre sin estar casada era propio de mujeres deshonradas, pero ahora... ahora lo deseaba como nunca había deseado nada en su vida. No anhelaba más en ese instante que sentir su cuerpo sobre el de ella y olvidarse de todo: del pasado y de los temores.

Sabía que no podía casarse con él por mucho que lo amara con cada fibra de su ser. Porque sí, aunque ella no había querido avanzar con Lothar por temor a enamorarse de él, crédula de ella, no había sido consciente de que había ido enamorándose del guerrero sin apenas darse cuenta. Su corazón le pertenecía a Lothar y, lejos de sentirse culpable o desdichada, no podía estar más feliz por ello. Porque ahora comprendía que el amor no era algo malo. No obstante, seguía convencida de que ella no se merecía ser feliz. Pero, tal vez, podía permitirse una sola noche de pasión. Un pequeño momento de felicidad, algo que guardaría en su corazón hasta el último de sus días.

Lia unió sus labios a los de Lothar, pero, esta vez, fue ella quien tomó el control y marcó el ritmo del beso. Lo besó con una pasión intensa, como si quisiera atesorar cada instante en su memoria, guardándolo como el más preciado de los tesoros.

Cuando el beso se rompió, sus manos, temblorosas pero decididas, buscaron la tela de la camisa de Lothar. Torpemente, intentó despojarlo de ella, consciente de su propia inexperiencia. No sabía exactamente cómo proceder, pero entendía lo esencial: ambos debían deshacerse de sus ropajes.

Su respiración era errática y sus dedos se aferraban al tejido con una mezcla de urgencia y nerviosismo. La vulnerabilidad del momento no la asustó; al contrario, la llenó de una determinación que nunca había sentido.

Cada caricia, cada movimiento, parecía dictado por algo más profundo que la razón: un

anhelo sincero de pertenecer a ese instante y a ese hombre. Sin embargo, antes de que pudiera seguir adelante, Lothar le sujetó las manos con las suyas, deteniéndola. Sus manos eran fuertes, pero su toque, sorprendentemente suave.

—Lia... —murmuró; su voz grave. Sus ojos estaban fijos en los de ella, y parecían contener tanto deseo como conflicto.

—¿Qué sucede? —preguntó Lia, con un deje de vulnerabilidad que no pudo disimular—. ¿Acaso ya no me deseas?

Lothar no pudo evitar esbozar una sonrisa al ver las dudas en sus ojos. A pesar de su valentía y determinación, era inexperta, porque si no se hubiera dado cuenta de que Lothar la deseaba con todo su ser.

—Lia, ardo de deseo hacia ti. Pero no te quitaré tu virtud sin estar desposados, y no a la intemperie. Te mereces una noche de bodas.

A pesar de que ella le había contado sus secretos más oscuros, él seguía tratándola con delicadeza y amor. Y eso calentó su corazón. Ella deseaba casarse con él más que nada en el mundo, pero no podía hacerlo.

—Lo único que deseo es estar contigo, Lothar. No me importa dónde o cómo sea nuestra noche juntos, porque lo único que sé es que eres tú.

Aquellas palabras rompieron los muros de defensa que Lothar había construido. Muros que hacía día que se tambaleaban.

Una vez rotos, Lothar dejó que su pasión lo guiara. Su resistencia, su control, todo se desmoronó. Antes de que Lia pudiera asimilar lo que ocurría, las barreras entre ellos desaparecieron, y ambos quedaron desnudos, expuestos no solo en cuerpo, sino también en alma.

Con una delicadeza que contrastaba con la fuerza de sus emociones, Lothar la tomó en sus brazos y la tumbó sobre la manta. Su mirada no se apartó de ella ni un instante.

—No puedo evitar que te duela, pero lo haré fácil para ti —le dijo a la vez que se tumbaba encima de ella, sujetando su cuerpo con sus musculosos brazos para no aplastarla.

Su boca se juntó a la de ella y la besó con pasión. Aquel beso fue diferente al resto que se habían dado. Estaba cargado de algo más que ella no terminaba de identificar, pero que sí notó cómo cada parte de su cuerpo, sobre todo la zona de su cuerpo que ni siquiera ella misma había visto nunca debido a que no era algo digno de una mujer de bien, se calentaba.

Lia se preparó para que él la penetrase. No sabía mucho del acto marital, pero lo poco que había escuchado de las sirvientas mientras trabajaba en el clan Astruther era que el hombre penetraba a la mujer con su virilidad. Virilidad que ella había obviado adrede mirar, ya que era algo que una dama no debía hacer. Pero ella no era una dama, o tal vez seguía siéndolo, pero lo que entendió en ese momento era que el acto marital se daba entre dos personas casadas y ella no lo estaba. Lo que iban a hacer era un pecado. Uno que iba a cometer.

Lothar inclinó su rostro con una devoción casi reverente y depositó cálidos besos en el valle de sus pechos. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Lia cuando sintió la aspereza de la barba de Lothar rozando su piel sensible. Las manos del guerrero descendieron por su cuerpo desnudo, acariciando cada curva, con una gentileza y suavidad que Lia nunca creyó que Lothar fuera capaz de poseer.

Cuando un dedo suyo exploró con cuidado su interior, Lia arqueó la espalda involuntariamente. Sus ojos se entrecerraron y un suspiro involuntario de placer se escapó de sus labios a medida que Lothar continuaba con sus caricias.

En ese momento, entendió por qué las mujeres decían que Lothar era un gran amante. No era solo por ese aire de guerrero salvaje que poseía, ni por su habilidad amorosa, sino por la

manera en la que conseguía que el tiempo se detuviera y que todo lo que la rodeaba desapareciera, quedando solo ellos dos.

A pesar de que Lia nunca antes había estado con ningún hombre, tuvo la certeza de que ninguno sería como Lothar. Incluso si llegase a vivir mil vidas, ninguno se asemejaría a él.

—¿Vas a penetrarme? —le preguntó Lia a Lothar cuando este detuvo sus movimientos.

—Así es, ardo de deseos de hacerlo. Quiero estar en tu interior más de lo que he anhelado más nada en toda mi existencia.

—¿Puedo ver tu virilidad primero?

Si a Lothar le sorprendió su petición, no lo demostró. Él, con su habitual seguridad, se levantó, mostrándose cómo Dios lo trajo al mundo frente a ella.

Lia se permitió a sí misma poder observarlo con detenimiento, a pesar de que sintió cómo el rubor ardía en sus mejillas. Sus ojos vagaron desde los hombros anchos de Lothar, pasando por los pectorales firmes y marcados cubiertos de cicatrices hasta el abdomen definido, descendiendo aún más la mirada hasta llegar a una parte del cuerpo de él que hizo que su rostro entero se cubriera de rojo carmesí. Aun así, ella no apartó la mirada.

—Nunca pensé que los hombres desnudos fuese tan bellos.

—Y estabas en lo cierto, solo hay un hombre que lo es —coincidió Lothar, guiñándole un ojo—. Yo —añadió, señalándose a sí mismo.

Lia se rio.

—No tienes arreglo.

—¿Sabes qué? —Lothar la miró, con una sonrisa, embelesado, acercándose a ella para tumbarse cuidadosamente encima de ella, sujetando su peso con sus brazos para no aplastarla—. Me gusta hacerte reír —confesó, dándole un suave beso en la frente—. Me gusta cuando me miras con exasperación —continuó, y Lia dejó de reírse al sentir cómo algo presionaba su centro. No tardó en darse cuenta de que se trataba de la virilidad del joven—. Me gusta cuando discutes conmigo —añadió con la voz algo más ronca, y ella se tensó cuando él comenzó a adentrarse en su interior—. Pero me he dado cuenta de que lo que más me gusta es cuando te hago gemir.

Lothar repartió pequeños besos desordenados alrededor del cuello de Lia mientras se adentraba en su interior. Un pequeño gemido brotó de los labios de Lia cuando Lothar se apoderó de su oreja y lamió su lóbulo. Entonces, Lia fue consciente de que Lothar estaba tratando de distraerla.

—¿Estás bien? —le preguntó él, deteniéndose.

Lia asintió, sintiendo cómo una gota de sudor recorría su frente.

—Sí —respondió ella con la voz estrangulada.

Él observó el rostro de ella con preocupación.

—Nunca he estado con una virgen. No sé si podré contenerme. Por Dios, cariño, nunca se había sentido tan bien.

—No lo hagas, podré soportarlo.

Lia apoyó sus manos en los hombros de Lothar y tiró de él hacia ella, impulsándolo a continuar. Lothar empujó un poco más fuerte, adentrándose por completo dentro de Lia, y ella emitió un alarido. Lothar se quedó petrificado. No sabía qué hacer, lo único que quería era evitarle cualquier daño. Aunque su cuerpo se negaba, haciendo acopio de todo su autocontrol, empezó a separarse de ella, pero Lia se lo impidió.

—No te alejes.

Y aquellas palabras fueron suficientes para que cualquier intención noble que Lothar tuviera se fuera por la borda. Aquellas palabras fueron suficientes para convencerlo, porque, ¿a quién

pretendía engañar? Lothar deseaba continuar con todo su ser.

Entonces, se descubrió a sí mismo hacia algo que jamás había hecho antes: comenzó a susurrarle palabras calmantes y dulces en el oído a la vez que le daba pequeños besos por todas las zonas de su cuerpo a las que llegaba sin salir de su interior. Cuando el rostro de ella se relajó, Lothar comenzó a empujar de nuevo, y esta vez, ella le acompañó con movimientos de caderas. Poco a poco, el dolor fue menguando hasta que Lia solo sintió placer.

Ella nunca creyó que su primera vez fuera así. En su vida pasada, siempre había creído que sería en su noche de bodas, con su futuro marido, pero aunque estuviera siendo muy diferente a cómo había pensado, ni en sus mejores sueños se hubiera imaginado que fuera tan mágica como lo estaba siendo. Porque todo con Lothar era así, desordenado y caótico, pero imperfectamente perfecto.

El éxtasis la abrumó, aunque lo sorprendente fue que también lo hizo con Lothar. Él se desplomó sobre ella, pero pronto recordó su peso, le dio un beso en los labios, y se tumbó a su lado. Lothar se puso de costado y la miró como nunca antes ningún otro hombre la había mirado. Lothar la observaba embelesado, como si ella fuera la única mujer en el mundo.

—Me has hecho el regalo más bello que jamás me ha hecho nadie.

Lia sonrió.

—He de confesar que a mí también me ha gustado.

—Lo sé. Soy un gran amante.

Lia se rio y le dio un suave golpe en el hombro.

—Engreído —dijo ella, con una sonrisa burlona en sus labios.

—Lo soy, y sabes que te gusta —respondió él, tumbándose de nuevo mientras la sujetaba suavemente de la cintura y colocaba su cabeza sobre su pecho, sintiendo el calor de su cuerpo—. ¿Tienes frío?

—Ni un poco —respondió ella, tranquila. El día era inusualmente cálido para la temporada en la que se encontraban. Incluso para las Highlands, donde el verano no era tan generoso, ese día parecía ser un regalo de la naturaleza—. Es como si la naturaleza hubiera conspirado para que este calor nos envolviera, para que pudiéramos dar rienda suelta a nuestra pasión.

Lothar, al oírla, le dio un suave beso en el cabello.

—El mal tiempo no nos hubiera detenido —dijo, con un tono escéptico, pues siempre había sido reacto a reconocer cualquier influencia sobrenatural.

—No —secundó Lia mientras soltaba un suspiro de satisfacción. Estaba completamente relajada, acurrucada junto a él, como si en esos momentos, en los brazos de él, hubiera encontrado su refugio seguro. Y, probablemente, así era.

Se quedaron allí en silencio, disfrutando de la sensación del momento. Ella sintió cómo el sopor la invadía y se acomodó aún más en su pecho. Él le acarició la mejilla.

—Te amo, Lia.

—Yo también te amo, Lothar.

Y antes de que pudiera decir nada más, se quedó profundamente dormida.

Lia se despertó unas horas después. Aún quedaban varias horas para el anochecer. A su lado, Lothar dormía placidamente. Con cuidado, se deshizo de su agarre. Todo lo sucedido unas horas antes vibraba en su cabeza con imágenes vividas, pero lo que no dejaba de sonar con fuerza eran las últimas palabras que él le había dicho.

La amaba, y ella lo amaba a él, pero aun sabiendo quién era ella, en realidad él la había llamado Lia. Ella entendió que no podía quedarse con él y que tampoco podía seguir siendo Lia.

Ella quería que la amase por quién era en realidad. Ella era Lilas Cameron, y por mucho que intentase huir de ello, no podía seguir haciéndolo.

¿Cómo iba Lothar a quererla por quién era si ni ella misma lo aceptaba?

Se levantó en silencio, vistiéndose con rapidez, con la esperanza de que él no despertara. El sol bañaba el claro en una luz dorada y cálida que apenas tocaba la piel, mientras que el frescor de la brisa de la tarde lo envolvía todo. Lia se movió con cautela, sus pies descalzos sobre la tierra. Sabía que un hombre como Lothar, entrenado en el arte de la guerra, notaría que ella estaba intentando marcharse. Sin embargo, algo en el aire parecía ampararla.

El viento, suave y constante, soplaba entre las hojas de los árboles, produciendo un susurro que parecía camuflar cualquier sonido que pudiera delatar su movimiento. Las ramas se mecían suavemente, bloqueando parcialmente los rayos del sol, como si quisieran proporcionar una cortina natural, cubriéndola de la vista de Lothar. El murmullo del arroyo cercano también ayudaba, su agua clara y burbujeante corriendo sin cesar, generando un tapiz sonoro que amortiguaba los ruidos que ella pudiese hacer al vestirse y prepararse para irse.

De repente, Lothar se movió ligeramente, y la joven se detuvo en seco, conteniendo la respiración. Un escalofrío recorrió su espalda, pero él siguió dormido, ajeno a su agitación. Su respiración era tranquila y profunda.

La naturaleza parecía estar conspirando a su favor. La brisa, el sonido del arroyo y la suave luz del sol, todo parecía actuar en conjunto para darle el tiempo necesario para marcharse. Como si la naturaleza quisiera darle un respiro, otorgándole la oportunidad de escapar antes de que Lothar despertara y pudiera detenerla.

Aquello le dio la certeza de que estaba tomando la decisión correcta. Con una última mirada hacia Lothar, que seguía ajeno a su partida, Lia se alejó en silencio. Debía regresar a su hogar, enfrentar los pecados que había cometido y asumir las consecuencias de sus acciones.

En ese mismo claro, el mismo lugar donde había perdido su virtud, donde la naturaleza había mantenido a Lothar dormido y ajeno a su huida, Lia ya no existía. En su lugar, Lilas Cameron acababa de resurgir.

Lilas aceptaría las consecuencias, pero jamás olvidaría a Lothar ni lo que había compartido con él.

Lilas no había podido llevar a Callem de regreso al clan Astruther y tampoco había podido ayudar a Morag y Angus. Estaba en deuda con ellos y con Eara, pero ella no tenía duda alguna de que el camino que había dejado atrás no había sido en vano.

Capítulo 23

—¡Os reto a un duelo, *laird*! —bramó Lothar a Irwin cuando ambos se encontraron en el patio de armas.

Irwin había ido a esperarle cuando le habían informado de que su hermano menor acababa de traspasar el puente levadizo. La furia en la voz de este no sorprendió a Irwin, acostumbrado al temperamento familiar, pero sí lo hizo la gelidez que atravesaba el filo de sus palabras.

Sin embargo, observó a Lothar con serenidad calculada a la vez que dejaba sus brazos caer a cada lado de su cuerpo.

—¿Desobedeces mis órdenes, te marchas del clan sin preocuparte de si te necesitamos y vuelves semanas después exigiéndome un duelo? —reprochó, enarcando una ceja oscura.

Un grupo de curiosos se había reunido al escuchar el alboroto, pero Craig, que estaba cerca, los ahuyentó rápidamente. Luego, ordenó a dos guerreros que se aseguraran de que los hermanos tuvieran privacidad. Le lanzó una mirada a Irwin, y este le hizo un gesto para que se alejara también.

Ambos hombres se quedaron solos en el patio de armas.

—¿Y por qué debería seguir las órdenes de un *laird* embustero?! —vociferó Lothar, desafiante.

Irwin lo miró fijamente, entrecerrando los ojos, pero no hizo el menor movimiento para desenvainar su espada, aunque Lothar ya había sacado la suya, listo para el enfrentamiento.

—¿Dónde está tu espada? —inquirió Irwin, al darse cuenta de que la que Lothar empuñaba era muy diferente a la que él mismo le había entregado.

—¿Por qué no respondes a mi pregunta? ¿Acaso temes quedar delante del clan como lo que eres? ¿Un mentiroso y pésimo *laird*?

A pesar de que no había nadie alrededor, Irwin no iba a permitir esa falta de respeto; ni siquiera de su hermano pequeño. Con un movimiento rápido y preciso, desenvainó su espada y se lanzó hacia Lothar, quien, sorprendido por la rapidez del *laird*, apenas tuvo tiempo de reaccionar.

El sonido metálico de las espadas chocando llenó el aire, y el acero brilló bajo la luz del sol. Lothar respondió con furia, pero la destreza de Irwin era innegable. En un rápido giro de muñeca, Irwin desarmó a Lothar, enviando su espada volando por los aires. Con una última presión, Irwin desvió el filo de su espada y la detuvo en el cuello de Lothar, quien se quedó inmóvil, sin aliento, y sin arma.

—¿Vas a seguir desafiándome, hermano? —preguntó Irwin con voz fría y un deje de burla mientras la punta de su espada tocaba la piel de Lothar. Un mal movimiento y la hoja de la espada atravesaría la garganta de Lothar.

—Puedes matarme —dijo Lothar, alzando las manos en señal de rendición. Si su hermano quería terminar con su vida, no lucharía—. Ya no me importa nada. He perdido todo, hermano. —Su apellido, a su gemelo, su dignidad, y lo más importante, lo único importante, la había perdido a *ella*. Desde que despertó solo días atrás, había buscado a Lia sin descanso, recorriendo cada rincón donde podría haber estado; incluso había llegado a considerar la posibilidad de dirigirse a la fortaleza Cameron. Sin embargo, al final, no lo hizo. Porque se dio cuenta de que sí, Lia había regresado a su vida anterior, si había elegido apartarse de él, estaba claro que no lo quería a su lado.

Y eso rasgaba su corazón.

—¿Te estás rindiendo? —cuestionó Irwin, frunciendo el ceño—. Los Astruther nunca nos rendimos.

Lothar esbozó una sonrisa amarga.

—Pero yo no soy un Astruther, hermano.

—Sí que lo eres.

A pesar de la firmeza con la que Irwin pronunció aquellas palabras, Lothar supo que Callem le había contado la verdad. Tan solo necesitó ver la expresión del rostro de su hermano mayor para darse cuenta de que todo era cierto.

—¿Vas a negar que mi padre es el *laird* Cameron?

Irwin envainó su espada y retrocedió un par de pasos, alejándose de Lothar.

—¿Por eso te fuiste, por qué lo descubriste?

—Entonces es cierto.

Irwin movió su barbilla en un leve asentimiento. Miró a su alrededor, como si quisiera comprobar de nuevo que estaban solos. Después, centró su atención de nuevo en Lothar.

—Supongo que era cuestión de tiempo que lo descubrieras —dijo, exhalando un suspiro—. Nuestra madre engañó a mi padre con el *laird* Cameron. A él no le importabais, como tampoco lo hacía nuestra madre. Nunca la amó, ni siquiera la tuvo el más mínimo aprecio. Cuando mi padre descubrió la deslealtad de nuestra madre, la mató. —Irwin hizo una breve pausa, inspirando profundamente al recordar aquel trágico momento. Rara vez mostraba sus emociones, pero Lothar pudo ver la más profunda tristeza reflejada en sus ojos—. También quería terminar con vuestra vida. En aquel momento, yo vivía con Nimue, pero cuando descubrí sus intenciones, fui a pedir ayuda al clan Cameron. En mi desesperación, quise creer que Cleit MacNeill me ayudaría. —Irwin soltó una carcajada seca, carente de humor—. El *laird* MacNeill no solo me echó de malas maneras, sino que me dejó claro que no quería saber nada de vosotros. Para él, tan solo erais dos bastardos para los que no había mejor destino que la muerte. Así que regresé al clan Astruther y le prometí a mi padre que me convertiría en el guerrero que él deseaba si os dejaba vivir a ti y a Callem.

Lothar observaba a Irwin en silencio, asimilando cada una de las palabras que le estaba contando.

—Y él te lo concedió.

—Al fin y al cabo, necesitaba un heredero.

—Y entonces, ¿por qué lo mataste años después en un duelo?

—Lo hice por el clan. —Irwin se quedó en silencio unos instantes, y apretó sus labios con fuerza—. Y, sobre todo, lo hice por mamá y por vosotros. Os merecíais una venganza digna. —Las últimas palabras salieron estranguladas de su garganta, como si le costase reconocer sus sentimientos. ¡Cómo si eso no fuera digno de un guerrero!

Semanas antes, Lothar no le hubiera dado importancia a esas palabras, no habría sido consciente de lo difícil que era para Irwin, un fiero guerrero, reconocer sus sentimientos hacia su familia. Tampoco hubiera entendido la grandeza de lo que había hecho por ellos. Él se hubiera limitado a dejarse llevar por el rencor y la ira. No lo hubiese perdonado por haberle mantenido en la ignorancia. Se hubiera comportado como lo estaba haciendo Callem. Pero Lia lo había cambiado; su amor por ella lo había hecho. Lo había abandonado, pero, aun así, él ya no era el mismo. No iba a dejarse llevar por la ira y el resentimiento; ni siquiera hacia ella.

—Gracias. Te agradezco lo que hiciste por mí y por Callem, pero ya no soy un muchacho. Soy un guerrero. Un Astruther, sin importar quién haya sido mi padre, porque ese derecho me lo he ganado con sangre y esfuerzo. A partir de ahora, trátame como tal. No más secretos, no más

mantenerme apartado de las misiones y las batallas más peligrosas.

Irwin lo miró con atención, escudriñando cada gesto, cada palabra. Durante unos instantes, se mantuvo en silencio, y por un momento, Lothar temió que, una vez más, no lo tomara en serio.

—Has cambiado —dijo finalmente—. Estas semanas lejos del clan te han forjado. Ahora veo a un hombre en lugar del joven imprudente que a menudo ponía en riesgo su vida y la de los demás. No habrá más secretos, ahora sé que puedes protegerte por ti mismo y puedes proteger al clan. Debí haber confiado más en ti y darte más responsabilidades. A ti y a Callem.

Lothar asintió.

—No vamos a pasar más tiempo arrepintiéndonos del pasado. No cuando tenemos tanto de lo que hablar —dijo, e Irwin asintió—. He averiguado que Callem no nos está traicionando. O, por lo menos, no con el clan Cameron. Fui en su búsqueda. —Lothar omitió que emprendió ese viaje con Lia, pese a que quizá Irwin ya lo intuía. No quería exponerse a preguntas que él no estaba dispuesto a responder. Porque aunque estaba dolido con Lia por su abandono, jamás sacaría a la luz sus secretos. Ella había confiado en él y él siempre le sería leal—. Él fue quien me contó la verdadera identidad de nuestro padre.

Antes de que pudiera continuar, Irwin lo interrumpió.

—Vamos dentro, allí podremos conversar más tranquilamente. Tienes mucho que explicarme.

Irwin se acercó a él y pasó una mano por sus hombros, un gesto fraternal poco propio de él y que Lothar no rechazó. Dejó que lo guiara hasta el interior de la fortaleza Astruther.

Su fortaleza, la que siempre había sido y sería su hogar. Porque Lothar había vuelto a casa.

Capítulo 24

—Por fin has regresado. —Nerys se adentró en el gran salón donde Lothar se encontraba almorzando.

Había pasado tres meses desde que él había regresado a la fortaleza Astruther a exigirle la verdad a Lothar. Desde ese día su hermano le había encomendado misiones peligrosas, misiones que le hicieron sentirse un verdadero guerrero. Misiones que había llevado a cabo con éxito. Pero él mismo reconocía que no hubiera sido así si las hubiera tenido que realizar antes de su viaje con Lia. Antes de enamorarse de ella.

No se había olvidado de ella, jamás podría hacerlo, pero mientras estaba lejos del clan, lejos de esas piedras donde la vio por primera vez, le resulto más sencillo no añorarla a cada segundo. Por eso esperaba que, aunque había regresado la noche anterior, su hermano lo enviase pronto a otra misión lejos del clan.

Lothar saludó a Nerys, pero continuó comiendo la rebanada de queso. Estaba solo en el salón, ya que había llegado de madrugada y había dormido hasta bien adentrada la mañana. Nerys se sentó a su lado, en una silla de la mesa de madera redonda donde él se encontraba.

—Tenemos que hablar.

Lothar la miró y pudo ver en sus ojos, idénticos a los de él y a los de su hermano gemelo, que la verdad le había sido revelada. Craig le había contado meses antes que Nerys vivía en la ignorancia y que era mejor así, pero, por lo visto, en su ausencia había cambiado de opinión. Al observarla, notó las semejanzas entre ambos: no solo compartían el color de ojos, sino también ciertos rasgos en sus facciones, pequeñas similitudes que antes no había querido ver o, simplemente, había pasado por alto. Ahora, esas coincidencias eran imposibles de ignorar.

—Craig dijo que no te lo contaría —musitó Lothar.

—Esa era su intención —admitió Nerys, cruzando los brazos—. Pero parece que el rumor comienza a extenderse por las Highlands, y él prefirió que me enterara por él en lugar de que llegara a mis oídos de otra forma.

Lothar asintió, él lo sabía. Tenían la sospecha de que era Callem el que lo estaba difundiendo por alguna razón que ellos desconocían. Algo que no habían sido capaces de entender por qué lo hacía, ya que, hasta donde Lothar e Irwin sabían, Callem seguía manteniendo su tapadera. Por el momento, él no había perjudicado a los Astruther, por lo que habían decidido no ir en su búsqueda, aunque se mantenían alerta.

En aquellos momentos, Callem podía ser impredecible, pero Lothar, en su fuero interno, sabía que jamás los traicionaría.

—Nada ha cambiado, Nerys.

—No, no lo ha hecho. Eres mi hermano desde el día en el que me casé con Craig y eso no ha cambiado.

—Y entonces, ¿de qué quieres hablar?

—Como tu hermana mayor, estoy preocupada por ti.

Lothar entornó los ojos.

—Primero, apenas me llevas un año. Y segundo, no hay nada de lo que preocuparse por mí, estoy bien.

Como Lothar esperaba, Nerys negó con la cabeza.

—Siempre has sido irónico y malhumorado, pero ahora estás triste.

—Estoy hambriento, Nerys —respondió Lothar, encogiéndose de hombros—. He estado

fuera tres semanas y apenas he comido algo decente. Ahora que por fin puedo disfrutar de una buena comida, tú me estás interrumpiendo.

Nerys ni siquiera se inmutó por sus impertinencias.

—Mi marido también es experto en intentar desviar la atención y nunca lo logra conmigo. Tampoco lo harás tú. Algo pasó durante el tiempo en que fuiste a buscar a Callem. Algo más de lo que has dicho.

—Tú no deberías saber lo que he contado o no.

Nerys suspiró, como quien intenta explicar algo obvio a un niño testarudo.

—Que los hombres os sintáis más felices pensando que las mujeres no nos enteramos de nada relacionado con el clan, más allá de la comida, la limpieza o el cuidado de los niños, no significa que sea cierto. No somos tan ajenas como queréis creer.

Esa rebeldía que mostró Nerys le recordó a Lia. Lothar miró hacia la chimenea donde el perro de Irwin descansaba y recordó la primera vez que la vio. Ella temía a los animales, pero había llegado a querer a Trueno, su caballo de guerra, y le había amado a él, que no era mucho más civilizado que un animal.

¿Aunque si tal y como le había dicho, lo amaba, por qué se había marchado sin tan siquiera despedirse? ¿Por qué lo había abandonado?

Aquellas preguntas se repetían una y otra vez en su cabeza, pero nunca llegaba a obtener una respuesta.

Lothar se levantó de la silla no pudiendo soportar más seguir allí. Nerys era una mujer muy perspicaz. Por suerte, ni ella ni Scarlett habían sospechado que Lia le había acompañado en la búsqueda de Callem o hubiera tenido que soportar constantes interrogatorios para los que no estaba de humor.

—Discúlpame, Nerys —dijo con cierta ironía, tratando de mantener una sonrisa que a él le pareció afable pero que se quedó en una mueca tensa—. Debo buscar a mi hermano. —Le dio un último mordisco a su rebanada de queso y se levantó de la silla.

—Sí que has cambiado —le respondió Nerys cuando él ya se estaba acercando a la puerta—. El antiguo Lothar me hubiera soltado un improperio por meterme en asuntos que no me competían y marchado sin despedirse.

Lothar giró la cabeza y se rio sin humor.

—Antes no comprendía que no es conveniente enfadar a una mujer.

Nerys esbozó una sonrisa comprensiva y él se dio cuenta de que ella podía leer más de lo que él quería. Se giró para salir antes de revelarle más de lo que quería cuando Braid, unos de los guerreros, entró a toda prisa. Casi se chocó con él.

—Mira por dónde vas.

—Perdonadme, el *laird* me envía en vuestra búsqueda. Kendrick Cameron está cruzando el puente y él exige encontrarse con vos.

Las palabras del guerrero hicieron que la sangre de Lothar se helara. Esquivó rápidamente a Braid y salió a toda prisa, ignorando los llamados de Nerys que resonaban tras él.

La inesperada llegada de Kendrick solo podía significar una cosa: Lia le había hablado de ellos. Posiblemente, él estaba allí en busca de represalias por haber mancillado a su hermana, pero él moriría con el filo de la espada de Kendrick si antes de morir él le revelaba cómo se encontraba Lia.

Cuando salió al patio de armas, Irwin y Craig ya se encontraban allí. Pudo ver la pregunta no formulada en la ceja arqueada de su hermano, pero el sonido de los cascos de los caballos que se aproximaban hacia ellos le impidieron pronunciar una sola palabra.

Dos guerreros Cameron descendieron de sus caballos, y después lo hizo Kendrick Cameron. Este se acercó a una joven que cabalgaba en una yegua de pelaje marrón y la ayudó a bajar.

La joven llevaba un bonito vestido de color verde. Había recogido su cabello pelirrojo en una estirada trenza. A nadie se le pasaría desapercibido que se trataba de una dama. Pero Lothar la hubiera visto hermosa, aún ataviada con harapos.

—¡Lia! —la llamó, notando cómo su corazón resonaba en su interior. No podía creer que la tuviera delante de él. Había soñado tantas veces con ese momento, que, por un instante, dudó que estuviera despierto.

—Ella es Lilas Cameron. Es mi hermana —le corrigió Kendrick con el ceño fruncido.

—La última vez que la vimos respondía al nombre de Lia y ella era una sirvienta —dijo Irwin, mirando a Lilas con escepticismo—. Cameron, ¿la enviaste para que nos espiase? Pensaba que éramos aliados.

Kendrick lanzó un resoplido.

—No fue así. Jamás utilizaría tácticas tan ruines. Mi hermana...

Kendrick continuó hablando, explicando la parte de la historia que le correspondía contar, pero ni Lilas ni Lothar le prestaron atención. Lilas se acercó a Lothar y este la observó en silencio, incapaz de decir una palabra.

—Te esperé, pensé que regresarías a por mí.

Lothar sacudió la cabeza, como si no pudiese creer lo que estaba escuchando. Ella tenía incluso la desfachatez de parecer ofendida.

—Huiste de mí. Te busqué, pero no te encontré. ¿Qué otra cosa querías que hiciera? El mensaje estaba bastante claro: no querías volver a verme.

—Jamás querría algo así, Lothar. —Lilas dio un paso hacia delante y agarró las manos de Lothar, entrelazando sus dedos con los de él—. Te eché de menos desde el mismo instante en el que me alejé de ti, pero tenía que regresar a mi clan. Gracias a ti comprendí que no podía seguir huyendo de mi pasado, de la persona que era y la que soy. Tenía que dar la cara y arreglar las cosas. Debía reconciliarme con mi pasado para poder seguir avanzando en el futuro.

—¿Y lo conseguiste?

Lia sonrió.

—Mi hermano me ha perdonado, al igual que mi cuñada. Todos me han aceptado de vuelta, pero siento que ya no pertenezco allí.

—Porque no lo haces —confirmó Lothar con seguridad. Y en ese instante, un pensamiento que había evadido durante todos esos meses sin ella regresó de nuevo a él con más fuerza que nunca—. Eres una Astruther, Lia. Cásate conmigo.

Lia soltó sus manos de las de él y retrocedió un paso, como si marcar distancia entre ambos haría que lo que iba a decir sería más sencillo.

—Te amo, Lothar. Pero no puedo casarme contigo.

—Y entonces, ¿para qué has venido? ¿No estás conforme con romperme el corazón una vez? —dijo, alzando la voz, sin importarle que las conversaciones a su alrededor se detuviesen y todos los mirasen—. ¿Has venido a asegurarte de que me destrozabas?

—No me amas, Lothar. Amas a Lia, pero yo no soy ella. Quise serlo, pero no puedo. Soy Lilas Cameron. Reconociste que amabas a Lia y vuelves a hacerlo. Si alguien rompió tu corazón, fue ella, no yo. Y ella ya no existe.

Lothar la miró con estupefacción unos segundos y luego suspiró como si por fin hubiera comprendido todo. Se acercó de nuevo, estirando sus manos hacia la joven, como ella había hecho con él instantes antes.

—No me importa si te haces llamar Lia o Lilas. Te amo a ti, sea cual sea tu nombre. Y estás muy equivocada si piensas que solo eres una de ellas. Sigues siendo Lia, la sirvienta trabajadora y valiente, y también eres Lilas, la dama que cometió errores y tuvo la fuerza para enmendarlos. Eres ambas y mucho más. Eres perfecta, cariño, no importa cómo quieras que te llame.

Lilas observó a Lothar durante unos instantes, asimilando sus palabras. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro, incapaz de contener la mezcla de emociones que se desataron en su interior. Lothar la atrajo hacia él con suavidad, abrazándola con fuerza, como si nada ni nadie pudiera separarlos.

—Te amo, Lothar. Te amo con todo mi corazón.

Él se apartó levemente de ella y deslizó una mano por su mejilla, secándole las lágrimas con sus dedos.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

Por un instante, Lothar temió que Lilas volviera a rechazarlo. Sin embargo, ella esbozó una sonrisa radiante.

—Sí, no hay nada que más anhele en este mundo que contraer matrimonio contigo, Lothar.

Antes de que el joven guerrero pudiera contestar, la voz grave de Kendrick rompió el bonito momento.

—¿No deberías preguntarme a mi primero? —A pesar de que su tono era ligero, la forma en la que cruzaba sus brazos evidenciaba una advertencia clara. Él no iba a permitir que nadie dañara a su hermana.

Lothar no se molestó en contestar con palabras. En su lugar, besó a Lilas con una pasión que dejó clara su respuesta. No necesitaba el permiso de Kendrick ni de nadie. La única aceptación que le importaba era la de Lilas, y la había obtenido.

Si Kendrick había llevado a su hermana hasta el clan Astruther era porque aceptaba su decisión. Pero aunque no lo hiciera, Lothar sabía que nada cambiaría. Se casaría con Lilas, con o sin el consentimiento de su hermano, porque ella era su elección y él era la suya.

—¿Has estado con alguna otra mujer estos meses? —le susurró Lilas cuando el beso se rompió.

Lothar escondió una sonrisa al notar el leve matiz de celos que coloreaba sus palabras y se reflejaba en su rostro.

—No, cariño. Después de estar contigo, cualquier mujer hubiese palidecido —dijo Lothar, sin molestarse en bajar la voz.

Ella se sonrojó y escudriñó para mirar a su alrededor, viendo que todos los presentes miraban hacia otro lado, fingiendo no haber escuchado nada. A excepción de Irwin, que los observaba fijamente con una sonrisa descarada en los labios.

—Baja la voz, me estás avergonzado.

—Acostúmbrate, porque cuando estemos casados, pienso presumir ante todo el mundo de la suerte que tengo al haber encontrado a una mujer tan bella e inteligente como tú.

Lilas no pudo evitar reír. Había sinceridad en sus palabras, en la forma en que la miraba como si ella fuera lo más preciado en su vida. En ese momento, Lia fue consciente de que, todo lo que había sufrido parecía tener sentido. Porque cada lágrima, cada decisión equivocada, cada paso doloroso la había conducido hasta allí. Hasta él.

Y eso hacía que todo hubiera merecido la pena.

Capítulo 25

El sol brillaba radiante en un cielo despejado, anunciando un día perfecto para el enlace. Lilas lucía los colores del clan Astruther con orgullo y determinación. Había rechazado que le confeccionaran un lujoso vestido de boda, insistiendo en portar los colores que Lothar tanto amaba, como un símbolo de su unión con él y con su nuevo hogar.

En el patio de armas, su hermano Kendrick, su cuñada, y su pequeño sobrino aguardaban. La presencia de ellos la reconfortaba, pero la ausencia de tres personas queridas ensombrecían su alegría: Eara, cuya bendición esperaba sentir desde donde quiera que su espíritu descansara, y Angus y Morag, los campesinos que habían sido como padres para ella.

Habían enviado a un mensajero a su cabaña para traerlos a la boda. No había tenido noticias en días, pero ahora acababan de informarla que el mensajero se encontraba en esos momentos cruzando el puente levadizo pero, para su desasosiego, sin rastro del matrimonio.

Lilas apenas podía contener las lágrimas. Se había refugiado en su alcoba, rehusando recibir al mensajero. Temía enfrentarse a noticias que no deseaba escuchar. Si Angus y Morag no habían venido, solo podía imaginar dos razones: que estuvieran heridos, o que estuvieran demasiado enojados para acudir. Ambas posibilidades le desgarraban el corazón.

Apretó los puños junto a su pecho, respirando hondo mientras intentaba calmarse. Su amor por ellos era tan profundo como el que sentía por Lothar, y la sola idea de que algo pudiera separarlos en un día que debía ser de dicha la llenaba de angustia.

Unos golpes firmes en la puerta resonaron por la habitación. Lilas se levantó de la cama donde había estado tumbada, tratando de calmar sus pensamientos. Se alisó el vestido con las manos, preparándose para enfrentar lo que viniera, pero antes de que pudiera llegar a la puerta, Nerys y Scarlett irrumpieron en la estancia.

—Deberías haber esperado a que nos abriera —le recriminó Scarlett a Nerys.

—Estaba tardando demasiado, y va a querer escuchar lo que venimos a decirle.

—¿Qué sucede? —preguntó Lilas, girándose para mirar a ambas jóvenes.

—Estás preciosa —dijeron ambas al unísono, observándola, embelesadas.

Aunque apreciaba el halago, Lilas arqueó una ceja, claramente impaciente, y cruzó los brazos mientras esperaba una respuesta que tardaba en llegar.

Nerys fue la primera en romper el silencio incómodo.

—El mensajero nos ha dado el mensaje que Angus y Morag enviaron para ti.

Lilas palideció al escuchar sus nombres. Su corazón latía con fuerza, y sus labios temblaron mientras apretaba los puños para no mostrarse débil.

—No quiero escucharlo —dijo con firmeza, y ladeó la mirada hacia la ventana, fingiendo desinterés, aunque su interior estaba desgarrado por el miedo.

No podía ver el patio de armas, donde se estaba preparando la celebración, pero podía oírlo. El sonido de las risas, los murmullos y el ajetreo de los invitados llegaba hasta ella, filtrándose por las paredes de la habitación. Había preferido el patio de armas a la pequeña capilla, y Lothar había estado completamente de acuerdo.

—Ellos tienen una buena razón para no acudir, Lilas —le aseguró Scarlett.

Durante las últimas semanas, Lilas se había refugiado en ambas jóvenes. Les había contado cómo ambos campesinos la rescataron y lo importante que ellos eran para ella. Aunque había obviado ciertas partes de su vida, como el trato con Nimue y el mensaje que Eara le había transmitido a través de la bruja.

No fue el miedo a que la tacharan de crédula lo que la detuvo. Ambas la creerían; sobre todo, Scarlett, que aunque no habían vuelto a hablar con ella sobre lo acontecido en el nacimiento de su pequeña, Lilas no dudaba de que conocía la naturaleza de la bruja.

Lilas suspiró, alzando la vista al techo de la habitación, buscando respuestas que no encontraba en las palabras. Sabía que el dolor de la ausencia de Angus y Morag era profundo, pero algo dentro de ella le decía que debía escuchar el mensaje que le habían enviado. No podía repetir los errores de su pasado; ella debía ser valiente y enfrentarse a la verdad, por cruel que fuese.

Se giró y miró a las dos mujeres.

—¿Cuál es el motivo?

Nerys sonrió.

—Ellos no han podido venir porque Morag está embarazada. Le quedan pocos meses para dar a luz y un viaje tan largo podría ser perjudicial para ella.

Lia abrió los ojos como platos, estupefacta.

—¿Embarazada? ¿Morag está embarazada?

Pensó en la promesa que había hecho, en el trato que había incumplido con Nimue. Había fallado al no lograr que Callem regresara al clan, y por eso no había considerado buscar a Nimue para realizar el conjuro. No tenía sentido, al menos no de la forma en que lo había imaginado. Pero ahora, con la revelación de Morag, algo en su interior comenzó a encajar. Tal vez Morag, de alguna forma, había logrado concebir por sí misma, sin necesidad de magia. Tal vez solo era cuestión de tiempo.

A pesar de sus dudas, decidió no darle más vueltas al asunto. No quería que las preguntas la desbordaran. En lugar de eso, permitió que la alegría la invadiera una vez más, y sin pensarlo, bajó junto a Scarlett y Nerys hacia el patio de armas, donde se encontraba un altar compuesto por dos barriles de cerveza que sujetaban una tabla de madera en el que Lothar la esperaba.

Kendrick se acercó con pasos firmes, y Lia, con una ligera sonrisa, entrelazó su brazo con el de él. Su hermano había aceptado su decisión de casarse con Lothar y la había apoyado. Incluso Maurna y él habían sido los impulsores de que regresase al clan Astruther para encontrarse con Lothar cuando esta se había sincerado con ellos. Su familia de sangre le había perdonado sus pecados, porque la amaban y el amor puro como había descubierto recientemente, eran inquebrantable.

—Siempre tendrás un hogar a amoroso esperándote. No importa si tenemos que ir a la guerra con los Astruther, no dudes en pedir mi ayuda si no eres feliz —le dijo su hermano mientras la conducía por el pasillo improvisado, flanqueado por flores frescas que adornaban el camino.

—Lo sé —susurró Lilas con la emoción apoderándose de ella—. No me remezo tu amor ni él de Maurna —dijo, como tantas veces había repetido durante los últimos meses.

—Todos hemos cometido errores, hermana. Yo el primero. No hay nada que puedas hacer que haga que no te perdone. Nada que haga que deje de amarte. Eres mi hermana pequeña, mi familia, Lilas.

—Te quiero, Kendrick. Gracias por estar siempre ahí.

Cuando llegaron a la altura de Lothar, Kendrick le dio un beso en la mejilla y la soltó. Rápidamente, Lothar entrelazó la mano de Lilas con la de él.

—Si no quieres encontrarte con el filo de mi espada, más te vale no hacerla daño —le advirtió Kendrick, con la voz suficientemente alta como para que todos los presentes los escuchasen.

—No te temo a ti ni a tu espada —dijo Lothar, con la barbilla alzada—. Pero puedes estar tranquilo, porque jamás la haré daño. Dedicaré el resto de mi vida a hacerla feliz.

Con un asentimiento, satisfecho, Kendrick se alejó del altar. Irwin, que estaba al lado de Lothar, le dio una palmada en el hombro antes de dirigirse hacia donde estaban sentadas su mujer y su hija.

Lilas miró a Lothar.

—Yo también dedicaré la mía a hacerte feliz.

—Ya lo haces, cariño. Ni siquiera necesitas intentarlo, solo con tu presencia lo consigues.

Lia sonrió a la vez que el sacerdote se aclaraba la garganta, buscando llamar la atención de los dos jóvenes. Lothar le dirigió una mirada gélida al sacerdote, una advertencia silenciosa pero clara de que no era prudente interrumpir un momento tan íntimo.

—Casémonos, Lothar —intervino Lilas, antes de que el joven dijera algo que pudiera intimidar aún más al pobre sacerdote.

Lothar desvió su atención hacia ella, y por un instante, todo lo demás desapareció. A pesar de los cambios que lo habían convertido en un guerrero más sabio y un hombre más sensato, todavía conservaba ese fuego que lo hacía impredecible y apasionado. Lilas no podía evitar amarlo más por ello.

—Comience, padre —exigió Lothar.

La ceremonia fue corta, tal y como ellos habían pedido. Cuando el sacerdote les dio permiso para sellar su unión con un beso, Lothar envolvió a Lilas en sus brazos y la besó con una intensidad que hizo enmudecer a todos los presentes. Pero a ellos no podía importarles menos. En ese momento, solo existían el uno para el otro.

El aplauso espontáneo de los invitados los sacó del hechizo, y ambos rieron con la felicidad reflejada en sus rostros. Lothar tomó la mano de Lilas con firmeza, entrelazando sus dedos como si no pensara soltarla jamás.

—Por fin eres mi esposa.

—Siempre he sido tuya. Incluso cuando no lo sabía, incluso cuando no te conocía.

—Y yo soy tuyo. Siempre has sido tú, cariño. Solo tú.

Epílogo

La celebración llegaba a su fin, y los novios se preparaban para despedirse de los invitados.

Lilas, con su vestido adornado por los colores de los Astruther, agradecía cada felicitación con una sonrisa sincera, aunque su atención no podía alejarse de Lothar, quien se mantenía a su lado con una mano protectora en su cintura. La complicidad entre ambos era evidente, y la felicidad se reflejaba en sus rostros.

La noche comenzaba a caer lentamente, pero el cielo aún guardaba los últimos vestigios de luz, bañando el lugar con tonos dorados y anaranjados. Lothar aprovechó el momento en el que se quedaron solos para inclinarse hacia Lilas con un gesto travieso.

—Ha llegado el momento de que continuemos la celebración en privado —dijo Lothar con una voz grave, cargada de deseo. Se inclinó hacia ella, su mirada fija en la suya, llena de intensidad—. No puedo esperar más, cariño. Estoy deseando verte sobre nuestro lecho: desnuda y mía.

Lilas sintió cómo el calor subía a sus mejillas, pero no apartó los ojos de los de él. Ellos no había vuelto a yacer juntos desde la primera vez que lo hicieron, y ella también ardía de deseos de unirse a él. Esta vez lo harían como marido y mujer en su noche de bodas, pero ella sabía que no sería menos especial que la vez anterior. Estaba segura de que cada una de las veces que hiciesen el amor sería especial.

—No hay nada que desee más —le respondió ella con una sonrisa cómplice—, pero déjame despedirme de mi hermano y mi cuñada. Ellos partirán al alba, e imagino que estaré demasiado cansada para hacerlo en la mañana.

Lothar soltó una carcajada que provocó que algunos de los invitados que se congregaban en el patio de armas lo mirasen, pero él solo tenía ojos para su esposa.

—Lo estarás, cariño. Ninguno de los dos tendrá fuerzas para levantarse hasta bien caída la tarde.

Las mejillas de Lilas se enrojecieron ante las palabras atrevidas de Lothar. Con ternura, se inclinó hacia él y le dio un suave beso en los labios antes de separarse.

—No tardes demasiado —le susurró él, con el deseo iluminando sus ojos.

Ella asintió y se dirigió al otro extremo del patio, donde Kendrick y Maurna charlaban bajo la tenue luz de las antorchas junto a otros invitados. Fue una despedida rápida, pero les prometió que se verían pronto. Lilas había recuperado la confianza y el amor de su hermano y no pensaba perderlo de nuevo, pero ahora su familia eran su esposo y el clan Astruther.

Tras despedirse, fue a regresar hacia donde Lothar la esperaba, pero antes de llegar, algo captó su atención: una mujer mayor cubierta por una capa roja, observando desde la penumbra junto a un viejo roble al borde del patio. Lilas se detuvo en seco, segura de quién era aquella figura. Sin dudar, se dirigió hacia ella, pero la anciana, al notar su presencia, comenzó a caminar lentamente hacia el sendero que llevaba al lago.

Aunque la penumbra ocultaba los detalles de su rostro, su intuición le aseguraba quién podía ser. Sin cuestionarlo, la siguió mientras la brisa nocturna acariciaba suavemente su piel, acompañada por el susurro de las hojas y el crujir del suelo bajo sus pasos.

La anciana avanzó con lentitud hasta llegar a la orilla del lago. Allí, se detuvo. Permaneció inmóvil, contemplando las aguas tranquilas.

Lilas, con el corazón latiendo con fuerza, se colocó a su lado, respirando el aire húmedo y fresco del lago. Giró lentamente el rostro para mirarla, hallando la confirmación que ya sabía.

—Nimue —la saludó.

La anciana giró la cabeza y la miró.

—Buenas noches, querida. —Se quedó en silencio durante unos instantes, como si estuviera pensativa—. ¿Cómo debo llamarte, Lia o Lilas?

Lilas la miró fijamente, con una ligera sonrisa curvando sus propios labios, porque estaba completamente convencida de que Nimue ya sabía la respuesta.

—Puedes llamarme como desees. Mi esposo me ha enseñado que un nombre no define quién soy realmente.

—Al final lo hiciste, seguiste los susurros de tu propio corazón.

Lilas negó con la cabeza.

—Nunca entendí lo que quisiste decir con aquello. Y no logré traer de vuelta a Callem, tampoco te busqué para hacer el conjuro, y, aun así, Morag está embarazada.

Nimue esbozó una sonrisa cálida.

—No entendiste mis palabras en su momento, es cierto. Pero seguiste lo que tu corazón susurró, sin saberlo. El pulso que mencioné no siempre se escucha de inmediato, pero estaba allí, guiándote.

Lilas la miró sin entender.

—¿Hacia quién me guiaba?

—Hacia Lothar, y él te llevó hasta Callem. Él no regresó con vosotros, pero no debía hacerlo. Su camino es otro, uno que debe recorrer por sí mismo. Eara así lo desea. Pero tú encontraste el tuyo.

—Lothar era mi destino —dijo Lilas, comprendiendo las palabras de Nimue por fin.

—Así es. No hizo falta que yo hiciese un conjuro para que Morag se quedase embarazada, tú lo lograste sin mí.

—¿Yo?

—Entregaste tu corazón a Lothar y fuiste valiente al sincerarte con él, al mostrarle quién eras realmente. Pero después, hiciste un sacrificio aún mayor: lo dejaste, aunque te doliera, para regresar a hacer frente a tus errores, para remendar tus pecados. Hiciste un gran sacrificio regresando al hogar de tu infancia, enfrentándote a tus demonios. Solo entonces, cuando te enfrentaste a todo lo que habías ocultado, fuiste capaz de retomar tu camino. Regresaste adonde realmente pertenecías.

—Dijiste que el sacrificio era mi libertad, pero no me siento menos libre ahora.

De hecho, Lilas nunca se había sentido tan libre en toda su vida como en ese momento.

—Porque, como bien te dijo tu marido, un nombre no te define. En aquel momento volver a ser Lilas Cameron para ti era perder la libertad que te daba ser una campesina, una joven sin un pasado que la atormentase, sin tener que enfrentarse a sus demonios. Pero nunca dejaste de ser Lilas, simplemente te faltaba la valentía que el viaje en busca de Callem te otorgó para aceptarte a ti misma.

—¿Y con ello Morag se quedó embarazada, sin hechizo?

Nimue negó con la cabeza.

—Me preguntaste si era una bruja y te dije que soy lo mismo que tú.

—¿Entonces no lo eres?

Nimue la miró con calidez.

—Lo soy, y tú también lo eres.

Si no estuviera tan sorprendida por aquella afirmación, Lilas se hubiera reído.

—Eso no es posible, Nimue. Te equivocas. No tengo ningún poder.

—Lo tienes, pero la mayor parte está latente, esperando el momento adecuado para salir a la luz.

—Es imposible.

—Si lo fuese, Morag no estaría embarazada. Eres una bruja, Lilas. Tu poder no es demasiado poderoso, eso es cierto, pero el de tu descendencia lo será.

—¿Mi descendencia?

—Sobre todo, tu primer hijo. Será un varón y él ejercerá un papel importante en el futuro que se avecina. Estaba escrito que tuviera sangre Astruther. —Inconscientemente, Lilas se llevó una mano a su tripa, acariciándola con suavidad. Nimue bajó la mirada hasta su mano y sonrió—. Aún no lo has engendrado, pero pronto lo harás. —Hizo una pausa, y después, añadió—: Tal vez sea esta noche.

—Lilas, cariño, ¿estás aquí? —preguntó una voz masculina, interrumpiendo la conversación.

Al escuchar su nombre, Lilas se giró para ver a su marido caminando hacia ella. Lo recibió con una cálida sonrisa en sus labios, pero volvió a darse la vuelta para mirar a Nimue, ya que tenía decenas de preguntas que formularle. Sin embargo, la anciana ya no estaba. El lugar que momentos antes había estado impregnado de su presencia, ahora parecía vacío.

Había vuelto a desaparecer.

—Cariño, ¿qué haces aquí? —le preguntó Lothar con preocupación al llegar a su lado—. Tardabas en volver y fui a buscarte, pero no estabas con tu hermano. Uno de los guerreros de tu hermano me dijo que te había visto seguir el sendero que lleva hasta aquí.

Lilas dudó en qué responder por un momento. Quería contarle todo lo que había hablado con Nimue, pero algo en su interior le decía que aún no era el momento. No sabía cómo explicarle lo que había descubierto, y ni ella misma estaba segura de comprenderlo por completo. Además, la anciana había desaparecido tan misteriosamente como había llegado. Lothar confiaba en ella, pero seguía siendo escéptico ante lo sobrenatural, por lo que decidió guardárselo de momento, hasta que estuviese preparada.

—Nada que no pueda esperar —le dijo, y no era una mentira. No del todo—. Venga, vayamos a nuestra alcoba.

Lothar le rodeó la cintura con su brazo, acercándola a él con suavidad mientras comenzaban a caminar hacia la fortaleza. Durante el camino, Lilas intentó no darle demasiadas vueltas a lo que Nimue le había dicho, pero había algo que no dejaba de rondar en su mente, como un eco persistente que no lograba callar.

El pensamiento de que pronto tendría un hijo varón se aferró a ella con fuerza. Nunca antes había pensado demasiado en tener hijos, pero ahora, tras las palabras de Nimue, su deseo había cambiado. No podía evitar imaginarlo, ver ese pequeño ser creciendo dentro de ella. Y aunque aún no había sido concebido, ya lo deseaba con todo su ser.

Lo deseaba no solo porque sería su hijo, sino porque sería el hijo de Lothar.

Y en ese momento, mientras caminaban juntos hacia su lecho, Lilas supo que no importaba lo que le deparara el futuro, porque estaba lista para enfrentar todo lo que viniera, con Lothar a su lado y con la vida que estaban por crear juntos.

Instagram

Lexi_thurman03